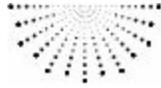


LA NOVIA
DE MCKENZIE
TANYA ANNE
CROSBY

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES Y DEL USA TODAY

LA NOVIA DE MCKENZIE



TANYA ANNE CROSBY
LOLA FORTUNA



Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, en papel, digitalmente o de ninguna otra forma sin el previo consentimiento tanto de Oliver-Heber Books como de Tanya Anne Crosby, a excepción de pequeñas citas en artículos o críticas literarias.

NOTA DEL EDITOR: esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la escritora para uso exclusivamente ficticio. Cualquier similitud con la realidad es mera casualidad.

COPYRIGHT © Tanya Anne Crosby

Publicado por Oliver-Heber Books

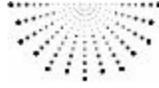
 [Creado con Vellum](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Epílogo](#)
[Sobre la autora](#)

Para Steven, porque tus indios y vaqueros fueron los primeros que conocí

CAPÍTULO UNO



AGOSTO 1865 TERRITORIO DAKOTA

Necesito un hombre.

Aquellas palabras, pronunciadas muy bajito, tuvieron casi el mismo efecto que si hubiesen sido gritadas a todo pulmón por la mujer. Atrajeron a todos los ojos y todos los oídos cercanos. Al menos siete cejas se arquearon en una pregunta silenciosa, las orillas de cuatro sombreros se levantaron para pensar, tres manos apoyaron las cartas sobre la mesa y una boca incrédula se abrió para mostrar su más absoluta sorpresa.

El bullicio provocado por las voces se apagó por completo y la ausencia de sonido se vio puntuada por los vasos al ser apoyados, uno tras otro, sobre las mesas de madera.

En el silencio que siguió, incluso el parpadeo de las lámparas de gas pareció un rugido para los suaves oídos de Elizabeth Bowcock.

El vaso que Josephine McKenzie estaba lavando cayó al suelo y se destrozó.

–¿Estás loca? –preguntó, estirándose sobre la barra para cubrirle la boca a Elizabeth con la mano y acallar sus impetuosas palabras–. ¿Qué pretendes viniendo aquí a soltar esa tontería? –Entrecerró los ojos para censurarla.

Con un suspiro de exasperación, Elizabeth se quitó la mano de su amiga de la cara.

–¿Y dónde iba a encontrar un hombre si no?

Contuvo la necesidad desesperada de subir a la barra para llegar hasta el hombro de Jo y derramar allí sus lágrimas. Solo porque sabía que todos los ojos se dirigían hacia ellas se mantuvo clavada en su sitio.

Como si intentara tranquilizarse, se quitó las desgastadas gafas y les sopló para retirar una mota de polvo inexistente. Se las volvió a poner con torpeza en la nariz cubierta de ligeras pecas. Enderezó los hombros e intentó reforzar su orgullo.

Nunca había sido sino la hija solterona de Doc Angus. Cuando su padre murió repentinamente en otoño, a ella le pareció que hacerse cargo de la consulta era lo más natural. Los hombres la llamaban Doc Liz. Y no, no atraía la atención de los hombres con aquellos horribles anteojos, con sus ropas sueltas y su gruesa trenza rubia que colgaba como la cola de un burro a sus espaldas. Pero por un breve instante, al quitarse las gafas, se sintió... en fin, de una belleza pasable.

Quizás hubiese sido el efecto de aquellas tres palabras: necesito un hombre. De pronto llamó la atención; especialmente porque había escasez de mujeres en las Cascadas Sioux en aquel tiempo, tanto en edad de merecer como mayores.

Los oídos se aguzaron.

Los ojos oscuros de Jo brillaron. La pluma carmín que llevaba en su melena rojiza se agitó con determinación.

—No, en mi local no lo encontrarás. ¡Al menos no el tipo de hombre que supongo que buscas!

Con una deslumbrante mirada de reojo hacia el público que tan de mala gana la acogía, Jo dio la vuelta a la barra para tocarle el brazo a Elizabeth.

—¡Mira lo que has hecho! —Lanzó otra mirada ansiosa sobre su hombro—. Por Dios, ¡no! Venga, vamos a hablar atrás. Rápido. —la urgió—. Pues sí que te has metido en un buen lío, bonita.

Al escuchar una silla que arrastraba detrás de ellas, Elizabeth se dio cuenta de que había metido la pata.

Demasiado tarde.

–Hey, señorita Josephine, ¿adónde cree que lleva a esa muchacha? – preguntó Dick Brady siguiéndolas.

Elizabeth casi pudo oler su aliento alcohólico cuando él le puso una mano en el hombro para detenerla con brusquedad.

–Demonios, he dicho que pares –rugió él.

Enderezando los hombros, Elizabeth se giró para mirar de frente al hombre de cara de cerdo.

–Creo que si he oído bien a la chica, señorita Josephine –continuó Brady– ha dicho que necesitaba un hombre. No me parece que usted vaya a poder ayudarla en ese sentido, ¿no? –Se rascó la mandíbula, debajo del abundante bigote, retorciendo la cara ante el tosco placer que le generaba aquello en la piel–. Es mejor que yo me encargue de eso –dijo como en un graznido–. ¿Qué opinas, señorita Lizzy? –Le dedicó una mirada lasciva–. ¿Quieres que te ayude, dulce señorita Lizzy?

¿Dulce señorita Lizzy?

A Elizabeth se le revolvió el estómago ante aquella asquerosa proposición. ¿Desde cuándo era la dulce señorita Lizzy?

–¡Doc Liz! –le soltó–. Debería darle vergüenza, señor Brady. Y no, ¡le aseguro que no necesito su ayuda!

Le dio la espalda y se sacudió de asco, empezando a caminar y negándose a permitir que él la intimidara.

Para empezar, el hombre no era más que un pobre ranchero incapaz de encontrar un puesto de trabajo permanente y trabajar con gente decente. Casi siempre apostaba con cuatreros y hacía trampas para ganar; cosa que por cierto no hacía demasiado bien, a juzgar por los rumores que Elizabeth había oído. Ella no sabía cómo había logrado permanecer tanto tiempo en las Cascadas Sioux, ya que quemaba sus naves tan libremente como lo hacía.

Siguiendo a Elizabeth, Jo también se giró, alzando los ojos al cielo en una súplica. Esperaba que las cosas quedaran allí, rogaba porque así fuera. El

problema era que sabía que no sería así.

Brady se movió frente a ellas para bloquearles el paso. Apoyó los codos de forma demasiado casual sobre la barra mientras miraba a Elizabeth de forma obscena.

Con una mirada como un dardo que recorría la sala, Jo encontró a quien habría podido ser su única esperanza de salir con bien, pero estaba profundamente dormido, incluso tenía el sombrero sobre la cara. Jo bisbiseó una maldición incomprensible. ¿Cómo se atrevía Cutter a dormir tan plácidamente justo ahora? Por un momento, irritada, pensó en gritar para pedir ayuda, pero luego desechó la idea. ¿Cuántas veces le había dicho a Cutter que podía arreglárselas sola? Además, si podía evitar tener que recoger sangre con la fregona aquella noche lo haría. No se podía saber cómo reaccionaría su hermano si lo despertaba de la siesta, especialmente si lo hacía con un grito.

Brady se rascó la frente. Aquello provocó que otro escalofrío recorriera la espalda de Elizabeth.

—Pues verá... Yo creo que sí la necesitas, señorita Lizzy. Has pedido un hombre y aquí estoy —dijo con una sonrisa cargada de significado.

Movió la mano y cogió las apaleadas gafas de la cara de Elizabeth antes de que ella se diera cuenta de sus intenciones. Miró las lentes relucientes por un lado y por otro y finalmente le arqueó una poblada ceja.

—Pero mira nada mas —dijo él—. No creas que por llevar estas cosas no iba yo a esperar que seas una verdadera dama. —Levantó la mirada hacia ella—. Debería darte vergüenza, señorita Lizzy. ¿Quieres contarnos qué más escondes de estos buenos samaritanos? —Con una risotada satisfecha miró hacia la mesa en la que había estado jugando a las cartas con sus amigos. Guiñó un ojo y su cara se desfiguró de manera horrible por el esfuerzo que aquello le requería en su borrachera—. ¿Qué opináis, chicos? ¿Doc Liz nos oculta más cosas?

Unas risas respondieron a la pregunta. Un hombre se levantó de la mesa

y, tambaleándose, caminó hacia ellos.

El otro se levantó también y, sin ningún cuidado, tiró a una mujer menuda de pelo oscuro en el suelo sucio que tenía ante sus pies.

–Esperad un momento –dijo, luego se tambaleó hacia sus compañeros porque no quería perderse lo que prometía ser el entretenimiento de la noche.

Cuando Elizabeth al fin se dio cuenta de la enormidad de la situación, el corazón empezó a latirle a toda velocidad. Menuda estúpida había sido, ahora lo veía. Pero cada día tenía que enfrentarse en la calle con el mismo tipo de hombres de autoestima elevada. Ni una vez se habían atrevido a mirarla. Sinceramente nunca lo había asumido como una posibilidad.

En realidad esperaba tener que pagar un alto precio por los servicios que requería, de hecho estaba dispuesta a llegar al chantaje. Pero aunque fuera médico, tan solo era una mujer y aunque nadie dudaba cuando tenía que buscar su ayuda médica, tampoco parecía que la valoraran mucho en otros aspectos. Amenazarlos con marcharse de la ciudad y dejarlos sin médico no iba a ser de mucha ayuda.

Suspirando, Jo se acercó un poquito a Brady, mirando una vez más con enfado a la figura que dormitaba a gusto en la esquina. Se obligó a sonreír y le pasó la mano a Dick Brady por el brazo, intentando reprimir el asco.

–Venga, Dickie –dijo, mirando con un reproche a sus hombres–. Chicos... aunque estéis buscando una mujer, hay un montón por ahí además de la doctora Liz. Además –continuó con tono dulce, guiñándole un ojo con coquetería–. Aquí, Doc Liz no sabría ni distinguir vuestras cabezas de vuestros culitos.

Se oyó una explosión de carcajadas.

La sonrisa de Dick Brady se volvió lasciva, pero su mirada seguía pegada a Elizabeth.

La mejillas de ella ardían con una mezcla de tristeza e indignación. Elizabeth le lanzó a Jo una mirada de advertencia, pero no dijo nada. Ella y Jo eran amigas, pero muy diferentes; la recatada hija de un médico y una

madame en un salón del oeste. Sabía que Jo nunca le haría daño intencionadamente.

Sin embargo Elizabeth no podía contener su indignación. ¡Nunca le habían hablado con tan poca educación! Aunque nadie podía saber del dolor de su pérdida, la rudeza de Dick Brady era imperdonable. Ella era la única doctora del pueblo, ningún hombre de medicina respetable se acercaría siquiera a aquel lugar. Se merecía que la trataran con un mínimo respeto.

–Pero cuestan dinero –se quejó el hombre más alto–. Y si aquí la señorita Lizzy se ofrece gratis... –Se encogió de hombros–. Bueno, pues entonces... – La frase quedó colgando en el aire y todos los hombres pensaron en ello.

En la esquina más oscura del Oasis se levantó un Stetson. Sus ojos negros como la noche se asomaron para estudiar a la mujer en cuestión. Con un esfuerzo vago, Cutter McKenzie retiró las botas de la pequeña mesa de madera y apoyó despacio las dos patas frontales de su silla apaleada.

Lo había oído todo, por supuesto, y la curiosidad finalmente había podido con él. La mujer, la “señorita Lizzy”, tenía poco para defenderse. Por otra parte parecía que su hermana estaba a punto de entrar en pánico por la chica. Lo más probable era que la pobre mujer estuviera aterrada y Jo, con su buen corazón, no podía permitir que se la comieran.

Entrecerrando los ojos hasta que se le ajustaron a la luz, Cutter enfocó y la vio. Los ojos de ella brillaban bajo la tenue luz, su expresión era de odio y él sintió más que curiosidad. Nunca había visto unos ojos tan brillantes. Sin inmutarse, le arrebató las gafas a Dick Brady de sus manazas.

–Doc Liz –dijo la mujer, con la cara pálida y cargada de rabia–. ¡no ofrece nada de nada! –Le lanzó a la hermana de Cutter una mirada aguda y luego se volvió otra vez hacia Brady–. Y por supuesto que es capaz de distinguir el trasero de un hombre de su cabeza –les aseguró con los ojos como antorchas–. Especialmente el de usted, señor Brady, ya que tuve que coserle aquella triste herida de cuchillo. –Le ofreció una pequeña sonrisa contraída como para indicarle sin palabras que se le había agotado la

paciencia y que era mejor que él se marchara antes de que ella le levantara la mano.

Brady se sacudió visiblemente, casi como si hubiera recibido una bofetada y se puso de un profundo color rojo oscuro.

Cutter, sin una pizca de respeto, pensó que por otra parte Doc Lizz parecía un tanto satisfecha con lo que había provocado y eso le provocó un amago de risa.

–Ya han pasado dos años, ¿no? –insistió Elizabeth, envalentonada por el silencio de Brady.

–Demonios, Brady, ¿cómo carajo te dieron en el culo? –preguntó el hombre más alto, rascándose la cabeza.

Brady tragó con dificultad. Miró a Elizabeth, y al verla dispuesta a seguir, apartó enseguida la mirada, dándole una palmada en el hombro a su amigo.

–Venga, chicos. Doc Liz dice que no se está ofreciendo... y seguro que no se está ofreciendo. Dejémosla en paz.

–No, no –se negó el amigo–. Sé perfectamente que he escuchado que necesitaba un hombre y apuesto a que puedo darle lo que necesita–. Miró hacia Elizabeth mientras hablaba Brady sin girarse hacia él–. Y de todas formas, ¿qué te ha hecho para que salgas escapando como una ardilla asustada? ¿Cómo diablos te pegaron una tajada en el culito, eh? –La tensión aumentó mientras el hombre se giraba para perforar a Brady con una mirada acusadora.

Burlándose de la expresión compungida de Brady, Cutter se levantó y se estiró despacio. Estaba seguro de que Doc Liz podía arreglárselas sola; la muy pilla ni siquiera parecía necesitar la ayuda de su hermana. Sin embargo estaba preparado para entrar al quite si hacía falta. Mientras tanto, permaneció en el fondo, mirando con una sonrisa de admiración en la cara cómo ella volvía a ponerse aquellas gafas horrorosas.

De pronto sintió que deseaba la gratitud eterna de ella.

No es que fuera guapa, no al menos de la forma más habitual, pero era

bonita a pesar de sus obvios esfuerzos por lo contrario. Y debía admitir que tenía más nervio del que Cutter había observado en ninguna otra mujer; aparte de su hermana. Jo había aprendido a valerse por sí misma por las malas. Al parecer ese era el resultado de toda una vida luchando contra los prejuicios. Había quien diría que él tampoco era de lo más agradable. Y con buen motivo. Su padre era un trapero irlandés, su madre una Cheyenne, con lo cual ellos eran mestizos sin nada en qué caerse muertos. No encajaban ni con los Cheyenne ni con los Anglos. Pero eso no importaba. Él lo prefería así. La vida era más segura cuando jugabas solo.

Jo nunca se quejó. Lo entendía sin que nadie se lo hubiera explicado, entendía lo afortunada que era de tener el Oasis y lo daba todo, sabiendo que el dinero y el nombre de su padre la habían hecho llegar más lejos de lo que habría podido esperar llegar nunca en el mundo de los hombres blancos. Además, la gente le tenía un miedo razonable a la Colt de Cutter. Quien se metía con su hermana se metía con él. Él se había encargado de dejarlo claro.

Aunque el carácter de Cutter se iba agriando a medida que sus pensamientos se revolvían, su expresión no lo rebelaba cuando se levantó el borde del sombrero John B. para dejar los ojos al descubierto. Caminó hacia el grupo. La discusión que estaba teniendo lugar era tan acalorada que nadie se percató de su presencia hasta que le rodeó la cintura con el brazo a Liz.

Ella se puso rígida.

Él contuvo una risa, doblando el cuerpo de Liz para amoldarlo al suyo.

–Mmmm, mmm –murmuró, abrazándola como si fuera la compañera de besos a la que había perdido–. Estás más guapa que nunca, chiquilla.

El corazón de Elizabeth dio un vuelco violento ante aquella voz profunda y desconocida. Unos labios templados la besaron en la mejilla con familiaridad, tardando un segundo de más en abandonar su piel sonrojada y deteniéndose en el lóbulo de su oreja. Liz tragó de forma compulsiva.

Él le susurró al oído:

–Tienes que soltarte, Doc, si quieres que esto sea creíble... Vamos –la

invitó, tirando de ella.

La voz grave le aceleró el pulso a Elizabeth y su cuerpo se quedó repentinamente paralizado. Incapaz de resistirse, permitió que él hiciera los ajustes pertinentes. Liz sentía las piernas temblorosas, su cuerpo no era más que papilla en las manos de él.

–Eso es, ojitos brillantes. Ahora gírate despacio –susurró, sus labios ardientes contra la cara de ella–. Actúa como si de verdad te alegraras de verme.

Elizabeth suprimió un estremecimiento que no pudo evitar y reunió el valor para girarse. Su intención era darle una bofetada inolvidable al necio que se había atrevido a tratarla de una forma tan íntima. Pero el hombre que encontró frente a ella la dejó momentáneamente encandilada y su garganta fue incapaz de hablar.

¡Madre del amor hermoso, qué alto era! Los ojos de Elizabeth se negaron a bajar, pero tampoco querían subir hacia la boca de él. Liz los obligó y se encontró con una mata de pelo negro que caía desde un sombrero pardo.

Él arqueó una ceja, sus ojos negros cargados de diversión. Guiñó un ojo y Elizabeth sintió que sus rodillas se debilitaban de inmediato... Sin embargo no podía arrancar la mirada de él, a pesar del movimiento.

Él la sostuvo y Elizabeth se quedó sin respiración, incapaz de hacer nada. Cuanto más lo miraba más le parecía que aquel hombre no tenía pupilas, tan maravillosamente oscuros eran sus ojos... una cara felina... los pómulos altos. Pero eran aquellos labios lo que la hacía perder el sentido: insolentes, atrevidos, se arqueaban hacia arriba tan solo un poco en las orillas, como si ella no fuera suficiente para hacerlo sonreír. La mirada de él la recorrió, evaluándola con pereza, deslizándose hacia abajo sobre su cuerpo. Despacio, de forma seductora, luego volviendo hacia la cara de Elizabeth para detenerse allí con una expectación silenciosa.

Él esperaba alguna reacción, pensó Elizabeth, aunque no imaginaba cuál. No podía pensar. Punto. Se quedó mirándolo como si estuviera hipnotizada e

intentó descifrar aquellos rasgos de piedra, pero el cerebro de Elizabeth se había quedado tan inútil como sus piernas. Quiso creer que en aquel momento mudo él la miraba con un ligero interés y eso le aceleró el pulso. Nadie la había mirado nunca así.

Nadie.

Aquellos ojos oscuros seguían perforándola cuando él se llevó dos dedos al borde del sombrero para inclinarlo a forma de saludo, mientras un rastro de sonrisa se dibujaba en sus labios.

–Mi adorada, Liz –dijo con voz grave–. Ha pasado demasiado tiempo, chiquilla.

¿Demasiado tiempo?

Elizabeth meneó la cabeza para negar, ya que si alguna vez hubiese visto a ese hombre, seguro lo recordaría. No era de los que se olvidan. Inconscientemente, se llevó un dedo a la mejilla, justo al punto en el que él la había besado. Se le cerró la garganta, como si de pronto tuviera un nudo, y se lamió los labios desesperadamente, abriéndolos para hablar.

Por desgracia no salió ninguna palabra.

Por primera vez en su vida, Elizabeth Bowcock se había quedado muda. A pesar de que el hombre parecía divertirse, un aire amenazador lo recubría como una segunda piel. Un temblor recorrió a Elizabeth cuando, al bajar la mirada, se encontró con las botas de él. Es peligroso, pensó de pronto.

Aquel hombre era peligroso.

No le pasó desapercibido el revólver más temible que ella había visto jamás, estaba allí, en el cinturón, y Elizabeth tan solo acababa de ver el cuchillo de mango negro como la pez que asomaba de las botas de cuero.

Aquellas botas tenían historia propia, eran inconfundibles. Pertenecían a la Caballería de los Estados Unidos y no casaban en absoluto con el resto de la ropa de aquel hombre. No ayudaba el hecho de que este hombre no llevara sus armas expuestas como joyas baratas, tal como las llevaba Dick Brady. Que llevara el cuchillo escondido y la pistola como algo casual, como si no

estuviera allí, le daba a Elizabeth toda la información necesaria. Aquel hombre no usaba las armas para jugar. Lo suyo era real. En cuanto a las botas, se le ocurrían un montón de razones por el que podía llevarlas, ninguna de ellas tranquilizadora.

Miró rápidamente a Jo, con los ojos como platos, y supo que no corría peligro inmediato. Los labios de Jo se arquearon hacia arriba, a punto de sonreír también, sus amables ojos color canela mostraban la calidez del buen humor.

Sin comprender por qué, Elizabeth decidió entrar en el juego.

–Eh... um...

¡Por Dios bendito, ni siquiera sabía cómo se llamaba aquel hombre! ¿Cómo iba a fingir que lo conocía si ni siquiera sabía su maldito nombre? En pánico, su mirada acudió a Jo.

–¡Cutter! –dijo Jo entre risas, como si leyera los pensamientos de Elizabeth. Sus ojos tenían un brillo travieso–. Creo que la has dejado sin palabras, querido hermano. Apuesto a que la pobre pensaba que no te volvería a ver. –Al ver la expresión confundida de Elizabeth, rió con ligereza–. ¿A que sí, Liz?

–¿A que sí? –Elizabeth asintió como un muñeco de madera. ¿Era hermano de Jo? –Ah, ¡sí! ¡Pensaba que iba a volver a verte! –Asintió con más convicción ante su público.

Todos los ojos se dirigieron a Cutter llenos de sospecha, y Elizabeth albergó dudas sobre su actuación. Arrugó la frente.

Una calidez invadió los ojos de Cutter al ponerle la mano debajo de la barbilla con suavidad, como probablemente lo habría hecho con su querida hermana pequeña.

Elizabeth sintió un calor repentino, casi como si estuvieran asándola a fuego lento. El calor de los dedos de Cutter... permaneció mucho después de que él retirara la mano. Preocupada porque él la afectara tanto, desvió la mirada hacia Brady, cuyos ojos no se movían ni un ápice de ella.

Los ojos de Cutter se entrecerraron hasta convertirse en unas rendijas oscuras. Se giró hacia Brady y sus hombres, en un reto sin palabras. Brady miró a Elizabeth dubitativo y finalmente se giró. Sus seguidores lo siguieron de inmediato, dándose palmadas unos a otros en la espalda para consolarse.

Elizabeth arqueó las cejas al observar aquel intercambio, sorprendida de la facilidad con la que Cutter había manejado a Brady y sus hombres. Abrió la boca para hablar, pero las palabras se habían quedado atascadas en su garganta como una cucharada de azúcar seco. Aquel hombre era demasiado presumido. No tenía ningún derecho a tratarla con tanta familiaridad, pero ella debía estarle agradecida, aunque no de buena gana.

–Supongo que debería darte las gracias –dijo.

Cutter mostró una amplia sonrisa.

–Lo que necesites, Doc.

Elizabeth sonrió apretando los dientes y asintiendo. Eran tan engreído. La forma en la que la llamaba Doc –como si dudara de que se mereciera el título– la ponía nerviosa. Todo en él lo hacía.

De pronto Jo cogió de la mano a Elizabeth para llevarla a la bodega. Sin que nadie se lo pidiera, Cutter las siguió con unos pasos increíblemente ligeros.

Era como un ladrón escapando, pensó Elizabeth enfurruñada. Supuso que aquel sigilo le venía de su sangre india. Elizabeth miró nerviosa por encima del hombro. Cutter no parecía indio, salvo por su piel oscura. Pero tampoco lo parecía Jo y sin embargo lo era. Jo se lo había contado.

–Bueno –dijo Jo en cuanto cerró la puerta de su despacho–. ¿Se puede saber para qué demonios necesitas un hombre, Liz?

La mirada de Elizabeth no abandonó en ningún momento a la otra persona que había en aquella austera habitación. Cutter pasó una pierna por encima de un gran sillón de cuero y se sentó despatarrado, haciendo que el sillón pareciera diminuto. Con la puntera curvada de una de sus botas enganchó una banqueta y la acercó para subir sus sucias botas de cuero.

Cuanto más lo miraba Elizabeth, más la provocaba su arrogante presencia.

Cutter ajustó despacio la posición de su sombrero para que le cubriera los ojos, más por costumbre que por necesidad, ya que la luz en el despacho era demasiado débil para deslumbrarlo.

–Como si no estuviera –dijo. Arqueando una de sus oscuras cejas y con una sonrisa de medio lado, sostuvo la mirada de Elizabeth. Esa sonrisa insolente la ponía furiosa.

Al ver que él la había pillado mirándolo, se le cortó la respiración. ¿Por qué la inquietaba tanto aquel hombre? Mientras pensaba en ello, se abanicó, sin darse cuenta de que aquel gesto la delataba. Elizabeth entrecerró los ojos y miró a Jo.

–¿De verdad es tu hermano? –preguntó con escepticismo.

Jo asintió. Apretó los labios para no sonreír y luego dijo:

–Es mi hermano pequeño, en realidad.

–¿Y por qué no lo había conocido hasta ahora? –insistió Elizabeth.

Los ojos de Jo lanzaron un destello de alegría y de pronto Elizabeth vio un parecido más que claro entre los dos.

–¿Y por qué ibas a tener que conocerlo? Hace tan solo dos años que llegué a las Cascadas Sioux. Cutter estuvo por aquí tan solo el tiempo necesario para ayudarme a abrir el Oasis. Luego... bueno... ya sabes que hemos estado en guerra. –Jo inclinó la cabeza, mirando a su hermano con astucia. Suspiró y admitió– Ha conseguido sacar un poco de tiempo para... para ver cómo estoy. ¿A que sí, hermanito?

Cutter levantó el borde del sombrero lo suficiente para que Elizabeth pudiera ver de reojo la falta de escrúpulos que había en aquellos ojos negros como la pez. Era obvio que no le importaba en lo más mínimo lo que los demás pensarán, ni se molestaba en ocultar nada frente a su hermana, quien, si Elizabeth no se equivocaba, se lo tomaba a mal.

–Nunca admitirá que ha desertado –continuó Jo, arrugando el entrecejo–. Dice que tan solo ha venido a ver que todo vaya bien por el Oasis. En el

fondo este sitio es suyo, no mío, pero jura que no tiene paciencia para regentarlo y por eso tiene el detalle de dejarme esa carga a mí. –Jo le guiñó un ojo con complicidad a su hermano–. Lo cierto es que es muy generoso, aunque a veces se pase de protector. –Suspiró con resignación–. Le he dicho un millón de veces que puedo cuidarme sola, pero no me cree.

Cutter no dijo nada relativo a las palabras de su hermana, pero su sonrisa se torció. Una diversión cargada de astucia se dibujó en sus labios. Aquella arrogancia hacía que Elizabeth se sintiera más rara que un perro verde, ya que la sonrisa iba dirigida a ella. Deseaba con todas sus fuerzas poder borrarla, pero se recordó que debía estar agradecida. A pesar de aquella expresión tan presumida, Elizabeth no podía dejar de mirarlo.

–Bueno, pero al grano –dijo Jo–. Lo que quiero saber, querida Liz, es por qué crees que necesitas un hombre.

Elizabeth asintió mirando a Cutter. Era demasiado difícil ser coherente mientras él siguiera mirándola con tanta profundidad.

–No hace falta que él lo escuche, ¿no?

Jo respondió sin más.

–Mira, cariño, te lo voy a decir clarito. Puede marcharse... si consigues convencerlo de que abandone su propio despacho. Pero aunque se marchara, entre nosotros no hay secretos. Acabaría enterándose. Así que acabas antes contándonoslo a los dos, antes de que me muera de curiosidad. ¿Para qué diantres necesitas un hombre?

Las dos últimas palabras fueron enfatizadas como si se tratara de algo ridículo. Elizabeth no se dio por aludida.

–¿Y qué puede ser tan importante? –continuó Jo– Como para aparezcas en el Oasis en medio de la noche y arriesgues tu vida y tu integridad. ¡Te creía más sensata! –chilló.

El calor subió por las mejillas de Elizabeth mientras miraba una vez más a Cutter. Él seguía mirándola, su expresión era indescifrable, salvo por la sonrisa burlona que tenía en los labios. Elizabeth se sintió de pronto tan

incómoda que deseaba que el suelo se abriera bajo sus pies y se la tragara, cualquier cosa con tal de escapar a aquel descarado escrutinio.

Para desgracia de Elizabeth, la sonrisa de aquel canalla se extendió hasta sus insondables ojos. Elizabeth tragó, respiró hondo y movió la cara, sintiendo que la mirada de él la quemaba como el ardiente viento del sur en medio del desierto; por poco no acabó con ella. Le pidió al cielo que le diera fuerzas, porque sabía que en cualquier momento se echaría a llorar y no quería derramar lágrimas frente a aquel granuja.

Decidió que lo mejor era ignorarlo.

Ya que no se marchaba... Haría como si no estuviera en la habitación, como si no estuviera allí sentado, a menos de medio metro... centímetro arriba, centímetro abajo.

Elizabeth se obligó a centrar su atención en Jo.

–Me ha llegado una carta hoy –empezó, con la voz entrecortada–. Es del suegro de mi hermana. Katherine... K-Katherine –le fallaba la voz. Era demasiado difícil hablar–. Ella y su marido... Los han matado. El suegro no dice cómo fue. –Elizabeth intentó ocultar la emoción y se limitó a recitar los hechos, pero el temblor de sus labios la traicionaba–. Parece que han dejado a su pequeña de cuatro años bajo mi tutela.

Cerrando los ojos, Elizabeth intentó controlarse. De pronto sentía como si se fuera a desmayar. Pero nunca había perdido el conocimiento y este no era el mejor momento para hacerlo por primera vez.

No en frente de él.

Luego se recordó que era como si él no estuviera.

Ignóralo.

Jo abrazó a Elizabeth por la cintura para consolarla.

–¡Pobrecita mía! ¡Lo siento! –declaró–. Ven, siéntate en mi silla.

Elizabeth se dejó caer en la silla de cuero, blanda como la mantaquilla, que había frente a un pequeño escritorio. Agradecía que este le sirviera de barrera frente al hermano de Jo. Aunque ahora había quedado frente a él. Se

le aflojaron las piernas al darse cuenta de ello.

–¿Estás bien? –preguntó Jo.

Elizabeth asintió, su mirada había sido atraída otra vez por la mirada de Cutter. Era como una polilla que se acercaba sin remedio a la llama en la que moriría, pensó.

Él ya no sonreía, su sonrisa había sido sustituida por un gesto de desaprobación. Elizabeth pensó que probablemente él la consideraba una idiota parlanchina. Peor aún, era justo así como Elizabeth se sentía.

–Ve directa lo del hombre –le dijo Jo, moviendo la mano con impaciencia.

CAPÍTULO DOS



No puedo reclamar a la hija de Katherine salvo que esté casada – dijo Elizabeth de forma cortante–. Su abuelo la adora y no va a dejarla marchar si no está seguro de que la niña irá a un hogar decente.

–No lo entiendo –interrumpió Jo–. ¿Y por qué no se queda con él si la quiere tanto?

–Porque dice que es demasiado mayor para criarla –confesó Elizabeth–. En la carta dice que si yo no puedo hacerme cargo de ella se la dará a una pareja piadosa a la que conoce y que no tienen hijos.

Elizabeth se mordió el labio inferior para evitar llorar. Cerró los ojos tan solo un instante para mantener la compostura. Cuando los abrió, estaban húmedos.

–¡Jo, tengo que quedarme con la niña! Katie era mi única familia, *necesito* criarla yo, ¿es que no lo ves? No soporto pensar que vaya a crecer sola... que yo nunca la conozca. –Sus ojos se llenaron de melancolía–. Solo tiene cuatro años. –Su voz se quebró por el dolor–. ¿Es que no lo entiendes?

Jo asintió.

–Creo que lo entiendo, cariño. ¿Y qué vas a hacer?

Elizabeth se aclaró la garganta porque las palabras que iba a decir a continuación le parecían ultrajantes.

–Bueno... –Empezó, arrugando el entrecejo–. He pensado que... He

pensado que contrataré a alguien para que sea mi marido.

El repentino sonido de alguien ahogándose desvió la atención de Elizabeth. Sus ojos se abrieron más, su mirada voló hasta la de Cutter como si de pronto requiriera su presencia. A pesar de sí misma, el desagradable calor volvió a sus mejillas.

Al ver cómo Elizabeth enderezaba la espalda de manera estoica, Cutter sintió el impulso de consolarla. Le sorprendía que ella no vertiera siquiera una sola lágrima y la admiraba por esa fortaleza de espíritu. La mayoría de las chicas a las que conocía habrían derramado líquido salado como una esponja que se estruja (y con razón). Pero ella permanecía allí sentada, sus ojos brillantes de dolor, pero ni una sola lágrima. Su dolor, sin embargo, era tangible y movió algo en él. Parecía que a ella se le daba bien controlar la rabia, así que él le dio un giro al asunto.

–Deja de mirarla, Jo. ¡No es una niña idiota!

Elizabeth levantó la cabeza como un látigo. Jo le lanzó a su hermano una mirada incrédula. El silencio se apoderó del pequeño salón durante un incómodo instante mientras lo miraba con odio. Al final, dijo:

–¡Y tú qué sabrás de lo que necesita, borrico insensible!

Cutter arqueó una ceja mostrando una sorpresa divertida.

–Hace tan solo un momento era “demasiado generoso” –le recordó.

Sin dar tiempo a que su hermana respondiera, se levantó de la silla y pasó al bar privado. Levantó algunas botellas por el cuello para leer mejor las etiquetas y encontró una que le gustaba. La cogió junto con dos vasos y los puso en la mesa frente a Elizabeth.

Jo miró a Elizabeth, pero esta seguía mirando a Cutter.

–Mira, Elizabeth, aunque supieras cómo arreglártelas... No estoy seguro de que sea el mejor momento para viajar.

La mirada de Elizabeth volvió a Jo.

–Pues verás... ¡es más que buen momento! Seguro que ya se ha corrido la voz de que hay guerra. Y Elias dice que con tantas tropas en la zona no

debería preocuparme por... –Elizabeth miró a su alrededor ansiosa, luego sus ojos volvieron, se mordía el labio buscando las palabras.

–Los indios –la ayudó Jo y compartió una mirada de diversión con su hermano.

–Eh, sí –dijo Elizabeth.

Cutter levantó la banquetita en la que antes tenía apoyados los pies y la puso del otro lado del pequeño escritorio con un estruendo. Sin preámbulos, se sentó en la banqueta y, aunque se trataba de una banqueta baja, quedó más alto de lo que había quedado Elizabeth en su cómoda silla de cuero.

–Esto –les informó a las dos, aunque no despegaba la mirada de Elizabeth, guiñándole un ojo con audacia– es lo que esta mujer necesita en este momento. –Levantó su copa.

Elizabeth unió las cejas en señal de desaprobación. Llevaba el pelo recogido con demasiada fuerza, lo que le daba un aspecto sobrio y ácido a su cara, pero los ojos de Cutter lo ignoraron, se centraban tan solo en las espesas pestañas negras que se hacían más grandes a través de las gafas, así como en aquellas cejas oscuras que tanto sobresalían con el color miel del pelo y de la piel.

–¡Por supuesto! –exclamó Jo asqueada–. Pasa los hombres esa siempre es la respuesta, ¿no? –Meneó la cabeza mostrando desaprobación.

Elizabeth, en cambio, se quedó callada.

Cuando él apartó la mirada de ella para mirar a su hermana, le dijo con agudeza:

–¿Y tú no tienes un bar en el que deberías estar trabajando o algo?

Jo lo perforó con la mirada.

–Sí, bueno, pero...

No podía discutir lo que era verdad y no se atrevía a dejar solos demasiado tiempo a aquellos hombres sarnosos en su bar. Cutter lo sabía. Seguro que estaban bebiendo a escondidas de las botellas y pellizcando a las chicas de Jo. Se puso en jarras para advertirle:

–Mas vale que te comportes, Cutter. Si te atreves a decir algo que hiera los sentimientos de Elizabeth...

La sombra del enfado se cruzó por las marcadas facciones de Cutter, pero se esfumó tan pronto como había aparecido.

–Sabes que no lo haré, Jo. De hecho, creo que puedo ayudar. Anda, fuera de aquí, vete a trabajar antes de que te dejen si un lugar de trabajo. –Sus ojos se iluminaron con una advertencia sutil pero firme.

Elizabeth abrió la boca para oponerse, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Jo hizo un ruido nasal poco elegante y abandonó la sala, cerrando la puerta con firmeza a su paso.

Levantándose de forma abrupta, Elizabeth boqueaba con frustración, mirando a la puerta cerrada con los ojos como platos. ¡Cómo se atrevía Jo a dejarla sola con el pillo de su hermano! Se giró para mirar despacio a Cutter, con una expresión de odio.

–¡Tenía que hablar con ella, señor McKenzie! –Elizabeth estrechó los ojos sobre él acusándolo—. ¿El apellido es McKenzie? –preguntó.

Cutter levantó la botella y la giró para apreciarla, luego vertió un poco de fuego ambarino en el vaso de Elizabeth.

–Así es –borbotó—. Sus ojos oscuros de halcón perforaron los de ella mientras le acercaba el vaso—. Bebe. Quizás te ayude. –La curva de sus labios parecía retarla.

Reacomodándose en el borde de la silla, Elizabeth le devolvió el vaso deslizándolo hacia él y enderezando los hombros.

–No, gracias, señor McKenzie. No consumo alcohol. –Sus ojos se estrecharon—. ¡Jamás!

Encogiéndose de hombros con indiferencia, Cutter se sirvió dos dedos. Al dejar la botella en el escritorio, chocó “accidentalmente” con el vaso de Elizabeth, poniéndoselo de nuevo al alcance.

–Como quieras –dijo él, ajustando la banqueta. Se apoyó en el escritorio y estiró sus largas piernas de forma perezosa frente a él.

Por debajo del escritorio, la puntera de una de las botas se las arregló para encontrar el camino hasta el borde de la falda de Elizabeth, rozándole el tobillo. Ella se movió de golpe conteniendo el aire. Aunque no con la suficiente velocidad, ya que se estremeció profundamente ante la inesperada caricia. Hizo que se le acelerara el pulso y que se le enturbiaran los sentidos. Seguramente no lo había hecho a propósito. ¿O sí? Se lo preguntaba.

Inclinando la cabeza ligeramente, Cutter levantó el vaso en un saludo bufonesco.

—No te importará que yo beba —dijo sonriendo.

Demasiado turbada para hablar, Elizabeth simplemente meneó la cabeza como respuesta, pensando que debería levantarse y marcharse. Pero no lo hizo. Algo la mantenía anclada a la silla, ni siquiera podía apartar la mirada.

¿Él sabía lo mucho que la inquietaba su presencia? ¿Se estaba burlando de ella? Esa posibilidad le molestaba profundamente.

—Me gustaría que no sonrieras tanto.

Cutter estudió la expresión en la cara de ella por encima del borde del vaso de whisky. Estaba poniéndola nerviosa, se daba cuenta de ello. Pero no podía evitarlo. Se moría por quitarle las gafas, por tocar con el dedo aquellas pestañas largas como sables, ver si eran tan suaves como parecían.

Mantuvo su mano ocupada con su whisky matarratas. El pulso se le aceleró en la sien al pensar en tocarla. Tragando, golpeó el vaso contra la mesa.

—¿Y por qué? —preguntó.

—¡Porque sí!

Él imaginó cómo se sentirían aquellas delicadas pestañas contra sus labios.

—¿Por qué? —insistió con un tono más grave que antes.

—Por... ¡Porque me molesta! —dijo ella cortante.

La sonrisa de él se hizo más marcada.

Una vez más, ella estrechó los ojos.

–De acuerdo, señor McKenzie. Ya que de verdad no entiendo qué te parece tan increíblemente divertido, ¿te importaría ilustrarme?

Él se cruzó de brazos.

–Creo que sí me importa.

Elizabeth se levantó de golpe, enderezando los hombros con orgullo.

–Pues entonces... ¡tendrás que disculparme! ¡No tengo tiempo para estas tonterías!

Se dirigió hacia la puerta, pero la falda se le enganchó con firmeza en una esquina del escritorio. Se detuvo de golpe al escuchar la tela que se rasgaba. Se quedó inmóvil como una roca, paralizada al pensar en girarse y encontrarse con el gesto de burla de Cutter.

Se quedó mirando a la puerta, estaba a medio metro de distancia, pensando que con toda seguridad Cutter estaba espiándola con sus insolentes ojos negros.

Tenía el impulso de romper la falda sin más para liberarse, coger el pomo y abrir la puerta de una vez, escapar por su vida. Pero sabía que eso no la llevaba a nada.

Tampoco quería que Cutter pensara que le tenía miedo. De pronto le resultaba muy importante plantarle cara, mostrarse segura, como si no le afectara. Cerró los ojos un instante, respiró hondo y se giró para mirarlo, levantando ligeramente la barbilla.

Se dio cuenta de que él se había puesto de pie y tenía una ceja ligeramente arqueada.

Se preguntó llena de ira cómo lo había hecho, ¿cómo se había movido tan rápido sin hacer ruido?

Él se pasó la mano por los labios como si quisiera borrar con ella su sonrisa, luego bajó mientras su cuerpo se agachaba para desenganchar la falda. Pero no se incorporó de inmediato. Agachado a los pies de ella, levantó la mirada desde sus tobillos. Sus ojos brillaron cuando le ofreció el borde de la falda.

–Supongo que vas a necesitar esto. –Sus ojos bailaban divertidos.

Exasperada, Elizabeth le arrebató la falda rota de las manos, agradeciendo que tan solo hubiese sido el adorno que ella había añadido para alargarla. Los dedos de él se cerraron sobre los de ella. No los aprisionaban realmente, aunque Elizabeth no se dio cuenta de ella hasta que le resultó bastante fácil apartarlos al salir del atontamiento pocos segundos después.

El descubrimiento la dejó pasmada.

Estaba lista para salir corriendo.

Cutter lo vio en sus ojos, así que se manejó con cuidado, echándose un poco hacia atrás. Se apoyó en el escritorio, cruzando los brazos de forma perezosa sobre el pecho mientras la estudiaba. No quería que ella se marchara, pero no le iba a pedir que no lo hiciera. La expresión retadora de ella le decía que se marcharía solo por hacerlo rabiar.

–¿Crees que Brady ya se ha marchado? –le preguntó él como si nada, sabiendo perfectamente que así desviaría su atención y evitaría que ella se marchara de la habitación hasta que lograra tranquilizarla.

Primero se dibujó sorpresa en la cara de ella, luego preocupación al recordar el motivo por el que Jo la había llevado al despacho. Con un dedo delicado, se subió las gafas sobre el puente de la nariz, como sopesando la pregunta con atención.

Cutter se levantó del escritorio y se apartó aún más, colocándose detrás para que ella tuviese una sensación de mayor seguridad.

–Lo siento si te he ofendido... No era mi intención. Es solo que veo que le importas a Jo.

Los sentimientos de Elizabeth eran tan transparentes que él se dio cuenta del segundo exacto en el que ella empezó a relajarse.

–Me gustaría mucho ayudarte si me lo permites.

Cutter le sostuvo la mirada, no la apartó ni siquiera cuando se sirvió un poco más de whisky. Se sentó y estiró las piernas mientras daba un buen trago. Luego meneó la cabeza murmurando:

–Esta mierda es tan fuerte que puede secarte el seso.

Obviamente no era tan asquerosa como para evitar que se sirviera un poco más.

Algo le decía a Elizabeth que no estaba del todo arrepentido. Aquella idea la picó; miró cómo él bebía dolorosamente despacio y sintió que se le encogía el pecho cuando la lengua de Cutter bailó sobre su labio inferior, recogiendo el sabor del whisky.

Elizabeth tuvo que recordarse a sí misma que debía exhalar.

Y luego los ojos de Cutter se arrugaron en las esquinas, esbozando aquella sonrisa maleducada por la que acababa de pedir perdón.

Ella se negó a que él fuese el motivo por el que abandonaba la habitación. Levantó la barbilla y respondió a su impertinente mirada. En ese momento, él seguía siendo mejor que Brady. Elizabeth no deseaba abandonar el santuario que era aquel despacho hasta que Jo hubiese echado a Brady del bar.

Puso las dos manos sobre el escritorio, aún llevaba el borde de la falda en una.

–De acuerdo –hizo la pregunta sin poder evitarlo–. ¿Y cómo crees que puedes ayudarme, señor McKenzie?

Cutter bajó la mirada, estudiando los largos y delgados dedos que se apoyaban con tanto descaro sobre el escritorio. Observó el trozo de tela que se encontraba atrapado bajo la mano derecha y luego subió hasta sus ojos leoninos.

Tuvo que usar todas sus fuerzas para no explotar. La mayor parte de los hombres no se atrevía ni siquiera a mirarlo, ya no digamos a hacerlo con fijeza, y sin embargo aquella pequeña potranca estaba allí midiéndose con él, retándolo. Lo miraba como si le deseara un rápido viaje al Otro Barrio.

Arqueando las cejas, la invitó a sentarse. Ella lo miró con dudas y luego se movió sin ganas, pasando la mano sobre el borde del escritorio como si estuviera preparada para tirárselo encima con todo su peso en cuanto él hiciera un movimiento en falso. Un movimiento que, obviamente, ella

esperaba que hiciera en cualquier momento.

Cutter se llevó el vaso a los labios sin dejar de mirarla y dio otro trago.

—No hay motivos para tenerme miedo, Doc.

—¿Miedo?

Aquella no era precisamente la palabra que describía lo que sentía en aquel momento.

Fue un gran esfuerzo parecer al menos serena. Elizabeth respiró hondo para tranquilizarse y luego cogió su copa, obviamente no para beberla, sino para tener las manos ocupadas y evitar que su temblor la delatara.

—No muerdo —le aseguró Cutter con un extraño brillo en los ojos—. Normalmente no... y cuando lo hago no es muy fuerte.

Elizabeth parpadeó.

¿Por qué encontraba un doble sentido en aquellas palabras?

Por dios, otra vez tenía calor, aunque no se debía a la vergüenza. La verdad era que se sentía muy rara. Los minutos fueron largos sin una palabra entre los dos.

¡El muy desgraciado ni siquiera se apiadaba de ella para apartar la mirada!, pensó Elizabeth. La mayoría de los hombres habrían mirado hacia otro lado. Pues bien, ella también era dura, ¡ya se lo demostraría!

Los años transcurridos viendo cómo su padre trataba a la gente le daban ventaja. Elizabeth buscó un tono de ligero aburrimiento y lo unió a un largo y sufrido suspiro:

—¿Puede que te apetezca explicármelo en algún momento de este siglo, señor McKenzie? ¿Cómo piensas que me puedes ayudar?

La respuesta en forma de sonrisa la puso de los nervios y ella se apresuró a levantar el vaso para llevárselo a los labios. Sin pensar, bebió aquel aguardiente hasta el fondo, mirado todo el tiempo a Cutter por encima del borde del vaso. Le quemó a muerte, la ahogó y fue tan sorprendente que casi se levanta de la silla. Se llevó las manos a la garganta desesperada, tosiendo y escupiendo.

En un abrir y cerrar de ojos Cutter estaba junto al escritorio, dándole golpecitos en la espalda.

–Cuesta un poco acostumbrarse –le aseguró con la voz un tanto ahogada–. El próximo trago te resultará más fácil.

Sonaba como si se estuviera riendo de ella, pero Elizabeth no se atrevía a mirarlo para comprobarlo. Se aclaró la garganta de forma poco elegante y asintió, bajando la mirada para observar a través de las pestañas el vaso que de pronto parecía habersele pegado a las manos.

La mano de Cutter permaneció sobre su espalda, frotándosela para confortarla. Elizabeth no protestó contra esa muestra de intimidad. Le parecía perfectamente natural. De hecho, mientras el calor de su mano le transmitía una comprensión silenciosa, Elizabeth tuvo que luchar para contener las ganas de saltar a sus brazos y llorar para lavar sus penas.

–¿Mejor?

Elizabeth asintió con fuerza.

–Bien –respondió demasiado rápido, levantando la mirada.

–Lo imaginaba –le aseguró él guiñándole un ojo.

Elizabeth juraría que le estaba acariciando el pelo.

¿O no?

Era difícil saberlo, pero sentía como si hubiese dejado de ayudarla para pasar los dedos sobre su trenza. De pronto aquella sensación paró. Ella levantó la mirada para contrastar sus pensamientos, pero la expresión de Cutter era indescifrable.

¿Cómo podía parecer que la cercanía no le afectara en lo más mínimo cuando ella nunca se había sentido tan agitada? ¿Por qué no podía dejar de mirarlo tan descaradamente?

–Dime una cosa, Doc.

Y esa voz. Tan profunda. Tan masculina. Le provocó otro escalofrío en la espalda. Cutter estaba tan cerca que olía el cuero tibio que llevaba puesto. Y los pantalones de gamuza le quedaban tan ajustados en los muslos que hacían

imposible apartar la mirada del contorno de los músculos.

Por la virgen y todos los santos, en aquel hipnótico momento pensó que habría dicho o hecho cualquier cosa que él le pidiera. Asintió sin darse cuenta de que estaba haciéndolo.

–¿Qué le hiciste a Brady para que se te acercara como un gallo en celo?

Elizabeth curvó la boca inconscientemente, le temblaba porque necesitaba sonreír. Luego, al recordar la expresión alarmada de Brady, no pudo evitar ponerse histérica de pronto. Fue como si se le descontrolaran las emociones. Se echó a reír hasta que le brotaron lágrimas, luego miró a Cutter avergonzada, sabiendo que probablemente pensaba que estaba loca por aquella forma abrupta en la que cambiaba de estado de ánimo.

–Supongo que querrás saber qué me hace tanta gracia.

Su risa gutural voló hasta Cutter. Era genuina y desinhibida, pero sonaba demasiado mundana para resultar inocente y provocó en él una reacción física inmediata.

–Ya lo creo que sí –admitió.

Elizabeth meneó la cabeza y volvió a levantar su vaso, bebiendo de forma ausente y aclarándose la garganta cuando esta amenazó con un nuevo ataque de tos.

–Bueno –dijo ella–, Brady es de los que beben demasiado.

Cutter se movió incómodo. Por el bien de ella esperaba que no se le ocurriera volver a mirarle la pierna. No se veía capaz de esconder el efecto que ejercía sobre él. Con solo recordar la manera en la que los ojos de Elizabeth se habían llenado de una sorpresa inocente y cómo se le habían dilatado las pupilas al mirarlo, se excitaba tanto que resultaba evidente.

Ella bebió un poco más y se aclaró la garganta. Esta vez fue Cutter quien se sintió incómodo. Decidió que los labios eran su parte más bonita. Carnosos, protuberantes, suplicaban que los besaran.

–... siempre tiene accidentes –la oyó decir.

Cutter sacudió la cabeza para ahuyentar los pensamientos lujuriosos.

–Una noche –continuó Elizabeth–, vino porque se le había quedado atascado el pulgar en el gatillo de la pistola, ¿no me preguntes cómo lo hizo! Estaba disparándole a unas latas con sus amigos y apareció de pronto, entre presumiendo y con ganas de pelea. Le dijo a mi padre: “tú solo cóseme”. Pero mi padre no quería hacerlo sin darle whisky antes. Al señor Brady no le gusta mucho el dolor –se apresuró a explicar–. Cuando mi padre abandonó la habitación para ir a buscar un vaso, el señor Brady se enamoró de uno de sus escalpelos nuevos –levantó la mirada para ver si él prestaba atención. Elizabeth suavizó su expresión de pronto y se rió de mala gana–. Papá y yo vimos desde la puerta cómo el señor Brady se peleaba con un oso imaginario. ¡Deberías haberlo visto, señor McKenzie!

–Ojalá –dijo él en un tono plano, intentando ignorar lo mejor posible su creciente incomodidad.

–Aunque no lo creas, pensé que iba a perder la pelea –dijo ella bajito, distante.

A pesar de que lo miraba, Cutter sabía que su mente estaba en otra parte.

No pudo evitar que sus ojos recorrieran el cuerpo de ella para evaluar su figura por debajo de la ropa. Quizás fuese demasiado delgada, se dijo... ¡qué va!

Arqueó las cejas. Se le movían las narinas cuando apartó de su garganta la rigidez repentina que se le había instalado.

–¿Y cómo sabías que era un oso con lo que luchaba?

Cutter pensó que lo mejor era hacer que Elizabeth siguiera hablando... ambos debían mantenerse ocupados. Jo probablemente pegaría un tiro en el trasero si lo encontraba tirándole los tejos a su única amiga. Una chica que por otra parte estaba hasta las cejas de problemas.

Ahora que lo pensaba, no creía que a ninguna de las dos les gustara la idea del cortejo.

Elizabeth sacudió ligeramente la cabeza, como para evitar que se le escapara el recuerdo.

–Bueno, porque hablaba con él. Apuñalaba y luchaba con el aire, luego dio un paso hacia atrás y se apuñaló a sí mismo. –Elizabeth lo miró de pronto, con el entrecejo fruncido.

–¿Dónde? –preguntó Cutter, respirando hondo. Error, porque al hacerlo le llegó su olor. El más dulce aroma femenino. Su sangre se calentó, subiendo como lava ardiente por sus venas.

–En, uhm... sus... En los bajos –susurró Elizabeth.

Cutter tardó un momento en registrar lo que ella había dicho, pero cuando lo hizo, su carcajada fue genuina, cálida y rica, como era la del padre de Elizabeth, lo cual la hizo sentir inmediatamente cómoda.

–Ahora lo entiendo –dijo Cutter riéndose aún y llenándole el vaso a Elizabeth otra vez.

Ella se quedó mirando el vaso atontada. Por un momento pensó en protestar pero no lo hizo. De pronto se sentía bastante bien, incluso cómoda. Exhaló con languidez y algo pareció relajarse profundamente en su interior.

Quizás Cutter tuviese razón, pensó. Quizás le viniese bien olvidar.

–¿Conociste a mi padre? –preguntó de pronto Elizabeth.

Estaba orgullosa de su padre. Era cariñoso, protector. Ni una sola vez le echó la culpa de que su madre y su hermana los abandonaran... a pesar de que ella sí se culpaba a sí misma. ¿Y si hubiese ayudado un poco más? ¿Si hubiese sido mejor como hija? ¿Más complaciente? Mas como Katherine.

Él asintió con sobriedad.

–Hace cosa de un año. Era muy buen hombre, Lizbeth.

La forma en la que Cutter dijo su nombre la hizo suspirar con placer.

–Lo era –admitió–. Le echo de menos.

También echaba de menos a su hermana. Aunque no había visto a Katherine y eso hacía que no fuese lo mismo. Lo último que recordaba de Katherine era cuando su madre murió de fiebre pulmonar cuatro años atrás. Junto con la carta llegó una pequeña foto de su hija Katie con cinco meses; una bolita sin pelo. Elizabeth conservaba aquella foto con cariño.

¿Cuatro años?, pensó parpadeando.

¿Tanto tiempo había pasado?

Eso significaba que habían pasado siete años desde que su madre se había marchado con Katherine a St. Louis.

Tanto tiempo... y sin embargo aquel triste día seguía tan claro en la memoria de Elizabeth como si hubiese sido ayer.

Encontrar el mensaje escrito deprisa por su madre en la parte de atrás de una de las notas de su padre fue el momento más doloroso de la vida de Elizabeth. Esas palabras se quedaron grabadas por siempre en su mente. *Odio este lugar infernal con todo mi ser. No puedo. Sencillamente no puedo soportarlo más. Perdóname, Angus.* Ni una palabra para ella. Ningún perdóname, Elizabeth. Ninguna despedida. Absolutamente nada.

Al ser la hermana mayor y como le interesaba la medicina, Elizabeth estaba con su padre, ayudándole a traer a un niño al mundo. Por ello y porque sabía lo mucho que su madre odiaba la naturaleza y el miedo que les tenía a los indios, Elizabeth nunca la culpó del todo por marcharse sin ella; especialmente porque su madre fue tan solo la primera de tantos que abandonaron Sioux Falls. Para el año 62, casi todo el resto de la población había huido por miedo a los asaltos.

Ella estaba muy unida a su padre, así que de todas formas no habría querido marcharse. Sin embargo le dolía que su madre hubiese estado tan desesperada por abandonarlos que lo hubiese hecho sin molestarse siquiera en decir adiós. Su padre nunca volvió a ser el mismo.

—¿Dónde estabas tú?

—¿Hmmm?

Elizabeth abrió los ojos. No se había dado cuenta de que los había cerrado. Miró los ojos profundos y oscuros de Cutter. Eran fascinantes, como si no tuvieran fin. Pero a Elizabeth le pareció detectar una pizca de pena en su mirada y se le hizo un nudo en la garganta.

—Cuando fui a verlo... No recuerdo haberte conocido.

–Ah... pues... –Elizabeth tragó por reflejo, aclarándose la garganta para quitarse el nudo—. Nadie se recuerda... recuerda, me recuerda. Yo estando allí –le aseguró. Parpadeó deprisa y sacudió la cabeza preocupada por la torpeza de su habla—. Como... como... como siempre –dijo despacio—. A... A... Aprendiendo con mi padre.

Era como si Elizabeth se estuviese desinflando frente a los ojos de Cutter. Cruzó los brazos y apoyó en ellos la barbilla, sus ojos miraron al vacío antes de volver a hablar.

–Creo que su... su corazón estaba débil... –las palabras se desvanecieron mientras Elizabeth cerraba los ojos.

Cutter creyó que se había desmayado, pero luego el hipo la revivió.

–Creo... pienso... La verdad es que no lo sé... es solo que... Me gustaría haber ayudado más. –Dejó caer la cabeza hacia un lado.

Sentada como estaba parecía tan frágil, tan indefensa, que Cutter sintió otra vez el impulso increíble de envolverla entre sus brazos y estrecharla, protegerla del frío y duro mundo.

–Lizbeth –susurró, tocándole con un dedo un mechón que se le había salido de la trenza.

Tenía tacto de seda.

Si ella hubiese levantado la vista en aquel momento habría notado el deseo descarnado que se acumulaba en los ojos de Cutter.

–Eres adorable.

¿Sus oídos la engañaban?

Elizabeth pensó que sí, porque sus ojos desde luego lo estaban haciendo.

Abrió uno de los ojos con cuidado y notó que la habitación daba vueltas.

Con una sonrisa triste miró su vaso vacío y acercó la mano al cuello de la botella. Intentó levantarla, pero no tenía fuerzas.

Un calor rozó sus dedos.

Al mirar otra vez, vio que la mano de Cutter estaba exactamente sobre la de ella. Inexplicablemente, ese descubrimiento hizo que la recorriera un

cosquilleo delicioso. Sabía que debía retirar la mano, pero no se convenció de hacerlo. Su cuerpo de pronto estaba felizmente pesado.

–Creo que has bebido de más –murmuró él con voz densa. Ella no respondió, se quedó sentada, mirando fijamente la mano de Cutter como si estuviera perpleja, entonces él preguntó– ¿O no? Lo que quería era tranquilizarte. Tenías los nervios tan tensos como el arco de un indio. No pretendía emborracharte. –El pulgar de Cutter acarició con abandono la zona entre el índice y el pulgar de Elizabeth, provocándole un escalofrío delicioso que le bajó por la espalda.

Cerrando los ojos, Elizabeth saboreó el dulce letargo que se apoderaba de su cuerpo. Pensó en decirle que era demasiado tarde, que sospechaba que ya estaba un poco borracha, pero estaba demasiado mareada para molestarse en hablar. Su mano se deslizó debajo de la de Cutter, sobre el frescor de la botella, hasta llegar a la mesa.

Mientras Cutter la miraba, pensó que ella era demasiado inocente. Si contrataba a alguien para fingir que era su marido se aprovecharía de ella. ¿Es que no se daba cuenta del peligro que corría? Si no era la rudeza de aquellas tierras en sí, sería por aquellos que tanto peleaban por hacerse con ellas. Estados Unidos no se conformaba con acabar de tener una guerra cruenta entre hermanos, ahora blancos y pielesrojas seguían peleando con crudeza por el control de las tierras. Seguro que Elizabeth no tenía ni la más mínima idea del riesgo que corría aún sin contar con tipejos como Dick Brady.

Cuanto más lo pensaba más seguro estaba: ya podían comérselo los infiernos o venir las inundaciones, no iba a permitir que ella peligrara más de lo que ya peligraba. Cutter también veía lo importante que era para ella reclamar a la hija de su hermana. Y no hacía falta ser chamán para ver que Jo sentía algo especial por Elizabeth. Para Cutter esa sola razón bastaba para entrar en acción. Elizabeth debía de ser una mujer maravillosa para haberse hecho amiga de aquella ruda tendera. Las damas respetables ni siquiera habrían entrado en un bar.

–Lizbeth –susurró sin poder evitarlo–. Déjame ayudarte. Déjame ser ese marido al que quieres contratar; no quiero dinero –le dijo–. Solo déjame hacerlo por... Jo. Sé que ella querría que lo hiciera.

Con cierto esfuerzo abrió un ojo y se encontró con la cara de Cutter a pocos centímetros de la suya. Podía haberse echado hacia atrás, pero estaba demasiado floja incluso para parpadear.

–¿Y por qué harías algo así? –balbuceó somnolienta.

–No sé –confesó, levantándose el sombrero y pasando la mano por sus ondas oscuras. Sus ojos brillaron, reflejando la luz de la lámpara–. Supongo que solo quiero ayudar, ya está.

–No... No creo –le dijo Elizabeth, meneando la cabeza con poca gracia. Quería dejar que lo hiciera, de verdad que sí. Pero tenía un motivo para descartarlo.

¿Y de qué se trataba?

Se le cerraron los ojos cuando intentó recordarlo. Ah, sí, porque era un mestizo arrogante. No era que ella tuviese nada en contra de los mestizos, por favor, especialmente no en contra de este. Sospechaba que incluso le caía demasiado bien. Y Jo era su mejor amiga.

Era solo que si se presentaba por allí con Cutter McKenzie como su marido sería peor que andar sola. A la mayoría no le gustaban los indios. Elizabeth no podía arriesgarse a que el suegro de Katherine fuera de la misma opinión. En su carta mencionaba a los indios, y no de forma muy favorable. Si tenía prejuicios... de nada iba a servir ignorarlos porque Elias Bass la mandaría de vuelta con las manos vacías. Elizabeth no podía permitir que eso ocurriera.

Bostezó de pronto, instintivamente, cubriéndose la boca con la mano y sintiéndose increíblemente tranquila. Sintió vagamente que le quitaban las gafas de la cara, pero no se molestó en abrir los ojos. En realidad no sabía por qué aún usaba aquellas anticuallas, debería haberse comprado unas gafas nuevas hacía tiempo ya.

Empezó a usar gafas a los doce años. Era tan orgullosa como su padre y tan solo deseaba parecerse a él... así que las rescató de las cenizas en las que él las había lanzado. Por supuesto tuvo que llevarlas a cambiarles las lentes porque las viejas estaban rotas, pero a pesar de que la montura estaba torcida, le parecieron correctas así que las usaba. Más adelante se dio cuenta de que le servían para alejar a los hombres. Al parecer a la mayoría no les atraían las mujeres con gafas (y no ayudaba que la montura estuviese torcida). Le venía bien porque lo único que había deseado en la vida era ser médico, que la dejaran cumplir su sueño en paz.

¿Cutter había dicho de verdad que se habría acordado de ella? Seguro que no.

–Lizbeth, chica, despierta. Mírame –le pidió él con suavidad–. Quiero ver tus ojos castaños.

¿Y para qué quiere verlos?, se preguntó medio dormida. Intentó darle gusto porque sonaba preocupado; levantó la cabeza para mirarlo con ojos ausentes. Se inclinó hacia adelante despacio, era incapaz de mantenerse recta, así que chocó contra el sólido pecho de Cutter.

Estaba tan duro. Pero también templado, como la manta desgastada de franela que le encantaba de niña. Por ello se acurrucó contra él, frotando la cara con gusto sobre el desgastado chaleco de ante.

Con un jadeo y un suspiro, Cutter levantó el cuerpo lánguido de Elizabeth en brazos. Sentándose en la silla que ella había ocupado antes, la meció sobre las piernas con una ternura que desafiaba a su tamaño y su fuerza.

–Madre mía –murmuró Cutter.

La mujer tan solo había dado unos cuantos tragos. Algo que a él no lo habría afectado en absoluto, pero le había bastado para caer redonda. ¿Quién lo habría dicho? Pesó que lo pequeña que era explicaba la diferencia en los efectos secundarios. Eso y que había bebido rápido, además de que estaba bastante estresada emocionalmente.

Se quedó mirándola un buen rato, estudiando su pálida cara en la tenue

luz, pensando que le gustaría ser quien tiñera de rosa aquellas mejillas, quien le quitara los lazos y las horquillas del brillante pelo rubio... quien se lo acariciara. Deseaba demostrarle lo que podía ser más allá de aquellas gafas que le daban una apariencia que no era. No le pasaba absolutamente nada malo a su atractivo, salvo lo mucho que ella se empeñaba en ocultarlo.

Elizabeth se removió para ponerse más cómoda en su regazo y la reacción física de él fue inmediata. Gimiendo, Cutter cerró los ojos para dominarse a sí mismo. Estaba más caliente que una pistola de tres dólares y ella, todo lo contrario, ni sentía ni padecía.

Cutter deseó que volviera a abrir los ojos para poder ver su color otra vez. Nunca había visto unos ojos como los suyos, al menos no en un ser humano. Eran ojos como de lobo, amarillo cobrizo. Frunció el ceño y la movió un poco, pero no sirvió de nada. Sus párpados ni se movieron. Maldita sea, pensó él irritado, no puede haberse quedado dormida... aún no.

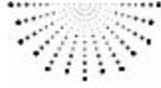
—¿Lizabeth?

Su mano se cerró sobre el hombro suave de ella, amasándolo con ternura. No pudo evitarlo, así que se agachó para besar la boca dulce y jugosa de Elizabeth y acabó lamiéndole el labio inferior, embrujado por su sabor. Ella suspiró dormida, pero abrió la boca para él, provocándole una oleada de ardiente deseo que lo recorrió con tanta fuerza que deseó sacudirla para despertarla y tomarla allí mismo, sobre el escritorio de Jo.

La lengua de Cutter recorrió el hueco aterciopelado de la boca de ella, se clavó entre los labios para buscar su lengua. Se sorprendió agradablemente cuando Elizabeth le respondió con la suavidad de la punta.

El corazón de Cutter latió como un cincel sobre la piedra, sus venas latían con un calor primigenio mientras su boca se movía sobre la de ella, devorando su humedad y su dulzura con una intensidad que lo sorprendió.

CAPÍTULO TRES



Suave, tan suave... demasiado suave... demasiado fácil para dejarse llevar.

Cutter necesitó un buen rato para darse cuenta de que Elizabeth ya no respondía. Gruñendo, se contuvo. Levantó la cabeza para mirarla a la cara, estaba decidido.

Ella parecía demasiado dulce y frágil, demasiado como de porcelana. Su piel demasiado suave, pura y pálida, cuando la mayoría de las mujeres tenían la piel tostada por su exposición al sol. Su cejas tenían una forma tan perfecta, fuertes sobre la cara. Necesitaba alguien que la protegiera.

Pero ella había rechazado su ayuda.

A él no le importaba un comino. Elizabeth no estaba en condiciones de tomar decisiones. Si tan segura estaba de querer contratar un marido... ese hombre sería él. La sentaría frente a él en la silla de montar y se marcharían. Cuando ella despertara ya estarían lejos y Elizabeth no podría hacer nada.

Cutter no se molestó en pensar si ella estaría a salvo con él. Lo dudaba, pero mejor él que otro hombre. Al menos así se aseguraría de que volviera sana y salva. Le levantó la larga y sedosa trenza y se la colocó con reverencia sobre el pecho. Se juró que haría que cualquier hombre que se atreviera siquiera a mirarla acabaría criando malvas.

La puerta crujió y se abrió. Jo entró, no estaba en absoluto preparada para

la visión con la que se encontró.

–¡Pero, bueno! –exclamó, conteniendo la risa que le daba ver a su hermano abrazando a Elizabeth con un orgullo tan posesivo; como un hombre abrazaría su primera silla de montar. La verdad era que nunca pensó que lo vería así algún día.

Sin embargo... Elizabeth no parecía darse cuenta en absoluto de lo que ocurría.

–Se ha quedado dormida. –Su voz fue poco más que un susurro ronco.

Jo avanzó en silencio, frunciendo el ceño.

–¿Se quedó dormida sin más? ¿Así? No me lo creo, Cutter. ¿Qué le has hecho?

Cutter arqueó una ceja.

–¡Da igual! Te ayudo a despertarla para llevarla a casa –sugirió Jo–. Encárgate del bar mientras no estoy. –La mano de Jo se detuvo en el aire cuando los ojos de Cutter le lanzaron una amenaza suave pero firme.

–Si le pones una mano encima, Josie, te vas a caer sobre mi rodilla. No eres demasiado mayor para que te dé unos azotes.

–Lo mismo digo.

–¿En serio? –respondió Cutter arrastrando las palabras. Sus labios mostraban una sonrisa beligerante–. ¿Te crees que me vas a poder poner sobre tu rodilla delgaducha? –Meneó la cabeza–. La cuestión es que la muy cabecita loca ha decidido alquilar un marido y he pensado que ese voy a ser yo. No tendrás aún aquella alianza tuya, ¿no? Momentáneamente aturdida, Jo se limitó a asentir. No era propio del cínico de su hermano interesarse así por nadie. La cara de hombre despreocupado que mostraba no la engañó ni por un instante. Sabía la animosidad que escondía tras esa fachada. Sin embargo sí que parecía menos preocupado que nunca y Jo sospechaba por qué. Era solo una sospecha, ya que no era fácil descifrar a Cutter.

En cambio Cutter parecía conocerla demasiado bien.

Algo brilló en los ojos de Jo y luego se apagó junto a su débil afirmación.

La satisfacción de Cutter se hizo notar.

–Sabía que la tenías –dijo–. Eres demasiado sentimental, Jo. Deberías haber vendido esa cosa hace años.

Cutter sabía que Jo deseaba tener su propia familia, pero una mestiza no tenía muchas oportunidades. Jo era muy guapa, pero eso parecía importar poco cuando sus raíces salían a relucir. Se casó, claro que sí, pero en cuanto su radiante marido descubrió sus orígenes la dejó en el acto sin ni siquiera decir adiós. Cutter sospechaba que, desgraciadamente, eso no impedía que ella siguiera amando a aquel imbécil.

Jo se encogió de hombros, no quería hablar de aquel doloroso tema.

–¿Te importa que la tomemos prestada?

Jo contuvo una risa de sorpresa.

–¿Tomemos?

–Tomemos.

Lo midió con la mirada.

–Claro –dijo un momento después, al darse cuenta de que él hablaba en serio–. Pero no la perdáis.

Cutter levantó la mano derecha.

–Te doy mi palabra –le aseguró–. ¿Por qué no me la traes?

–¿Quieres que te la traiga ahora?

–¿No es eso lo que te acabo de pedir?

Con mucho cuidado para no despertar a Elizabeth, Cutter se puso de pie, moviéndola sobre su hombro.

–Cutter... –Jo miró a Elizabeth–. No estarás pensando en llevártela esta noche, ¿no? –Al ver que él no respondía, lo miró a los ojos–. ¡Por Dios santo, está dormida!

–Borracha perdida –corrigió él, lamentando haberlo permitido–. Tráeme la alianza calladita, anda.

–¡Madre mía! Ella no lo sabe, ¿no? No me lo digas... ¿se lo ofreciste y te dijo que no? –Cutter le lanzó una mirada de advertencia. Jo meneó la

cabeza—. Nunca has sabido aceptar un no por respuesta, pero esta vez deberías pensártelo. No es que vayas a acompañarla solo hasta la esquina.

—¿Y adónde la voy a llevar? —preguntó, abrazando a Elizabeth de forma posesiva.

Jo se giró hacia él con la sorpresa en la cara y los brazos en jarras.

—¡Por Dios, Cutter! ¿Ni siquiera sabes eso? No, no sé... No creo que deba permitir que te la lleves. Déjame hablar con ella primero.

Cutter se encogió de hombros y le levantó la cabeza a Elizabeth.

—Como quieras.

Jo mantuvo una expresión de incredulidad al caminar alrededor de Cutter y moverle un poco el hombro a Elizabeth.

—Elizabeth...

Elizabeth emitió un suspiro suave y luego se colocó más a gusto en la espalda de Cutter. Jo le movió el hombro un poco más fuerte.

—Liz —la llamó—. Despierta, cariño. —Le dio un golpe a Cutter en el hombro frustrada—. Pero bueno, ¿qué le has dado a la pobre chica?

—Nada —le aseguró Cutter—. Es solo que esta mujer no aguanta el alcohol, eso es todo. Y ahora déjala en paz y por favor ve a traerme la alianza.

—¡Elizabeth! —insistió Jo. Por fin Elizabeth abrió un ojo con gran esfuerzo—. Elizabeth... Cutter quiere...

—¿Cutter? —Elizabeth suspiró, frotando la mejilla contra el chaleco de Cutter.

—¡Sí, Cutter! Quiere...

—Mmmmmhhhh —murmuró ella, colocándose más a gusto—. Cutter... está tan calentitooooo —concluyó con un suspiro somnoliento. La cabeza se le cayó hacia un lado y cerró el ojo, concluyendo definitivamente la conversación.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Cutter se movió hacia su frustrada hermana. Le brillaban los ojos.

—¿Estás satisfecha?

Jo se encogió de hombros.

—¿Y ahora me dices adónde la llevo?

—¿Por qué te lo iba a decir? —preguntó Jo—. Me parece, hermano querido, que si Elizabeth hubiese querido que lo supieras te lo habría dicho.

Él le clavó la mirada, buscando su aprobación.

—Si no me lo dices me iré de todas formas... y probablemente pierda mucho tiempo cabalgando en dirección equivocada. Además, Jo, creo que la chica te importa. No querrás que contrate a alguien como Dick Brady o algún otro embaucador.

—¿Y por qué no esperas a mañana? —preguntó Jo con sensatez—. Hablaré con ella, me hará caso si...

—Porque es terca como una mula, Jo. Lo veo en sus ojos. Te dirá que no y luego contratará a Brady. Mejor yo que él, ¿no crees?

Jo suspiró con resignación.

—Tienes razón, como de costumbre. Pero esta vez creo que no sabes lo que te echas encima.

Cutter contuvo una risa.

Jo meneó la cabeza.

Y ahora te ríes —le recriminó—. Se va a enfadar muchísimo, Cutter. No conoces a Liz como la conozco yo. Es necia, pero además de eso tiene el peor carácter que he visto en mi vida. Tuvo que sobrevivir desde que murió su padre. Pero —añadió—, si tu determinación es tan firme, adonde tienes que llevarla es a St. Louis. Deja que corra a preparar una bolsa para ella. Espero que sepas lo que haces —dijo antes de dejarlo a solas con Elizabeth.

Cutter no perdió tiempo parándose a pensar en las advertencias de su hermana, tampoco tardó en sacar a Elizabeth. No habían pasado diez minutos cuando por fin Jo apareció por la puerta trasera con los brazos cargados.

Cuando lo vio ya en el caballo y con las manos ocupadas, metió las cosas en los bolsillos de la silla de montar hasta que no cupo nada más: comida, bebida y otras cosas indispensables.

–Aquí están sus gafas –dijo Jo señalando los bolsillos–. Las he encontrado en mi escritorio. Pero no he encontrado ropa que le pudiera valer, solo una blusa. También hay un poco de dinero. Sé que no lo necesitas –dijo antes de que él protestara–, pero nunca se sabe. Dáselo a Elizabeth. De todas maneras se lo debo. –Levantó la mirada hacia su hermano–. Y para que lo sepas... Lo he pensado y creo que haces lo correcto, es solo que me has cogido por sorpresa. Si no te hubieras ofrecido voluntariamente creo que te lo habría pedido.

Él esbozó una sonrisa débil y asintió.

–Lo sospechaba.

A Jo se le humedecieron los ojos, odiaba haber pasado tan poco tiempo con su hermano. Pero en aquel momento Elizabeth lo necesitaba más. Lo aceptó... aunque había pasado mucho tiempo sin ver a Cutter y era la única familia que tenía, el único que se preocupaba por ella. Su padre le dejó a Cutter lo poco que ganó como traperero y Cutter se gastó en Jo hasta el último céntimo. Todo en el Oasis. Ella lo adoraba por ello.

Pero sabía que volvería.

–Cuídate, hermanito. –Le dio una palmada cariñosa en la rodilla cubierta de ante y luego se apartó, relativamente tranquila, tan solo sus dedos jugueteaban con los flequillos del pantalón de Cutter. Jo meneó la cabeza pensativa–. Siempre te pones al menos una prenda que te delata; un chaleco, pantalones con flecos, algo que te hace parecer más... en fin, indio. –Lo miró con una súplica–. Cutter, si te pusieras ropa normal nadie se daría cuenta.

–Jo.

Fue una sola palabra pero decía una multitud de cosas. Jo habría seguido hablando, pero no habría servido de nada. Para Cutter la charla había terminado. Ella sabía que a él no le gustaba nada que ella le hubiese dado la espalda a sus raíces, aunque respetaba su decisión. Jo también debía respetarlo, aunque eso significara que algún día pudieran meterle un tiro por la espalda. Había tanta gente que no respetaba a los mestizos.

Cutter no ocultaba sus orígenes, pero tampoco parecía indio puro. Era como si necesitara realizar un pequeño acto de desafío. Bueno, Jo se consoló, al menos Cutter no parecía fuera de lugar. Muchos hombres de descendencia inglesa se vestían de ante, aunque la diferencia era que no tenían sangre “Injun” y no corrían ningún riesgo por vestir así.

–Mandaré un telegrama a St. Louis –ofreció Jo y luego su gesto se volvió grave–. ¡No me pierdas la alianza! –Bajó la mirada hacia el pequeño objeto de plata casi con añoranza y se lo puso a Cutter bruscamente en la mano.

Sin mirarlo, Cutter se metió el anillo en el bolsillo con la mandíbula rígida. No contaba con la rabia que sentiría al volver a ver aquel objeto.

–Hasta luego –dijo, ajustándose la ala del sombrero. Luego, obligándose a borrar la dureza de su expresión, le guiñó un ojo a su hermana.

–Nos vemos pronto –añadió Jo.

Cutter espoleó con suavidad al caballo y se alejó trotando, sosteniendo a Elizabeth de forma protectora.

Cutter odiaba tener que dejar a Jo tanto como ella odiaba verlo marchar. Pero, por primera vez, sabía que la dejaba en buenas manos: las de ella misma. Jo sabía cuidarse sola, siempre lo había hecho, aunque hasta ahora él no se hubiera dado cuenta. El recuerdo de cómo se hizo cargo de Brady lo hizo sonreír. Aunque él era el más joven de los dos, siempre la había considerado dependiente, pero ya no. ¿Había dependido de él alguna vez? ¿O era verdad que él era demasiado protector?

Jo decía que lo era.

Nunca se quejó abiertamente, pero Cutter sospechaba que estaba un poco herida por la falta de confianza que él había demostrado. El tono de su voz se lo había hecho saber.

Su mirada se perdió en el camino silencioso. Como era habitual, la única luz provenía de las pocas cantinas y casas de mala reputación que estaban en pleno funcionamiento. Casi todos los demás dormían a aquella hora tardía de la noche. Los edificios estaban a oscuras, las lámparas apagadas.

La luna menguaba a menos de la mitad a las afueras de la ciudad. Pero era suficiente. Cutter pensaba seguir el gran Río Sioux hasta Sioux City más o menos y luego hacia Missouri —al menos durante parte del recorrido—. Luego el olor del agua le bastaría para mantener la ruta. Calculaba que tendrían una semana de camino hasta St. Louis con el peso que llevaban, pero estaba seguro de que su caballo Palouse podría aguantarlo fácilmente.

La pregunta era, ¿podría aguantar él?

Al llegar a los confines de la ciudad espoleó al caballo para ir más rápido, se moría por poner la mayor distancia posible entre ellos y las Cataratas Falls para cuando Elizabeth despertara. Era imposible saber cuánto faltaba para ello. ¿Una hora? ¿Dos? ¿Toda la noche? ¿Quién podía saberlo? El hecho de que estuviese tan borracha jugaba a su favor. Casi siempre el sueño inducido por el alcohol era profundo. Cuando más tiempo pasase dormida mejor.

Cuando estuvieran lo bastante lejos ya podría Elizabeth quejarse cuanto quisiese por su petulancia, Cutter no pensaba ponerle las cosas fáciles para volver.

Elizabeth le deslizó de pronto una mano por las costillas. Esto lo distrajo, se le aceleró el corazón al sentir su pequeña palma tibia paseándose sobre su camisa. El deseo se aferró a él cuando los dedos de Liz lo acariciaron de forma casi imperceptible, lo suficiente para volverlo loco en un instante.

Con un gemido de tortura, Cutter puso su mano sobre la de ella para detener sus movimientos somnolientos.

La miró. La escasa luz que ofrecía la luna reflejaba un polvo de plata sobre el fino pelo de Elizabeth, haciéndolo parecer más claro de lo que era en realidad. También su piel parecía más clara, casi translúcida. Ahora que dormía, su rígida fachada se había suavizado, dándole una apariencia delicada.

Cutter no podía entender cómo Liz aguantaba llevar la trenza tan tensa. En un impulso buscó las horquillas y se las quitó una a una. Sus dedos desataron con cuidado la cinta que le sujetaba la trenza. Se guardó los objetos

en el bolsillo, junto a la alianza, apuntando mentalmente que debía devolvérselos después. Despacio, metódicamente, le soltó el pelo, peinando aquella seda con los dedos hasta que las finas hebras volaron en libertad con la brisa nocturna.

–Así está mejor –murmuró.

Cutter no podía evitar seguir acariciándole el pelo una y otra vez. Sus callosos dedos nunca habían tocado algo tan agradable; le sorprendía que algo tan fino pudiese estimular su ruda piel... pero lo hacía, como las plumas sobre la roca.

La cabeza de Elizabeth descansaba con suavidad sobre el pliegue del brazo derecho de Cutter, las piernas de ella colgaban sobre el muslo izquierdo de él. Cutter meneó la cabeza al mirar lo voluminosas que eran sus faldas, sabía que iban a ser un incordio. Habría jurado que Elizabeth llevaba al menos tres tallas más de la que debía usar. Sus piernas se perdían por completo entre los pliegues. Conteniendo la necesidad de levantar la falda rota para mirar, notó cómo se ponía tenso y supo que el motivo no era que ella llevase demasiada ropa.

Elizabeth parecía tan tranquila entre sus brazos, pero pasaba el tiempo y Cutter no encontraba la paz. Sentía la sangre ardiente en sus venas, el pulso latiendo en su cabeza, sus latidos ancestrales acechándolo.

A veces se veía a sí mismo como era de joven, con el pelo largo, oscuro y trenzado, con perneras de ante y mocasines, de pie bajo la luna, escuchando los sonidos de la noche. Los quejidos de su madre, los eructos de borracho de su padre, los pies descalzos de su hermana escabulléndose sobre el suelo de madera en la oscuridad por el miedo. Entonces volvía a sentir cómo le hervía la sangre, cómo su espíritu lo llamaba... cómo buscaba la paz en su sangre nativa.

Aquella increíble sensación aún lo sobrecogía algunas veces. Era algo a lo que su hermana se resistía desesperadamente. Ella encontraba el alivio negando el legado de su madre, olvidando su idioma y todo lo que tanto

luchó su madre por inculcarles. Su padre la instruyó demasiado bien.

Pero Cutter se negaba a olvidar.

Siempre tienes que ponerte al menos una prenda que te delate...

Al bajar la mirada hacia los flecos de la manga de su chaqueta, sus labios se curvaron con cinismo. Era un recordatorio para saber que, por muy firme que pareciera su postura en el mundo del hombre blanco, siempre quedaría aquella canción en su alma, el espíritu imposible de negar, tan imposible como evitar la siguiente respiración. Era tan inexplicable como el aullido del lobo a la luna. Pero, le gustara o no, lo sentía más suyo que ninguna otra cosa.

Se sentía tan bien como tener a aquella mujer en sus brazos, como el deseo de clavarse profundamente en ella, de saciar su apetito salvaje, de protegerla.

Revolviéndose en su regazo, Elizabeth suspiró entre sueños, levantando ligeramente la cabeza. Sus dedos aferraron la parte frontal de la camisa de Cutter, desencadenando la correspondiente reacción en su cuerpo. Cutter cerró los ojos, se obligó a controlarse, pero no fue una buena idea, ya que en su mente la vio arrancándole la camisa, haciendo saltar los botones, besándole el pecho.

Cutter se imaginó soltando el freno, acunando la cabeza de Elizabeth entre sus grandes manos, acercando los labios a los de ella. Casi de forma febril la besaba, le lamía los labios y el cuello, recordando su sabor. En su fantasía, ella abría los ojos para encontrarse con los de él. Elizabeth echaba la cabeza hacia atrás como una diosa pagana, lo invitaba sin palabras. Él le desabrochaba la blusa con ansiedad. Sus manos le amasaban suavemente las carnes y luego le envolvían uno de sus pechos aterciopelados.

Con un gemido, Cutter imaginó cómo se vería sobre su piel oscura; unos globos suaves y blancos iluminados por la pálida luz de la luna.

–Está taaaan oscuro –susurró ella, sorprendiendo a Cutter en su fantasía.

Sonaba casi como la voz quejumbrosa de una niña. Cutter se sacudió para

ahuyentar esa imagen. Sabía que ella estaba soñando porque aún tenía los ojos cerrados. Pero, por si acaso, disminuyó el trote, deseando volver a arrugarla con el nuevo paso más lento.

–Shhh –murmuró él con el corazón latiendo a martillazos; ese era el efecto de su imaginación demasiado activa–. No pasa nada –susurró con voz ronca. Sacó la alianza de su bolsillo y se la puso a Elizabeth en el dedo–. Estás conmigo –dijo y, al hablar, sintió la verdad de aquellas palabras y respiró satisfecho, sintiéndose tan bien como no se había sentido en mucho tiempo.

Esto estaba predestinado.

Es tan bueno como la lluvia.

Elizabeth se acurrucó sobre él, enterrando la cara entre su brazo y sus costillas. Cutter sintió la forma de los labios de ella sobre su camisa y los latidos se intensificaron en su pecho.

–Mmm –dijo Elizabeth. El amago de una sonrisa se dibujó en sus labios y Cutter se preguntó con el ceño fruncido en quién pensaba Elizabeth.

–Está demasiado oscuro –se quejó ella–. Por favor...

Casi con ternura, como lo habría hecho él con un niño, le apartó el pelo de la cara.

–Por favor, ¿qué?

Elizabeth balbuceó algo ininteligible, luego volvió a gemir con un sonido triste. Aquello le removió las entrañas a Cutter.

La movió, pero no tanto como para despertarla, solo lo suficiente para hacer que volviese a hablar. Quería asegurarse de que estaba bien.

–¿Elizabeth?

–Tararea para mí...

¿Que tararee?

Cutter frunció el cejo. ¿Ella le estaba pidiendo que tarareara? Meneando la cabeza sin comprender, se encogió de hombros. Pensó que cualquier cosa que la hiciese sentir tranquila valía la pena. Elizabeth se apoyó en él como si

se sintiera reconfortada en sueños y, por primera vez en años, Cutter entonó la melodía que oyó por primera vez de labios de su madre cuando era un bebé. Mientras tarareaba, bajaba de vez en cuando la mirada para verificar que ella seguía durmiendo.

Jo le había advertido de que Elizabeth se enfadaría.

Pero, ¿cuánto?

Con una sonrisa, Cutter decidió que le gustaba el brillo de sus ojos cuando estaba enfadada y que deseaba ver su expresión al despertar.

Siguió tarareando bajito, recordando e intercalando algunas palabras en Cheyenne. Una frase por aquí, otra por allá. Pronto, Elizabeth se entregó por completo a las vibraciones que salían del profundo pecho de él.

Cutter estaba tan absorto pensando en la mujer que dormía plácidamente en su regazo, que no vio venir el codazo que ella le dio en la entrepierna. Fue un movimiento suave, con poca fuerza, pero dio justo en el punto...

En el peor punto.

Él abrió la boca solo un segundo como si no pudiera creer lo que ella acababa de hacer, luego la cerró, apretando mucho los dientes. Resistió el impulso de saltar de la silla de montar, apretó más los dientes para contener el dolor que se le clavaba en los bajos y entonces la oyó murmurar unos palabras:

—‘cá, ‘cércate... no hay espacio.

Olvidando el dolor que ella le había provocado, Cutter se fijó en que acababa de suspirar en sueños y sonreía, estaba cómoda.

Conteniendo la necesidad de aullar para expresar su agonía, consiguió sujetar las riendas y a la vez levantar el brazo de Elizabeth para apartarlo de la zona delicada. Hasta el más mínimo de los movimientos le resultaba un suplicio. Contuvo la respiración para aguantar el dolor y se levantó un poco para luego volver a sentarse, buscando desesperadamente una postura tolerable.

No podía despertarla. Joder, joder, no podía despertarla ¡tampoco podía

tirlarla al suelo!

Cutter tenía las manos ocupadas, si no se habría cubierto a tiempo. Si Elizabeth no estuviera en el caballo él habría parado de inmediato para dejarse caer y revolcarse de dolor.

¡Joder, si para empezar aquella mujer no hubiese estado en sus piernas no tendría aquel horrible dolor!

La frente se le cubrió de sudor, se le agarrotaron las manos mientras sujetaba a Elizabeth para que no se fuera a caer. Poco antes de ponerse azul por la falta de oxígeno, soltó el aire y cogió una bocanada del dulce viento nocturno.

Incapaz de sostenerse más en el aire, volvió a sentarse. Estaba pálido por el esfuerzo de sujetarse con los muslos al caballo. Sintió de pronto que no tenía fuerza en los brazos, pero logró mover a Elizabeth para que quedara sentada a horcajadas, con la cabeza apoyada cómodamente sobre el pecho de él.

Era increíble, pero ella siguió durmiendo sin darse cuenta siquiera de la crisis de él. A pesar de que para sentarla había hecho unos movimientos grades. A pesar del dolor agudo que a él se le clavaba en las pelotas.

Joder, lo mejor era buscar un caballo para ella cuanto antes.

Cada agujero y cada piedra sirvieron para espabilar un poco a Elizabeth.

Pero no se despertó. Era como si en el fondo algo le dijera que no debía hacerlo. Ella deseaba tranquilidad, pero el movimiento continuaba, meciéndola, sacudiéndola, hasta que ya no lo pudo ignorar.

Su cabeza se sacudió como se la hubiese pisado un búfalo, eso fue lo que Elizabeth pensó. Mirando a través de las pestañas, hizo una mueca ante la luz brillante que le perforó las pupilas, haciéndola retorcerse aún más.

¿Dónde narices estaba?

En cuanto se hizo a sí misma aquella pregunta se dio cuenta de que alguien le apretaba los brazos y los gemelos, de que alguien le envolvía las costillas.

¿Es que estaba muerta y se estaba desintegrando?

Desde luego se sentía torturada.

No estaba en su camita, eso estaba claro. Al darse cuenta de ello, una ráfaga de alarma la recorrió de arriba abajo.

Lo último que recordaba era que estaba sentada en el despacho de Jo... con el arrogante de su hermano.

Abrió los ojos de golpe y se encontró sentada a horcajadas en un caballo bajo la luz del amanecer. Sus abundantes faldas enrolladas en la parte alta de sus piernas. Una mano firme le exploraba las costillas. Se le aceleró el corazón a la vez que dejaba de respirar; olvidó por un momento todo lo que le dolía.

Quien quiera que fuese, era alguien alto. Lo sabía porque la barbilla de él se apoyaba sobre la coronilla de ella y, por lo que parecía, él estaba quedándose dormido.

Él se enderezó como si se hubiese dado cuenta de que ella se había despertado, entonces Elizabeth sintió pánico.

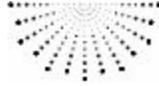
Elizabeth no podía pensar con claridad. Lo único que pensaba era que estaba en un caballo extraño con un hombre extraño sentado detrás de ella.

Le temblaba la respiración, pero cogió aire para reunir valor y le dio un codazo a aquel monstruo. Él se quejó y la soltó, luego ella intentó saltar del caballo, que iba al trote.

Pero su pierna fue demasiado lenta y, cuando intentó moverla hacia el otro lado, un brazo la sujetó con fuerza por la cintura.

Elizabeth luchó contra él. Le latía fuerte el corazón mientras se retorció entre los brazos del extraño.

CAPÍTULO CUATRO



*I*gnorando el golpe que recibió en las costillas, Cutter logró sujetar a Elizabeth hasta que esta se giró y le dio un puñetazo en la oreja derecha con su puño pequeño pero huesudo. Con un grito grave la soltó lo suficiente para que ella se pusiese a sí misma en una posición peligrosa.

¡Aquella mujer estaba chalada!

¿Pero en qué pensaba al intentar tirarse de un caballo en marcha?

—Hijo de...

¡Elizabeth se iba a caer y él no podía evitarlo! Tan solo podía intentar que no cayera bajo las patas del caballo y no se matara. Cutter se lanzó con ella para empujarla lejos de las patas. Gimió al caer al suelo.

¡Maldita lunática!

Como una gata salvaje, siguió retorciéndose y clavándole las uñas, luchando para liberarse de él. ¿Es que la muy tonta no se daba cuenta de que solo quería ayudarla? ¿De que corrían el riesgo de acabar aplastados por los cascos del caballo? Al parecer no, esa fue la conclusión cuando ella volvió a darle un puñetazo.

Cutter rodó hacia su derecha para intentar esquivar los cascos de Palouse, envolviendo en sus brazos a Elizabeth para protegerla. El caballo se puso a dos patas encima de ellos y luego cayó a medio centímetro de la cabeza de Cutter. Él volvió a rodar, más por instinto que por haberlo planeado y Palouse

se quedó quieto, moviéndose hacia la derecha después. Pero la fuerza del movimiento de Cutter hizo que Elizabeth barrierá con la cabeza la tierra. Un lado de su cara se golpeó y ella emitió un breve grito de dolor.

–Auuu... –Cutter no pudo acabar de quejarse porque se quedó sin aire al rodar y caer sobre ella.

–¿Tú? –gruñó Elizabeth–. ¡Quítate de encima, perro asqueroso!

Cutter se debatía entre las ganas de reír por el alivio de ver que era césped lo que Elizabeth tenía entre los labios, y la rabia que le provocaba su locura. Así que se decidió por el deseo. A pesar de todas las malditas capas de ropa que ella llevaba, Cutter nunca había sido más consciente del cuerpo de una mujer debajo de él, de cada una de sus curvas, de sus montículos suaves y hechizantes.

Joder, ¿cómo había podido pensar siquiera que ella era una flacucha?

Y los ojos de Elizabeth, no eran dorados para nada. Había sido un juego de la luz de las velas porque ahora los veía castaños. Pero no un castaño cualquiera, sino uno suave, con pintas ambarinas que salían como rayos de las oscuras pupilas. A pesar de sí mismo, su respiración se volvió pesada al ver aquellos maravillosos ojos... Aquellos labios, al recordar su sabor.

Elizabeth no podía respirar, pero no se debía al peso de Cutter encima de ella, ya que él se había levantado lo suficiente para no ser un problema. Ella sentía cada centímetro del cuerpo de él, su amplio pecho, sus brazos y piernas sólidos. Una pierna descansaba fuera del muslo derecho de ella, la otra justo dentro del izquierdo... y lo que estaba en medio.

Se puso de un rojo intenso porque sabía exactamente lo que era aquello. Era doctora, había visto *esas cosas* en alguna ocasión. Pero era la intensa mirada de Cutter lo que le robaba la respiración.

Su mandíbula era ruda, tenía las pupilas dilatadas, se le movían las narinas.

–¡He... dicho... que... te... apartes!

Él lo hizo y Elizabeth se echó hacia atrás para ponerse a una distancia

segura de aquel hombre que la ponía rabiosa. Se sentó y lo miró con odio, escupiendo el césped que tenía en la boca. Se limpió con las manos los trozos que se negaban a despegarse. Le dolía el labio, ¡creía notar sabor a sangre!

Se examinó la mano e inhaló con fuerza al ver un rastro color rubí en su dedo índice. Gritó, llena de miedo y luego su mirada voló hasta encontrarse con la de Cutter, pero no le dijo nada porque se dio cuenta por su expresión que él también la había visto. Su gesto sombrío le indicó a Elizabeth que era mejor no escuchar lo que él tuviera que decir.

Cutter se levantó, poniendo el pulgar en el cinturón. Meneó la cabeza como si ella fuera tonta.

–Pero, ¿qué narices intentabas hacer? ¿Matarnos a los dos?

–¿Yo? –Elizabeth hizo un ruido nasal poco elegante, entrecerrando los ojos para apartar el dolor de cabeza. Se llevó la mano a la sien para intentar aclarar la visión borrosa que le presentaban sus ojos—. ¡Tú! –lo acusó—. ¿Qué intentabas hacer *tú*? ¿Adónde pensabas llevarme? Lo miró con odio, aún estaba un poco desorientada.

A la luz del día él se veía un poco distinto, tal vez un poco más indio. Temible, sin lugar a dudas. Su ropa era la misma que llevaba la noche anterior, salvo por una bandana ancha azul y blanca que le ceñía la frente. Parecía acentuar la longitud de su pelo y el tono tostado de su piel. Había perlas de sudor sobre sus cejas.

Esa era la diferencia, pensó Elizabeth ensombrecida. Esa y el hecho de que él no llevaba sombrero. Era increíble cómo una variación tan pequeña podía cambiar toda su presencia. Su sombrero, ese símbolo de la civilización, obviamente había volado durante la caída, ya que estaba en el suelo, a pocos centímetros de los pies de Elizabeth. Ella lo miró con maledicencia mientras movía un pie, luego se puso de rodillas con cuidado, repitiendo el ritual con el otro pie. Satisfecha por no haberse fracturado nada por debajo de la cadera, se tocó los brazos con ojo atento, haciendo una mueca al notar un dolor seco en el hombro.

Luego su mirada se paseó por la pradera, observando el amplio espacio. No había edificios ni nada más que el cielo de la mañana y tierra abierta. El paisaje era un poco inquietante por el rocío que hacía que el aire pesara.

–¿Dónde demonios estamos?

–Eh, tranquila, ojitos brillantes. Solo intento ayudar.

Rebuscando en el bolsillo, Cutter sacó una bandana limpia que utilizó para secarle a Elizabeth la sangre del labio. Ella se retorció al sentirlo, mientras él fruncía el entrecejo por el esfuerzo.

–Vamos de camino a St. Louis –le informó, mirándola preocupado–. ¿Te acuerdas de algo?

–¡St. Louis!

Olvidando los dolores, Elizabeth saltó del suelo y suprimió el impulso de llevarse las manos al trasero adolorido, ya que observó la pequeña sonrisa socarrona en los labios de Cutter y creía haberle leído el pensamiento. Derrotada, dejó caer las manos sobre los costados.

La mente de Elizabeth iba a toda velocidad, intentaba encajar las piezas que la habían puesto en esta extraña situación. Pero, al intentarlo, no recordaba nada. Miró a Cutter con sospecha:

–¿St Louis?

Como si fuera un alga persistente, su molesta sonrisa volvió, subiéndole hasta los oscuros ojos. No dijo nada, tan solo asintió y Elizabeth se erizó.

Se obligó a tranquilizar su respiración mientras miraba cómo se había ensuciado las faldas, vio la rotura de uno de los bordes y su blusa, que en otro momento fuera blanca. Gruñó por dentro al imaginarse de aquella guisa en St. Louis. Volvió a intentarlo, sus nervios llegaron pronto al límite y dijo:

–No lo recuerdo. –Retó a Cutter con la mirada–. Quiero decir... *recuerdo* tu ofrecimiento, señor McKenzie... pero también recuerdo que te dije que no, gracias. Pero en fin... digamos que hubiese solicitado tus servicios... En ese caso habría sido todo un *detalle* –pronunció aquella palabra con una furia mal contenida– de tu parte aceptar. Pero ahora pienso que después de todo no

hace falta que me escoltes. Ya puedes llevarme a casa.

La sonrisa de Cutter se hizo más marcada y la rabia de Elizabeth aumentó.

—¿Es que no entiendes el castellano? ¡No quiero que me lleves a St. Louis! ¡Quiero que me lleves a casa ya mismo!

Cutter meneó la cabeza.

—Ya estamos muy lejos para volver. Además, cuento con la pasta —dijo.

Caminó para recoger su sombrero. Se sacudió una pierna para quitarse el polvo y los restos de hierba que se le pegaban por el rocío.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par.

—¿Que no?

—No.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tienes que llevarme a casa!

Él se puso el sombrero, se lo ajustó hasta que lo sintió cómodo en la cabeza, luego caminó hacia el caballo, que los esperaba pacientemente, comiendo hierba a poca distancia.

—¿Eso es todo? —preguntó él sin girarse.

Levantándose las faldas, Elizabeth caminó con pasos airados detrás de él. Se detuvo para darle un toque en la espalda.

—¡Sí, ya está! —declaró.

—¿Y por qué? —Cutter seguía sin molestarse en girarse hacia ella. Se mantuvo ocupado recolocando la silla de montar, apretando bien las cinchas.

Airada, Elizabeth dijo:

—¡Porque sí!

Elizabeth no sabía cómo decirlo. *¿Porque eres mestizo, McKenzie? ¿Porque de ninguna manera voy a conseguir quedarme con la niña de mi hermana si te presento como mi marido? ¿Porque me incomoda tu presencia? ¿Porque eres un asno que me pone furiosa! ¿Porque eres demasiado guapo para poder vivir tranquila?* No, eso no se lo podía decir.

Lo miró enfadada, frustrada, no deseaba herir sus sentimientos. Después

de todo era el hermano de Jo. Pero tampoco iba a dejarlo que la llevara a St. Louis. ¿Cómo era posible que se hubiese emborrachado tanto como para contratarlo y no recordarlo?

–Porque sí –repitió Elizabeth, mucho más irritada consigo misma de lo que estaba con él.

Cutter emitió un sonido apagado.

–Me vas a tener que dar una razón mejor.

–Pues... ¡No tengo dinero para pagarte! –dijo rápidamente–. ¿Qué te parece esa razón?

Al fin él se giró para mirarla.

–No estarás planeando timarme, ¿no? –Cutter arqueó una ceja, censurándola.

–¡No! Sí... quiero decir. Es que no tengo dinero *aquí*.

–Ajá. –Cutter volvió a centrar su atención en la silla de montar–. Sabes lo que le hace Johnny Law a los que incumplen sus tratos, ¿no?

–Yo... yo...

–Oye, puedes pagarme cuando volvamos, señorita Bowcock. Tengo unas cuantas monedas que podemos usar mientras tanto.

–¡Pero yo no tengo *nada*! –protestó Elizabeth–. ¡Ni ropa, ni nada! ¡No puedo ir a St. Louis! No puedo ir contigo –añadió bajito.

–Yo te compraré lo que necesites. Lo añadiremos a lo que me debes –ofreció él con educación–. ¿Te parece bien?

Elizabeth apretó los dientes.

–¡No quiero un vestido nuevo! –dijo, conteniendo el impulso infantil de golpear el pie contra el suelo como una niña caprichosa. ¡Ese hombre la sacaba de quicio!– Y no quiero que me des gusto. ¡Solo quiero irme a casa! –le dijo con firmeza.

Parecía que Cutter había terminado de reparar los daños en la silla de montar. Se giró hacia Elizabeth con un brillo de determinación en la mirada.

–El tema es, Doc... que Jo ya ha mandado un telegrama a St. Louis para

avisar que vamos de camino. Nos esperan. Tenemos que ir. –Asintió mirando la silla de montar, su mandíbula mostraba testarudez–. Y ahora monta. Vamos a tirar millas.

No pensaba llevarla a casa.

Elizabeth necesitó todo un minuto para recuperarse de aquella inquietante revelación. Abrió la boca para hablar y luego volvió a cerrarla.

–¿Jo? –preguntó Elizabeth finalmente.

–Así es. ¿Quién pensabas que te había puesto esa alianza en el dedo?

Ante la declaración, Elizabeth bajó la mirada hacia la sencilla banda de plata que ahora le adornaba la mano izquierda. Su sorpresa fue física. Por mucho que lo intentaba no recordaba nada. ¿No se habría casado con aquel hombre sin más? ¡Ni siquiera lo conocía! Gimió y el sonido fue de pura angustia.

–No estamos... No nos hemos...

El gesto en su cara era de todo menos agradable. Estaba horrorizada ante la idea de haberse casado con él, lo cual hirió profundamente a Cutter.

–No vengas ahora dándote aires de grandeza, matasanos. No estamos casados, tan solo lo fingimos –dijo con sequedad.

–¿Aires de grandeza? ¡Oh! ¡Tú! ¡Cómo te atreves a hablarme así! ¡No tienes ningún derecho! –Elizabeth levantó la barbilla para encontrarse directamente con la mirada ruda de él–. Si... si no me llevas a casa, ¡volveré caminando! ¡Para algo me ha dado Dios estos pies! –le informó con un toque ácido.

Cutter se limitó a encogerse de hombros.

El pecho de Elizabeth se hinchó y Cutter se le quedó mirando a la cara para no prestar atención al delicioso abultamiento de sus pechos. El cuerpo de Elizabeth temblaba de rabia, sus ojos eran de un fuego ambarino.

–¡Dime por dónde tengo que ir y ya está!

Ella lo observó mientras se sentaba en la silla y se tomaba todo el tiempo para mirarla. Luego él le sonrió.

–¿No lo sabes? –preguntó Cutter, metiendo la mano como si nada en la bolsa de la silla de montar. Para ello levantó la solapa e introdujo la mano, sacando una rebanada de carne deshidratada.

La partió por la mitad y se metió un trozo en la boca, sujetándolo con firmeza entre los dientes como si fuera un palillo. Sostenía con la mano la otra mitad, quería ofrecérsela a Elizabeth.

Pero la expresión de indignación de ella fue demasiado. Cutter emitió una risa cortada.

–Por allí –dijo dudando, luego la animó indicándole la dirección correcta con un movimiento rudo del trozo de carne.

Cutter estaba completamente seguro de que estaban demasiado lejos para que ella pudiese volver andando. Sabía que pronto estaría tan cansada que entraría en razón. Es lo que tiene un buen dolor de pies.

Con una expresión de altivez, Elizabeth se entregó a la tarea de sacudirse las faldas y las manos como si quisiera con ello deshacerse de la presencia de Cutter para siempre. Se sacudió con discreción la parte posterior y luego se giró hacia el lado contrario del que él le había indicado.

Cutter abrió la boca un poco al verla marcharse con paso desafiante. Luego casi suelta una carcajada al ver la huella de su pequeña mano marcada con polvo sobre su nalga izquierda, aunque perdió las ganas de reír al imaginarse de pronto colocando la mano sobre aquella huella... al pensar en cómo sería aquella nalga al tacto. Se quitó el sombrero con un gesto de frustración y sacudió la cabeza como ahuyentar los pensamientos que se le pasaban por la mente.

–Me creías una ingenua, ¿no? –la oyó murmurar–. ¡Pues te has equivocado, señor McKenzie!

–Para nada –dijo él bajito.

Cutter contuvo una risa, le divertía que ella pensara que podía mentirle. Se pensó por un instante si debía corregir la dirección que Elizabeth había tomado. La respuesta hizo que se le dibujara una sonrisa pícaro en los labios;

ni muerto la corregiría. Habían cabalgado ya mucho y el caballo necesitaba descansar. Pensaba seguirla despacio hasta que ella cambiara de opinión. Luego la llevaría a St. Louis.

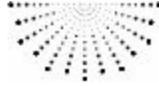
Así no perderían mucho tiempo.

Más adelante había un sitio en el camino para parar. Se trataba de un pueblo pequeño en el que podrían encontrar un sitio donde él pudiese colgar su sombrero y atar al caballo para pasar la noche... y tal vez, si tenían suerte, encontrar otro caballo para Elizabeth. Cutter no tenía ya muchas ganas de viajar con ella en el mismo caballo.

Sacudió la cabeza una vez más mientras sonreía al pensar en la cara de ella cuando llegaran al pueblo.

¡Menuda fierecilla había resultado!

CAPÍTULO CINCO



Era quizás su orgullo lo que le impedía a Elizabeth admitir que no sabía hacia dónde debía ir?

La maldita culpabilidad revolvía a Cutter por dentro.

Arrugó el entrecejo al tiempo que partía la otra mitad de carne seca. Había intentado dársela a Elizabeth muchas veces pero ella se había negado en rotundo. Tenía que comer algo, así que Cutter volvió a meter la mano en la bolsa de la silla de montar y sacó un poco más de carne. Aceleró el paso para acercarse a ella con la intención de volver a ofrecérsela, seguro de que a estas alturas estaría hambrienta... con la esperanza de que el hambre fuera más fuerte que su pertinaz orgullo femenino. Cutter meneó la cabeza.

Malditas mujeres, no se puede vivir con ellas pero tampoco puedes hacerlas desaparecer.

Estudió la espalda rígida de Elizabeth mientras caminaba. Desde luego parecía saber hacia dónde caminaba, sus pies no dudaban ni un segundo.

Aunque quizás por dentro sí dudara.

—¿Seguro que no quieres que te lleve? —preguntó él, sin ocultar cuánto le divertía verla apartar enfadada la hierba que le llegaba hasta la barbilla.

No faltaba mucho para que llegaran al pueblo y Cutter se moría de ganas de ver qué cara ponía ella.

—No, gracias, señor McKenzie. ¡Ya me has acompañado bastante!

Los hombros de Cutter se sacudieron divertidos. Nunca había podido entender por qué a las mujeres les duraban tanto los enfados.

–Cutter –la corrigió, con una ligera sonrisa.

–*¡Señor McKenzie!* –contraatacó Elizabeth entre dientes.

A cada caluroso kilómetro su carácter empeoraba. El color grisáceo que tenía el cielo por la mañana se convirtió en azul y el sol brillaba sin piedad.

Cutter meneó la cabeza censurándola, sus labios temblaron al contener la risa.

–Venga, Doc, no hace falta que seas tan dura. Solo pensé que te apetecería ir a caballo. Llevas caminando... –Cutter miró al cielo azulado y adivinó la hora– digamos... hora y media al menos.

¡Como si ella no lo supiera!

La caminata, junto con la caída de antes, estaban acabando con las piernas de la pobre Elizabeth. A ella se le encendió la cara de rabia. Se giró y lo miró con odio.

–Señor McKenzie, ¿por qué iba a montar en ese caballo contigo? ¿Para que puedas volver a manosearme? ¿Por qué me iba a fiar de ti? –preguntó sin mirarlo.

Cutter tuvo el detalle de sonrojarse.

Vaya, había olvidado lo que hacía cuando ella se despertó. De pronto se sintió como un niño al que pillan con la mano en la lata de galletas. Se quedó sin palabras. No solía acariciar a las mujeres mientras dormían, pero no sabía cómo decírselo a Elizabeth. Además no le había tocado nada importante. Solo había tocado un poco una de sus piernas y quizás los dos brazos. Solo quería controlar que tuviese carne además de huesos... por el viaje. Parecía tan tirillas.

Los minutos pasaban mientras él pensaba en cómo hacer que a Elizabeth se le pasara el enfado. Pero por más que lo pensara, tenía derecho a estar enfadada, así que decidió dejarla estar.

–Como quieras –concluyó.

Elizabeth frunció el ceño sin comprender.

Habían estado callados un buen rato y por eso ella había olvidado de qué hablaban.

¿Como quiera?

¿De qué demonios habla? *¿Como quiera?* ¡Nada en este horrible lugar era como ella quería! ¿Es que ella no se enteraba de las cosas? Elizabeth había estado tan absorta en sus pensamientos que se había aislado casi por completo. Aunque no olvidaba para nada que él iba justo detrás de ella, con el caballo a paso de caracol. ¡La forma en la que la miraba la sacaba de quicio!

Cutter de pronto se acercó a ella, inclinándose desde la silla, con el antebrazo apoyado en el fuste y con una sonrisa orgullosa de medio lado para ofrecerle el trozo de carne seca que ella casi había olvidado. Elizabeth no se había dado cuenta de cuán hambrienta estaba hasta que él ondeó dicho trozo delante de ella. Entonces la boca se le hizo agua. Sin embargo miró la carne como si lo que él le ofrecía fuese una serpiente. Su estómago se quejó al notar que ella no la aceptaba de inmediato y Elizabeth levantó las pestañas, preguntándose ansiosa si él lo había oído.

Cutter seguía sonriendo, el muy maldito. ¡Oh, cuánto lo odiaba! ¡Que el cielo la ayudara, lo odiaba de verdad! Elizabeth, que nunca en toda su vida había odiado a nadie (ni siquiera a su madre después de abandonarlos), ¡a él lo odiaba de verdad!

Le ofreció la mirada más letal y siguió caminando, pero a Cutter parecía no afectarle en absoluto su desdén y eso la ponía aún más iracunda. ¿Cómo podía seguir tan tranquilo cuando ella estaba a punto de reventar de furia?

¿Y por qué debía morir de hambre solo para molestarlo?

Al sentir la presencia de él como una espina clavada en un costado, se giró y le arrebató la carne de la mano que aún estaba extendida. Se la acercó con rabia a la boca y le arrancó un trozo como si fuera la cabeza de él lo que mordisqueaba. Una rabia desconocida le subía por dentro haciendo espirales,

haciendo que se le nublara la vista.

Si él se reía... si acaso se le ocurría reírse un poco siquiera, sin consideración, sin corazón, porque ella había claudicado...

Cientos de palabras horribles se le agolpaban en la punta de la lengua mientras seguía dando pasos firmes hacia adelante, arrancando trozos de carne y masticándolos. No sabía cómo era capaz de seguir, tenía el pecho reventando de una rabia muda. Si hubiese sido un poquito más grande lo habría tirado del caballo para vérselas con él a puñetazos. Pero era una idea tan ridícula que Elizabeth se limitó a maldecirlo en silencio. Se dijo con firmeza que pronto se desharía de él. Entonces, ¡nunca más tendría que volver a verlo!

¿Y por qué le molestaba pensarlo? ¡No debería molestarle en absoluto! Debería saltar de alegría ante dicha posibilidad... Se desharía de él en cuanto sus ojos vieran las Cascadas Sioux.

Elizabeth miró por encima del hombro y se encontró con la sonrisa arrogante de Cutter, ¡maldita sea! Al bajar la mirada notó, una vez más, que su pobre ropa estaba llena de hierba y polvo. La parte rota arrastraba detrás de ella. Estaba hecha un cuadro. Ignorando todos los motivos por los que aquello le importaba, se preguntó qué iba a pensar de ella la gente, sucia y con un idiota que no paraba de sonreír siguiéndola.

¿Pensarían lo peor de ella?

Para su desgracia, Cutter empezó a silbar y, aunque se trataba de una melodía bonita y clara, no la ayudó a estar de mejor humor. Todo lo contrario, la puso de los nervios.

¡Por supuesto que pensarían lo peor de ella!

Aquella melodía le era familiar, aunque no sabía exactamente por qué y eso la provocó.

Intentó desesperadamente ignorarlo.

Se moría de ganas de llegar a casa y darse un baño, ese era el único pensamiento que la consolaba: un baño... Qué maravilloso sería sumergirse

en una bañera llena de agua caliente.

La limpieza era una de sus prioridades. A Elizabeth le encantaba darse baños, se había comprado una enorme bañera de porcelana por catálogo, uno de los pocos lujos que se había permitido en su vida. Al tratar a tantos enfermos le apetecía locamente pasar horas sumergida entre agua y jabón. Además, como casi siempre acababa cubierta de polvo por las visitas que hacía a domicilio, al finalizar cada día casi siempre lo el baño resultaba necesario.

La ayudaba a olvidar. A olvidar que su querido padre ya no estaba para cantarle hasta que se durmiera por las noches. Durante un tiempo, cuando su madre se marchó, Elizabeth tuvo miedo del silencio. No de la oscuridad, porque esa nunca le había parecido tan aterradora. En realidad le parecía tranquilizadora. Pero el silencio la aterraba, porque en el silencio se encontraba sola. Así que su padre se sentaba en su propia habitación, con la puerta abierta y cantaba. Elizabeth nunca le pidió que o hiciera, pero él lo hacía de todas maneras. Para ella. Porque sabía, para hacerse saber que estaba allí.

El silbido de Cutter interrumpió sus pensamientos y, una vez más, se concentró en el baño, en ese baño templado que la limpiaría.

Su padre también era un gran defensor de la limpieza y Elizabeth estaba convencida de que, aunque no hubiese evidencias médicas que lo respaldaran, la limpieza era parte integral de cualquier curación. Siempre lavaba el instrumental con agua y alcohol. A decir verdad, era lo único para lo que servía el whisky, además de para meter en problemas a la gente decente.

Aquella mañana era un buen ejemplo de ello.

Elizabeth observó el paisaje, desolador. ¡Nada! ¡Nada le resultaba familiar! Había atendido a tantos pacientes a domicilio que debería conocer la zona, ¿o no? Para su desgracia no reconocía nada de nada. ¡Ni una cosa siquiera!

Obviamente se recordó (mientras se mordía el labio) que con aquella hierba tan alta era muy difícil ver algo. Las tierras de pasto eran eso, después de todo, no había mucha diferencia entre unas y otras, por ello no las distinguía. ¿Era por eso?

Sí, claro que era por eso. Asintió como para acallar sus miedos. Por ello fue un tremendo shock encontrarse de frente con un conjunto poco definido de edificios extraños que no sabía describir y que se encontraban a una distancia media. La primera reacción de Elizabeth fue buscar sus gafas. Darse cuenta de que no las tenía fue la gota que derramó el vaso. Sus ojos se abrieron llenos de alarma. ¿Cómo había podido perderse tanto en sus pensamientos como para no darse cuenta de que había perdido las gafas? Se detuvo de forma abrupta para mirar a Cutter, poniéndose las manos en la cadera.

—¿Dónde están?

Cutter se situó a su lado y arqueó las cejas a manera de respuesta.

—¿Dónde está qué?

—¡Mis gafas!

—¿No te parece que has tardado mucho en darte cuenta de que no las llevas puestas?

Elizabeth ignoró aquel apunte. ¿A él qué le importaba? Le mostró la palma de la mano con impaciencia, estaba segura de que Cutter llevaba guardadas las gafas en alguna parte, de ahí la petición muda para que se las devolviera.

Los ojos de Cutter lanzaron un extraño destello al mirar la mano de Elizabeth. Luego la miró a los ojos, estudiándola. Los ojos de Cutter eran tan oscuros, la miraban con tal fijeza que, durante un momento interminable, Elizabeth sintió como si miraran directamente al interior de su alma, inspeccionando hasta el último rincón.

Se sintió insegura y apartó ligeramente la mirada. Aquel momento fue muy incómodo. Se sintió desnuda ante el escrutinio de él, como si él supiera

todos sus secretos, todos sus miedos, hasta el último dolor de su corazón. Más que nunca, tuvo la sensación de que aquel hombre sentía pena por ella y un extraño dolor casi la quebró. Casi.

Un temblor le recorrió la espalda y la sacó del embrujo.

–¿Y bien? –preguntó Elizabeth.

Desquiciada, vio cómo Cutter se giraba al fin hacia la bolsa de la silla de montar y sacaba sus gafas dobladas. Sin hablar, Elizabeth las aceptó y se las puso enseguida sobre la nariz, luego se giró hacia el cúmulo de edificios que había en la distancia, esperando poder darles forma. Las imágenes eran más claras, se distinguían mejor, el shock de Elizabeth fue audible. Emitió un grito de sorpresa. Señaló los edificios:

–¿Qué es eso?

Cutter levantó ligeramente el ala de su sombrero y arqueó las cejas al mirar de forma especulativa a las construcciones en cuestión.

–Pues –arrastró la palabra con un claro tono de burla; su mirada voló de inmediato hacia la de ella–, no estoy seguro, señorita Bowcock, pero me parece un pueblo. –Las esquinas de su boca se arquearon un poco hacia arriba.

Elizabeth había llegado a su límite.

–¡No son las cascadas Sioux!

–Yo no dije que lo fueran.

–Pero tú... dijiste que... y yo creía, creía... –Debatiéndose entre la rabia y la vergüenza, Elizabeth gimió y sus mejillas se encendieron de nuevo–. ¡No puedo creer que no me lo dijeras! –gritó frustrada–. ¿Por qué no me lo has dicho? ¡Sabías que caminábamos en dirección equivocada!

Para alarma de Elizabeth, Cutter empezó a reír, primero bajito y luego a carcajadas. De pronto ella no pudo resistirlo más. Se le echó encima, tirándolo del brazo hacia abajo con todas sus fuerzas.

¡Nunca nadie la había hecho enfadar tanto!

Por desgracia, Cutter casi ni se movió de la silla. Se sujetó con el brazo

libre, riendo con más ganas mientras ella tiraba en vano de su otro brazo. Elizabeth gritó frustrada y le dio un golpe en el muslo.

La carcajada disminuyó, Cutter intentó sujetarle las muñecas a Elizabeth para evitar que le hiciera más daño en la pierna. Pero en su furia, Elizabeth fue más rápida y Cutter se llevó dos golpes en la mano que ahora levantaba para protegerse.

Sin previo aviso, Elizabeth vio como la levantaban del suelo y la ponían en el caballo. Un brazo la hacía prisionera, mientras que Cutter seguía sentado sin más, riéndose sobre la mata suelta de pelo de ella; ¡otra cosa de la que Elizabeth no se había percatado! ¿Cómo se le había soltado la trenza? En cuanto lo pensó supo lo ocurrido y las mejillas se le encendieron mucho más ante el pensamiento de las libertades que él se había tomado con ella. ¡Pero, por favor! ¿Qué más le había hecho sin que ella lo supiera? ¿Y cómo se atrevía a burlarse? Elizabeth se revolvió sin lograr nada, intentando por segunda vez en el mismo día soltarse de aquel agarre sin misericordia.

—¡Maldito salvaje! —lo acusó, hirviendo de rabia.

Como tenía las manos atrapadas por el abrazo de Cutter, no tuvo más remedio que usar los dientes para lograr la libertad. Se le echó al cuello como una serpiente, aunque al notar la calidez de la piel masculina sobre la lengua, una ráfaga la hizo echarse hacia atrás alarmada. Quizás fuera la rápida reacción de Cutter lo que la hizo apartarse, Elizabeth no estaba segura. Solo sabía que él tenía un sabor salado, que olía a hombre, un aroma tan embriagador que su cuerpo se enloqueció como respuesta. Se sintió tan sorprendida que se quedó sentada sin moverse, mirando a Cutter totalmente fuera de sí.

Al oír las palabras que Elizabeth acababa de lanzarle, a Cutter se le acabó de pronto la diversión, sus ojos se entrecerraron sobre la boca que casi le había arrancado un trozo de cuello.

Pero lo que reinaba en su mente era el breve beso que le había robado por la noche. Luego su mente se centró en esa palabra clave:

Robado.

Ella no se lo había dado libremente. Cutter cometió el error de mirarla a los ojos; sintiendo un calambre familiar en las entrañas. Elizabeth estaba mirándolo desde detrás de las gafas, con asco, como si fuera una rata de dos cabezas. Él había sentido muchas veces la puñalada de los prejuicios, pero el que ella hubiese recurrido a aquellos insultos, reabrió viejas heridas. La rabia de Cutter se avivó.

¿Cómo había podido pensar que ella sería diferente? ¿Cómo se había permitido olvidarlo? ¿Porque era amiga de Jo? Debería haberlo sabido. Y no debería molestarle. Pero le molestaba. Porque por primera vez en mucho tiempo, se había permitido olvidar, sentirse a gusto con alguien. Había bajado la guardia.

Un error que no cometería otra vez.

—Yo no repetiría eso —le advirtió Cutter. Había un filo helado en sus palabras, sus ojos negros clavados en los de ella—. La verdad es que tienes muchísima suerte de ser mujer. —A pesar de la calma aparente, había una amenaza de violencia en su voz.

Al notar su rabia, Elizabeth se sintió repentinamente avergonzada por la explosión infantil que había tenido.

—¿Cuánto nos hemos alejado? —preguntó con suavidad, enderezándose las gafas.

Durante un buen rato Cutter fue incapaz de responder a su sencilla pregunta.

Debía girar ya y llevar a aquella presumida a las Cascadas Sioux. Pero no lograba hacerlo. A pesar de su enfado no podía hacerlo y eso le quemaba las entrañas.

—Como dije antes, estamos demasiado lejos para volver. Si no me equivoco, Indian Creek es eso que se ve allí delante. Puedes venir conmigo o volver a casa con el rabo entre las patas. Lo que quieras, tú decides. Aunque si decides volver a casa lo harás sola.

El cambio de actitud daba miedo.

Qué lejos había quedado el hombre imperturbable. Ahora era como otra persona. El otro hombre la provocaba, la ponía rabiosa, pero a Elizabeth no le costaba responder. Con este hombre, en cambio, no estaba segura. Se recordó a sí misma que se trataba del hermano de Jo. Jo nunca permitiría que nada le ocurriera, ni su hermano pequeño podía lastimarla.

—¿Cómo puedo saber cuáles son tus intenciones, señor McKenzie? Podrías estar totalmente loco, o querer asesinarme.

Sus oscuros y enigmáticos ojos no revelaban nada. Cutter asintió despacio, apretando los labios enfadado. Con la mano le apretó el brazo de forma firme, pero sin hacerle daño.

—Es verdad. Pero, ¿no te parece que si mi intención fuera hacerte daño, Doc... te lo habría hecho ya?

Ese tono de seda la hechizó. Incapaz de apartar la mirada, Elizabeth tragó y abrió la boca para hablar, pero Cutter la sacudió de pronto, ahuyentando las palabras de su lengua.

—Mira —dijo Cutter antes de que Elizabeth pudiera recuperar los pensamientos—. No me conoces bien, eso es verdad, pero estoy dispuesto a ayudarte por nada, ¡yo qué sé por qué! No hay ninguna otra persona de la que puedas decir lo mismo —añadió con sequedad—. Ni siquiera puedes encontrar a quien te ayude pagándole porque ¿quién evitará que te quiten el dinero y te levanten las faldas si les da la gana? Puede que incluso te planten un cuchillo entre pecho y espalda para garantizar tu silencio.

Lo que intentaba era decirle la cruda verdad, toda la verdad, aunque la asustara.

Para Cutter, Elizabeth necesitaba una pequeña dosis de miedo para entender que lo que planeaba no era un paseo de domingo.

Los ojos de ella se abrieron cuando Cutter le apretó el brazo. Se sacudió, intentando soltarse, pero él no cedió ni un milímetro.

—Para... ¡por favor, para! —gritó—. ¡Me haces daño!

–Bien. ¿Y te he asustado? ¡Eso es lo que espero! –La mano que Cutter tenía libre se movió hacia el pelo revuelto de Elizabeth. Los dedos se enrollaron a la altura de la nuca para sujetarla cuando al fin le soltó el brazo. Cutter cogió un rizo suelto, lo examinó y luego lo enroscó con cuidado en un dedo. Sus ojos brillaban peligrosamente.

–Odiaría ver esto... –tiró suavemente del rizo para acercarla hasta que los labios de ambos quedaron separados tan solo por un suspiro– colgando de un cinturón hecho de cuero cabelludo.

Elizabeth hizo una mueca, se obligó a apartar la atención de los labios de él para encontrarse con su rabiosa mirada.

–¿Y tú no arrancas cabelleras? –le preguntó con más calma de la que tenía, luego tembló cuando una mirada extraña se apoderó del rostro de Cutter. Era dolor, si no se equivocaba. Luego la mandíbula de él se endureció y sus ojos se volvieron rudos.

La soltó de manera abrupta y Elizabeth casi se cae del caballo. Tuvo que sujetarse de la camisa de Cutter para equilibrarse y la mirada de él no se movió en ningún momento. Su expresión era fría y orgullosa.

–Voy a entrar en ese pueblo –dijo Cutter con una voz suave pero amenazadora–... Y tú vas a venir conmigo, Doc. Te doy esta noche para que pienses si quieres mis servicios o no. –Sus ojos eran negros, chispeaban de furia–. Luego... con la primera luz del día de mañana espero tu respuesta. Tú decides. No pienso obligarte, Lizbeth. Ni rogar. Es tu decisión.

Cutter se echó hacia atrás, metiendo las manos en las bolsas de la silla de monta, rebuscó a tientas, sin apartar la mirada de ella. Sacó una bolsita y se la puso a Elizabeth en una mano.

En cuanto ella la cogió, Cutter la levantó para ponerla sentada de manera que mirara hacia otro lado. Demasiado sorprendida para poder hablar, exploró la bolsita con los dedos sin abrirla. Monedas. Él le había dado dinero.

–No puedo aceptarlo –dijo.

–Arréglate con Jo –dijo él.

Luego, girándose, sujetó las riendas por encima de Elizabeth, apoyándose un poco sobre la espalda de ella. Elizabeth se sobresaltó al sentir la rabia en la rigidez de su pecho.

–¿Y si por la mañana mi respuesta sigue siendo que no? –dijo, levantando un poco los hombros y con una expresión de preocupación.

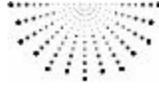
Él se acercó más, hasta que sus labios le rozaron la oreja al hablar con un tono carente de emoción.

–Yo ya te he dicho todo lo que debía decir. Si no tienes la sensatez necesaria para decir que sí, señorita Bowcock... No me interesa volver a verte. Usa el dinero que te ha dado Jo para comprar un billete de vuelta a casa.

Una vez dicho esto, espoleó al caballo para avivar el paso.

Elizabeth se llevó la mano a las gafas para sujetarlas, mientras caía hacia atrás, sobre el pecho de Cutter. Chilló por el impacto. Cutter, por su parte, no emitió ningún sonido. Su cuerpo absorbió el golpe sin desplazarse ni un milímetro.

CAPÍTULO SEIS



*H*abían pasado horas desde que Elizabeth terminó de darse un baño y apagó la lámpara, pero aún no lograba dormir. Sus pobres ojos estaban exhaustos tras las horas que había pasado intentando cerrarlos. Con un gemido, se puso los dedos sobre los párpados y los masajeó con suavidad.

¿Por qué no podía dormir?

Quería dormir... desesperadamente. Lo había intentado absolutamente todo, desde tranquilizar la respiración hasta conjurar a los sueños, pero su pensamiento volvía a Cutter una y otra vez.

Desde luego no era que esperara escuchar sus pasos entrando en la habitación. De todas maneras no lo oiría, pensó airada. Ese hombre tenía unos pies muy ágiles. En realidad lo más probable era que estuviese durmiendo a pierna suelta en la habitación de al lado, soñando tranquilamente sin pensar en ella.

¡Cómo se atrevía a invadir sus pensamientos de aquella manera!

Llegaron al pueblo sin que ninguno de los dos dijera ni una palabra. Fueron directamente al único hotel que ofrecía Indian Creek. Cutter se encargó de conseguir las únicas dos habitaciones que quedaban libres, luego la dejó totalmente sola.

Elizabeth no sabía adónde se había marchado, pero no volvió a verlo, a

pesar de que el pueblo era tan pequeño que casi no era ni un pueblo. Por lo que había visto, Indian Creek estaba formado por un pequeño hotel, un banco, tres bares... tres, no uno ni dos, ¡sino tres! Una tienda que vendía desde botas hasta bacon y además funcionaba como oficina de Correos y pequeño establo. Elizabeth compró allí un pantalón de caballero porque no había nada más. No le importaba, ya que nadie salvo Cutter la iba a ver.

No había visto ninguna consulta médica ni farmacia, por lo que se preguntaba qué hacía la gente cuando necesitaba atención médica. En términos generales, Indian Creek no tenía nada que diera una buena impresión. Elizabeth no se sorprendió de no haber oído hablar nunca de ese sitio, a pesar de que no estaba lejos de las Cascadas Sioux.

No se atrevió a salir mucho, pero como habían llegado temprano por la mañana, tampoco quería estar encerrada en aquella habitación que olía a encerrado y en la que ahora se encontraba. Lo primero que hizo fue buscar dónde comer, devorando con la finura de un lobo hambriento. Una vez saciado su apetito las cosas ya no le parecieron tan horribles y pasó el resto del día dando órdenes en la única tienda.

Se compró aquel pantalón de caballero con el pretexto de que su falda estaba rota. Además, se dijo, era una prenda muy incómoda para montar a caballo. Luego compró otras cosas que necesitaba... hasta que por fin se dio cuenta de que al comprar dichos objetos admitía haber aceptado que iba a viajar. Mientras su mente consciente maldecía a Cutter con todas sus ganas, la parte inconsciente hacía tiempo que había decidido aceptar su oferta.

No tenía mucho sentido.

Y eso la llevó a otra cuestión. ¿Por qué Cutter se había ofrecido a ayudar? ¿Qué motivos tenía? Le dijo que lo hacía por su hermana, pero no tenía mucho sentido.

Elizabeth arrugó un poco el entrecejo. Cutter McKenzie era muy inadecuado para ese trabajo. Nada había cambiado, seguía sin servirle como marido. Sin embargo... por la mañana sí le encontraba sentido. ¿En quién

más podía confiar? No tenía mucha elección. Necesitaba por encima de todas las cosas tener a la preciosa hija de su hermana para poder criarla. Elizabeth adoraba ayudar a los demás, eso le daba una sensación de calidez por dentro y por eso era por lo que había deseado de una forma tan desesperada ser médico. Pero había algo elemental que faltaba en su vida... algo que la dejaba vacía y que le dolía en las horas de soledad. No sabía de qué se trataba, pero su sobrina la atraía como un rayo de luz en la noche.

Para su desgracia, lo mismo le pasaba con Cutter.

Me habría fijado en ti.

Su susurro de seda volvió para atormentarla. ¿Se habría fijado en ella? Elizabeth se lo preguntaba.

Pero, ¿es que acaso importaba?

¡No! Se riñó, ahuyentando la voz de Cutter.

Tirando con frustración de la delgada colcha, se giró para mirar con odio hacia la puerta. Tenía la intención de decirle a Cutter que aceptaba su oferta... para que pudieran marcharse a la mañana siguiente temprano. Pero al ritmo que iba, ¡ni siquiera iba a ser capaz de abrir los ojos hasta bien pasado el mediodía! ¡Maldito hombre!

Por fin escuchó unos pasos fuera de la puerta. Se detuvieron justo ante ella y, sin pensar, Elizabeth apartó las mantas y salió de la cama de un salto, olvidando ponerse las gafas por la prisa. En cuestión de segundos tenía una oreja pegada a la puerta. Las voces se oían apagadas, pero pudo identificar el inconfundible parloteo de Cutter.

–Lo siento, preciosa... no estoy de humor esta noche... Toma, quédate con esto...

Elizabeth se mordió el labio inferior, intentando comprender qué era lo que estaba oyendo.

–Claro que estás de humor, Cutter, cariño –dijo una sinuosa voz femenina–. Yo sé lo que necesitas –dijo la mujer ronroneando–. Guárdate tu dinero... guárdalo... esto... te lo invito yo.

Se oyó un gemido profundo y torturado, luego un empujón y algo que caía contra la puerta.

¡La puerta de Elizabeth! ¡Ni siquiera tenían la decencia de empujarse contra la puerta de Cutter! Tenía que ser la puerta de ella, ¿no?

–Ya está... ¿ves qué fácil era? –dijo el susurro.

–Oye, Bess... Bess. Aaah, joder, Bess... –Cutter terminó su queja con un gemido, el sonido bajo y torturado.

Elizabeth, con el corazón latiendo como un tambor y la mente a toda velocidad, pegó aún más la oreja a la puerta. No oía nada más, así que se agachó como loca para espiar por la diminuta cerradura. Sabía que espiar no estaba bien, pero no podía evitarlo. No veía nada en la oscuridad, lo cual resultaba frustrante.

Pero ay, podía oírlos perfectamente bien, ¡jadeando fuerte contra su puerta!

Les estaría bien servido a los dos, pensó enfadada, si de pronto les abriera la puerta y los dejara al descubierto en plena... en plena... ¡lo que fuera que estaban haciendo!

Pero claro, ¡ella no estaba celosa! ¡Qué ridiculez!

Se suponía que Cutter y ella viajaban como marido y mujer, ¿no? Si Cutter se pensaba por un instante que ella se iba a quedar tranquila, permitiendo que volviera a casa con mujeres como... como... como *Bess*, ¡iba listo! ¡Cómo se atrevía a humillarla de esa manera!

–Venga, Bess... ¿tienes que hacer eso aquí? –dijo la voz apagada de Cutter, negándose con poca fuerza—. Bess...

Bess emitió una risa tonta, era un sonido tan claro y musical como el tintineo de unas campanillas.

–Claro que no –respondió triunfal.

Al oír los jadeos de Cutter, Elizabeth se agitaba aún más segundo a segundo.

–¿Llevas la llave en ese bolsillo, cariño?

Hubo un momento de silencio y Elizabeth imaginó a Cutter asintiendo ante la descarada Jezabel. Ahogó los gritos de frustración que se le acumulaban en la garganta.

–Mmmmm... bien... muy, muy bien... ¿Esta es tu habitación?

Elizabeth no iba a esperar a escuchar la respuesta de Cutter. ¡Ya había oído bastante! Abrió de golpe la puerta.

Cutter y la zorrilla con vestido rojo cayeron hacia adentro. A él se le cayó el sombrero, que fue a caer a los pies de Elizabeth.

La zorrilla chilló sorprendida, luego rodó para apartarse de Cutter mientras soltaba una palabrota que nunca había debido haber salido de unos labios femeninos. Se levantó cabreadísima, sacudiéndose el vestido indignada.

–¿Qué carajo?

Cutter, que se había golpeado la cabeza contra el suelo, permaneció allí, con las manos contra el cráneo durante un buen rato. Cerró un ojo y se quejó amargamente.

–¡Cutter! –chilló angustiada la mujer de rojo.

Elizabeth se negó a asustarse. ¡No era ella quien había estado revolcándose sin ninguna vergüenza con su falso marido! Con los brazos en jarras, se enfrentó a los dos usando un tono cáustico.

–¡Sí, Cutter, cariño, habla!

Cutter se soltó la cabeza y se inclinó para mirar a Elizabeth con unos ojos llenos de odio. Las duras líneas de su cara ahora estaban relajadas, lo cual le daba casi la apariencia de un muchacho. Elizabeth se sintió aliviada, ya que le aterraba que él no la hubiese perdonado por su explosión de la mañana. Increíble, pero Cutter le sonrió; una sonrisa irresistible y devastadora en la que no había ni rastro de la anterior animosidad.

Cutter se había cambiado de ropa, ahora llevaba unos vaqueros en vez del pantalón de ante. Su camisa de algodón era de color verde bosque deslavado, por lo que su piel se veía aún más oscura. Su pelo estaba totalmente revuelto.

Un mechón ondulado le caía de forma descuidada sobre la frente. Se lo echó hacia atrás para dejar a la vista una mirada de ojos estrechos de depredador. Elizabeth se quedó sin respiración ante aquella intensidad.

–¿Qué pasa, Doc? –le soltó él.

Elizabeth le devolvió la sonrisa, pero no había ningún humor en ella. Cutter estaba medio borracho, Elizabeth lo notaba por su expresión perdida. Además, con lo enfadado que estaba aquella mañana, no podía estar mirándola como la miraba ahora, salvo que hubiese estado empinando el codo.

–Cutter, cariño –dijo Elizabeth con voz melosa–. Me alegro tanto de haberte esperado despierta. –No logró seguir pareciendo contenta. Su rabia la superaba. Se giró para acribillar con la mirada a la mujer que abría y cerraba la boca en silencio–. Muchas gracias –le dijo, con tanta amabilidad como pudo a pesar de apretar los dientes– por haber traído a mi marido a mí. Ya me encargo yo.

Los generosos pechos de Bess se hincharon de indignación y su mirada cargada de odio bajó hacia Cutter.

Cutter arqueó las cejas ante la declaración de Elizabeth y luego sus labios dibujaron una sonrisa que se extendió despacio hasta rozar sus ojos oscuros. Apartando la mirada de Elizabeth, le ofreció a Bess una sonrisa torcida.

–Así es –dijo confirmando, aunque con un tono un tanto contenido–. Es mi mujer. –Hizo un gesto con la cabeza con el que pedía perdón.

La mujer levantó la mirada para examinar a Elizabeth una vez más, asintiendo de mala gana y mirando luego a Cutter con una ira no encubierta.

–¡Nunca más! –exclamó y, moviendo sus faldas de satén, giró y se marchó con paso airado por el pasillo, resoplando mientras desaparecía.

Elizabeth miró hasta que la mujer no fue más que un manchón rojizo en la oscuridad del pasillo, luego su atención volvió al hombre que yacía a sus pies. La mitad de él estaba dentro de la habitación, la otra mitad en el pasillo.

Levantándose, Cutter intentó decirle algo a Bess, susurrando bajito.

–¡Qué poco ha faltado! –Luego volvió a subir la mirada hacia Elizabeth, tan exhausto que le pesaban los ojos... aunque también le pesaban por algo más... Te debo una, ojitos brillantes. Esa loca no quería aceptar un no por respuesta. –Con un gruñido y un suspiro, volvió a apoyar la cabeza en el suelo–. Me duele la cabeza –se quejó.

Elizabeth le lanzó una mirada dubitativa.

–¡A mí no me parecía que tú te esforzaras mucho por soltarte!

Cutter suspiró y cerró los ojos. Elizabeth lo empujó con el pie descalzo, irritada por la forma tan obvia en la que él pasaba.

–¡Eres despreciable! ¡Levántate!

Con cierto esfuerzo, Cutter abrió los ojos y volvió a enfocar. Luego se giró despacio e hizo una mueca ante el pie descalzo de Elizabeth al darse cuenta de su presencia. Su boca se arrugaba para mostrar desagrado, mientras su mirada subía por sus piernas medio desnudas hasta llegar al camisón.

El color desapareció de la cara de Elizabeth cuando recordó lo que llevaba puesto o, más bien, lo que no llevaba puesto. Contuvo el aire y sus brazos se cruzaron automáticamente para ocultar el pecho que casi estaba expuesto. Por otra parte, sus pies no se movieron.

–¿Qué demonios haces aquí, vestida así? –gritó él de pronto, con lo que Elizabeth dio de inmediato un paso hacia atrás. Él se levantó antes de que Elizabeth pudiera refugiarse en la oscuridad–. ¿Qué se te pasó por la cabeza para abrir la puerta? ¡Podías haberte encontrado con cualquier persona aquí fuera! –Cutter la siguió a la habitación y, con la bota, le dio una patada a la puerta para cerrarla detrás de él, mirándola con fiereza. Sujetó el brazo de Elizabeth y la movió para que lo mirara a los ojos–. ¿Te has vuelto loca? –Cutter no podía ver por la repentina falta de luz, luego sus ojos se ajustaron a la oscuridad y reatacó con más ímpetu.

Elizabeth se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, incapaz de hablar.

Joder, pensó Cutter, de pronto estaba sobrio. ¿Cómo había podido pensar

que estaba demasiado flaca? Ni siquiera el descubrimiento de aquella misma mañana, cuando cayó sobre ella, lo había preparado para la mujer que ahora tenía delante.

A pesar de la oscuridad veía cómo el delgado y desgastado camisón se le pegaba al pecho, abrazando la carne en todos los puntos que tocaba. Y sus bragas, aunque eran de una talla demasiado grande, no escondían mucho. La mirada de Cutter se quedó fija en el triángulo oscuro que ella tenía donde terminaban sus muslos; se quedó hechizado. El apetito que no llegaba con la prostituta ahora le volvía, golpeándolo con todas sus fuerzas, y le costaba mucho contenerlo.

Con un gruñido, cerró los ojos, sabía lo que ocurriría si no apartaba la mirada. Cutter se apoyó contra la puerta y tiró de Elizabeth.

La cabeza de él golpeó la puerta con un ruido seco.

–Cre... creo –tartamudeó ella– que... que deberías marcharte.

Hubo un incómodo silencio antes de que la cabeza de Cutter volviera a moverse. Su mirada partía en trozos a Elizabeth en la penumbra. Al notar de que ella no llevaba las gafas puestas se preguntó por qué se las ponía si no las necesitaba.

–Tal vez –respondió él bajito, de forma enigmática, moviendo la mano sobre la espalda de Elizabeth–. Pero no creo que me marche.

–Pe... pero...

–Shhh –dijo él con la mandíbula tornándose rígida. Un músculo saltó en su mejilla mientras luchaba por controlarse... una lucha que perdió. Le apartó a Elizabeth el pelo de la cara y la miró con ojos lánguidos–. ¿Sabes cuánto he pensado en ti... así, de esta forma?

Elizabeth meneó la cabeza con movimientos entrecortados.

Cuando la mano de él subía por su espalda, Elizabeth empezó a temblar. No de miedo, sino porque de pronto su cuerpo estaba demasiado tenso, porque le resultaba doloroso notar la presencia tan íntima de aquel hombre.

–¿No? –susurró él con voz grave, respondiendo por ella–. ¿Por qué no me

dejas que te lo demuestre, ojitos brillantes? –Su mano subió hasta la nuca, sujetándola para inclinarla despacio y dar la estocada final.

Los labios de ambos se rozaron apenas al principio, provocando una oleada gloriosa que invadió a Elizabeth. Los aromas del tabaco y el whisky la asaltaron y ella inhaló profundamente, aspirando esos olores junto a otros más escurridizos... temblando. Se convulsionó ligeramente por dentro como respuesta. Era como si estuviera hambrienta de aquello que él podía darle; todos sus sentidos cantaban a coro... despertando al fin tras mucho tiempo dormidos.

Luego los labios se encontraron y Elizabeth se perdió por completo en el momento. Jamás imaginó lo divino que podía ser besar la boca de un hombre. Alguna vez había espiado a alguna pareja que se besaba así, pero tan solo ahora, en este momento, entendía la urgencia, la desesperación que los embargaba.

Su cuerpo tenía voluntad propia, eso fue lo que pensó Elizabeth sin sentido, luego ya no pudo pensar nada más mientras Cutter le lamía los labios. Fue una conmoción física que le provocó espasmos en todo el cuerpo.

Cutter se perdió en la dulzura del beso. Como estaba medio borracho no le importaba en absoluto las consecuencias que pudiera haber después.

Tan solo podía sentir.

Aunque hacía tan solo veinticuatro horas que conocía a Elizabeth, era como si toda su vida hubiese sido una espera para llegar a este momento.

Demasiado tiempo.

Y ella no se resistía.

Cutter inspiró una bocanada de aire fresco y dulce a través de los dientes apretados y deslizó la mano hasta llegar a la parte baja de la espalda de Elizabeth. Tiró de ella para acercarla, quería que sintiera lo excitado que estaba. Se envolvió profundamente en el suave nido de rizos que luchaba por no imaginar mientras seguía con los ojos cerrados.

Elizabeth se quedó un poco rígida y, conteniendo la respiración, se echó

hacia atrás pero la mano de Cutter la sostuvo por la nuca, reanudando su delicado asalto. Ella gimió para protestar, pero el suave sonido tan solo logró que él explorara su boca con más ahínco.

La lengua de Cutter entró a más profundidad, buscaba la de ella, la acariciaba suavemente, solicitaba una respuesta... otra vez... la degustaba, se comunicaba con ella de forma erótica.

Las rodillas de Elizabeth temblaron y se dejó caer sobre él mientras la voluntad la abandonaba y respondía a la lengua de Cutter con la suya propia, jugueteando tímidamente, casi con torpeza.

Cutter casi explota allí mismo.

Le envolvió la cintura con los brazos, aplastándola contra él mientras saboreaba el dulzor de sus labios. Puede que a ella no le gustara que Cutter tuviese sangre india, pero estaba claro que para su cuerpo eso no importaba.

Habría sido tan sencillo tomarla a esa distancia... Levantarla y apoyarla sobre él... llevarla a la cama.

Tan sencillo.

Las reacciones de Elizabeth eran extrañas, pero Cutter había estado con suficientes mujeres para reconocer el despertar de su cuerpo.

Ella lo deseaba tanto como él.

Elizabeth se sujetó de Cutter sin aliento, arqueándose mientras él enterraba los dedos en su pelo, echándole la cara hacia atrás para poder acceder mejor a ella.

–Cutter –suspiró.

Él oyó su confusión en una sola palabra y un pensamiento poco bienvenido emergió de las profundidades de su mente, trepando con obstinación hacia su conciencia. Ignorándolo con persistencia, hizo el beso más profundo, dándose cuenta de que el pensamiento no desaparecía.

Cutter sospechaba que si la llevaba a la cama en ese momento, eso sería el final. Todo se acabaría de inmediato. Era evidente que Elizabeth era inocente, que no se daba cuenta de adónde los conducía aquello, Cutter

estaba totalmente convencido. De lo contrario aquella pequeña mujer conservadora habría apartado los ojos ya, no estaría incitándolo con su delicioso cuerpecito. Con lo mucho que se había enfadado con él nunca se habría entregado tan fácilmente. Su maldito orgullo no se lo habría permitido.

La verdad era que él podía seguir adelante... y dudaba que ella se resistiera... pero mañana o quizás pocos segundos después, habría sido consciente de lo que habían compartido y saldría corriendo a su madriguera más rápido que una liebre perseguida por un cazador. Eso no era lo que él quería.

¡Joder, y lo mucho que le apetecía!

Sin embargo, no era lo que quería.

Maldita sea.

Mirando por encima del hombro de Elizabeth, observó pensativo la pequeña cama, imaginándola a ella encima, tumbada junto a él en toda su gloria. Su largo y sedoso pelo enredado sobre los muslos desnudos de él. ¡Cuánto lo deseaba! Observando aquel mueble con atención se obligó a apartarse de los labios de ella. Le besó la esquina de la boca lamentándolo y luego inclinó la cabeza hacia un lado para poder ver mejor el objetivo deseado.

Por instinto, y contra su voluntad, los sensuales labios de Cutter volaron hasta el cuello expuesto de ella como vuela un depredador hacia su presa. Se olvidó de sí mismo y la olfateó hambriento mientras sus dedos se enredaban en el pelo. Cutter rascó con los dientes la piel de Elizabeth, con tanta suavidad, con mordiscos, sacando la lengua para probar su sabor. Al encontrarse con el frágil pulso que latía justo debajo de aquella pálida superficie, Cutter gimió. Mientras se deleitaba, su mirada volvió a la cama, calculando.

Estaba tan cerca.

Tan increíblemente cerca.

Y sin embargo era el medio metro más largo que había tenido que

atravesar jamás. Cerrando los ojos, respiró hondo y se obligó a apartar la boca de aquella cálida piel. Con la respiración acelerada, Cutter volvió a apoyar la cabeza sobre la puerta. Sus manos se posaron obedientes sobre los hombros de Elizabeth.

En un estado de tormento, vio cómo volvía la lucidez de Elizabeth. Mientras tanto, la sostuvo apartada de él.

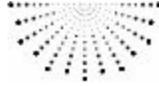
Durante un buen rato ella se quedó parada como si estuviera estupefacta, con la cabeza inclinada de forma seductora. Sus pechos subían y bajaban siguiendo su respiración acelerada. Sus deliciosos labios estaban ligeramente abiertos, ofreciéndose, hinchados por los besos que le había dado él, lo cual Cutter observó con satisfacción. ¡Por Dios, la expresión de Elizabeth era el mismísimo Paraíso! Cutter pensó en ello un momento y tuvo que reunir todas sus fuerzas para evitar que ella cayera encima de él, para no acercarse y reclamar los labios de Elizabeth.

Había dado por hecho que ella rechazaba su oferta. Se sorprendió tanto que casi se le cayeron los pantalones cuando ella dijo con tanta firmeza en el pasillo que él era su marido. Aún notaba el dulce sabor a triunfo que sintió ante aquella declaración... estaba hambriento de más. A pesar de lo furioso que estaba con ella la deseaba... deseaba tener su consentimiento. Ante la idea de que ella pudiera escapar, Cutter se aclaró la garganta.

El hechizo se rompió y Elizabeth abrió los ojos.

—No te arrepentirás... de haber aceptado mi oferta, Elizabeth.

CAPÍTULO SIETE



*P*arpadeando dos veces, Elizabeth luchó por alejar las telarañas de su mente.

–¿Oferta? Ah, ah, sí... ¡esa oferta! –declaró, poniéndose recta abruptamente.

Elizabeth salió así del abrazo de Cutter, con la cara en llamas. Se preguntó una vez más qué le pasaba, por qué se derretía así con el mero roce de él. ¡Madre mía, era tan descarada como Bess! Temblando ante la mirada extraña que había en los ojos de Cutter, ella se alejó y se protegió en la seguridad de las sombras.

–Quiero decir que... tenía intención de aceptarla –dijo mansamente para ocultar su mortificación. Su corazón traicionero seguía latiendo enloquecido–. Hasta que trajiste a... a aquella... mujer.

Cutter la dejó alejarse sin oponer resistencia. Se apoyó más en la puerta y se llevó el puño cerrado al bolsillo frontal de forma casual.

–Para que lo sepas, Doc. Yo no traje a esa mujer a ninguna parte. –Su tono era suave, tranquilo, nada que ver con la tormenta que bullía en sus ojos–. La vieja me ha seguido desde el Rushing Bull.

El enfado se instaló en el entrecejo de Elizabeth.

–¡Ha mí no me ha parecido vieja en absoluto! –rebatía ella con petulancia–. De todas formas, lo he pensado durante todo el día y tienes

razón. No puedo fiarme de nadie más para que me acompañe a St. Louis. –Su tono era de resignación–. Tú ganas, señor McKenzie.

Él arqueó una ceja.

–¿Yo gano? –preguntó con suavidad. Se enderezó y sacó la mano del bolsillo, entonces Elizabeth dio otro paso hacia atrás por precaución.

–¡Quédate allí! –le dijo con ansiedad–. Y... y gírate, ya que estamos. –Hizo un pequeño movimiento circular con la mano al ver que él se quedaba mirándola–. Por favor.

Suspirando, Cutter levantó las manos al aire y se giró hacia la puerta mientras meneaba la cabeza. En cuanto se giró, oyó los pies descalzos moviéndose por el suelo de madera. Elizabeth levantó las mantas.

–Yo que tú no haría eso.

Elizabeth se quedó paralizada.

–¿Hacer qué?

–Esconderme en la cama –dijo él brevemente–. No es buena idea.

–Eso... no... ¡No es lo que iba a hacer, señor McKenzie!

Envolviéndose en la colcha como si fuera una capa que la protegiera, Elizabeth se alejó de la cama, indignada porque Cutter pensara que ella lo iba a invitar de una forma tan descarada (y herida porque él lo hubiese evitado)–. Yo no soy Bess –exclamó–. Ya puedes girarte.

–¿Ya está?

–Sí. Vale... si voy a dejar que me acompañes a St. Louis, McKenzie, tendrás que cumplir ciertas condiciones.

Después de aquella noche, Elizabeth ya no estaba segura de si era de Cutter de quien no debía fiarse o de ella misma.

A Cutter se le erizó el pelo en la nuca.

–¿Qué condiciones?

Elizabeth levantó la barbilla un milímetro.

–Por ejemplo –dijo–, nunca, nunca volverás a intentar besarme. Y no me tocarás. ¡Y no pasarás tu tiempo libre con mujeres como Bess! Se supone que

eres mi marido.

–Si tú lo dices.

–Y –continuó ella–. Necesito mi propio caballo. Y mi propia cama –añadió enseguida–. Tú y yo nunca dormiremos en la misma cama, ¡ni siquiera en la misma habitación! ¡No mientras se pueda evitar!

Cutter estaba dispuesto a aceptar todas y cada una de sus tontas exigencias, y se odiaba por ello. Su voz se convirtió en poco más que un susurro:

–¿Algo más, Doc?

–¡Sí! –dijo Elizabeth, pasando por alto su burla–. Cuando lleguemos a St. Louis contrataré a otra persona. Por motivos obvios no te puedo presentar como mi marido.

Era horrible, pero no tenía más remedio que decirle a Cutter la verdad.

Él se encogió de forma notable, como si ella le hubiera dado una bofetada, luego su expresión volvió a la neutralidad. Elizabeth dio un paso más hacia atrás, pensando que él podía saltarle encima en cualquier momento para despedazarla.

–Cutter –lo llamó, cuando él se giró de golpe para coger el pomo de la puerta–. ¡Intenta entenderme!

Una horrible sensación de abismo se abrió en la boca del estómago de Elizabeth cuando él abrió la puerta de par en par de una forma tan feroz que una ráfaga de viento le pasó por la cara.

–Es que no puedo –Cutter no esperó a escuchar la explicación de Elizabeth. Dio un portazo tan violento que el marco de la puerta tembló–... arriesgarme a perder a mi sobrina –acabó ella amargamente.

Sorprendida por la brusca partida de Cutter, Elizabeth se quedó parada, mirando a la puerta sin saber qué hacer. Sobrecogida, caminó y se apoyó en ella porque necesitaba sujetarse, le parecía que sus piernas habían perdido corporeidad.

¿Él la iba a rechazar ahora? ¿Después de todo lo que ella había tenido que

soportar? ¡No, por favor! ¿Es que ahora debía ir tras de él para rogarle que la ayudara?

Fue una agonía. Elizabeth tardó mucho tiempo en darse cuenta de que no había oído la puerta de Cutter cerrarse. En realidad tampoco lo había oído abrirla. Se le paró el corazón. ¿La iba a abandonar allí mismo... sin saber cómo llegar a las Cascadas Sioux?

Y sin dinero. ¡Ni siquiera estaba segura de tener bastante para pagar la habitación y un caballo! Tal vez Cutter ya hubiese pagado la habitación. ¿O no? Estaba tan confundida que no lo recordaba. Aturdida, echó el cerrojo y se apoyó detrás de la puerta mientras su mente volaba.

Un buen rato después caminó hasta la cama, tropezando con las mantas por el camino. Se sentó y se apretó las sienes con las manos. Durante todo el día le había dolido un poco la cabeza y ahora parecía que le iba a estallar.

¿Qué iba a hacer ahora?

Piensa, se dijo con firmeza.

Vamos, Elizabeth, no entres en pánico.

–Eso no te ayuda –se susurró a sí misma. Se metió el pulgar entre los dientes y se lo mordisqueó mientras pensaba.

De pronto hizo una mueca cuando se le ocurrió algo. No le extrañaría que McKenzie hubiese pagado su habitación pero no la de ella.

Bien, decidió con un suspiro que le salía del corazón, no era el momento de preocuparse por ello. Tenía muchas más cosas que la preocupaban. El horrible dolor de cabeza, por ejemplo. Cansada, se recostó en la pequeña cama y se cubrió la frente con la palma de la mano húmeda.

Iría a primera hora a la tienda para conseguir un buen caballo. Tanto si iba a St. Louis como si volvía a las Cascadas Sioux, necesitaba un buen caballo para el viaje. Se tranquilizó un poco al tomar esa decisión y respiró hondo.

Todo iba a salir bien, seguro que sí.

Tenía que salir bien.

Pero, ¿y si no le quedaba suficiente dinero para comprar el caballo?

Tendría que salir a hurtadillas del hotel... y si luego conseguía el dinero volvería para pagar. Si no, ya los compensaría más tarde... cuando estuviese lejos y a salvo. No podía arriesgarse a que... bueno... a que la detuvieran. La cabeza le latía sin compasión. ¡Nunca había tenido problemas con la ley! Pero... ellos no sabían quién era, ni sabrían dónde encontrarla, eso la consolaba. Cutter —ella no sabía si accidentalmente o a posta— no dio su nombre al registrarse.

Sí que tenían la firma de él y le estaría muy bien empleado que lo buscaran a él, que lo llevaran a la cárcel y que tiraran por ahí la llave.

Sacudiendo la cabeza con decisión, ahuyentó de su mente ese horrible pensamiento mientras fruncía el ceño. De momento se negaba a pensar en esa posibilidad. Ya podría matarse de preocupación al día siguiente. Era de noche y necesitaba descansar. Notaba ya los efectos del exceso de alcohol y la falta de sueño, ¡por culpa de Cutter!

Y con esa sensata reflexión y un enorme bostezo, muy poco elegante, se arropó mejor con la manta de lana gruesa y se abrazó a sí misma para protegerse del aire frío de la noche. Intentaba mantener a raya los malos pensamientos, se giró para mirar la luz de luna que se colaba por la ventana. Se quedó mirando unas cuantas partículas de polvo que flotaban en la suave luz y, poco después, consiguió cerrar los ojos y dormir.

Salir de la habitación resultó más sencillo de lo que Elizabeth esperaba.

Se despertó cuando el sol empezaba a asomar en su habitación. Se vistió y se quedó mirando la ventana una media hora, sopesándola como posible salida. El suelo estaba a poco más de un metro de distancia, más o menos y había además un pequeño toldo, lo cual hacía que fuera una solución perfectamente posible. Lo único que le impidió escaparse fue pensar que alguien pudiera verla.

Le parecía más digno (aunque igualmente malo) salir sin más por la puerta principal. Hizo acopio de valor y salió. No había nadie en recepción,

lo cual hizo que resultara increíblemente sencillo.

Sin embargo su conciencia la torturaba mientras caminaba hacia el Hotel d'Horse. Un nombre muy tonto para un establo, pensaba. Incluso daba lugar a malos entendidos, ya que el hotel en cuestión no era más que una caballeriza mugrienta con las paredes torcidas. Tanto que parecía que estaba a punto de venirse abajo. Pero el empleado de la tienda, el señor Monroe, le aseguró que los caballeros que regentaban el negocio eran honestos y le darían lo mejor. Tan solo tenía que preocuparse por tener suficiente dinero para comprar abastos... y para contratar a alguien cuando llegara a St. Louis.

Eso si Cutter aceptaba acompañarla.

Sus ojos registraron la calle que tenían delante. Al darse cuenta de la ausencia de gente, Elizabeth empezó a buscar movimiento en el interior de todos los edificios por los que pasaba. Se dijo que no buscaba a Cutter, mientras estiraba el cuello para ver por encima de las puertas con muelles del Rushing Bull. Llevaba toda la mañana sin verlo y, al constatar que no había ni rastro de él dentro, finalmente admitió que se había marchado de Indian Creek.

—Espera a que se lo diga a Jo —gruñó para sí misma.

¡Seguro que Jo no tenía ni idea del crápula que tenía por hermano! Sin lugar a dudas, Elizabeth iba a iluminar a su buena amiga pronto, en cuanto la viera. Y quizás incluso le dijese a Jo dos que tres cosas que pensaba. A pesar de que Jo había tenido buenas intenciones, había tenido mucho que ver en todo aquello que no le había traído a Elizabeth más que dolor.

Parecía que el enfado estaba convirtiéndose en su estado de ánimo natural y todo había empezado con Cutter.

Un olor a caballo y encerrado asaltó la nariz de Elizabeth en cuanto entró al oscuro establo.

—Hola —llamó—. Hola... ¿hay alguien?

Un hombre alto y robusto estaba en el segundo establo. Tenía gesto de enfado, aunque cuando vio a Elizabeth su sonrisa se tornó brillante, dejando a

la vista el diente que le faltaba en la parte superior. Conteniendo el impulso de tocar sus dientes rectos, Elizabeth formó un puño con sus manos y las mantuvo frente a su cuerpo.

–Espero no molestar.

–No, no –le aseguró el hombre, cerrando la puerta del establo y caminando hacia ella. Se limpio las sucias manos en los vaqueros, que también estaban muy sucios–. Estaba limpiando el establo... Una yegua ha dado a luz. –Le ofreció a Elizabeth una sonrisa culpable, se limpio la frente con la manga–. En fin, me llamo Pete Monroe, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

Elizabeth frunció el ceño al oír que su apellido era Monroe. Aquello era sospechoso, por decir poco. Sin embargo no tenía más remedio que negociar con él. Le ofreció la mano, intentando parecer tan temible como pudo.

–Elizabeth Bowcock. Necesito un caballo, señor Monroe. Me gustaría comprar uno de inmediato. –Él la miró con escepticismo–. Tengo dinero –le aseguró, pensando que era eso en lo que él pensaba–. Señor Monroe — Elizabeth enfatizó el apellido—, en la tienda me dijeron que usted sería honesto.

El señor Monroe asintió.

–¿Ah, sí? –Le guiñó un ojo–. Bueno, señorita Bowcock, si mi primo Will la ha mandado, creo que tengo lo que necesita. La verdad es que no suelo vender caballos, pero en esta ocasión haré una excepción. –Sonrió de pronto, mostrando el agujero del diente faltante–. Lo que haga falta para una mujer hermosa como usted –le dijo.

Girándose, miró hacia la oscuridad del edificio, era como una promesa de una venta triste.

–Pero por favor no diga ni una palabra de esto, si no voy a tener a todo el pueblo llamando a mi puerta. Verá... hace bastante que no tengo sangre nueva y el viejo Rutherford lleva un tiempo presionándome para que le venda todo... pero él los usaría para tirar de carros y no quiero que les pase eso a

mis caballos. Son como mi familia.

¿Familia? ¡No lo parecía! Al adentrarse en el establo el olor se volvió más punzante, casi ácido. Nadie le daría de comer a su familia comida podrida, al menos no si podía evitarlo. Pero quizás era que él no lo podía evitar. Elizabeth lo pensó un poco. Indian Creek no se podía considerar un pueblo próspero.

El señor Monroe la llevó hasta el último establo, donde había una yegua mustang mirando al vacío, sus acuosos ojos oscuros parpadearon de forma sombría al ver a Elizabeth. Todo las dudas y sospechas la abandonaron de golpe. Al verse sólo a sí misma reflejada en aquellos ojos de alabastro, su tristeza, su soledad, Elizabeth se enamoró de inmediato.

La yegua estiró el cuello para investigar a la nueva visitante. Elizabeth se sorprendió por la cálida bienvenida, sus ojos se abrieron un poco más y se giró para sonreírle al hombre que estaba a su lado.

—¡Es preciosa!

Elizabeth acercó la mano con cuidado para acariciar la cabeza de la yegua, bajando suavemente con los dedos por el mechón que tenía en la frente. Sus marcas eran exquisitas: blanca con lunares por aquí y por allá que iban desde el color oro oscuro hasta el chocolate profundo.

La mano de Elizabeth se deslizó hasta llegar a la nariz, que se abría para olfatear. Permaneció allí para dejar que el animal se acostumbrara a su olor, aunque se mantuvo alerta ante cualquier señal de que la fuera a morder. En ningún momento lo hizo, así que finalmente se acercó para acariciarle el hocico fino.

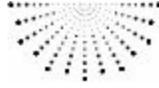
La yegua se echó un poco hacia atrás, pero Elizabeth siguió acariciándola para tranquilizarla. Quitó la mano de golpe y se la puso en un costado para ver qué hacía el animal. Pasado un buen rato, la yegua se acercó para buscar más caricias y a Elizabeth se le llenó el corazón de orgullo por haber hecho las cosas bien. Se quedó allí, sin hablar, mucho rato, admirando la belleza del animal, disfrutando su buena suerte.

–Me la quedo –declaró Elizabeth sin dudar.

El señor Monroe sonrió satisfecho, moviendo la cabeza con alegría.

–Lo sabía –fue todo lo que dijo–. Ahora hablemos del precio, señorita Bowcock.

CAPÍTULO OCHO



*M*aldiciéndose a sí mismo, Cutter llamó con fuerza a la puerta de Elizabeth por tercera vez. Con una última sacudida, movió el pomo y lo encontró cerrado con llave. Todo lo llevaba a tirar la puerta abajo a golpes, pero dudaba que eso lo llevara a nada. Si Elizabeth estuviera en su habitación ya habría respondido.

¿Dónde podía estar?

Girando sobre un talón, se apartó de la puerta. Se había presentado temprano, después de pasarse casi toda la noche ahogando las penas en el Rushing Bull y mandando mentalmente a Elizabeth Bowcock a China de ida y vuelta. En pocas palabras, había trasnochado y luego se había quedado dormido. Demonios, había pensado en largarse y dejar a la dama a su suerte, pero se arrepintió. Si ya la había traído hasta aquí debía seguir a pesar de la altivez de ella y sus absurdas exigencias.

Eso lo reconcomía por dentro.

¿Con qué creía que había tenido que luchar él toda su vida? Lo único que le quedaba del pueblo de su madre eran unos cuantos recuerdos, la imagen de la intolerancia de Jack McKenzie y la estrechez mental del hombre blanco sobre un pueblo al que se negaban a entender.

Cutter se movía entre dos mundos que nunca se encontrarían. Pero eso no era ninguna novedad. Lo había visto toda su vida. La cuestión era, ¿por qué

se sentía tentado a apartarse a estas alturas cuando antes ni siquiera lo habría pensado?

Era lo que era. ¡Al demonio quien no quisiera aceptarlo!

Las imágenes de Sand Creek volvieron de pronto para atormentarlo. Las ahuyentó, pasándose la mano por el pelo y rascándose la cabeza.

A pesar de que le aseguraran al Jefe Tetera Negra que estaba bajo la protección del Fuerte Lyon, y a pesar de haber izado la bandera de Estados Unidos en su casa, así como la bandera blanca de la rendición (un símbolo de buena fe), Chivington y sus hombres entraron al campamento Cheyenne mientras todos dormían, sin ninguna compasión. Muchos de los que murieron asesinados eran niños y lo único que se le ocurrió decir al Coronel Chivington fue “eran unos piojosos”.

¿Y era a los indios a quienes llamaban malditos bastardos?

Cutter se ponía enfermo.

A pesar de haber demostrado que era valioso en el ejército de los Estados Unidos, también dejó muy clarito que era mitad Cheyenne y que, le costara lo que le costara, defendería su sangre. Una cosa era cargar contra los desertores. Cutter tampoco tenía reparos a la hora de desalojar a otras tribus indias. Pero se negó a obedecer las órdenes de su oficial cuando se trataba de desalojar un campamento de invierno Cheyenne.

Tras la carnicería de Chivington en Sand Creek, el gobierno temía las represalias de las tribus vecinas, y con razón. Poco más de un mes después, la diligencia del Correo que cubría la ruta a Denver fue atacada a tan solo siete kilómetros para llegar a Julesburg.

Pero joder, él no era exactamente militar norteamericano, tan solo estaba contratado y nunca tuvo la intención de traicionar al pueblo de su madre, no mientras existieran bastardos como John Chivington dispuestos a bailar sobre sus tumbas.

A pesar de todo, Cutter estaba a punto de hacer lo que había jurado que no haría jamás. A lo largo de los años había tenido poca relación con el

pueblo de su madre, pero aún así sentía que era una señal de deslealtad abandonar lo que lo distinguía como Cheyenne, y encima no hacerlo por él mismo. Pero eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer.

Le iba a demostrar a la señorita Bowcock que no había ninguna diferencia entre él y cualquier otro hombre. El problema era que ¡odiaba tener que hacerlo!

¿Y para qué se iba a molestar?

Bajó los escalones de dos en dos mientras se le revolvían las tripas ante la posibilidad que se le presentó de pronto en la mente. No era posible que Elizabeth hubiese vuelto sola a las Cascadas Sioux. Joder, ¿o sí?

Se sintió profundamente aliviado al llegar a la recepción y verla al fin. Sus horribles faldas y su abundante melena rubia trenzada eran inconfundibles. Estaba con un empleado, se giró y las miradas de ambos se encontraron durante un brevísimo instante. Cutter creyó ver en ella el mismo alivio. Luego Elizabeth ganó compostura y le lanzó una mirada de odio que él jamás olvidaría. A pesar de lo enfadado que estaba Cutter, se rió en su interior y fue hacia ella en la pequeña recepción, sus largas piernas le permitieron alcanzarla sin ningún esfuerzo.

Conteniendo la necesidad de gritarle “lárgate de aquí”, Elizabeth lo miró con una rabia mal disimulada. Por mucho que le molestara admitirlo, lo necesitaba. Sin embargo no lograba pedirle otra vez que la ayudara. La noche anterior había puesto las cartas sobre la mesa y él se había marchado sin más. Ahora le tocaba a él mover ficha, ella se negaba a humillarse más rogándole. Él podía aceptar o no su oferta... Y había muy poco que ella pudiese hacer. Si Cutter decidía no aceptarla, por primera vez en muchos años Elizabeth buscaría algún lugar tranquilo y discreto para sentarse a llorar... porque no tenía a nadie más en quien confiar.

Y él lo sabía.

Elizabeth se esforzó al máximo por ignorarlo y bajó los escalones hacia la calle, entonces notó que Cutter no la seguía. Se giró de golpe para verlo

parado en el primer escalón, apoyando un brazo de forma casual sobre el poste de madera sin lijar que sostenía el umbral. Sus ojos de obsidiana tenían el brillo de un demonio debajo del sombrero y la boca se torcía de forma cínica. La saludó tocándose el ala del sombrero con pereza.

Elizabeth deseaba maldecirlo con todas sus ganas pero no creía contar con las palabras necesarias para hacerlo. Tenía ganas de echarle la bronca por haberla dejado preocupada toda la noche, pero sabía que no era muy inteligente enfrentarse a él.

Él llevaba la misma ropa que la noche anterior, Elizabeth se dio cuenta de ello al levantar las gafas sobre el puente de su nariz. Vaqueros y una camisa verde oscuro. Aún no se había afeitado, lo cual le daba un aspecto más oscuro a su cara. Cutter no decía nada, tan solo la miraba y Elizabeth se giró hacia su caballo porque no quería hablar primero. La verdad era que no tenía ni idea de cómo acallar el torbellino que tenía en el alma.

Había pasado toda la noche preocupada. Aún cuando dormía había soñado con él. Y por la mañana... Poco importaba que no la hubiesen pillado, él la había obligado a pasar por la humillación de tener que escaparse del hotel sin pagar... ¡y todo para descubrir al volver que él ya había pagado!

Se le encendieron las mejillas al recordar las palabras del recepcionista. El hombre le soltó la información entre dientes:

–Ya han pagado, señorita... Lo debe haber dejado muy satisfecho.

Luego le guiñó un ojo. ¡Por Dios, menuda vergüenza!

El caballo de Elizabeth estaba atado a poco menos de un metro, cerca de la salina. Abrió la bolsa de la silla de montar y metió allí sus pertenencias..

–¿Qué es eso?

–¿A ti qué te parece, McKenzie? Es un caballo –dijo ella sin girarse para mirarlo–. Un mustang, para ser exactos.

–¡Sé lo que es ese maldito animal! –le soltó Cutter–. Lo que quiero saber es qué haces con él.

Elizabeth se giró para mirar a Cutter, alzando la barbilla con

determinación. Sus ojos brillaban retándolo.

–Es mía. –Su mirada volvió a la yegua, mientras sus sentimientos rebotaban de orgullo. Luego su tono fue más suave–. ¿A que es bonita?

Cutter bajó los escalones, saltando los dos últimos y aterrizando con los dos pies mientras levantaba polvo, parte del cual acabó en las faldas de Elizabeth. Ella bajó la mirada y estrechó los ojos.

–Espero que no hayas pagado mucho por ella. No es más que un caballo para los domingos. Además, es una Cayuse, son muy obstinadas. –Arqueó una ceja–. Como alguien que yo me sé.

Como no conocían a nadie en común, salvo a la hermana de Cutter, la lista se reducía considerablemente.

Elizabeth optó por ignorar el insulto, ajustó la silla de montar y empezó a acariciar los costados de la yegua.

–La verdad es que no creo que sea asunto tuyo cuánto haya pagado por la yegua, McKenzie.

Ahora él estaba justo detrás de ella y, aunque no la había tocado, Elizabeth sentía el calor de su cuerpo.

¿O era sur imaginación?

Le picaba la piel, el corazón se le estaba acelerando, saltaba en un ritmo errático. Lo único que quería era que él la dejara en paz... y sin embargo su cerebro no paraba de buscar formas de mantenerlo a su lado.

¿Cómo podía desear las dos cosas al mismo tiempo y tan desesperadamente?

–Si voy a ser tu guía, señorita Bowcock, sí –dijo él con suavidad, burlándose de ella.

Elizabeth estaba segura de que esa era su forma de ofrecer ayuda.

La respiración de Cutter se sentía cálida sobre la piel del cuello. Elizabeth tuvo que luchar contra el deseo de echarse hacia atrás para apoyarse en su amplio pecho. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero se recuperó rápidamente y se giró despacio hacia Cutter, aunque sus sentimientos

galopaban.

¿Así que después de todo pensaba ayudarla?

Sintió una increíble explosión de euforia y se contuvo para no gritar de alegría y abrazarlo. A pesar de lo agradecida que estaba no se atrevía a tocarlo otra vez. No se sabía lo que podía ocurrir si lo hacía. Su imaginación estaba desbocada. Recordaba una y otra vez cómo la miraba él la noche anterior. El hambre de sus ojos.

Cuánto calor sentía, le ardían las mejillas de solo pensarlo. Pero odiaba necesitarlo.

—No he pagado mucho por ella —admitió de mala gana—. El dueño me hizo un buen precio porque... bueno, dijo que había unos cuantos inconvenientes con los que tendría que lidiar.

—¿Por ejemplo... ? No me digas que el pobre animal no tiene herraduras. —Cutter bajó la mirada hacia los cascos del caballo.

Elizabeth sacudió la cabeza exasperada.

—¿No está entrenada?

—No es nada de eso —le aseguró Elizabeth, teniendo buen cuidado de contener el tono y suprimir su carácter—. Es solo que... bueno, tiene sangre india.

Cutter arqueó una ceja.

—¿Eso es todo?

Su tono era paternalista.

—No exactamente —confesó Elizabeth de mala gana—. Tiene unos cuantos años. Pero aparte de eso está en perfectas condiciones.

—¿Solo unos cuantos? —preguntó Cutter, inspeccionando al animal más de cerca. Pero de pronto perdió ese aire de pasar de todo—. Joder, Lizbeth, ¡este caballo es comida de buitres! ¡Te han tomado el pelo! ¿Quién te lo ha vendido? —La sujetó del codo—. ¡Ven, vamos a que te devuelvan el dinero!

Elizabeth torció el brazo para liberarse de él y luego dio un paso a la defensiva.

–¡No! No me han tomado el pelo. ¡Y el nombre de esa persona no es asunto tuyo! Y para tu información, señor McKenzie –se apresuró sin pensar–. ¡Este caballo era el último que le quedaba al señor Monroe! Hace tiempo que no le llegan caballos nuevos y me lo vendió tan solo para que Rutherford siga llevando sus caballos a sus tierras!

Cutter permaneció con una expresión de incredulidad y Elizabeth se quebró.

–¡No me ha engañado! –insistió, dándose cuenta después de cómo debían de sonarle a Cutter sus palabras–. De hecho, ni siquiera me lo habría vendido si su primo de la tienda no me hubiese mandado recomendada. –Vaya, parecía que eso sonaba aún peor. Sin embargo Elizabeth no podía mentir. Cutter la miraba como si estuviera loca–. Además, me lo dio a muy buen precio ¡y estoy muy satisfecha con mi compra! Es mi dinero, después de todo, y si yo estoy contenta tú no deberías...

–¿Cuánto?

–No es asunto...

–Vale –la interrumpió Cutter, cortando su explicación.

A Elizabeth le dio un vuelco el corazón cuando él le dio la espalda y volvió por las escaleras a la recepción del hotel. Por un instante sintió pánico. No podía dejarlo marchar. ¡Sencillamente no podía!

–¡Muy bien, señor McKenzie, márchate! ¡Otra vez! –gritó con cierto histerismo detrás de él–. ¡Al parecer las escapadas dinámicas es lo que mejor se te da!

Él se detuvo en el último escalón, aún de espaldas pero rígido. La potencia de los hombros de él la ponía nerviosa. Una vez más Elizabeth se sorprendió de ver lo alto que era. Al verlo desde esa posición, él era como una torre por encima de ella. Pasado un buen rato él se giró con furia para mirarla de frente, metiéndose una mano en el bolsillo con un suspiro lleno de resignación.

–La cuestión es, Doc, que si tuviera tres dedos de frente eso es

exactamente lo que haría. –Sopesó con seriedad sus palabras y luego volvió a hablar para tranquilizarla–. Pero parece que he perdido toda la sensatez. –Sacudió la cabeza con un lamento–. No, no me voy a marchar. Tan solo voy a recoger mis cosas. Salvo que quieras hacerlo tú por mí. –Sacó la mano del bolsillo y se ajustó el sombrero mirándola con dureza–. Quiero verte lista para marcharnos cuando vuelva.

No era una pregunta. Era una orden como la copa de un pino, pero Elizabeth contestó de todas maneras.

–Estaré lista –dijo con acritud.

–Que así sea –dijo él y giró sobre los talones para luego desaparecer en el hotel, su cuerpo musculoso se movía con la gracia y potencia de un felino.

Elizabeth se negó a refugiarse en el recelo. Mandó todas las dudas al fondo de su mente y se dijo con firmeza que eso era lo que ella quería, que era con diferencia lo mejor que podía hacer. No había otra manera.

Al final no se fueron de Indian Creek hasta bien pasado el mediodía, tras pasar por la tienda para comprar provisiones.

Elizabeth no intentó montar hasta entonces. Llevaba a su yegua tirando de las riendas. No sabía por qué no había querido montar, pero en aquel momento deseó no haber esperado a hacerlo frente a Cutter. ¿O era por eso por lo que había esperado? Por alguna extraña razón la presencia de él la tranquilizaba, a pesar de las hostilidades que había entre los dos.

Para desgracia de Elizabeth, sus presentimientos resultaron correctos. Cada vez que intentaba montar, la yegua se apartaba con inseguridad. Elizabeth tampoco sabía mucho de caballos, lo suficiente para ir tirando, pero no entendía qué estaba haciendo mal.

Desesperada y con las mejillas encendidas de cansancio (además de la humillación de ir detrás de la yegua por toda la calle polvorienta), Elizabeth finalmente buscó los ojos de Cutter. Su mirada, aunque estaba mucho de ser cálida, era divertida. Cuando ella lo miró con odio, preguntándose qué debía hacer, cómo pedirle ayuda, él casi esbozó una sonrisa. Ella se giró para darle

la espalda, decidió que así fuera lo último que hiciera en su vida montaría en aquel maldito caballo ¡y lo haría sola!

Elizabeth se mordisqueó un poco el labio inferior, evaluando desde el suelo las probabilidades que tenía de poder montar. La verdad era que no era lo suficientemente alta como para montar desde allí, aunque la yegua era bastante baja. Con más determinación que nunca, Elizabeth se acercó desde el costado izquierdo, pero esta vez no lo hizo con aquellos movimientos lentos propios de un depredador que había usado antes. ¿Quizás si cogía al animal desprevenido...?

Corrió, saltó y sujetó al animal por los costados, pero en lugar de quedarse quieta, como se suponía que debía hacer, la yegua dio un paso hacia un lado con un sonido de burla y Elizabeth perdió la paciencia. Cayó de pie, evitando por los pelos caer de cara. Se quedó allí parada, mirando confundida y enfadada.

Cutter se reía sin abrir la boca.

Elizabeth se giró hacia él indignada y con las manos sobre la cadera.

–¿Se te ocurre un método mejor? –Había un desafío en su tono, así como una nota de reto.

Cutter torció la boca. Cruzó los brazos y se apoyó en el poste que tenía detrás con tanta indiferencia que Elizabeth se enfureció.

–Pues sí –dijo él con una risa mal contenida.

¿Es que Elizabeth iba a tener que sacárselo con sacacorchos?

–¿Y?

Cutter tenía una cara tan llena de autocomplacencia que Elizabeth tenía ganas de darle una patada en la espinilla. En el poco tiempo que llevaban de conocerse, él no había hecho más que burlarse de la naturaleza racional de ella. ¡Elizabeth había mostrado más violencia en los dos últimos días que en toda su vida!

–Lizbeth –dijo Cutter con voz suave, mirando a la gente que empezaba a agolparse a su alrededor–. ¿Sabes por casualidad lo que significa que un

caballo tenga sangre india?

–¡Por supuesto! –respondió ella, aunque no estaba segura en absoluto. Tenía las manos llenas de polvo y pelo de caballo, así que se secó la frente con el antebrazo, poniendo cuidado para que el gesto no resultara poco apropiado para una dama. ¡Qué calor hacía!–. Supongo que habrá sido domesticada por indios.

–Exacto –admitió Cutter. Sus ojos lanzaron una chispa mientras su dedo se encorvaba–. Ven aquí –lo dijo tan bajito que habría podido ser un susurro.

O susurró, o Elizabeth se estaba quedando sorda por el esfuerzo y el calor. Ni siquiera fue consciente de que había obedecido, hasta que se encontró frente a él y sus labios se abrieron para hablar de nuevo. Cutter le sujetó el brazo con suavidad para acercarla. La sorpresa le aceleró el pulso a Elizabeth. Él se acercó para susurrarle al oído. Elizabeth creyó que la iba a besar. Debía darle una bofetada antes de que lo intentara siquiera. Debía hacerlo para que él aprendiera, ¿no?

–Intenta montar por el costado derecho –le aconsejó con una risa grave y un guiño de ojo juguetón–. Así se hace entre los indios.

Horas más tarde Elizabeth aún seguía enfadada por la forma tan paternalista en la que Cutter le había informado aquel detalle. ¡Y pensar que había creído que la iba a besar! ¡Se había burlado de ella! ¿O le había leído la mente?

A pesar del radiante día que hacía para viajar, era como si dos tormentas se movieran por el Este de Missouri. Siguiendo el ejemplo de Cutter, Elizabeth cabalgó en total silencio, manteniendo la atención centrada en el paisaje.

La mayor parte del tiempo siguieron el curso del río, aunque en algunos tramos este desaparecía por completo. Cutter mantenía un paso ligero; para Elizabeth él intentaba demostrarle lo inútil que era su yegua. Sin embargo, tanto la yegua como la propia Elizabeth siguieron trotando sin protestar. Se habría plantado si le hubiese parecido que la yegua estaba cansada, pero de

momento no lo parecía.

Cutter modificaba el paso a menudo, hubo un momento en el que caminaron para que los caballos descansaran, pero llevaban horas en camino sin parar y la pobre yegua empezaba a mostrar señales de fatiga. Pronto, decidió Elizabeth. Pronto diría algo. Pensaba que era mejor esperar a que Cutter dijera que pararan. Si él lo proponía ella no se iba a oponer. ¿O quería matarle a la yegua solo por despecho?

Con un suspiro, Elizabeth lo miró de reojo. Visto de perfil sobresalían sus pómulos, su mandíbula era fuerte y firme. Sus ojos quedaban ocultos por el sombrero, que llevaba inclinado hacia adelante para proteger la cara del ardiente sol. Elizabeth se dijo pensativa que acabaría lamentando haber olvidado el suyo. El implacable sol ya le estaba tostando la cabeza. Apartó la mirada. Pero, como una polilla va hacia la flama, sus ojos se veían atraídos hacia él, por lo que Elizabeth se preguntaba qué tenía ese hombre que la atraía tanto. Sí, podía negarlo ante el mundo entero, pero no podía mentirse a sí misma. Cutter McKenzie la intrigaba. Era como si tuviera un magnetismo que la llamaba.

La seducía.

Hipnotizada, se quedó mirando el pelo oscuro sobre su nuca, que se rizaba a la altura del cuello de la camisa, entonces tragó con dificultad. Apartó abatida la mirada y la llevó hacia abajo, hacia la tira de humedad que había entre las escápulas de Cutter.

El calor.

¡Por Dios, qué calor! Elizabeth deseaba que llegara la noche casi con desesperación, entonces el sol ya no le haría estragos en la piel. Incluso la brisa ardiente de la noche le parecía preferible. Sentir el calor del sol sobre los hombros, en la coronilla, esos bochornos afiebrados que le salían de dentro. Elizabeth se removió en la silla de montar, buscaba una postura tolerable, pero no la encontró. Había algo en el paso de su yegua que la inquietaba.

El recuerdo del beso que compartieron volvió a su mente sin reparos y el calor se propagó hasta el centro de su ser. Las cejas de Elizabeth temblaron ligeramente. ¿Compartir? ¿De dónde sacaba eso? ¡Robar! ¡Se lo había robado! Se movió otra vez. Ella no había hecho nada para animarlo a besarla.

¿O sí? Ese beso, así como el momento anterior al mismo, eran como un borrón en su mente, el único recuerdo claro era la traicionera respuesta que su cuerpo había tenido ante él. Se colgó de él como si fuera... como se le colgaba ahora a Cutter la camisa empapada de sudor...

¡Madre mía, qué músculos tan bien definidos!

¿Pero, qué te ocurre? No lo mires, se regañó.

No podía evitarlo. Elizabeth observó el movimiento de los hombros, de la espalda, la soltura de su postura mientras cabalgaba. Luego, al darse cuenta de que otra vez se había quedado mirándolo con fijeza, apartó la vista.

¡Vaya, era tan descarada como Bess! Si él no se hubiese marchado la noche anterior... en fin, Elizabeth odiaba pensar en lo que habría podido pasar.

¿Le habría parecido desesperada?

¿Qué le importaba si así era?

Le importaba.

¿Qué pensaba él?

Se le aceleró el corazón ante la mera posibilidad. De pronto le parecía increíblemente importante que no hubiese visto defectos en ella. Nadie la había mirado nunca como la miraba a veces Cutter. *Nadie*. Pero, aunque ella procuraba que la franqueza de esas miradas la molestaran, lo cierto era que no lo lograba. Para su desgracia se sentía casi... Bueno, casi agradecida por la forma en la que él la deseaba. ¡Vaya! ¿Era eso? ¿Él la deseaba? ¿Era eso lo que había en el escrutinio de Cutter? ¿Por eso había accedido a ayudarla? Elizabeth meneó la cabeza para responderse a sí misma, no quería creerlo. No, seguro que no.

Pero el día anterior, *había despertado* bajo las manos de él que la

exploraban. Claro que aparte de eso él no la había tocado. Bueno, estaba *el beso*. Pero se marchó de inmediato y habría podido perfectamente aprovechar la situación. Pero no, eligió marcharse.

Ese hombre era un cúmulo de contradicciones, una maraña que ella quería desenredar.

Cuando Cutter disminuyó el paso, Elizabeth aprovechó la oportunidad y se acercó con su yegua. Cutter no le dedicó más que una mirada de soslayo y otra un poco más larga para la yegua.

–Aguanta bastante bien, ¿no te parece?

Cutter frunció el ceño. Le parecía que Elizabeth quería o burlarse de él o que buscaba que la reafirmara. En cualquiera de los dos casos no le apetecía recoger el guante. No estaba de humor. Se sentía frustrado. Ella lo había aceptado, vale, pero él había perdido algo a cambio. No sabía qué había perdido, pero sentía un extraño vacío.

Elizabeth se preguntó cuánto tiempo más pensaba él estar de morros. Ya se había divertido con ella antes. ¿No era ella quien debía estar enfadada? Lo mínimo que Cutter podía hacer era comportarse. Elizabeth no estaba segura sobre qué hacer ante su mal humor.

–Claro, y si lo digo yo voy a parecer presuntuosa –dijo. Luego, al darse cuenta de que había hablado como si estuviera a la defensiva y que eso no iba a ayudar a la situación que había entre los dos, rectificó–. ¿Qué te parece Cacao? –preguntó con soltura.

–¿Cacao? –Cutter se giró hacia ella de golpe y la miró sorprendido–. ¿Qué dices?

Elizabeth acarició con cariño el cuello de su yegua.

–Creo que la voy a llamar Cacao. –Se le encendieron las mejillas ante la mirada cortante de él, pero se negaba a mostrarse avergonzada–. A mi yegua –aclaró. Evitó mostrar sus defensas y sonrió con suavidad–. Le queda bien el nombre, ¿no te parece?

Él se quedó mirándola, pero el único sonido que llegó hasta oídos de

Elizabeth seguía siendo el de los cascos de los caballos sobre la tierra endurecida. Con una sacudida casi imperceptible de cabeza, él miró hacia otro lado. Elizabeth se sintió herida ante la falta de educación. Abrió ligeramente la boca, pero se contuvo. Si iban a cabalgar un buen rato juntos, mejor que lo hicieran en paz. ¡No podían seguir así mucho más tiempo!

El caballo de él era un precioso Appaloosa. Era oscuro por todas partes, salvo en las patas, que eran de color blanco plata con grandes manchas negras. El único defecto que tenía era la oreja derecha. Era como si le hubieran arrancado la mitad. Pero era un animal maravilloso, seguro que Cutter estaba orgulloso de él.

—¿Y el tuyo?

—¿Qué le pasa al mío? —repitió Cutter con poca indulgencia, manteniendo la mirada al frente.

Cutter no quería mirarla en aquel momento. El tono cansado de ella le decía todo lo que necesitaba saber. La veía claramente en la mente, su pelo trenzado con tanta fuerza que le estiraba la pálida piel de las mejillas y le rasgaba los ojos, su cara contraída como si estuviera chupando limón.

Echó un vistazo rápido hacia ella, por simple curiosidad, y encontró que las gafas se le habían escurrido hasta llegar a una posición precaria en la punta de la nariz, lo que la hacía parecer como si lo mirara desde las alturas, aunque en realidad estuviera mucho más abajo que él. La expresión de Elizabeth le hizo saber que se encontraba muy incómoda con sus sentimientos, y de pronto sospechó que ella llevaba una vida tan reprimida que no sabía cómo gestionar lo que sentía. En vez de sentirse conmovido ante tal revelación, se sintió molesto, porque eso lo atraía hacia ella como no debía.

Elizabeth se subió las gafas hasta la parte alta de la nariz.

—¿Cómo se llama? —le preguntó con demasiada amabilidad.

Sacudiendo la cabeza, Cutter le ofreció una mirada que sugería que pensaba que estaba loca.

–No tiene nombre, lo llamo caballo y ya está. –Como Elizabeth no mostró casi ninguna reacción, él se apresuró a añadir–. Tan solo los tontainas y los cursis le ponen nombre a los animales. –Sus ojos la desafiaron, mirándola con fijeza mientras esperaba una respuesta. Cutter odiaba haberse rendido ante ella tan fácilmente.

Elizabeth enderezó la espalda.

–Ya. ¿Y cual de las dos cosas soy yo? ¿Cursi o... o... ?

–Tontaina –dijo Cutter sin reprimirse.

Elizabeth no podía ni decir aquella palabra, pensó él iracundo. ¿En qué demonios se había metido? Pero ni muerto habría permitido que ella contratara a otra persona para hacerse pasar por su marido. Loca, lunática, mujer irritante. ¿Es que no se daba cuenta de lo que le podía pasar?

Los ojos ambarinos de Elizabeth se abrieron mucho ante la ofensa.

¡Tontaina! Se dijo Elizabeth mentalmente. ¿Tontaina? ¿Y cómo se suponía que debía responder a eso? Su boca no era ni capaz de formar palabras aún cuando hubiese sabido qué decir. Decidió que ahí acababa la conversación, el tema estaba zanjado definitivamente. Tiró de las riendas irritada para frenar un poco y cabalgar detrás de él.

Cuando cabalgaba a espaldas de Cutter, empezó a preguntarse una vez más si había sido sensato hacer algo así ante el volátil hombre con el que estaba. No hacía ni cuarenta y ocho horas que había estado sentada en la mesa de su cocina con los ojos llenos de lágrimas y la carta en la mano que le había cambiado la vida para siempre. Pero aún en aquel momento, si alguien le hubiera dicho que hoy iba a estar en una silla de montar, cabalgando junto al hombre más irritante que había conocido, no se lo habría creído... Bueno, quizás sí. La cuestión es que estaba allí y tenía el dilema de lograr llevar lo mejor posible esa situación que nunca habría creído posible.

A solas con un hombre.

Un extraño, para ser exactos.

Y obviamente un crápula.

¿Qué habría dicho su padre?

¡Jamás habría muerto de haber sabido por un solo instante que ella iba a ser tan insensata! ¿Cuántas veces le había advertido que no se fiara de ningún hombre si no estaba “bañado en éter o muerto”? Nunca lo dijo, pero Elizabeth sabía que Angus Bowcock prefería la segunda opción para un hombre que estuviera a solas con su hija. Después de todo había sido su padre quien le había aconsejado vestir de una forma tan lamentable como lo hacía. Al menos lo hizo al principio. Luego, en sus últimos meses de vida, insistió en que se deshiciera de aquellas prendas sin forma que siempre usaba.

Tiró de las riendas con más fuerza, hasta que las palmas de las manos se tornaron blanquecinas, recordó la tela con aquel bonito estampado floral que él le compró... para que se hiciera un vestido. En aquella época ella no lo comprendía, pero ahora sí. Él ya sabía que se estaba muriendo, quería que ella encontrara a un hombre que la cuidara. ¿Por qué no fue capaz de verlo entonces? La tristeza en los ojos de él aquel día en el que al volver a casa se encontró la tela convertida en colcha sobre su propia cama. Ahora... solo ahora Elizabeth lo veía con claridad.

Ay, papá, pensó. ¡Ojalá estuvieras aquí! Suspiró. El hecho era que él se había ido. No iba a volver. Pero aún así pensó que habría estado orgulloso de ella.

Ni siquiera lloró cuando murió.

Ocupó su lugar con valentía y, aún cuando la gente del pueblo se quejó de que no era adecuado que una mujer los atendiera, ella no se encogió. Si preferían morir, estaban en su derecho. Pero les informó a todos con firmeza que cuando sus hijos estuvieran enfermos no iba a permitir que sufrieran tan solo porque ella no fuera un hombre. Al final, cuando algún hombre o sus seres queridos se enfermaban, no hacía falta mucho poder de convicción para que vieran las cosas como las veía ella. La supervivencia era lo que contaba y si debía ser una mujer quien la garantizara, pues que así fuera.

Lograr que la aceptaran le costó bastante, pero había valido la pena.

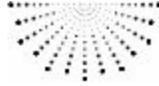
Ahora casi todo el mundo en las Cataratas Sioux y sus alrededores iba a verla por voluntad propia, ya tuvieran dolencias menores o de importancia. Y no era la primera vez que Elizabeth había sentido un golpe en el pecho por tener que dejarlos sin atención médica. Pero, hasta donde sabía, no había nadie que estuviese tan enfermo que no pudiera soportar su breve ausencia. Después de todo no podía hacer otra cosa, pero aún cuando hubiese podido planear cuándo marcharse, no había nadie que hubiese podido sustituirla. Lo habría intentado y luego se habría preocupado al no encontrar a nadie y al final habría malgastado un tiempo muy valioso.

Reflexionó. Debía agradecerse a Cutter. Miró brevemente su espalda. Al menos él le había evitado la pena de tener que tomar sola la decisión. Eso la llevó a otro pensamiento totalmente distinto.

¿Cómo había hecho Cutter para que pareciera que había sido idea de ella? ¿Cómo había hecho para que ella se preocupara al pensar que la había abandonado a su suerte? ¡Él lo planeó todo! ¡Hasta el último detalle!

Perdida en sus pensamientos, no estaba preparada en absoluto para el momento en el que un pájaro bajó el vuelo frente a ella y asustó a su yegua. Por instinto, Elizabeth tiró de las riendas y asustó aún más a Cacao. La yegua se levantó sobre las patas traseras, relinchando con fuerza. Elizabeth no pudo ni gritar para pedir ayuda, cayó al suelo de cabeza. Aterrizó con un chillido y rodó hasta quedar inmóvil.

CAPÍTULO NUEVE



La intención era detener a la yegua antes de que matara a Elizabeth al pisotearla. Cutter atrapó las riendas al vuelo y tranquilizó a Cacao. Luego bajó del caballo de un salto y corrió hasta donde estaba Elizabeth, deslizándose sobre las rodillas en el último metro para frenar a su lado.

Ella tenía los ojos muy abiertos, pero no parpadeaba. Cutter movió la mano frente su cara con ansiedad. Elizabeth parpadeó de pronto y se giró hacia él. Entonces los ojos se le llenaron de lágrimas y el corazón de Cutter volvió a latir. Soltó el aire que había contenido y le preguntó con suavidad:

—¿Estás bien, Lizbeth?

Elizabeth asintió y aceptó la mano que él le ofrecía. La usó como apoyo para incorporarse.

Al ver que no estaba herida, Cutter no se molestó en ocultar su enfado.

—¿Qué te pasa con los caballos? Siempre acabas cayéndote de culo.

Se alarmó al ver que una lágrima solitaria rodaba sobre la mejilla polvorienta de Elizabeth, dejando un rastro sucio y húmedo a su paso.

—¡Joder, sí que te has hecho daño! —gruñó—. ¡Dime dónde!

Con un nudo en la garganta que le impedía hablar, Elizabeth meneó la cabeza sintiéndose indefensa, intentando contener las lágrimas.

—No... no —insistió.

Pero el labio la traicionó temblando. Luego, a pesar de sí misma, rompió a llorar. Fue como si todo el dolor que había contenido en los meses que habían pasado desde la muerte de su padre se desbordara en aquel triste momento, mientras Cutter la miraba estupefacto. Mortificada, Elizabeth se tapó la cara con las manos.

Era obvio que le incomodaban sus lágrimas. Cutter se sentó en una postura firme y le puso a Elizabeth una mano en la espalda, acariciándola para tranquilizarla.

–Venga, vamos, ojitos brillantes. No derrames lágrimas por mi culpa –le dijo y la acercó para que ocupara el espacio que había entre sus piernas.

Elizabeth no necesitó que le insistieran. Con un sollozo ahogado, se abandonó entre sus brazos y hundió la cara mojada en su camisa, echándolo hacia atrás con el impacto de su delicioso y pequeño cuerpo. Cutter se balanceó un poco por el peso de ella, luego la abrazó sobre su regazo con cuidado, como si fuera una muñeca de porcelana.

Elizabeth agradecía el consuelo que Cutter le ofrecía, pero se sentía avergonzada por haber explotado así, de manera que escondió la cara contra el pecho de él y lloró en silencio mientras los hombros le temblaban con suavidad.

Se sujetó de la camisa de Cutter como si fuera su salvación. Él no podía hacer sino quedarse sentado tranquilizándola mientras ella tiraba sin querer de su camisa en el punto de unión con el pantalón.

Él no tenía muy claro por qué lloraba con tanto ahínco, así que se sintió un poco culpable por preocuparse por su camisa. Pero si ella tiraba un poco más fuerte al final la iba a romper y él solo tenía dos camisas, la que llevaba puesta y la que estaba en la bolsa de la silla de montar.

Se acercó para intentar soltar aquel tirón fatal de su camisa favorita. Envolviéndola en sus brazos, le acarició la espalda y, a pesar de que estaba decidido a no claudicar ante sus bajos instintos, algo se movió en su pantalón a medida que su cuerpo respondía a la mujer que se encontraba tumbada de

una forma tan íntima entre sus brazos.

¡Qué bien olía!

Apretando la mandíbula, Cutter luchó contra la necesidad de levantarle la cabeza y secarle las lágrimas con besos porque sabía exactamente lo que ocurriría si hacía eso. Daba igual dónde estuvieran. Su cuerpo no distinguía la diferencia entre un colchón de mullido relleno de plumas y el polvo del suelo. Pero ella lo notaría y a él eso le importaba.

No le había prometido nada a Elizabeth la noche anterior y, aunque sabía que sus sentimientos distaban mucho de ser nobles, quería hacer bien las cosas cuando algo ocurriera entre los dos. Porque ocurriría, de eso no tenía duda, pero primero quería que ella confiara en él.

Y que se rindiera sin condiciones.

Tragando con dificultad, Cutter apoyó los labios en el pelo de Elizabeth mientras su mano la acariciaba. Sus dedos subieron por el brazo de ella y se aferraron a sus hombros, luego se quedó paralizado, se prohibió a sí mismo seguir adelante.

–Lizbeth –dijo con voz ronca–. ¿Te has hecho daño, pequeña?

Las lágrimas siguieron cayendo en su camisa, pero ella logró mover la cabeza negativamente para responder. Cutter respiró hondo para expulsar de sí el cálido aroma femenino.

–¿Y entonces qué pasa? –Miró por encima del hombro para ver a los caballos que estaban a unos cuantos metros. Volviendo a Elizabeth le aseguró–: No tienes nada de qué avergonzarte, ojitos brillantes. Todo el mundo se cae de vez en cuando. Demonios, yo mismo me he caído una o dos veces.

¿Qué más daba que no fuera verdad?, se dijo Cutter. Ella no podía saberlo, ¿no? Le acarició la cabeza como se acaricia a un niño, sus dedos recorrieron la longitud de la trenza. Aquella mañana él se había desilusionado al verla otra vez con aquella máscara de beata.

Elizabeth asintió y Cutter sabía que también había abierto los ojos,

porque sintió sus pestañas moviéndose sobre la camisa mojada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella no llevaba las gafas y las buscó inmediatamente por allí. Hizo una mueca al verlas a unos centímetros, una de las lentes estaba rota y la montura estaba tan torcida que no se podía reparar.

–La próxima vez –le dijo, sin saber cómo darle la noticia– no tires tanto de las riendas. Si no hubieras estrangulado a la pobre Cayuse no te habría tirado.

Sin soltarle la camisa, Elizabeth inclinó la cabeza hacia arriba de pronto para mirarlo con los ojos empapados. No sabía qué decir.

–¡Yo no he estrangulado a mi caballo! –Pero mientras lo decía no estaba segura de que fuera verdad. Aún le dolían los dedos de sujetar las riendas–. ¡Madre mía! ¡Jo tenía razón! –le soltó–. ¡Eres un borrico insensible!

Cutter arqueó las cejas.

–¿Ah, sí? –preguntó él desapasionadamente y le secó la mejilla con el pulgar.

De pronto, Elizabeth se apartó de él. Le cogió la mano y la miró para ver qué le había rozado la sensible piel de debajo del ojo. Primero fue confusión, luego horror lo que la embargó al examinar las profundas cicatrices de sus dedos.

Las cejas de Cutter chocaron entre sí con violencia y arrancó la mano de las de Elizabeth.

–No preguntes –le advirtió antes de que ella pudiera preguntar.

Elizabeth se quedó mirándolo.

Una mirada extraña asaltó sus ojos, embargándole los sentimientos.

–¡No es asunto tuyo! –le dijo–. Por Dios bendito, ¿quieres preocuparte por algo? Preocúpate por tus gafas. –Estiró el brazo y las recogió luego, sin preámbulos, se las puso en las manos–. Están rotas.

–¡Oh, noooo! –Elizabeth se secó la cara con las yemas de los dedos–. ¡Nooooo! –se quejó–. ¿Sabes cuánto hacía que las tenía? –chilló llena de pánico.

Olvidando todo lo demás, incluido su dolor, entrecerró los ojos para inspeccionarlas con ansiedad.

Cutter la miró incrédulo, cómo se preocupaba por sus gafas. Se encogió de hombros y torció los labios ante ella.

–No –dijo él–. pero supongo que puedo adivinar acercándome mucho a la fecha exacta.

Elizabeth intentó desesperadamente enderezar la montura, pero por mucho que lo intentaba, aquello no se movía.

–Eran de mi padre –explicó mientras lo intentaba.

–¿En serio?

Elizabeth le lanzó una mirada aguda. Un error, porque al mirar aquellos profundos ojos oscuros ya no pudo apartar la vista. Se quedó embrujada. ¡Vaya si era guapo! No había palabras para describir cuánto. Esos labios... esos ojos... Ya podía ayudarla el Cielo, porque cada vez que lo miraba le parecía más y más espectacular. Ningún hombre debería tener ese aspecto. ¿Y ella albergaba esperanzas que de él la mirara con algo que no fuera piedad? Sintió que el corazón se le hundía en el estómago. Encogió de golpe los hombros. No era consciente de cuánta presión estaba aplicando a la montura hasta que una de las patas saltó y le cayó en la mano–. ¡No! –gritó–. Oh, no... ¿Qué voy a hacer ahora?

Cutter se las quitó.

–La verdad es que no creo que las necesites –le dijo.

Elizabeth arrugó la frente mientras su mirada volvía a las gafas que tenía en la mano. Cutter sintió el inexplicable impulso de aliviar su preocupación. Pero al recordar la mirada de repulsión que ella le dedicó al descubrir sus dedos, evitó volver a tocarla.

–A mí me parece que ves muy bien sin ellas –le dijo sin más.

–De cerca veo tan bien como tú –admitió ella, observando cada vez más preocupada el esfuerzo que él hacía–. Pero no de lejos... Y no puedo leer mucho tiempo sin que me duela la cabeza.

Elizabeth se quedó sin respiración.

Fue como si de pronto se diera cuenta de lo poco apropiada que era su posición, porque inmediatamente se apartó de él. Que ella se moviera como si le fuera la vida en ello hizo que a Cutter le hirvieran las entrañas.

Le lanzó otra vez las gafas a las manos y la miró a los ojos.

—No puedo hacer un carajo con ellas.

Elizabeth estaba de rodillas, con la falda por debajo, las manos sobre los muslos y la expresión perdida. Se miraron a los ojos un largo instante. Ella se mojó los labios con nerviosismo, su lengua rosada salió como un dardo para humedecerse el labio inferior. El deseo devoró a Cutter desde dentro. A pesar de la rabia que sentía.

—¿Seguro que no te has hecho daño? —le preguntó.

Elizabeth asintió con rapidez.

—Bien.

Elizabeth frunció el ceño ante del tono de él.

—No tiene por qué molestarte tanto.

—¡Me cago en todo! —gritó Cutter de pronto, levantando las manos—. ¿Qué demonios quieres de mí?

Elizabeth se encogió ante su tono, pero no se retractó.

—¡Y tampoco hace falta que digas palabrotas! —le respondió ella levantando la voz.

—Joder, ¡si es que eres más difícil que la yegua esa tuya Cayuse con ojos de vaca!

—¡Vale! ¿Y por qué quieres ayudarme si me odias tanto? —quiso saber Elizabeth.

—¡Me hago la misma pregunta! —le dijo Cutter—. ¡Una y otra vez! Demonios, ¡no lo sé! Puede que sea tan cortito que pensaba que me lo ibas a agradecer. ¡Tal vez lo hiciera por Jo! ¡Te quiere tanto que pensaba que tú también la querías! Ya veo que me equivocaba.

—¡No! —rebató Elizabeth—. ¡No! —Componiéndose, dijo con más

tranquilidad y con una expresión llena de dolor—. No te equivocabas. Quiero a Jo. Es mi mejor amiga. —Un poco más bajito—. La mejor amiga que he tenido.

Un silencio denso cayó entre los dos. Mientras se miraban fijamente algo ocurrió entre ellos, una conexión que ninguno de los dos entendía y que mucho menos los hacía estar cómodos.

Elizabeth fue la que rompió el contacto visual primero. Nerviosa, atrapando el labio inferior entre los dientes, bajó la mirada hacia sus rodillas temblorosas y luego la subió otra vez para ver que Cutter seguía mirándola con intensidad. Estaba pensativo, como si la estuviera poniendo a prueba, o a sí mismo, como si no le gustaran las respuestas que encontraba.

Pues bien, se dijo ella, no le importaba si él no la aprobaba. ¡A ella tampoco le caía bien él! Sin saber qué decir en aquel momento, lo único claro era que no podía soportar sus miradas cortantes y su actitud arrogante ni un instante más.

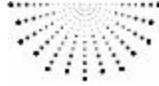
—Por Jo —empezó con acritud—. ¿Crees que... crees que podríamos darnos una tregua? ¿Hasta que lleguemos a St. Louis? —Por extraño que pareciera, Elizabeth quería recuperar al otro Cutter, al hombre que era cuando lo conoció—. Entonces podrás olvidarte de mí —añadió cuando él entrecerró los ojos ligeramente.

Al recordar que la intención de Elizabeth era contratar a otra persona en cuanto llegaran a su destino, Cutter tensó la mandíbula, pero asintió a manera de respuesta. ¿Olvidarse de ella? Dudaba que eso ocurriera alguna vez. Pero podía y debía, por el bien del viaje, llegar a una tregua.

—De acuerdo —Cutter accedió con voz ronca—. Tregua. Pero tú tendrás que cargar con tus cosas, Doc. Y no puedes llevarme la contraria todo el rato. Si te digo que hagas algo, hazlo. Tienes que confiar en mí. ¿Estamos?

—Estamos.

CAPÍTULO DIEZ



Fue una tregua incómoda, por decir poco. Elizabeth se dio cuenta de ello al día siguiente. Prácticamente no cruzaron palabra, luego tuvieron que montar el campamento para la primera noche. Pero por ella estaba bien, tenía demasiadas preocupaciones para ponerse a charlar.

A pesar de que Cutter le dijo que ella tendría que hacerse cargo de sus cosas, él cuidó todos los detalles, desde cazar algo para comer hasta colocar los tapetes para dormir. Ella no tuvo que hacer sino quedarse sentada como una señoritinga. Estaba segura de que él lo hacía porque tomaba en cuenta su caída. Pero sus formas fueron bruscas durante toda la noche. En ningún momento se mostró dispuesto a entablar conversación, ni se molestó en mirar si ella quería hablar. De cualquier forma a Elizabeth no le apetecía ningún tipo de charla.

Avanzada la noche, Elizabeth empezó a sospechar que Cutter lamentaba el acuerdo que tenían y le apetecía mandarlo a la porra por hacerla sentir tan culpable. ¡Todo esto no había sido idea de ella! Era idea de él, y encima la había convencido de que era la mejor solución. No iba a dejar que Cutter se fuera de rositas sin más. ¿Quién se creía? ¡Ella no tenía por qué sentirse culpable!

Pero casi no cruzaban palabra, salvo las estrictamente necesarias. Por ejemplo cuando ella le pidió que pararan porque tenía que hacer pis... otra

cosa en la que Elizabeth no había pensado. No creía que pudiera acostumbrarse nunca a tener que compartir esos embarazosos datos con otro ser humano, mucho menos con un hombre, ¡mucho menos con Cutter McKenzie!

Cierto, era doctora, se suponía que todo aquello debía serle familiar. Pero que Cutter tuviese que saber de ese... acto tan privado, la incomodaba mucho. Especialmente porque parecía que le divertía mucho. Elizabeth no entendía por qué le parecía tan gracioso.

Hay que decir a favor de Cutter que también le preguntó varias veces si estaba bien, algo que Elizabeth agradecía de corazón. Los labios de ella se torcieron al recordar la primera vez que él le preguntó si estaba cómoda. A pesar de lo mucho que le dolía el trasero, en seguida le dijo que estaba bien, pero el tono colorado de sus mejillas la delató. Cutter esbozó la primera sonrisa del día al darse cuenta y luego le ofreció su sombrero... le dijo con un fingido tono serio que el sol la estaba quemando. ¡Tipejo! No era propio de un caballero hacer referencia a que ella se había sonrojado.

Pero él nunca dijo que fuese un caballero, ¿no?

Elizabeth aceptó su ofrecimiento a regañadientes y le arrebató el sombrero. En otra ocasión ella intentó entablar conversación y él casi le arranca la cabeza de un mordisco. ¡Si solo le preguntó por qué le faltaba media oreja derecha a su caballo!

—Porque a alguien le pareció que era una broma graciosa —gruñó.

Elizabeth hizo una mueca.

—Pues a mí no me parece gracioso —le aseguró.

La forma en la que Cutter la miró la dejó helada.

—A mí tampoco —respondió—. Pero te aseguro que ese hombre no se va a volver a reír.

Jack Colyer se había enfrentado a Cutter como ningún otro hombre. Trabajaron casi dos años juntos cuidando ganado. Como Colyer era mayor, siempre hacía que Cutter se quedara con las tareas más pesadas, con la peor

comida, se aseguraba de que fuera el último mono. ¡Demonios!, incluso se jactaba de haberle cortado la oreja al caballo de Cutter. Entonces Cutter se presentó ante los hombres que estaban en círculo. Muchos de ellos le doblaban la edad y también en estatura, pero Cutter estaba demasiado enfadado para tener miedo. Nadie se movió. Fue como si Cutter pudiera sentir el silencio deslizándose sobre su espalda mientras se movía hacia Colyer.

Su navaja partió el aire tan rápido que Colyer ni siquiera se dio cuenta de lo que había ocurrido hasta que lo vio en la mano de Cutter.

–Oreja por oreja –susurró Cutter sonriendo con una satisfacción que no debía haber sentido por hacer algo así. Pero la sentía.

Nadie volvió a meterse nunca con él.

Pero tampoco nadie volvió a aceptarlo.

–¿Y por qué le hizo algo así a un inocente caballo? –preguntó Elizabeth, sacando a Cutter del horrible pasado.

Él le lanzó una mirada de condena.

–Por el mismo motivo por el que a ti te molesta tanto mi compañía –le dijo–. Odiaba a los mestizos.

–¡Yo no odio a los mestizos! –protestó Elizabeth.

Cutter se encogió de hombros. Quizás no los odiara, pero desde luego tampoco le gustaban mucho. Aunque la pasión que había en la voz de Elizabeth le decía que había verdad en sus palabras. Pero aún así no podía fiarse de ella aún.

–Supongo que a él no le gustaban mis reacciones ante sus insultos –confesó–. Se pasó al intentar provocarme, eso es todo.

–¿Qué le hiciste? –El tono de Elizabeth mostraba preocupación.

Cutter arqueó una ceja mientras la miraba. Luego se hizo un largo silencio.

–¿Le corté la cabellera? –dijo sin ninguna emoción.

Elizabeth contuvo un temblor. A pesar de sí misma comprendía al

hombre que cabalgaba a su lado. Parecía tan duro, pero nadie podía resistir tanto odio. Se preguntó qué sentía Cutter al ser despreciado por su sangre toda la vida, entonces la culpabilidad volvió a atenazarla por haberle dicho ciertas palabras. Ella no era mejor que el hombre que le cortó la oreja a su caballo.

Pero él la provocaba.

Elizabeth giró la cabeza hacia Cutter, que la miraba con atención.

–No preguntes –dijo él de forma enigmática, evitando la pregunta.

... no creo que se vuelva a reír.

Elizabeth tragó.

–Vale –dijo ella, encogiéndose ante la actitud críptica de él.

Elizabeth ahuyentó los pensamientos mórbidos de su mente y se decidió a quedarse callada el resto del día.

Mientras cabalgaban, el paisaje cambiaba muy poco y pronto ella se cansó de tanta monotonía.

Y del silencio.

Y del calor.

Tenía la blusa empapada por la espalda y unos pequeños chorros le recorrían los pechos, haciéndola sentir pegajosa. Se despegaba la blusa del pecho con discreción, maldiciendo en silencio el poco habitual calor.

A pesar del sombrero de Cutter, empezaba a tener la cara siempre caliente, sospechaba que ya se había quemado las mejillas y la nariz. Instintivamente se tocó la nariz, pensando con optimismo que al menos ya no tenía que preocuparse por las gafas. Luego se sintió muy rara al pensar en aquella pérdida. Era como si hubiera vuelto a perder a su padre... aunque no entendía por qué. No era más que un poco de alambre con cristales. Suspiró y las emociones la traicionaron con un sonido de desamparo que le valió una mirada de parte de Cutter.

Elizabeth siguió sumergida en sus pensamientos, ignorando las abundantes miradas que Cutter lanzaba hacia ella. Él también iba callado,

pero su silencio se debía a la rabia o al arrepentimiento. En la mente de él lo más importante era encontrar la manera de demostrar su valor. ¿Podía conseguir que Elizabeth dejara de verlo como un salvaje? Desde el momento en el que despertó por la mañana y la vio durmiendo pacíficamente, encogida sobre un costado como una niña, casi ningún otro pensamiento ocupó la mente de Cutter.

Al verla tan tranquila por la mañana, Cutter estuvo a punto de mover el trasero para afeitarse el bigote, pero no lo hizo. Cuando al fin ella se levantó, ya era demasiado tarde y Cutter tan solo pudo recoger el campamento, bigotes incluidos.

Al mirarla, Cutter recordaba una y otra vez aquel breve momento de risa. Cuando ella le contó lo de las desventuras de Dick Brady. La curva de sus labios mientras ella sonreía medio borracha. Cutter tenía la impresión de que ella no sonreía a menudo, no tenía muchos motivos para sonreír. Y él adoraba su sonrisa.

Aunque no entendía por qué.

La noche anterior Elizabeth tarareo bajito hasta que se quedó dormida. Era un sonido triste, como el de un cachorro perdido y dejó a Cutter sintiendo profundamente la soledad de ella.

¿Por qué lo atraía tanto?, se preguntó, mirándola otra vez. Era tan obvio que a ella él no le gustaba. A él nunca le habían ido las santurronas tontas. Cutter obvió el hecho de que Elizabeth pusiera ojitos encantados cuando la tenía entre sus brazos. No quería engañarse a sí mismo. Su respuesta era la propia de una chica inocente.

No lograba reunir el valor para decirle que cuando llegaran a St. Louis no la iba a dejar que contratara a otra persona. No sabía cómo hacerla entrar en razón. Lo único que sabía era que ella no iba a contratar a nadie, no si él podía evitarlo. Le bastaba con pensar en que otro hombre compartiera cama con ella, cualquier cama, para quemarle las entrañas como las quema el peor de los whiskys.

Demonios, tal vez no hubiera nada más que eso.

Quizás fuera que ella no se daba cuenta de que para resultar creíbles, debían representar el papel hasta el fondo, hasta el último detalle. Eso incluía compartir la misma habitación, quizás incluso la misma almohada. Quizás bastara con que él le explicara ese pequeño detalle.

Quizás con eso bastaría. Eso lograría satisfacer el hambre de su cuerpo. Quizás una vez que lo soltara dejaría de pensar en sus pechos, en cómo serían al no estar escondidos en aquel amplio camisón.

Cutter sintió movimiento en su pantalón y puso los ojos en blanco. Por favor, otra vez no. La miró con fijeza. Demonios, ni siquiera tenía que mirarla para acalorarse.

Cuando por fin dieron el día por concluido a Elizabeth le dolía tanto el trasero que el dolor le bajaba hasta las piernas. También le dolían los dedos de las manos de llevar las riendas, pero no se atrevía a quejarse. Doblándolos, decidió que esta vez ayudaría en algo, solo tenía que decidir en qué. Se puso a recoger leña para la hoguera mientras Cutter se llevó a los caballos a que bebieran en el río.

Volvió, ató a los caballos y sacó la carabina de un forro especial que tenía junto a la silla de montar. Mientras desfundaba su modelo militar de Colt, le preguntó:

–¿Sabes usarla?

Elizabeth dejó caer la leña en el sitio elegido por ella y se sacudió el polvo de las manos, luego le dedicó una mirada exasperada:

–Si lo veo –murmuró–, le doy.

Cutter le dio el arma.

–Bien –dijo y dio media vuelta–. Úsala con cabeza.

Elizabeth se quedó mirándola ofendida por un momento. Luego vio la espalda de Cutter mientras se marchaba hasta que lo perdió de vista.

–El problema es que no veo –balbuceó, pero no estaba dispuesta a admitir eso frente a Cutter.

Seguro que cuando pudiera ver al objetivo ya sería demasiado tarde. Miró el revolver con una dosis de ansiedad y decidió que no iba a usar ese trasto.

Cutter apareció a su lado de pronto.

—¿Qué has dicho?

Elizabeth se obligó a sonreír.

—Nada —respondió enseguida. Él no se quedó convencido y ella lanzó un suspiro lleno de irritación—. ¡He dicho que voy a estar bien! No te preocupes por mí. Buenas noches —murmuró.

Llevaba casi toda la vida cuidando de sí misma. Su padre estaba demasiado ocupado y muchas veces había tenido que cuidar ella de él. No necesitaba que Cutter se preocupara por ella. Pero le entraron dudas.

Cutter asintió, sonrió y volvió a darle la espalda.

—No apuntes hacia nada que esté de pie —le dijo—. Salvo que hable primero y estés segura de que no soy yo.

Elizabeth se indignó.

—Si me necesitas lanza un disparo al aire. No quiero que me dé una bala perdida.

Se marchó sin mirar atrás y Elizabeth de pronto tuvo el impulso de apuntar la pistola al cielo y apretar el gatillo con todas sus fuerzas para sacarlo de un susto de esos pantalones suyos tan ajustados. Ese presuntuoso. ¡Era casi indecente cómo se le pegaba el pantalón a la cadera y los muslos! Elizabeth intentaba ignorar sus marcados músculos, pero era imposible. ¡Nunca había visto un cuerpo así!

¡Maldito hombre!

Dejó el arma a un lado, con cuidado y una pequeña oración para desear que no la necesitara. Elizabeth acabó entonces de recoger la leña. Esperaba que Cutter encontrara algo más apetecible que carne seca para saciar su apetito. Ya estaba más que harta de carne de res deshidratada.

Para cuando Cutter volvió con su presa en la mano, Elizabeth había logrado colocar la leña para que el aire pasara fácilmente entre el fuego. Así

podrían apagarlo fácilmente, tal como le gustaba a Cutter. Estaba encendiendo el fuego y la primera flama trepaba triunfal por la pirámide de madera construida, cuando Cutter la hizo saltar de un grito.

Girándose hacia aquel sonido, Elizabeth observó su expresión de terror y luego lo vio abalanzándose hacia ella. Como una estampida, Cutter se lanzó sobre la pequeña llama para pisotearla, después de lo que le había costado a ella encenderla.

–Si no sabes cómo hacer algo pregunta, ¡demonios!

Hubo una confusión genuina en la expresión de Elizabeth.

–¡Sé hacer una hoguera! –protestó.

Los ojos negros de Cutter la perforaron, poniéndola de los nervios por la hostilidad que mostraban.

–No estás en la comodidad de tu casa, señorita Bowcock –dijo él entre dientes–. Con una mantita frente a tu chimenea. Si no pones piedras o algo así que evite que el fuego se propague, ¡provocarás un incendio como nada que hayas visto jamás a este lado del infierno!

–No hace falta que me hables así. ¡No lo sabía! –Si era posible, las mejillas quemadas de Elizabeth se calentaron aún más y su irritación se intensificó. ¿Cómo iba a saberlo?–. Y no hace falta que te abalances sobre mí como... como...

–¿Como un salvaje? –propuso Cutter.

Elizabeth alzó ligeramente la barbilla, respiró hondo y dejó salir el aire despacio con un esfuerzo por recomponerse.

–¡No iba a decir eso! –Sus ojos echaban chispas de odio–. Pero ahora que lo mencionas...

Los ojos de Cutter brillaron de forma peligrosa.

–¡No lo digas! –le advirtió.

–¡Has empezado tú! –Elizabeth se sentía obligada a hacérselo notar–. ¿Qué ha pasado con nuestra tregua? ¡Ni que hubiese cometido el peor de los pecados, solo quería ayudar!

No, solo se había incrustado en todos y cada uno de sus pensamientos, eso era todo lo que ella había hecho.

Cutter ni siquiera podía cazar sin pensar en ella. ¿Por qué demonios le importaba lo que ella quisiera comer?

–Vale, pues ahora ya lo sabes –dijo con sequedad–. Ahora ven aquí, te voy a enseñar cómo se hace.

Elizabeth no se movió.

Cutter empezó por limpiar de basura la zona. Luego se arrodilló y sacó el cuchillo de la bota. Marcó una zanja de medio metro de largo, apartando la tierra hacia uno de los lados. Después juntó piedras y las colocó alrededor.

–Es más fácil ponerla a nivel del suelo –admitió–. Pero así se conserva mejor el combustible. Además, no queremos que nadie se dé cuenta de nuestra presencia. No quiero dejar rastro. –Levantó la mirada y se dio cuenta de la expresión que tenía Elizabeth. No se acercaba a él, estaba mirándolo con una expresión que indicaba curiosidad y ofensa al mismo tiempo–. No te imaginas cuánto se puede saber al estudiar un campamento abandonado –dijo Cutter en un intento de que ella se acercara.

Ante aquella declaración, Elizabeth observó la zona. No veía nada, así que su atención volvió a Cutter, mientras ponía los brazos en jarras.

–¿Y según tú qué hay por aquí? –preguntó ella abruptamente.

Elizabeth odiaba que sus ojos volvieran, no a la cara de Cutter, sino al juego de músculos que había en sus brazos mientras trabajaba. Sus brazos, fortalecidos y bronceados por el sol, eran el testimonio de toda una vida de trabajo duro. Se quedó mirándolos, hipnotizada, incapaz de apartar la mirada.

¡Deja de mirarlo! se regañó. *¡Por favor, como si no hubieras visto nunca un hombre!*

Cutter se encogió de hombros sin levantar en ningún momento la mirada de su trabajo.

–Adivina.

Elizabeth se sacudió con un escalofrío y meneó la cabeza como para

apartar los pensamientos.

–¿Indios? –preguntó.

Había horror en su tono, y Cutter hizo una mueca al escuchar su mayor miedo.

–Tal vez –dijo con tan poca pasión como le fue posible.

Se levantó y se sacudió los pantalones, limpiándose el polvo de las manos mientras le lanzaba a Elizabeth una mirada molesta. Movi6 la cabeza descompuesto, luego acumul6 la caca de búfalo que recogió cuando se fue a cazar.

En un alarde poco habitual de torpeza, Cutter las dejó caer al ver las rodillas de Elizabeth cerca de la hoguera. Por la forma en la que estaba agachada trabajando se veía claramente su torneado trasero. Cutter necesit6 un rato para recuperarse de lo que había visto. Estaba claro, aquella mujer tenía unas nalgas de escándalo.

Recogió las cacas y las puso en el agujero que hizo previamente, luego las cubrió con las ramitas que Elizabeth había recogido, repartiendo el resto.

Elizabeth vio una caca que Cutter había olvidado y se agachó para recogerla, luego la tiró en el agujero.

–¿Y el humo? –le recordó con suavidad.

–Esto durará el tiempo justo para cocinar –dijo él, mientras sacaba del bolsillo un trozo de lino y una cajita. De ella sacó una cerilla que encendió. La acercó a la tela y se quedó un momento observando cómo ardía. De pronto alzó la mirada hacia Elizabeth; sus ojos la escrutaban. Cutter no entendía cómo Elizabeth podía mirar a su hermana y no darse cuenta de sus raíces... pero de pronto lo veía a él y tan solo veía lo que no deseaba ver.

Soltó una palabrota cuando la llama le quemó el pulgar.

–¿Estás bien? ¿Quieres que te lo mire? –preguntó Elizabeth de inmediato.

–No –dijo él–. ¡Estoy bien!

Cutter ahogó otra palabrota y tiró la tela ardiendo en la hoguera, lanzando una rápida mirada hacia Elizabeth mientras se guardaba la cajita de cerillas en

el bolsillo. Maldita mujer. ¡Iba a matarlo antes de acabar la empresa!

–¿Y para calentarnos? –preguntó ella de manera abrupta, mirando cómo Cutter recolocaba algunos trozos de madera–. ¿No vamos a necesitar fuego por la noche?

–No –contestó Cutter. Levantó la cara y le sonrió–. No. No estamos en pleno invierno, Doc. Y tenemos mantas.

En sus ojos había promesas que Elizabeth no acababa de comprender, pero que la inquietaban y la intrigaban al mismo tiempo.

–¿Y... y si no es suficiente? –se preocupó en voz alta–. Anoche hacía frío –añadió con una queja.

Los ojos de Cutter la envolvieron en un hechizo. Elizabeth pensó que no habría sido capaz de moverse aunque sus faldas estuvieran en llamas.

–Nos tenemos el uno al otro –dijo Cutter, arqueando ligeramente los labios–. Supongo que podemos darnos suficiente calor.

Algo se revolvió enloquecidamente en el estómago de Elizabeth.

– Tendremos suficiente calor con las mantas –le aseguró con demasiada rapidez–. E... ¡estoy segura!

Cutter sonrió ante aquella seguridad y por el evidente nerviosismo de ella, luego su expresión se suavizó considerablemente.

–¿Has comido rastrera alguna vez? –preguntó de forma casual.

–¿Qué?

–Serpiente.

–¡Agghhh! ¡Claro que no! –Elizabeth se echó un poco hacia atrás, moviendo la mano frente a él como si le preocupara que fuera a obligarla–. Y no tengo pensado hacerlo –declaró con seguridad.

Cutter sonrió de oreja a oreja. Su sonrisa hizo que a Elizabeth se le rizaran los dedos dentro de los zapatos.

Los ojos de él volaron hasta la bolsa de tela que había dejado a poca distancia.

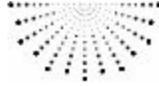
–Nunca digas jamás, Doc –le aconsejó solemnemente.

Los ojos de Elizabeth fueron hacia la bolsa y luego saltaron hacia Cutter llenos de sospecha.

La sonrisa de Cutter se amplió, el blancor de sus dientes resplandecía sobre su piel tostada y sin afeitar. Su risa fue grave, rica, iluminó el molesto brillo de sus ojos.

Inexplicablemente, el corazón de Elizabeth se puso de cabeza al verlo.

CAPÍTULO ONCE



*J*amás fue un momento que llegó mucho antes de lo que a Elizabeth le habría gustado.

Como no había ninguna otra cosa, no tuvo más remedio que comer la odiada serpiente. Y, la verdad es que no habría estado tan mala, sino hubiese sabido lo que era.

Pero lo sabía.

Así que comió solo lo justo y necesario para que su estómago dejara de rugir. No resultaba de mucha ayuda que Cutter se divirtiera tanto por la incomodidad de ella. Obligándose a tragar el último trozo asado sobre las llamas, Elizabeth se levantó y empezó a extender la alfombra para dormir, ya que sabía que después no habría fuego que le permitiera ver.

Quería aprovechar el último calor del fuego, por ello colocó la alfombra frente a la hoguera. Mientras trabajaba, Cutter la miraba. Estaba concentrado, sus manos le arrancaban la piel al último trozo de serpiente, a la parte más dura de la cola. Poco después, acabó con aquella labor y extendió su alfombra para dormir, poniéndola frente a la de Elizabeth.

Habían acabado de colocarlo todo cuando el sol les presentó sus colores de despedida. Un espectáculo glorioso de rojizos y morados.

Desafortunadamente, a diferencia de la noche anterior, el sueño no se presentó ante Elizabeth, aún cuando pasaban las horas. Ella esperaba cerrar

los ojos antes de que volviera a aparecer el sol. Pero no fue así. Notaba todos y cada uno de los bultos que había debajo de ella. Cada piedra, cada hierba. Aún le dolía el cuerpo, aunque no tanto como la noche anterior.

El fuego se apagó casi por completo, dejando tan solo unas cuantas brasas brillantes. Poco después, incluso los más lejanos sonidos conspiraron contra Elizabeth. El canto estable de los grillos, el lejano aullido de un lobo o de algún búho. Pensó en cantar para sí misma, pero le daba vergüenza que Cutter pudiera oírla; en el silencio de la noche, su canto sería más como un graznido desagradable que como una bonita nana.

Y Cutter... No podía evitar ser consciente de su presencia, a pesar de que casi no lo veía en la oscuridad. Sentía su presencia como si estuviese tumbado justo a su lado.

¡Y él parecía no tener ningún problema para dormir! Estaba quieto como una piedra. De hecho, a Elizabeth le parecía que había pasado una hora desde la última vez que oyó moverse su manta y el hecho de que él pudiese dormir a pierna suelta cuando ella no podía la inquietaba más aún. La ofendía, aunque no entendía por qué.

Tenía los ojos pesados como si fueran de plomo, pero las mariposas que había en su estómago la mantenían despierta. ¿Sería la serpiente que se había comido? Al recordarlo, los músculos de las piernas se le tensaron de forma abrupta.

¿Dónde había encontrado Cutter a aquel bicho? Esperaba que no hubiese sido cerca de donde estaban. Pero... había vuelto pronto, así que tuvo que encontrarla cerca.

¡Por Dios! ¿Y si había serpientes bebés arrastrándose por allí? No... quizás no reptaran en dirección a ellos. Seguro que preferían estar a su bola... ¿o no? ¡Oh, señor...!

Algo se movió en la oscuridad.

Elizabeth tragó el nudo de preocupación.

—¿Cutter? —graznó.

Cutter ni se movió, pero ella volvió a oír aquel ruido.

¿Qué podía hacer?

Solo estaba segura de una cosa. ¡No iba a despertar a Cutter para que luego se burlara de ella por la mañana!

¡Pero tampoco quería quedarse allí indefensa en la oscuridad!

Sujetó la manta y se movió hasta donde Cutter dormía, arrastrando la manta sobre la tierra.

¿Tenía algo de malo que se quedara un ratito junto a él? ¿Solo un ratito?

Elizabeth gimió cuando la manta se quedó atascada debajo de su rodilla. Tiró con fuerza y cayó boca abajo sobre la tierra por el tirón. Tosiendo y escupiendo una nube invisible de polvo, se puso de rodillas.

Ya volvería a envolverse en la manta... Cuando se asegurara de que lo que había hecho el ruido se había marchado.

Cutter no tenía por qué darse cuenta.

¿No?

No.

Medio dormido, medio despierto, Cutter escuchó la voz de Elizabeth. Pero ya la había soportado bastante toda la noche. No solo había aguantado su horroroso canto, si es que a eso se le podía llamar cantar. También había aguantado su juicio: ¿*indios*? Era como si volviera a oírlo de sus labios. ¿*Indios*? Le habría gustado mandarla derechita al infierno, pero antes de poder expresar aquellos potentes sentimientos su sexto sentido lo alertó sobre una presencia cercana. Abrió los ojos, observando en la oscuridad, descubriendo la figura reptante de un ladrón justo a su lado.

Sonrió con amplitud. Con descaro. No tenía ninguna duda sobre lo que era. O más bien, sobre quién era.

Elizabeth. Su cuerpo respondió inmediatamente a su cercanía.

Levantó las mantas y se giró rápidamente para quedar tumbado junto a ella, observando divertido la alarmada reacción de ella con los ojos entreabiertos. Se quedó paralizada y luego empezó a alejarse poco a poquito.

Cutter contuvo una risa malvada. Elizabeth no podía llegar muy lejos, no cuando llegara a donde él quería que llegara.

Rápidamente, Cutter sacó el brazo y la sujetó a medio camino. Elizabeth se quedó paralizada y él tiró de ella como si estuviera dormido, para envolverla en un abrazo, pegando la nariz a su nuca. Ella se resistió sin hacer ruido, sí, se resistió. Se revolvió cada vez con más fuerza contra la sujeción firme de él. Instintivamente, Cutter supo que si no pensaba en algo rápido, ella volvería a darle un codazo en los bajos y luego le reventaría el tímpano con sus gritos.

Entonces una idea pícaro le vino a la cabeza, y su sonrisa se ensanchó.

–Mmmm –gimió él de pronto, envolviéndole la cintura con los brazos, como si estuviera dormido, pero de forma posesiva.

Cuando ella dejó de resistirse por un instante, él aprovechó y deslizó la mano con descaro hasta sus partes femeninas.

A Elizabeth se le cortó la respiración como forma de protesta y sorpresa, pero antes de que pudiera siquiera pensar en apartar la mano de él, Cutter tiró para pegar el culito de ella contra sus muslos.

Su mano se deslizó despacio bajando por su muslo, mientras se movía somnoliento contra el trasero de Elizabeth.

–Mmmmmmm –murmuró–. Qué... qué... rico –¡Y vaya si era verdad! Antes de que ella respondiera, Cutter jugó su mejor carta–. Bess.

Tal como esperaba, Elizabeth se quedó inmóvil entre sus brazos. A Cutter le temblaban los labios por aguantar la risa.

¿Bess?

¡Vaya!, ¿pensaba que era Bess? ¿No bastaba con que soñara con aquella descarada? ¿También tenía que confundirlas? ¿Cómo se atrevía? Elizabeth estaba chafada.

Pero no se atrevió a moverse, porque era obvio que él no sabía que se trataba de ella y no quería que lo supiera. Si lo despertaba ahora, no tendría más remedio que explicarle por qué estaba durmiendo tan cerca de él...

Después de que prácticamente le prohibió que durmieran a una distancia mínima. ¿Cómo iba a explicarse? La verdad era que dudaba de que cualquier cosa que dijera sonara bien. Incluso en su mente el razonamiento sonaba pobre, por decir poco. Elizabeth decidió que lo mejor era esperar a que el muy canalla cogiera el sueño con más profundidad y entonces ella se escabulliría. ¡Maldito perro rastrero!

Cutter enterró la nariz en la nuca de Elizabeth y suspiró con profundo placer. Ella olía tan bien. Sin perfume, sin nada, solo el fascinante aroma de su piel y su pelo limpios. Tenía ganas de echarse a reír, aunque no quería detenerse a pensar por qué ahora se sentía tan bien si tan solo un momento antes ella lo irritaba tanto.

Qué no habría dado en aquel momento por deshacer aquella gruesa trenza de ella, por pasar los dedos por ese pelo de seda. Pero no quería que ella se diera cuenta de que estaba despierto, así que decidió jugar el juego de la espera, uno en el que Elizabeth estaba condenada a perder.

Sin piedad, Cutter no aflojó los brazos en ningún momento. Si medio milímetro. Elizabeth esperó mucho para que él aflojara, pero luego su cuerpo empezó a relajarse entre los brazos de Cutter.

En cuanto eso ocurrió, Cutter empezó a darle besitos somnolientos en la nuca, pasando la mano hacia su tripa para acariciársela de forma seductora.

¿Qué podía hacer ella ahora? Elizabeth sabía que debía protestar, pero no lograba reunir el valor para hacerlo. Por todos los cielos... ¿qué le estaba haciendo ese hombre? A cada movimiento de la mano de él, el cuerpo de ella se revolvía más y más.

Los cálidos labios de Cutter se abrieron paso hasta el pelo de Elizabeth, mordisqueándolo, quemándole la piel. Incapaz de resistir, Elizabeth se arqueó, rindiéndose y ofreciéndole mayor acceso.

Cutter gimió ante esa respuesta. Mientras su boca devoraba con gusto la carne de ella, sus manos se movieron hasta los hombros y luego a la espalda para bajarle el vestido.

Elizabeth no se dio cuenta de que se lo había desabrochado hasta que sintió el frescor del aire en la espalda. A continuación notó los cálidos labios de Cutter y el suave deslizar de la lengua, que la hizo temblar. A Elizabeth se le aceleró la respiración mientras se quedaba quieta. ¿Estaba despierto? La sospecha la asaltó. ¡Ningún hombre podía ser tan seductor si estaba dormido! ¿O sí?

Esperaba que estuviera dormido, aunque no se detuvo a pensar por qué. Se dijo a sí misma que era porque no quería que Cutter supiera que ella le estaba permitiendo tantas libertades. Pero en el fondo sabía que no era verdad. No quería que él parara, no creía que pudiera soportar que él parara. Aunque no debía...

–Mmmm, Bess –susurró él de nuevo.

Bess. Elizabeth cerró los ojos para expulsar ese nombre y, con él, el dolor que le producía escucharlo de sus labios.

A pesar de que el pantalón ya le apretaba tanto a Cutter que resultaba doloroso, valía la pena, pensó con cruda satisfacción. Se alegraba de que la tela fuese lo suficientemente gruesa para esconder ante Elizabeth su excitación. La expresión en los ojos de Elizabeth fue inconfundible el día que cayó sobre ella y ella descubrió esa parte de su anatomía. Quizás fuese una señoritinga inocente, pero sabía lo que ocurre entre un hombre y una mujer y saldría disparada si en este momento sintiera aquello acechando detrás de su precioso trasero.

Cutter sonrió un poco sobre la espalda de ella. Qué curiosa mezcla tenía ella: ingenua, aunque no completamente ignorante. Sus labios dibujaron una sonrisa. Para él Elizabeth tenía el grado justo de inocencia y sabiduría carnal en esos ojos suyos de cobre, lo cual le hacía desear convertirse en el primer hombre que entrara en aquel delicioso cuerpecito, a pesar de que no le gustara su lado santurrón.

Aunque no era una santurrona en realidad, pensó, a pesar de que quisiera parecerlo.

Elizabeth emitió un gemido gutural cuando las manos de Cutter se deslizaron sobre su espalda, por debajo de la blusa abierta. Ella contuvo la respiración cuando los dedos de él avanzaron para envolver uno de sus pechos. Con movimientos lentos, somnolientos, la acarició, arrancando de su mente hasta la última protesta a golpe de seducción. Ella no pudo evitarlo, se arqueó hacia él, se arriesgó a abandonarse a su mano.

Era tan cálida.

Tan, tan cálida.

Él apretó con suavidad y las nalgas de Elizabeth se ondularon contra la pelvis de él. Luego Elizabeth se quedó paralizada al notar la dureza que encontró. El corazón le estalló en la garganta. Sintió un placer agrisado al sentir a Cutter, a pesar de saber que aquello no le sucedía por ella. Él empezó a moverse contra ella, mientras ella cerraba los ojos apretándolos, deseando que su cuerpo traicionero se retractara. En vano. Un pequeño dolor empezó a acumularse dentro de ella con tanta fuerza, que pensó que iba a morir de placer.

Esa mujer tenía la sangre más caliente que ninguna, pensó Cutter con satisfacción, mientras Elizabeth se movía inconscientemente con él. La cuestión era que ella no lo sabía aún. Tan solo necesitaba que le dieran un empujoncito en esa dirección. Temblando por la anticipación, él saboreó el dolor que se acumulaba en su pantalón y pensó cómo la iba a hacer pagar por ello llegado el momento. Él tenía la arrogancia necesaria para saber que, si persistía, acabaría obteniendo lo que tanto deseaba esa misma noche... Pero no quería tener que lamentarse a la mañana siguiente. Quería que ella viniera a él por su propia voluntad. Quería que ella lo deseara tanto que no fuera capaz de negarlo aunque quisiera. No, se iba a limitar a darle algo en lo que pensar hasta que llegara la siguiente ocasión.

Algo que desear.

Sacó la mano de la blusa de ella y la pasó por su cadera, hasta el centro de sus muslos. Frotando por encima de la falda, apretó un poco más profundo

cada vez entre los muslos apretados de Elizabeth.

Gimiendo bajito, Elizabeth apretaba los muslos más cada vez para protegerse. Jadeó, intentando que él no la oyera. Pero ya era demasiado tarde, cuando los dedos de Cutter presionaron una vez más entre los muslos y luego tiraron hacia arriba, ella se sacudió con violencia.

Cutter se sentía satisfecho. Había logrado lo que se proponía. De momento se conformaba con abrazarla... con guardar el olor de ella en su alma. Eso se dijo, pero no era verdad. Al sentir las diminutas convulsiones del cuerpo de ella, la culminación de su placer, le costó muchísimo no dejarse llevar. Era demasiado para poder soportarlo. Bastaba con que balanceara por última vez la cadera contra aquel perfecto culito respingón y él también acabaría. No se movió. Eso fue lo más difícil que hizo en su vida.

Vaya si dolía.

De pronto, Elizabeth se quedó paralizada entre sus brazos. Cutter la abrazó con fuerza, sabía que probablemente estaba tan avergonzada como confundida por lo que acababa de ocurrirle. Probablemente estaba esperando a que él la soltara para poder escapar. Pero él no quería dejarla marchar. Aunque Cutter no entendía por qué, ella había empezado a trenzarse con su ser. Sin procurarlo siquiera, ella había conseguido abrazar entre los dedos su corazón de piedra.

Cutter no se movió. Sabía que ella debía de sospechar que estaba despierto. Pero también sabía que ella debía desear que no lo estuviera, así que lo más fácil era dejar que creyera que dormía.

Pasó mucho, mucho tiempo hasta que por fin Elizabeth se relajó. Cuando al fin la respiración de ella se volvió rítmica y pausada, él supo que se había quedado dormida. Solo entonces, él se permitió dormir también.

Fue extraño, pero fue el silencio de la mañana y no el sol en la cara lo que arrancó a Elizabeth de sus sueños. Se estiró de forma perezosa y luego se quedó paralizada. Abrió los ojos de golpe y se encontró con lo que había sido su campamento. La zanja ya estaba cubierta, la tierra pisoteada con firmeza.

Las piedras estaban distribuidas, la parte ennegrecida estaba hacia abajo para que nadie pudiera notar a primera vista que habían servido para contener el fuego.

Lo siguiente que notó Elizabeth era que ya todo estaba en las bolsas, incluyendo la alfombra de dormir de Cutter.

La alfombra de Cutter.

En algún punto de su mente algo la molestaba. Luego lo recordó, un recuerdo nada bienvenido. Le dio un vuelco el corazón mientras examinaba una vez más y con ansiedad la escena que tenía frente a sus ojos. Esperaba aún sin esperanzas.

Por todos los santos... ¡La alfombra que estaba perfectamente enrollada no era la de Cutter, sino la de ella!

Desesperadamente y mordiéndose el labio inferior hasta que estuvo a punto de abríselo, intentó aclarar sus confusos recuerdos, buscaba el momento en el que había vuelto a su tapete para dormir. Pero veía lo contrario y era obvio, a pesar de que veía borroso. Sabía sin duda que no había vuelto.

Tomó aire temblando y reunió el valor para levantarse de la cama de Cutter y afrontarlo. Lo vio de inmediato. Afortunadamente estaba de espaldas. Estaba preparando a los caballos para el viaje. Al menos eso es lo que creía que estaba haciendo. Sus movimientos se veían un poco borrosos a esa distancia. Eso era lo primero que tenía que hacer en cuanto llegaran a Sioux Falls, comprarse unas gafas nuevas.

Aún tenía la mirada fija en él cuando Cutter se giró. Intentó enfocarlo y su cara se puso colorada de vergüenza.

¿Qué pensaría ahora él de ella? Después de la forma tan descarada en que...

¡No, por favor, no pienses en eso!

No ha ocurrido.

Además, él estaba durmiendo, así que ¿cómo iba a acordarse?

¿Y cómo le iba a explicar que estuviera durmiendo en su cama? Pensó en varias, pero ninguna le parecía buena, así que no dijo nada.

Cutter caminó hacia ella con paso saltarín, sonriendo mientras le lanzaba el sombrero.

–Póntelo bien calado para que te cubra la cara –le dijo con tono solemne y moviendo la cabeza con una preocupación teatral. No lograba esconder la sonrisa burlona que se le dibujaba en esos sensuales labios suyos–. Ya te ha dado bastante el sol. –Le guiñó un ojo.

Elizabeth se quedó sin palabras. Atrapó el sombrero mientras giraba en el aire hacia ella. Apretó los dientes por la expresión autosuficiente de él. ¿Qué esperaba de él, que le diera los “buenos días” de forma educada? Oh, no, ¡Cutter McKenzie no haría nada tan considerado! Él tenía que provocarla de buena mañana. Ahora que lo pensaba, seguro que así como nunca se quitaba las botas, tampoco se quitaba la provocación, era parte de él.

Elizabeth se levantó y se puso el sombrero en la cabeza aplastándolo en venganza. Luego caminó pisoteando la tierra hasta llegar al río. Estaba a poco más de treinta metros de donde habían acampado. Resplandecía precioso bajo el sol de la mañana. Lamentó no haber pensado en tomar un baño después de cenar la noche anterior.

Aquella mañana aún no se había calzado, algo de lo que se alegró, ya que no le apetecía agacharse para quitarse los zapatos. Aún tenía agujetas en los muslos de haber cabalgado durante tantas horas.

Y por como los había apretado la noche anterior.

A ver, ¿para qué pensaba en eso ahora?

Levantándose la falda, la ató en su cintura y miró hacia el campamento. ¿Cutter sabía lo que estaba haciendo y tendría el detalle de no interrumpirla?

No podía estar segura de ello, así que abandonó el pensamiento escandaloso tan pronto como llegó. Lo último que necesitaba aquella mañana era que él volviera a verla en paños menores.

Tan rápido como pudo, hizo sus necesidades y luego, con un suspiro

pesado, volvió a bajarse la falda. La sostuvo con una mano para que no se morada mientras se refrescaba los pies en el río. Agachándose, se mojó la cara para refrescarse y miró su reflejo en el agua.

¡Qué horror, qué pintas!, pensó horrorizada, mientras se pasaba la lengua por el labio inferior... ¡Qué mal sabor tenía en la boca!

Se frotó los labios lo mejor que pudo sin que Cutter lo supiera. Él ya se divertía bastante con el resto de su ritual personal. Pero aquella mañana estaba desesperada por refrescarse la boca. Bebió un trago de agua y la sacudió dentro de la boca vigorosamente, odiándose por haber olvidado llevar un cepillo de dientes y polvo para lavarlos. Por desgracia, aquello no ayudaba mucho. Con la mente revuelta, Elizabeth buscó a su alrededor algo que le pudiera servir... Algo granuloso con lo que se pudiera limpiar los dientes.

De pronto tuvo una idea y le pareció absolutamente brillante. Arena, ¡por supuesto! Había mucha por allí... y, aunque seguramente no sería agradable, tampoco estaría tan mal. El caudal del río estaba tan bajo que había arena por todas partes. Se acercó a uno de los montículos y cogió un poco de la arena que le pareció más limpia, frotó los dedos entre sí para probar su consistencia. Cuando estuvo satisfecha con ello, se quedó mirándola un buen rato, por si había algún bichito. No había ninguno. Pero aún así dudaba.

Y se recordó a sí misma que estaba desesperada. Sin darse un momento más para cambiar de idea, se echó la arena a la boca, haciendo una mueca por el sabor. Aunque lo cierto es que pasado un rato ya no estaba tan mal. Se echó agua y se enjuagó rápidamente, encontrando que los dientes se notaban considerablemente más limpios... aunque no lo suficiente.

Otra vez cogió arena, ignorando la vocecita en su interior que le decía que probablemente fuese la mayor tontería que había hecho en su vida. Se frotó los dientes, esta vez con más vigor, diciéndose que quizás incluso descubriera un nuevo método para limpiarse la boca que no fuera el Jabón para dientes llamado Sanitary. Quizás aquello incluso tuviese algún beneficio de salud. ¿No era bueno el barro para la piel? Pues la arena podía ser buena para los

dientes. Su mente giraba con las posibilidades.

–¿Has terminado?

Sacada de golpe de sus cavilaciones, Elizabeth se giró abruptamente. Su mano soltó la falta y voló hasta el sombrero. Se llevó un buen susto al ver a Cutter tan cerca de ella. Ni siquiera lo había oído acercarse.

Cutter la miraba fijamente, con la cara contraída por el asco.

–¿Qué es eso? –preguntó.

Sintiéndose de pronto el triple de tonta y al darse cuenta de que tenía la boca abierta, Elizabeth la cerró de golpe, tapándosela enseguida con las manos. Le ardían las mejillas.

–¡Jo-der, Lizbeth! –murmuró Cutter, sonaba asqueado–. Aún nos queda un montón de carne seca si tienes hambre. –Luego sus ojos se detuvieron en el manchado dedo índice de ella y lo comprendió.

Cutter apartó las manos de Elizabeth de su cara despacio. Tuvo que volver a mirarla para creer que de verdad se estaba cepillando los dientes con arena.

Los labios de Cutter se torcieron mientras sus ojos bajaban hacia el borde de la falda, que estaba empapándose en el río. Meneó la cabeza y se aclaró la garganta.

–Da igual –dijo de pronto–, no quiero saberlo. Pero no me manches el sombrero.

Giró sobre sus talones, le temblaban los hombros mientras se alejaba.

Elizabeth no fue capaz de moverse hasta que él estuvo a una distancia razonable.

Aquella fue la vez en la que más cerca estuvo de decir una palabrota. Escupió la arena y volvió a enjuagarse, escupiendo con venganza. Fue entonces cuando se percató de la mancha de agua que subía por su falda y se sonrojó aún más, aunque esta vez por la rabia.

¿Cómo era posible que se le olvidara todo, todo, en presencia de Cutter?

Cuando volvió al campamento había recuperado ligeramente la

compostura, aunque aún temblaba por la indignación. ¿Cómo se atrevía a burlarse de su higiene personal? ¡Seguro que él tenía las mismas necesidades! Evitando la mirada de Cutter, Elizabeth recogió deprisa el resto de sus cosas. Casi no tuvo tiempo ni para sacudirse el polvo de la falda cuando Cutter ya la estaba levantando para sentarla sobre el caballo.

Luego montó él en el suyo y se giró de golpe hacia Elizabeth con una sonrisa encantadora. Sus dientes resaltaban sobre su piel tostada. Sus ojos brillaban traviosos.

—Por cierto —dijo como si nada—, la próxima vez dímelo... Puedes usar uno de mis cepillos... y el polvo para dientes.

Luego se atrevió a reírse con buen humor. Se giró y tiró con suavidad de las riendas, mientras Elizabeth se quedaba atrás, mirándole la espalda.

¿Es que no iba a dejar pasar una oportunidad para reírse de ella? Pero a pesar de la rabia, él había plantado una semilla. Era irracional, sí, pero Elizabeth no podía echar de su mente la sugerente imagen de él usando un cepillo de dientes. Debería haberle dado asco, pero le producía un extraño temblor interno.

Al mediodía, Elizabeth estaba exhausta de haber pasado tan mala noche. Su único consuelo era que Cutter no parecía estar mejor, aunque no por ello molestaba menos. El brillo de sus ojos cada vez que la miraba la volvía loca. Y sus guiños, sí, guiños, la ponían furiosa porque se sentía como si por algún motivo estuviera pinchándola.

Había dormido ya dos noches con la misma ropa, así que Elizabeth no se hacía ilusiones pensando en que fuera por su aspecto. Seguro que nunca había sido muy guapa, pero más seguro aún que ahora tenía unas pintas horribles. Su falda rota parecía tener muchos más años de los que tenía por toda la suciedad acumulada. ¿Y su blusa blanca? En fin, prefería no pensarlo.

En cuanto tuviese ocasión pensaba cambiarse para ponerse la ropa nueva y lavar la anterior en el río. Le daba igual no tener jabón. Al menos se sentiría más limpia, aunque no lo pareciera. Además iba a ser agradable darse un

baño, aunque no estaba segura de si debía arriesgarse a hacerlo. Al menos no un baño completo, podía tener la indiscreta mirada de Cutter. A veces... A veces... cuando él la miraba... Bueno, no estaba segura.

Además estaba aquello, lo que le hizo la noche anterior. Algo que intentaba desesperadamente olvidar. Pero, ¿cómo olvidarlo? Había momentos en los que deseaba que su problema fuera la vista de lejos y no la de cerca. No quería verlo... esa forma tan extraña en la que la miraba. Pero no lograba dejar de mirarlo tampoco.

Echó otro vistazo furtivo hacia él y lo pilló frotándose las cejas cansado.

De perfil su cara causaba impacto. Esos pómulos altos, la mandíbula fuerte, considerablemente oscurecida por una barba de al menos dos semanas. Pero eran sus labios lo que la hacía sentir tan vulnerable... Cómo se sentían sobre la piel, tan cálidos... tan maravillosos. Se estremeció y se pasó la mano sin querer por la trenza, notando los pelos que se habían salido.

¡Seguro que él la veía horrible!

Estaba segura de que Cutter estaba acostumbrado a que las mujeres le prestaran atención. Seguramente podía tener casi a cualquier mujer que quisiera y se sentía más que encantado por ello.

¿Cuántas mujeres habían intentado ganar sus favores?

Pero, ¿por qué le importaba esa pregunta?

¿Por qué ahora le importaba tanto cuando antes no le importaba en absoluto?

¿Y por qué la besó Cutter?

Elizabeth no lograba comprender lo que había pasado entre ellos la noche anterior... por qué había permitido que sucediera. Él no había mencionado nada por encontrarla en su cama por la mañana. ¿Estaba enfadado? A Elizabeth eso le revolvía el corazón.

Cutter se pasó las manos por el flequillo sudoroso y miró hacia Elizabeth. La pilló mirándolo fijamente y su sonrisa se dibujó en sus arrogantes labios. Encendida por el demonio que había en aquellos ojos negros, Elizabeth

apartó rápidamente la mirada, mientras lo maldecía en silencio con todas sus ganas.

Oh, ¡lo que daría por darse un baño, por tener ropa limpia... por aquellos labios... No, su mente se estaba volviendo loca! No necesitaba... ni quería... ¡no deseaba eso! Se le calentó la cara al sentir el escrutinio de Cutter, así que se giró aún más para esconder el creciente rubor de sus mejillas.

Cutter se rió.

Elizabeth decidió ignorarlo. ¡Él no podía saber lo que ella estaba pensando!

No... solo un baño, se dijo con un suspiro, intentando desesperadamente reconducir sus pensamientos. Eso era lo único que deseaba y necesitaba. Por supuesto, el cielo empezaba a encapotarse. Elizabeth lo miró y pensó que quizás ya no tuviese que preocuparse por darse un baño, ya se encargaría la lluvia.

Pero no llovió ese día. Ni tampoco aquella noche. La tarde siguiente el cielo estaba gris o más bien negro y había nubes de lluvia que se mostraban siniestras sobre ellos. De vez en cuando un rayo relampagueaba en el horizonte oscuro y Elizabeth se encogía al verlo. Al lado de ellos estaba el río, cuyas aguas parecían levantarse hacia el cielo triste. Poco tiempo después todo estaba tan oscuro que costaba distinguir dónde acababa el agua del río y dónde empezaba el cielo. Se levantó viento y Elizabeth sujetó con fuerza el sombrero de Cutter para que no saliera volando.

No fue una sorpresa cuando les cayeron las primeras gotas. Pero estaban en medio de la nada, ya que Cutter había evitado a posta las poblaciones. Los árboles poco a poco empezaban a hacerse más numerosos, pero Elizabeth dudaba que sirvieran para cobijarlos. Había oído historias sobre gente que moría por un rayo en una tormenta. De hecho, en abril del año anterior, su padre había atendido a una mujer que decía que a su hijo le había caído un rayo que había rebotado en un árbol que estaba a más de cuatro metros de él. El pobre niño nunca pudo volver a andar.

Pero no había otro lugar donde refugiarse de la tempestad que se avecinaba. Y los peñascos eran demasiado escarpados en aquel punto para escalar, así que siguieron sin ninguna esperanza de escapar de la tormenta. Estudiando el cielo una vez más, Elizabeth miró ansiosamente a Cutter. Parecía estar sumido en sus pensamientos, vigilando el cielo revuelto. Su largo pelo ondeaba detrás de él en el aire.

—¡Parece que nos va a caer una buena! —sentenció Cutter de pronto, mirándola.

A manera de respuesta, el viento arreció, aplastando la blusa mojada de Elizabeth contra sus pechos. Su falda se le arremolinaba alrededor del cuerpo. Se levantaba con violencia, haciendo un sonido casi tan fuerte como el de los truenos. Por impulso se bajó el ala del sombrero de Cutter para protegerse la cara del rugido del viento. Inclinando la cabeza, le lanzó a Cutter una mirada suplicante.

—¿Podemos buscar algún refugio? —le preguntó.

El viento le aplastaba el pelo mojado a la cabeza. El agua de lluvia escurría desde su flequillo y le caía en la boca cuando empezó a hablar:

—¿Tú qué crees que llevo un rato haciendo? —respondió—. Buscar. ¿Tú ves algún sitio?

Arqueó una ceja de forma retadora, haciendo que el agua se canalizara hacia su nariz aguileña. Mientras miraba a Elizabeth, su mano subió como un dardo para limpiarse la cara y luego se la pasó por el pelo, apartando los molestos mechones que tenía en la frente. La mano se quedó sobre la melena negra mientras Cutter miraba fijamente a Elizabeth.

Los ojos de él siguieron las formas de la blusa, la forma en la que moldeaban los pechos. Levantó la mirada hasta la cara de ella. Entrecerró los ojos y estos brillaron como si fueran dos trozos de ónix.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Elizabeth al mirarlo, y no tenía nada que ver con el frío que le calaba los huesos. Respondiendo al reto de él, los ojos de ella estudiaron rápidamente el horizonte, mientras hacía girar a su

yegua para dibujar un círculo. Cuando Cacao había dado la vuelta entera, Elizabeth vio algo por encima del hombro. Casi no era visible con la vista tan pobre que tenía y por la lluvia, pero allí estaba: una roca para protegerlos de la tormenta. Movi6 a su yegua para mirar m6s de cerca. Daba igual cu6nto lo intentara, no lograba ver con claridad.

–¿Qu6 te parece eso? –grit6, alzando la voz por el viento.

Cacao se movía nerviosa debajo de ella mientras Elizabeth señalaba la sombra que había debajo de la roca. No veía a esa distancia, pero eso no lo iba a admitir ante Cutter. Tenía que fiarse de que él pudiera ver al menos un poco m6s que ella.

Cutter hizo girar a su caballo y entrecerr6 los ojos contra el viento pero, para sorpresa de Elizabeth, no mostr6 ning6n tipo de reacci6n. Mene6 la cabeza y luego, viendo otra posibilidad cercana dijo:

–Quiz6s. –Sus ojos ensombrecidos se encontraron con los de ella y luego se elevaron hacia el rayo que ilumin6 el cielo–. No vamos a encontrar nada mejor –advirti6–.

Con un movimiento firme de cabeza, inst6 a Elizabeth a seguirlo.

Los truenos explotaban alrededor de ellos, un solido demasiado fuerte, violento.

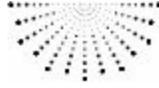
Elizabeth se encogi6 y sus ojos se abrieron mucho por el miedo.

Al verla tan aterrada, Cutter le dio una patada a la yegua en el trasero.

–¡Arre! –grit6 y luego espole6 a su caballo.

Elizabeth chill6 y se sujeto a la silla de montar como si su vida dependiera de ello.

CAPÍTULO DOCE



Cutter llegó primero al montículo y luego le indicó a Elizabeth que parara.

–¿Por qué narices le has dado una patada a mi yegua? –preguntó ella de inmediato, reuniendo coraje gracias a la rabia.

Cutter la ignoró, la dejó esperando en la lluvia mientras él inspeccionaba la gruta.

–¡Podía haberme matado! –gritó ella cuando él volvió para coger las riendas de la yegua.

Las gotas de lluvia lanzaban destellos en las pestañas de Elizabeth y le dificultaban ver la cara de Cutter. Furiosa, se limpió la cara, moviendo los dedos hacia arriba, hacia el pelo recogido.

Sin decir una palabra, Cutter la guió hasta la abertura que había encontrado. Bajó del caballo y se puso de rodillas para entrar en el pequeño orificio, retrocediendo casi de inmediato. Seguía sin hablar. Se puso de pie e hizo que Elizabeth también desmontara. Ella casi no se podía mantener de pie. Cutter hizo que se arrodillara. La lluvia golpeaba la espalda de Elizabeth sin piedad.

Pero cuando empezaba a arrastrarse para entrar, un pensamiento la dejó helada y se detuvo.

–¿Y el río? ¿Y si crece por la lluvia? –Ahogarse era lo último que deseaba

que le ocurriera.

–¡El río está bajo! –gritó Cutter a través del ruido de la lluvia–. Subiré, pero no tanto. ¡Y ahora entra y ponte cómoda! –le dijo a través de la pequeña abertura que luego daba paso a una mayor cavidad.

Un trueno estalló y, aunque Cutter movía los labios, ella no pudo oír las siguientes palabras.

–... Quédate... quédate aquí –acabó él, retrocediendo casi de inmediato.

Al darse cuenta de que iba a dejarla sola, Elizabeth abrió mucho los ojos. Quería seguirlo, estaba aterrada.

Cutter la hizo que entrara de nuevo con una fiera mirada.

–¡Por Dios bendito, mujer! ¡Si te he dicho que te quedas es para que te quedas!

Luego Cutter pareció pensar algo. Cogió su sombrero y volvió para salir.

Se oyó otro trueno que retumbó en la roca. Incluso el suelo pareció temblar. Con pánico, Elizabeth se aferró a los dedos de Cutter, era lo único que le quedaba de él. Sus ojos suplicaban:

–¡Por favor, espera!

Él se sacudió las manos temblorosas de ella y la acuchilló con la mirada.

–Confía en mí –fue todo lo que dijo con un tono inamovible, luego se marchó.

Elizabeth lo siguió con la mirada hasta la entrada, con el corazón en la garganta. La lluvia le dio en la cara, pero el miedo la mantenía inmóvil. Así fue como, ante sus ojos, la figura de Cutter se volvió borrosa por la lluvia grisácea.

Confía.

Otra vez esa palabra.

Pero si confiaba en él... ¡confiaba!

Sí que confiaba en él.

A Elizabeth le pareció una eternidad el tiempo que pasó sobre aquel duro suelo, mirando ansiosa, esperando a ver volver a Cutter mientras repetía la

palabra que se había convertido en letanía:

Confía.

La lluvia arreció y el echo dentro de la caverna se volvió ensordecedor.

–Confía –se repitió ella despacio. No te va a dejar aquí, se aseguró con el corazón latiendo a toda velocidad. ¡No lo hará!

Pero su madre la había dejado... su padre la había dejado. La había dejado sumida en el caos de su vida.

No, por favor, ¡sola!

Ya estaba casi histérica, así que empezó a tararear bajito.

Al principio Cutter tuvo la impresión de que oía algo. Habría jurado que a pesar de la lluvia y los truenos oía... ¿tararear? Cuando se acercó al refugio supo que no se lo había imaginado. Era Elizabeth, con una voz llena de pánico, rota... distinta a la de las noches, pero la melodía era reconocible y atractiva.

¿Greensleeves?

Estaba tarareando “Greensleeves”.

Una emoción sin nombre inundó el pecho de Cutter, y de pronto supo por qué demonios tarareaba ella aquella canción todas las noches... por qué le pidió la primera noche a él que se la cantara. De pronto volvió a oír su voz.

“Pero está oscuro” se quejó ella. “Demasiado oscuro... por favor...”

“¿Por favor, qué?” Preguntó él. “Lizbeth.”

“Cántame...”

A Cutter se le revolvió algo en su interior otra vez.

Ella tenía pavor a quedarse sola... tanto pavor como tenía él a no estar solo. Lo curioso era que, por primera vez, a él no le importaba esa sensación... reconfortante... no quiso pensarlo mucho... la sensación reconfortante de tener compañía. Y no le importaba protegerla...

Protegerla a ella.

Cuando la figura de Cutter apareció desdibujada y oscura entre la tormenta, caminando con decisión hacia ella, sujetando lo que parecían sus

alfombras de dormir y todo lo que fue capaz de sujetar bajo los brazos, el corazón de Elizabeth le dio un salto hasta la garganta. La expresión de él era tan intensa como el viento. Se acercaba con sus ojos oscuros vigilantes y ella rápidamente se secó las lágrimas, esas que ni siquiera sabía que le habían brotado. Entonces se apartó para dejarlo entrar al refugio.

En el instante en que Cutter la miró, supo que había llorado. Notó los rastros de suciedad en los puntos en los que ella se secó las lágrimas delatoras. No sabía que decir, así que no dijo nada. Con la mandíbula apretada, metió los objetos en la cueva y los dejó a los pies de Elizabeth, luego se puso junto a ella. Quería abrazarla para protegerla del miedo, pero no se atrevió a hacerlo.

No sabía si ella aceptaría el abrazo.

Maldiciéndose por su ineptitud, pateó las alfombras para apartarlas y se maldijo a sí mismo otra vez al girarse para sacar una de las mantas de la bolsa. La extendió y le dijo a Elizabeth:

–Arriba.

Obedeciendo, Elizabeth se retorció para que Cutter pudiera tirar de la manta por debajo de ella, luego Elizabeth volvió a sentarse. Obviamente sentía la tensión entre los dos, se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Cutter, que acabó tumbándose boca arriba junto a ella.

–Vaya –murmuró Cutter, pegando en el bajo techo con la mano. Miró a Elizabeth, pero enseguida supo que había sido un error, porque los ojos de ella lo buscaban. Él no sabía qué hacer–. Aquí no hay sitio ni para un gato –gruñó.

Elizabeth no dijo nada, tan solo lo miraba con el corazón en los ojos. Cutter finalmente apartó la mirada, incómodo por los sentimientos que ella despertaba en él.

Tras observar las medidas de la pequeña caverna, si es que podía llamársele así, Cutter se quedó mirando el techo de piedra que había a poco más de medio metro de ellos y se preguntó cómo se había metido en un lío

semejante. Calculó el espacio: un metro de altura en algunos puntos, menos en otros. Habría unos tres metros de largo y dos de ancho. Parte del suelo era de piedra, otra parte tan solo tierra. La única entrada estaba a su derecha, por allí entraba un poco de luz. El techo era más bajo cerca de la entrada y un poco más alto hacia atrás. Era obvio que se trataba de una excavación que alguien había hecho, probablemente como refugio. De lo único que estaba seguro era de una cosa... quien hubiese construido aquello no deseaba que se viera a primera vista, aunque de cerca era difícil no verlo.

Respiró hondo. Joder, ya se estaba quedando medio encogido. El aire olía a húmedo, a encerrado y eso no ayudaba. Ignoró con determinación el dulce aroma que le llegaba hasta la nariz y se centró en el sonido de la respiración temblorosa de Elizabeth.

–Tenía que asegurar a los caballos –explicó él–. No me gustó tener que hacerlo pero... los he atado al árbol más cercano. –Rodó sobre su costado para mirarla y se apoyó en el codo. Mientras la observaba, el sonido de la lluvia se convirtió en un latido constante–. ¿Tienes frío? –preguntó con una voz un poco más grave de lo que le habría gustado. Se aclaró la garganta.

Elizabeth asintió.

Él no podía apartar la mirada, tampoco podía hablar, debido al sentimiento tan descarnado que se plasmaba en los ojos ambarinos de Elizabeth. Unos cuantos mechones de pelo se le habían escapado de la trenza y se le pegaban a la cara, que estaba llena de polvo. Un mechón se le pegaba al labio inferior. Con suavidad, Cutter se lo apartó.

–Deberías quitarte la ropa mojada –sugirió Cutter sin dejar de mirarla. Con el pulgar, le acarició la línea del pómulos para intentar borrar la suciedad.

Ella necesitaba bañarse, pero a pesar de ello era una fiesta para los ojos de Cutter. Elizabeth parpadeó, aparte de eso, no hubo nada más en su expresión que indicara siquiera que lo había oído. Cutter lo intentó de nuevo:

–Te secarás antes si llevas menos ropa. He traído las mantas. Están húmedas, pero seguro que son mucho más cómodas que la ropa mojada que

llevas.

Como si al fin lo hubiera oído, Elizabeth meneó la cabeza con movimientos rápidos y cortantes. Se le estaban secando los labios.

– N-No—estoy—¡No puedo! Estoy bien.

Cutter hizo una mueca.

–¡Mil demonios! No te voy a tocar –dijo casi de forma grosera–. ¡No seas tonta! Te puedes morir. Joder, aquí la doctora eres tú, ¡usa el sentido común!

La expresión de Elizabeth cambió de pronto, como si las palabras de él le hubiesen hecho daño en lugar de consolarla tal como pretendían.

–Eres... –Elizabeth tragó.

Elizabeth estaba mortificada porque él había adivinado sus pensamientos de una forma tan sencilla. Le dolía que él le hubiese roto tan rápido las... ¿qué? ¿Las esperanzas? ¿Esperanza de qué? Pero tenía razón, por supuesto. Además, él ya la había visto en paños menores... y había poca luz... él no podría verla bien aunque quisiera. Pero Elizabeth no podía permitirse sentirse mal en aquel momento de su vida. Después de todo, la ropa holgada que elegía usar era para darle una apariencia poco atractiva. Quería que la gente la viera como médico, no como una belleza. No es que lo fuera, no habría podido ser una belleza aunque hubiese querido. ¿De verdad esperaba que Cutter la viera de otra manera? Asintió con acidez.

–Tienes razón... Soy una tonta –dijo con voz apagada.

Cutter llevó la mano a la blusa de ella y, como si fuera el empujón que necesitaba, se la sacó de la falda. Elizabeth se apartó sin querer, pero la sensación del algodón mojado y frío deslizándose sobre su piel templada le provocó un escalofrío y se le erizó la piel.

–Deja que te ayude –dijo él. Sus ojos oscuros eran firmes pero tiernos al mismo tiempo. Sin embargo nunca se habían mostrado tan oscuros, tan lejanos, tan improbables como en aquel instante.

Un escalofrío bailó sobre la espalda de Elizabeth cuando la mano de Cutter se deslizó despacio para pasar del brazo al hombro, acabando en un

apretón que resultaba reconfortante. Elizabeth asintió suavemente, sin darse cuenta de que lo hacía.

–¿Necesitas que te ayude con los botones? –preguntó él con una voz que de nuevo se volvía ronca.

¿O eran imaginaciones de Elizabeth?

Al darse cuenta de que ella misma no podía quitarse la ropa en aquel espacio tan pequeño, se giró un poco, ahuyentando sus miedos. Inexplicablemente quería que Cutter la acogiera entre sus brazos, que tocara su piel.

Los movimientos de él se tornaron más lentos. La sensación de sus dedos cálidos tirando de la blusa le provocaron un temblor. Elizabeth cerró los ojos, saboreando el momento, sin darse cuenta de que ese gesto le decía mucho al experimentado Cutter.

El corazón se le agolpaba contra las costillas al anticiparse al calor de los dedos de Cutter. Y luego lo sintió y el corazón se le aceleró aún más. Elizabeth cerró los ojos otra vez y echó la cabeza hacia atrás mientras los dedos de él le bajaban por la espalda, rápidos, hábiles para soltar los botones de madera uno a uno.

Al quitarle la blusa mojada, la espalda quedó expuesta al aire frío, pero a pesar de ello, Elizabeth de pronto sintió calor. Le resultaba incomprendible, pero sus escalofríos se intensificaron y se volvieron más profundos. Dándole la espalda a Cutter, él la ayudó a sacarse las mangas con manos temblorosas y luego le quitó por completo la blusa, dejándola tan solo con la camisola que la protegía de su mirada.

A pesar de la furia de la tormenta en el exterior, el silencio dentro era impenetrable en aquel momento. El aire era embriagador, como si el tiempo se hubiese detenido.

En cuanto Elizabeth soltó la blusa, notó los rugosos dedos de Cutter en la espalda, acariciándole la zona entre las escápulas con la mayor suavidad. Elizabeth contuvo la respiración. Antes de que pudiera protestar, los dedos de

él le rodearon la cintura, como si se la midieran brevemente, luego le deshizo de forma seductora los nudos que le sujetaban la falda.

Algo muy profundo dentro de Elizabeth se moría por el tacto de Cutter.

Le costaba respirar, se maravillaba de que aún de espaldas, sus dedos le resultaran tan sabios. Es porque este canalla tiene mucha experiencia, dijo una vocecilla interna, pero Elizabeth se negó a escucharla.

En un instante, Cutter estaba bajándole las faldas, deslizándose sobre sus piernas temblorosas. Se detuvo un poco en la curva de las caderas y el corazón de Elizabeth saltó.

Quería pedirle que parara, quería quitarse sus manos de encima. De verdad que sí, pero no le salían las palabras. Para Elizabeth volver a respirar era ya un logro. Estaba paralizada, pero no de miedo. Sus ojos cerrados con fuerza y sus pechos erguidos de pronto ante la necesidad de que él los tocara. Jamás imaginó que fuera posible una sensación así... ese paraíso carnal... tanto deseo.

Volvió a recordar cómo la había tocado él, el placer que había desatado, lo que le había ofrecido. Imaginó que ahora él la haría girar... que la envolvería en sus brazos, las manos sobre su espalda, que le cubriría la boca con sus cálidos labios masculinos. Elizabeth temblaba deseándolo.

Cutter tuvo que usar la fuerza de voluntad para dejarla tranquila.

Le había dicho que confiara en él y no quería defraudar su confianza. Sin embargo ya no había mucho que se interpusiera entre los dos... la camisola, las polainas... nada más... habría sido tan sencillo, pensó. Tan simple.

Pero Elizabeth no era el tipo de mujer al que atacas y luego dejas. Ella no se lo merecía. Y él no se veía sentando cabeza, con casa y un montón de chiquillos a su alrededor.

Cogió aire profundamente, para reunir fuerzas. Se dijo que en aquel momento podían declararlo un santo.

Pero una batalla empezó a desatarse en la cabeza de Cutter cuando Elizabeth se giró de pronto para ayudarlo a quitarle aquella enorme falda.

¡Cómo odiaba esa falda! En cuanto pudiera quería quemarla. Cutter se aclaró la garganta.

Se rompió la magia cuando él se puso a luchar con una de las alfombras. La desenrolló y sacó otra manta, luego se la echó encima a Elizabeth y la levantó para dejar de verla, no tanto para darle privacidad, sino para evitar la tentación.

–¿Mejor? –La voz de Cutter sonó extraña.

Elizabeth asintió de inmediato, su expresión seguía siendo de asombro.

–Bien. –Cutter se aclaró una vez más la garganta, intentando centrarse, luego sonrió–. Menudo agujero has encontrado para que nos refugiáramos –le dijo con suavidad. Aquello empezaba a parecerle cada vez más un infierno privado, pero no se lo dijo.

Elizabeth se encogió de hombros y apartó la mirada... ¿Con desilusión? Se tumbó de costado, dándole la espalda.

Cutter emitió un suspiro entrecortado, como si le costara mucho hacerlo salir de su cuerpo. De inmediato volvió a coger aire, como si lo necesitara con urgencia para limpiarse.

Al menos no estaban mojándose, se dijo.

Y el refugio no estaba tan mal. Casi no entraba nada de lluvia, gracias a que el espacio era tan bajo. Tan solo le preocupaba que un poco de agua empezaba a entrar por el suelo. Pero era solo un poco, no creía que fuera a pasar a mayores... salvo que la lluvia no los ayudara. Aunque sabía bastante de las tormentas de finales del verano, sabía que no duraría mucho. Seguro que escampaba tan pronto como se había puesto a llover.

A una de malas, podía pegarse más a Elizabeth. La miró de pronto, sintiendo cómo volvía a él la tensión con toda su fuerza.

Los pensamientos eran persistentes como las pulgas.

Torció los labios de forma cínica.

Demonios, no era un muro lo que había entre los dos, aunque se sentía como si lo hubiese.

Además, la santidad nunca había sido lo suyo.

Maldita sea. Frunció el ceño. ¡Qué se pensaba ella, que se iba a quedar helado solo por no herir su sensibilidad de damisela!

Con un arranque salvaje sacó el cuchillo de la bota izquierda y lo dejó a un lado, luego se quitó la bota con una sacudida. Se desabrochó la camisa y se sacó la otra bota, ayudándose con los dedos del pie opuesto. No podía y en silencio pensó una palabrota.

Le bastó un vistazo para saber que Elizabeth estaba ocupada ignorándolo. Bien, muy bien. Se sacó la camisa del pantalón y la dejó totalmente abierta, luego se quitó el pantalón empapado. El mero hecho de liberarse de aquella restrictiva tela ya lo puso de mejor humor.

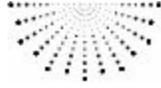
No tenía nada que ver con el hecho de que al no llevar ropa había una barrera menos entre los dos. No, demonios, no, sus intenciones eran honorables... bueno, al menos no eran deshonrosas.

O no del todo.

Elizabeth oyó cómo se quitaba el pantalón mojado y se puso tensa. Había ignorado lo anterior: el ruido de la bota saliendo de un pie, el sonido de la camisa mientras se la quitaba. Tenía miedo de girarse y ver a Cutter. Levantó la manta un poco más, entonces preguntó:

–Vale, señor McKenzie. ¿Qué te crees que haces?

CAPÍTULO TRECE



A ti qué te parece que hago? –respondió él con suavidad, sin nada en su tono que lo delatara.

Sonaba como si estuviera sonriendo... ¿sonriendo?

–¿No estarás desvistiéndote?

Cutter se echó a reír.

–¡Ni se te ocurra! –chilló ella, tomando su risa como una confirmación–. No puedes quedarte desnudo, ¡no a mi lado! Al menos te habrás dejado... – Vaya, no recordaba la palabra, ¡mucho menos iba a poder decirla!

Él volvió a reír.

–Supongo que si quieres saberlo tendrás que girarte para comprobarlo con tus propios ojos –le dijo con una voz moteada de risa mientras se retorció para quitarse la otra bota. Tenía el pantalón enrollado en los tobillos. La bota que no salía le impedía quitárselos del todo.

Elizabeth subió la manta hasta la cabeza, hundiéndose en la lana mientras la risa grave de él le resonaba en las orejas... al mismo tiempo oyó también algo que parecía... parecía...

¿El quejido de un caballo? Y sonaba cerca... No podía ser, pero era, ¡y allí estaba otra vez!

Cutter también lo oyó y ya no se reía.

La curiosidad pudo con Elizabeth, salió de las mantas y se giró para mirar

hacia afuera.

Cutter aún tenía el cuerpo torcido, sus manos heladas estaban sujetando su bota derecha, pero miró como pudo. Mientras tanto Elizabeth se abrió paso para ver mejor, de manera que cuando él se echó hacia atrás, su espalda tocó la camisola húmeda de ella.

—Cutter, ¿lo ves?

La silueta orgullosa aunque borrosa de un indio se materializó en la lluvia, su caballo caminaba a paso cansado. Elizabeth se arrastró para ver mejor. Así vio que él mantenía la cabeza erguida con orgullo, aunque le castañeteaban los dientes. En el pelo llevaba lo que parecían dos grandes plumas ligeramente inclinadas hacia un lado. Llevaba el pelo suelto, largo por debajo de los hombros. Elizabeth parpadeo por el esfuerzo y luego volvió a enfocar, casi no distinguía su pecho desnudo, pintado con rayas rojas en un costado. Llevaba pantalón de ante. No le distinguía la cara.

Pero no podía apartar de él la mirada.

—¿Qué es? —Cutter se movió, intentando ver.

De pronto el indio se echó hacia adelante en la silla de montar y Elizabeth gritó:

—No, ¡oh, no! ¡Está herido!

Cutter se subió el pantalón enseguida.

—¿Quién está herido? —preguntó.

Pero Elizabeth nunca contestó. Ya salía del refugio, en plena tormenta, olvidando de pronto el miedo y su modestia. El instinto la movía.

Salió antes de que Cutter pudiera evitarlo.

—¡Lizabeth!

Vaya, ¿de verdad esta mujer va a salir a la tormenta? ¡Y en ropa interior! ¡Genial! ¡Sí que es genial! Solo él podía tener la mala suerte de viajar con una exhibicionista. Cutter movió las manos para intentar detenerla por las piernas, pero Elizabeth fue más rápida. Cutter se echó hacia atrás para subirse el pantalón por el trasero y enseguida se puso boca abajo, dándose un golpe

en la cabeza con el techo. Por un momento se le nubló la vista. Soltó una buena cantidad de palabrotas, se tocó la cabeza y se arrastró para salir tras Elizabeth.

¿Por qué carajo había accedido a este trabajo? se preguntó iracundo. ¿Es que acaso le iba la vida dura? Aquella tonta iba a buscar que la mataran ¡y a él también de paso!

Luego vio lo que la había inquietado tanto.

—¡Lizabeth!

A cámara lenta la vio correr bajo la lluvia, su ropa interior pegada a su cuerpo. Sus fuertes zapatos negros chapoteaban en el barro.

—¡Nooo! —gritó Cutter. ¡La iban a matar! Se le encogió el estómago—. ¡Elizabeth! ¡No! —Tenía que detenerla.

Con el corazón acelerado por el miedo, Cutter salió disparado detrás de ella, corriendo como si estuviera poseído, con solo una bota. Su pie descalzo pisó algo afilado que se le clavó, pero no sintió el dolor. En su mente solo podía ver a aquel bastardo que emitía un grito de guerra y le cortaba a Elizabeth ese cuello suyo de lirio blanco.

En su pánico, Elizabeth no se paró a pensar cómo la vería el caballo acercándose como loca. Se detuvo de golpe cuando este relinchó, apartándose de ella asustado. La fuerza con la que se levantó hizo que el indio se cayera por un lado. Por puro reflejo, ella corrió a cogerlo y se balanceó por su peso. El caballo se apartó de inmediato, tranquilizándose al verse un poco más alejado. Elizabeth sujetaba al indio contra el pecho mientras a él le fallaban las rodillas y luego caía al suelo lleno de barro. Elizabeth cayó encima de él.

En ese instant llegó Cutter. Con un grito salvaje, la sujetó y la levantó de un tirón. Trastabillando, Elizabeth cayó sentada, sus manos flotaron en el aire para ir hacia atrás en un intento de amortiguar la caída.

—¡Joder, joder! —gruñó Cutter, mirándola furioso.

Aquella violencia y rabia no disimuladas dejaron a Elizabeth sin palabras. Lo miró clavándole los ojos como si estuviera perturbado.

Doblándose sobre sí mismo para recuperar el aliento, con las manos en las rodillas y la camisa abierta, Cutter miró al hombre que yacía inconsciente a sus pies. La lluvia se le resbalaba por la nariz.

La sangre fluía en tiras rojizas del pecho de aquel hombre, bajando por riachuelos que le manchaban el pantalón. A pesar de que era evidente que el hombre estaba herido, Cutter no dejaba de estar enfadado. ¡Podía tratarse de una treta! Que no lo fuese no disminuía el riesgo que había corrido Elizabeth.

La miró con odio.

—¡Pero mujer, es que no tienes ni las luces de una serpiente! ¿Qué creías que ibas a hacer?

Apretando los dientes, Elizabeth miró a Cutter con ojos ardientes de reproche.

—¿No ves que está herido? —respondió.

Cutter movía la boca sin poder hablar. Lo único en lo que podía pensar en aquel momento era que casi la había perdido y no podía soportar siquiera la idea.

Lo destrozaba por dentro.

Como nada lo había hecho antes.

Cutter se agachó sobre el hombre inconsciente y le levantó los párpados, luego le tomó el pulso en el cuello. Satisfecho con el resultado volvió a mirar a Elizabeth.

—¿Y si no hubiera estado herido? ¿Y si hubiese sido un truco para hacernos salir? ¿Qué entonces, Doc?

Elizabeth se levantó de forma abrupta, limpiándose las manos en la ropa mojada.

—¡Pero no era un truco! —rebatía—. Está herido y yo soy médico. Me necesita, señor McKenzie, así que si no piensas ayudar, ¡apártate de mi camino!

La inesperada voz de autoridad desorientó a Cutter, pero no dejó que la sorpresa se le notara. A pesar del enfado no podía negar lo evidente, aquel

hombre necesitaba atención médica. Asintió con brevedad y se calló, aunque de mala gana.

Sobre sus cabezas, el sol asomó entre la lluvia mientras Elizabeth se apresuraba a ayudar al indio. Pasó junto a Cutter, decidida a ignorar el breve contacto entre sus cuerpos, aunque no lo logró. Aún furiosa, el tacto de él hacía que su corazón reaccionara de una forma extraña.

Pero la reacción fue totalmente distinta cuando bajó la mirada para ver la cara del joven inconsciente. El color de su piel era casi azul y ella sabía lo que eso significaba. Le buscó el pulso en el cuello. Al encontrarlo, aunque débil, exhaló aliviada. Su corazón se llenó de esperanza.

–Está en shock –le explicó a Cutter, que estaba mirando detrás de ella.

La herida era profunda, profunda y repetida. Como si alguien le hubiese dado varias veces en el mismo punto. Había tanta sangre que costaba ver si aún tenía el objeto en su interior. Elizabeth le tocó la herida y no encontró nada. Lo que fuera que lo hubiese herido, ya había sido sacado.

Como movida por un sexto sentido, miró el pequeño cuchillo que el hombre llevaba en un costado. El mango estaba manchado de sangre... En seguida supo lo que había ocurrido. Evidentemente había intentado sacarse lo que se le había quedado dentro... y tal vez había pinchado una arteria. O peor, ¿la había cortado? ¿Cuánta sangre había perdido? ¿Cuánto hacía que sangraba?

Mordisqueándose el labio inferior, Elizabeth miró a Cutter.

–¡No te quedes allí parado, señor McKenzie. Ayúdame a llevarlo dentro!

–La lluvia había disminuido considerablemente y, en ese momento, paró por completo–. Da igual –dijo ella cortante–. Solo acércalo al refugio.

Elizabeth sabía que Cutter podía cargar solo al hombre perfectamente, así que se fue a coger la falda y la alfombra.

Desenrolló rápidamente la alfombra y le indicó a Cutter que pusiera allí al hombre, mientras ella se peleaba con su falda. En cuanto el hombre estuvo tumbado, empezó a sacar trozos de la falda, inspeccionándolos entre las

manos.

No recordaba el mal estado de su ropa hasta que lo vio allí mismo. Y, aunque no le gustaba que la vieran en paños menores a plena luz del día, no tenía tiempo para preocuparse por ello... no era el momento.

La parte baja de la falda estaba increíblemente sucia de arrastrarla por la tierra. La arrancó por completo. El resto parecía adecuado, así que lo cortó en tiras. Inmediatamente hizo compresas para la herida, apretando la primera mientras le daba forma a la siguiente.

Cutter miraba cómo trabajaba en silencio.

–Haz una hoguera –le pidió de pronto, sin mirarlo.

Elizabeth cogió aire e intentó desesperadamente olvidar la mirada hambrienta que notó en los ojos de Cutter cuando salía del refugio. No tenía tiempo para pensar en el deseo que encontró en él. Pero en el fondo de su mente... se sentía encantada, a pesar de sí misma.

Cutter tardó un poco en registrar lo que Elizabeth le había pedido, pero cuando lo hizo su cara se contrajo como si no tuviera la cabeza bien.

–¡Joder, no!

Elizabeth lo miró sin dejar de aplicar presión para parar el sangrado creciente.

–Tengo que cauterizarle la herida –dijo–. ¡Está perdiendo demasiada sangre!

Cutter no apartó la mirada.

–No –dijo con un tono inamovible.

–¿Por qué no? –quiso saber Elizabeth. Luego, al ver su mandíbula apretada, se le quebró de pronto la voz–. ¡Se va a morir! –No podía creer que Cutter fuera tan frío.

–No podemos estar seguros de que estuviera solo –dijo Cutter como lo más normal del mundo–. Si sus amigos están por aquí más nos vale no llamar la atención. Además, Lizbeth, este hombre ya está muerto. He visto ese aspecto demasiadas veces y lo sé. No puedes salvarlo –dijo cortante.

–¿Cómo puedes tener tan poco corazón? –le preguntó–. Desde luego entenderían que queremos ayudarlo, ¿no?

Cutter mantuvo una expresión oscura y meneó la cabeza. Su mandíbula parecía aún más testaruda.

–No podemos arriesgarnos –dijo con firmeza.

Si tan solo debiera preocuparse de sí mismo habría ayudado al hombre sin pensarlo. Pero no estaba solo y no estaba dispuesto a arriesgar a Elizabeth.

Elizabeth se giró furiosa hacia él.

–Creo que no lo entiendes, señor McKenzie. ¡No voy a dejar que este hombre se muera! Así que si no haces tú la maldita hoguera, ¡la haré yo! – Puso otra compresa, meneando la cabeza con preocupación–. Ya ha perdido mucha sangre... no puede perder mucha más. –Volvió a mirar a Cutter, con el corazón en los ojos–. Por favor, Cutter –le rogó. Tenía los ojos llenos de lágrimas, lo miraba con una intensidad que partía el corazón–. Por favor.

Cutter no se lo pudo negar. Se marchó disgustado. Se abotonó la camisa de mala gana y se la metió en la cintura de los pantalones.

Tal como temía, el fuego tardó un poco en arder porque la madera estaba muy mojada y hacía que saliera mucho humo. Meneando la cabeza, miró cómo este subía haciendo espirales, lo cual lo preocupó bastante.

Mientras tanto Elizabeth había limpiado la herida lo mejor que había podido sin quitar las compresas. Esperaba que la lluvia hubiese limpiado lo suficiente, porque no se atrevía a retirar la tela y a que la hemorragia empezara de nuevo. Al menos no hasta que estuviera preparada para cauterizar. El hombre ya había perdido demasiada sangre. Seguía sangrando, aunque menos que antes. El indio estaba completamente inmóvil, no movía ni siquiera una ceja. Era como si no se diera cuenta en absoluto de que alguien lo estaba atendiendo.

Cuando Cutter consideró que el fuego ardía aceptablemente, sacó el cuchillo y lo puso sobre las llamas, intentando sin éxito no mirar los pezones oscuros de Elizabeth que se transparentaban con el camión. Menos mal que

el indio estaba inconsciente, pensó, porque habría tenido que matarlo si se le hubiese ocurrido mirar a Elizabeth en aquel momento. Sus pechos estaban cerca de la cara del indio... Y por un momento imaginó que era él quien estaba allí, que sus labios estaban así de cerca...

Hizo una mueca repentina.

Pero, ¿qué le pasaba?

Había un hombre moribundo frente a él, un hombre por el que en otros tiempos Cutter habría matado, por la sangre que compartían. Pero no se le ocurría nada mejor que matarlo por una mujer.

Y es que no era cualquier mujer.

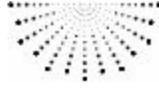
Por mucho que odiara admitirlo... Elizabeth Bowcock se le había metido en la piel. El miedo que le había partido la espalda cuando la vio correr hacia el peligro era algo que nunca olvidaría... así viviera mil vidas.

Ella se había convertido en algo vital para él... como nada. Y aunque no quería etiquetar esa emoción, sospechaba lo que era.

Y hacía que se pusiera malo.

Porque lo volvía susceptible, y eso no le gustaba un pelo.

CAPÍTULO CATORCE



Cuando la cuchilla estaba lo bastante caliente, Cutter se la pasó a Elizabeth, ofreciéndole el mango. Miró sin podérselo creer cómo su pequeña ratoncilla trabajaba sin parpadear ni dudar un instante en su labor. La transformación era sorprendente. Él ya se había percatado del brillo que habitaba debajo de la fachada, pero la mujer que tenía ante sus ojos parecía otra totalmente de la que él conocía. Le habría ofrecido ayuda si no se hubiera quedado tan impresionado por su pericia. No podía apartar la mirada de ella, ni siquiera cuando la peste a piel quemada le llegó a la nariz.

Por un breve momento, el indio abrió los ojos y se encontró con la mirada de Elizabeth. Ella retiró de inmediato el cuchillo ardiente, no quería hacerle daño. Pero sus párpados se cerraron de nuevo sin que la reconociera siquiera.

Elizabeth acabó entonces con la tarea y luego volvió a cortar tiras de la falda. Con ellas envolvió el pecho del hombre. Luego, incapaz de soportar más cómo estaba vestida, se puso la falda, ahora mucho más corta. Evitó deliberadamente la mirada de Cutter mientras se la ataba. Finalmente se volvió a arrodillar. Sus mejillas parecían tan calientes como las del indio. Lo cubrió hasta la barbilla con una manta para que su cuerpo entrara en calor.

Sacudió la cabeza con gravedad al contemplar el color rojizo de la cara del hombre, pensando que necesitaría una infusión para bajarle la fiebre. Los líquidos... estaba segura de que había un poco de sal en la bolsa de Cutter.

Tenía que usar eso también para que el hombre recuperara líquidos. Por supuesto, no podía darle nada hasta que volviera en sí, pero mientras tanto lo tendría preparado.

Tomó la temperatura en la frente, pasando la mano por la cara del hombre hasta llegar al cuello. Allí, giró el dorso de la mano sobre la piel.

—Cutter —empezó, pensando que tenía que haber algo, alguna hierba... algo que creciera en esa zona y que se pudiera usar como infusión.

Tenía que haber algo. Miró a su alrededor, inspeccionando rápidamente la zona. La corteza de arce blanco sería perfecta, pero solo veía pinos y robles... además de algunos abedules.

Sin poder evitarlo, Cutter se quedó mirando el digno perfil de Elizabeth mientras esta inspeccionaba el paisaje. Sus pestañas eran tan negras, sus ojos ligeramente entrecerrados mientras se concentraba en lo que veía. Al encontrarse con la mirada de él, miró rápido hacia otro lado, metiendo la mano debajo de la manta para tocar la piel del indio. Contra su voluntad, el cuerpo de Cutter saltó como respuesta, reaccionando por puro instinto, sintiendo el calor de la mano de ella como si la hubiese posado sobre su piel.

Maldita sea, nunca creyó que sería posible la pasión con la que ella trataba al indio. No parecía que a Elizabeth le importara en ese momento que no fuese más que un salvaje (según sus propias palabras). Solo le importaba que era un hombre y que la necesitaba. Eso acabó con la última armadura de Cutter.

Maldita sea ella también, porque sin siquiera intentarlo, había llegado a la parte de Cutter que creía que nunca volvería a salir a la luz. Elizabeth llegó hasta el último rincón de su corazón de piedra. Incómodo por la intensidad de aquel sentimiento que experimentaba repentinamente, se aclaró la garganta. Elizabeth levantó al fin la mirada hacia él, tenía expresión de preocupación.

Si ella era capaz de sentir tanto por un extraño, pensó Cutter, ¿qué más no le daría al hombre al que amara? Cutter se maldijo en silencio y expulsó ese pensamiento, girándose hacia otro lado para marcharse.

–Cutter.

Él se detuvo de mala gana y se giró hacia ella.

–¿Te importa cuidarlo? Por favor... mientras veo qué hierbas encuentro.

Sus ojos pardos le suplicaban, aunque no habría sido necesario, porque de pronto para Cutter era tan necesario como para ella salvar a aquel hombre.

Cutter no solía ponerse sentimental con nada, ni con gente, ni con los caballos, ni siquiera con la vida. Hacía mucho tiempo que había aprendido que en este mundo las cosas llegan y luego sencillamente se van sin más. No hay absolutamente nada que pueda hacer nadie para evitarlo. Podía parecer poco caritativo, pero no había sentido nada por aquel indio, salvo inutilidad tal vez. Juraba que estaba muerto desde que lo vio en la silla de montar. Pero tal vez, solo tal vez, Elizabeth pudiera salvarlo. Su deseo de hacerlo era contagioso. Quizás pudiera salvarlo a golpe de fuerza de voluntad.

–Está demasiado caliente –dijo Elizabeth, confundiendo las dudas de Cutter con reticencia.

Con la garganta demasiado pesada para hablar, Cutter asintió y Elizabeth le sonrió agradecida, saltando para darle un rápido abrazo antes de que cambiara de opinión.

Con el pie que llevaba bota, Cutter le dio una patada a un cúmulo de tierra húmeda, luego se sentó en una esquina de la alfombra.

–Pero quédate donde te pueda ver –murmuró.

Casi una hora después, para desgracia de Elizabeth, no había encontrado nada que pudiera usar. Había equinácea, flores silvestres, talinum, incluso algunos cardos, pero nada de ello le servía, ¿salvo lo último? Tenía que salvar al hombre, no matarlo. Finalmente se dio por vencida y volvió al campamento con las manos vacías.

Al ver que se acercaba, Cutter se levantó meneando la cabeza ante la pregunta muda que había en los ojos de Elizabeth. Se quitó el sombrero –se lo había puesto, junto con la bota que le faltaba, mientras ella no estaba–, lo golpeó contra la rodilla y le ofreció a Elizabeth una mueca con los labios

torcidos, luego se puso el sombrero otra vez con un suspiro pesado.

Ante aquella muda revelación los hombros de Elizabeth se encogieron hacia adelante. Con un suspiro cansado se dejó caer en el espacio que Cutter había calentado con su presencia, mirando con ojos perdidos al indio inconsciente.

Por deferencia, Cutter la miró un rato más y luego se marchó. Sin duda sabía que no podía dejarla sola mientras se iba a cazar, no mientras ella estuviese tan turbada. Estaba seguro de que aquel indio no viajaba solo y, aunque así hubiese sido, la hoguera había echado demasiado humo y probablemente las señales se veían a varios kilómetros. Se quedó mirándolas, siguiendo el humo que subía al cielo mientras pensaba.

El río estaba a la vista, así que Cutter buscó una rama estable y un buen árbol en el que apoyarse para trabajar. Levantó la rodilla para apoyar la rama y sacó el cuchillo para fabricar una lanza con la que pescar. Mientras tanto observaba a Elizabeth en la distancia, admirando su dedicación profesional hacia el indio. Trabajaba diligentemente, sin abandonar la esperanza. Examinó por enésima vez la cara del hombre, tocando su piel para ver la fiebre y buscar algún signo de recuperación, solo entonces meneó la cabeza por la inutilidad.

Cutter casi había terminado la lanza cuando las punzadas del pie empezaron a molestarlo. Caminó hasta el río. Se sentó y se quitó la bota, suspirando al ver el corte limpio que tenía en el arco del pie izquierdo. No tenía ni idea de qué había pisado, pero dolía horrores. Pero había sufrido cosas peores, así que se lavó lo mejor que pudo en el río y volvió al campamento, descubriendo un arbusto de zarzas por el camino. Lo único que habían comido en todo el día había sido carne seca y sabía que Elizabeth estaría muerta de hambre, así que cogió una buena cantidad de zarzas y las llevó para soltárselas sin ninguna ceremonia en el regazo.

No le sorprendió que al principio Elizabeth ni se moviera. Lo que le preocupó fue que pasado mucho rato no se hubiese dado cuenta de que él

seguía allí, mirándola. Como una estatua solitaria, Elizabeth seguía mirando al hombre inconsciente. Cuando al fin se percató de la presencia de Cutter, tardó otro buen rato en darse cuenta de que le había dejado algo sobre la falda raída. Cuando al fin lo vio, se le iluminaron los ojos.

Abrió un poco más los ojos.

–¿Zarzamoras? –susurró con una nota de entusiasmo.

Cutter la miró un poco inseguro.

–¿Dónde las has conseguido? –le preguntó enseguida, cogiendo una, inspeccionándola con un extraño brillo en los ojos.

Cutter abrió la boca para responder pero ella lo interrumpió.

–¡Gracias, Dios mío! –exclamó ella de pronto–. ¡Por favor dime que hay más!

Demonios, pensó Cutter, sabía que tendría hambre, pero no le parecía normal esa reacción. Frunciendo el entrecejo, se rascó la barba preocupado.

–¡Oh, Cutter! –exclamó Elizabeth feliz, mirándolo brevemente y luego mirando otra vez la zarzamora–. ¿Sabes qué es esto? –su risa era contagiosa–. ¿Sabes qué es esto? –repitió con alegría, sin dejar de mirar con los ojos muy abiertos al fruto que sostenía como si fuera oro entre sus delicados dedos.

Cutter se agachó para mirarla a los ojos y luego la sujetó del hombro para obligarla a prestarle atención. Entonces asintió despacio.

–Sí, son zarzamoras. –Se preguntó si ella había perdido la cordura–. Elizabeth, niña, ¿estás bien?

Sin previo aviso, los abrazos de Elizabeth se levantaron y abrazaron el cuello de Cutter, apretándolo con felicidad, asfixiándolo. Él respondió por reflejo y la envolvió en sus brazos, con lo que ella se soltó.

–¡Estoy perfectamente! –respondió Elizabeth con felicidad–. ¡Las hojas son maravillosas para la fiebre!

La calidez de los labios de ella se movió como si fuera líquido sobre la cara de Cutter. Cuando se echó hacia atrás para mirarlo, su mirada se transformó. Pasó de la desesperanza a algo parecido a la adoración, algo que

sorprendió mucho a Cutter. Tuvo que luchar consigo mismo para no posar la boca sobre la de ella.

–Una infusión de estas hojas sería perfecta –explicó, pero Cutter no la estaba escuchando, no podía apartar la mirada de la boca de Elizabeth. –¡Más que perfecta! –la oyó repetir alegremente, luego lo besó repentinamente... en un ojo. Con una gran sonrisa, Elizabeth volvió a mirar a su paciente.

–No te preocupes –le dijo con una nota de felicidad. Movi6 una rodilla para levantarse–. ¡Te vas a poner bueno enseguida! ¡Ya verás! –le dio palmaditas en el brazo.

A manera de respuesta, el indio abrió de golpe los ojos y Elizabeth se inclinó de rodillas, dando un chillido de sorpresa.

La oscura mirada estaba vacía, las pupilas dilatadas, enormes. Al notarlo, Elizabeth se sintió inmediatamente mal. Pensó que ya era demasiado tarde, pero apartó el pensamiento con fuerza.

¡No iba a morir!

¡No lo iba a permitir!

Era la primera vez desde que perdió a su padre en que la vida de un paciente corría peligro... la primera vez que alguien dependía por completo de su pericia para sobrevivir. No podía fallar, su padre no habría fallado, así que ella tampoco lo haría.

Ignorando las complicaciones que veía en los ojos del joven indio, le apoyó con seguridad la mano en la frente, arrugando el entrecejo al sentir su piel. Hacía tan solo unos segundos estaba ardiendo como el hierro sobre el fuego, pero ahora la piel perdía color a gran velocidad, poniéndose tan pálido como si ya estuviera muerto.

Un nudo se instaló en la garganta de Elizabeth.

–Si pudiera... si pudiera hacer... la infusión –empezó con una voz suave, llena de dolor , quebrándose en la última palabra como si le resultara demasiado difícil hablar.

Como si la hubiera llamado, una llovizna ligera empezó. Cutter vio cómo

Elizabeth cogía la mano del joven entre las suyas, sujetándola con testarudez. Una lágrima solitaria rodó por la mejilla mientras Elizabeth cogía aire temblando y las pupilas negras se contraían frente a ella.

–No –susurró destrozada–. No te mueras. Aún no he terminado...

La súplica sonó dolorosa, como la de un niño sin esperanza que pide que alguien lo consuele. Cuando un instante después, el indio espiró su último suspiro con un ligero temblor de las piernas, los hombros de Elizabeth empezaron a moverse.

Aún cuando sabía que no había nada más que hacer, no podía apartar la mirada de él, no podía soltarle la mano. Dejarlo marchar era como permitir que escapara para siempre. Los labios de Elizabeth empezaron a temblar mientras las pupilas del indio se convertían en piedras y su mirada quedaba vacía como un cristal negro.

–¡Oh, Papá! –lloró ella bajito, incapaz de soltar la mano del joven. Tampoco podía apartar la mirada–. Oh, no... no... no...

Elizabeth levantó la mirada suplicante.

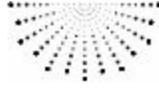
–Oh, Cutter –sollozó, tragándose el espeso nudo que tenía en la garganta.

Contra el dorso de sus manos la lluvia seguía cayendo en frías gotas, mientras que entre sus palmas la carne del indio se volvía fría como el rocío. Elizabeth sabía con total certeza que se había marchado para no volver.

–¡No es justo! –gritó de pronto y, con un sollozo que la ahogaba, dejó la mano entre reverencias sobre el pecho inmóvil.

Elizabeth no se dio cuenta de que Cutter se había acercado. Se giró hacia él para echarse en sus brazos.

CAPÍTULO QUINCE



La vida no es justa –susurró Cutter, consolándola en la única forma que sabía. Frotó la espalda de Elizabeth y sus hombros con suavidad, conmovido profundamente por la compasión de ella hacia el indio.

Cutter le levantó la barbilla para ver su cara manchada por las lágrimas, pero ella evitaba orgullosa su mirada, mantenía la vista hacia abajo mientras una lágrima más se deslizaba sobre sus pestañas. Los ojos de Cutter también ardían contra su voluntad. Le secó la mejilla a Elizabeth con el pulgar. Esta vez ella no protestó al sentirlo.

–¿Es el primero? –susurró él con gravedad.

Elizabeth asintió conteniendo los sollozos.

–Ya me parecía –dijo él torpemente–. Escúchame, ojitos brillantes, no había nada más que tú hubieses podido hacer para salvarlo. Nada.

Su tono era suave, consolador, aunque su sangre empezaba a calentarse al tenerla entre sus brazos. Le gustara a Cutter o no, en aquel momento se sentía más atraído hacia Elizabeth de lo que nunca creyó posible. Más de lo que le había atraído nunca ninguna mujer.

Finalmente Elizabeth levantó la mirada para verlo entre las pestañas húmedas, pero sus ojos parecían más oscuros, más profundos, como si una sola muerte hubiese bastado para sacudirla en su interior.

–¡Debería haber sabido qué hacer! –chilló con dolor.

La mano de Elizabeth se apoyó sobre el pecho de Cutter; sus dedos jugueteaban nerviosos con un botón.

Al sentir aquel tímido gesto, Cutter notó cómo se le calentaba lentamente la sangre. Maldita sea, ella se lo estaba poniendo muy difícil. Se obligó a apartar la mirada de los pezones erguidos. La inocente reacción del cuerpo de Elizabeth ante él lo llenaba de entusiasmo y tormento al mismo tiempo.

–Debería haberlo salvado. Yo podría... ¡mi padre habría podido! Tiene que haber algo que se me ha escapado... algo no he hecho bien... algo... –se vino abajo sin remedio, mirando a Cutter con ojos suplicantes. Las lágrimas brillaban en sus pestañas.

Como si tuvieran voluntad propia, las manos de Cutter se deslizaron sobre la cintura de Elizabeth para echarla un poco hacia atrás y darle un beso en la frente, un beso firme con el que entró en tensión. Cutter perdía el control con cada segundo que ella permanecía en sus brazos.

Respiró hondo para aclararse la mente, pero fue lo peor que pudo haber hecho, porque al hacerlo, el aroma de ella le llenó la nariz. Cutter gimió, pensando para disgusto propio que el indio no había podido encontrar peor momento para morir.

Demonios, lamentaba lo que le había pasado al hombre, pero era tanto lo que sentía por Elizabeth. Por inadecuado que resultaba, su cuerpo no lograba adaptarse a la seriedad de la situación. Afortunadamente su mente aún conservaba cierta cordura.

Su voz sonó seca, torturada:

–Hiciste todo lo posible por ese hombre, Doc. –Le apartó con los dedos un mechón húmedo pegado a la cara.

–¡No me llames así! –protestó Elizabeth con debilidad, apartándose al sentirlo, pegándole en la mano cuando él volvió a tocarle la cara.

Malinterpretando su reacción, Cutter suspiró y la apartó con suavidad.

–Tenían razón cuando dudaban de mí –murmuró ella con tristeza–.

¡Todos tenían razón! Pero... pero... Lo intenté con tantas fuerzas... tantas, tantas fuerzas...

De pronto Cutter podía imaginarla, luchando incansable para lograr que la gente del pueblo la aceptara. A pesar de haberse quedado en el lugar de su padre no debió de ser fácil ganarse un respeto. Pero estaba claro que lo había ganado, porque él mismo había oído cómo la llamaban Doc sin reparos. No podía permitir que ahora ella empezara a dudar de sí misma.

No pudo evitarlo. Se dejó llevar por la necesidad de aliviar su dolor, así como por lo que le dictaban sus otros instintos. Sus labios rozaron sus pestañas saladas, aplastándolas suavemente contra los párpados húmedos, luego pasaron a la nariz, donde plantaron otro beso.

El llanto cesó por completo, aunque ninguno de los dos fue consciente, perdidos como estaban en la intensidad del momento; Elizabeth en sus dudas y su dolor, Cutter en su tormento físico.

A él se le hizo un nudo de emoción en la garganta.

–Shhh, ojitos brillantes. –Sus labios se movían sobre los de ella mientras hablaba–. No llores.

De pronto la boca de él cubrió la de ella de forma hambrienta, con una intensidad salvaje, aplastándola contra él, provocándole a Elizabeth unas ondas de sorpresa. Se sorprendió a sí misma de su reacción. Fue incapaz de rechazarlo, se abrió a él de buena gana. Él le sujetó los hombros y la fuerza de su lengua abriéndose paso con ternura entre los labios acalló los sollozos. Elizabeth dejó de respirar cuando una mano le subió por la nuca, sujetándola para que no se apartara de aquel beso que le rastreaba el alma. La otra mano se extendía sobre su espalda, obligándola a sentir toda la dureza del cuerpo de Cutter.

Incapaz de contenerse, Elizabeth gimió de forma gutural, no podía frenar el intenso placer... pero al mismo tiempo le avergonzaba poder experimentar una alegría tan desmesurada por un beso... ¡cuando había un hombre sin vida a sus pies!

Pero vaya si deseaba que ocurriera... más que nada en el mundo... deseaba el consuelo que Cutter le podía ofrecer. Por todos los cielos, ¿qué le ocurría?

Con un chillido atormentado, Elizabeth apartó de golpe a Cutter. Se horrorizaba de sus propios actos, sabía que si no lo detenía pronto acabaría rogándole que continuara.

—¿Cómo te atreves? —preguntó sin aliento. ¿Cómo se había atrevido ella?, esa fue la pregunta que resonó en su mente.

Los ojos de Cutter eran tan negros que Elizabeth sintió por un momento que caía de cabeza en su oscura profundidad. Sintió que perdía por completo su fuerza de voluntad.

Tan solo la contención de Cutter evitaba que ella perdiera toda la vergüenza.

Él arqueó una ceja y Elizabeth sintió un curioso escalofrío en la espalda.

—Tranquila, Doc —respondió él con voz grave. El cuerpo de Elizabeth temblaba allí por donde pasaba la mirada de Cutter—. Lo más difícil es contenerme. —Sus labios se arquearon con picardía.

Sorprendida por la confesión, Elizabeth tan solo pudo quedarse mirándolo. No podía creer su franqueza, aunque se alegraba secretamente por sus palabras.

—¡Te he dicho que no me llames así! —dijo, entrecerrando los ojos.

La mirada penetrante de Cutter la incomodaba, por lo que se refugió en mostrarse escandalizada antes de pedir clemencia. Tal como era Cutter, estaba segura de que no la iba a rechazar. Contuvo las lágrimas e intentó ponerse de pie, pero Cutter lo impidió poniéndole una mano en el hombro.

Cutter suspiró con un lamento, sabía perfectamente que el momento había terminado. Se dio cuenta de que Elizabeth sacaba fuerzas de su rabia, así que le dijo, arqueando una ceja despacio:

—Puede que tengas razón, Doc. Tal vez no valgas para esto. Quizás ese hombre habría estado mejor sin ti. ¿Qué opinas, Doc?

Elizabeth necesitó un momento para comprender aquellas palabras

insensibles, luego sus ojos se abrieron mucho, mostrando ofensa.

Le dio una bofetada.

–¡No! –Gritó–. ¡No opino como tú! ¡Hice todo lo que sabía hacer! ¡Todo!
¡Todo!

Cuando él asintió, Elizabeth se quedó en silencio de manera abrupta. Le temblaban los hombros, la cara estaba contraída por el dolor.

–¡Lo siento! –Los ojos se le inundaron de lágrimas y la voz se le ahogó–. Oh, Cutter –se quejó–. Lo hice todo, te lo juro. Lo hice. ¡Pero... no fue suficiente!

Cutter se frotó la mandíbula poco después, allí donde ella le había dado una bofetada. Elizabeth lo miró con tristeza, con labios temblorosos.

–He visto morir a tanta gente: hombres, mujeres, hermanos, bebés. No es la muerte en sí misma lo que me duele tanto... pero esta vez –Se golpeó suavemente el pecho y volvió a llorar, llamando la atención de Cutter otra vez hacia el ligero camisón–. Yo era lo único que se interponía entre la vida y la muerte... ¡y fallé miserablemente!

Con un murmullo apagado, Cutter la sujetó por los hombros y la movió con firmeza.

–Eso no es así, Lizbeth –dijo con seguridad–. ¡Eso es lo que quiero que entiendas! ¡Ese hombre ya tenía un pie en la tumba cuando se cayó del caballo! Intenté decírtelo, ¿lo recuerdas? Pero no quisiste escucharme. No podías hacer nada. –Suavizó la voz, deseaba que ella lo comprendiera–. Como diría el pueblo de mi madre: su sombra hacía mucho que lo había abandonado, ese hombre tan solo respiraba. Por dios santo, mujer, ¿no te das cuenta de lo orgulloso que estoy de ti?

Elizabeth lo miró a los ojos.

–¿Or... orgulloso? –preguntó dubitativa.

Cutter asintió, secándole los ojos.

–Orgulloso –repitió mientras asentía despacio pero firmemente. Luego, con un gemido atormentado, le acarició la mejilla con el dorso de la mano,

deleitándose con su suavidad.

Cutter sabía que no era el momento ni el lugar.

Pero pronto... muy pronto. No podía esperar mucho más. Le dolía el cuerpo, literalmente, de deseo por ella.

–Muy orgulloso –susurró una vez más, casi con reverencia. Luego, con un guiño, le tocó el labio inferior con su dedo cubierto de cicatrices, bajándolo ligeramente para dejar al descubierto la suave piel interior.

Elizabeth se estremeció.

Fue un momento largo en el que ninguno de los dos pudo apartar la mirada, ya que la atracción entre ellos era demasiado fuerte.

Luego, levantándose abruptamente con un suspiro, Cutter tiró de Elizabeth.

–Venga, Doc, démosle a este hombre una sepultura adecuada y sigamos río abajo.

No quería que ella siguiera pensando en lo ocurrido. Sabía que no empezaría a olvidar hasta que se alejaran de aquel lugar.

No tenían palas para enterrar al indio, así que Cutter decidió que lo sepultaran en la caverna. La entrada era lo suficientemente estrecha para poder cerrarla con piedras grandes y un poco de lodo. Sacaron sus pertenencias de la gruta y pusieron dentro al indio. Mientras Cutter sellaba la tumba, Elizabeth se puso rápidamente la falda húmeda y luego preparó a los caballos tal como había visto a Cutter hacer tantas veces.

Cuando Cutter terminó, era imposible saber que alguna vez había habido un agujero. Al ojo humano aquello no era más que un cúmulo de pedruscos.

Luego Cutter dijo unas palabras frente a la improvisada cripta y Elizabeth puso unas flores encima, sintiéndose en parte responsable por la muerte del indio, aún cuando sabía que era ridículo sentirse así. No creía que fuese a olvidarlo nunca. Era difícil dejarlo solo en su morada final. A pesar de que Elizabeth no sabía absolutamente nada de aquel pobre hombre, de alguna manera tenía un extraño vínculo con él... en su interior sabía que dicho

vínculo siempre estaría allí.

Siempre.

Apenada, sus ojos volaron hacia los acantilados que había en la distancia, al río que corría sin cesar, a la pradera floreada y moteada de árboles. Frente a ellos Missouri parecía eterno, inabarcable.

Era un sitio solitario, después de todo.

—Nadie sabrá nunca que está aquí —se lamentó Elizabeth con los ojos brillantes.

Con un golpecito en el borde del sombrero contra la pierna, Cutter revisó la superficie.

—No sé —se limitó a responder mientras se ponía de nuevo el sombrero—. Supongo que alguien lo sabrá.

Elizabeth siguió con la mirada el camino que habían hecho los ojos de Cutter, pero no encontró nada. Tragó sobre el nudo que tenía en la garganta, dio media vuelta y montó en su caballo.

Cutter hizo lo mismo después de dedicarle una última mirada al montículo.

No fueron muy lejos, tan solo donde ya no podían ver la tumba. A pesar de que Elizabeth pensaba que no iba a ser capaz de comer tras la desgracia, cuando acamparon y Cutter terminó de preparar la cena, estaba tan hambrienta que sabía que se comería todo un río de truchas.

Después de cenar, para su sorpresa, Cutter no apagó el fuego que había usado para cocinar, sino que añadió más leña y luego se sentó en un tronco medio podrido que había cerca. Elizabeth se mantuvo ocupada para no pensar en el indio. Extendió su tapete de dormir y también el de Cutter, preguntándose si sería capaz de dormir donde un hombre había muerto.

Por muy ocupado que pareciera, Cutter no había dejado de ver la sorpresa de Elizabeth cuando avivó el fuego, pero no comentó nada. La única explicación que le habría podido ofrecer era que con toda seguridad le iba a hacer el amor aquella noche y quería ver cada exquisito centímetro de ella

mientras lo hacía. A Cutter le dolía tremendamente el pie, pero había algo que le dolía mucho más. Se había cansado de ser un caballero, estaba cansado de no dormir por la noche porque ella estaba tan cerca que no lograba arrancarse de dentro su perfume, estaba cansado de sentir que se quemaba. Si se daba la ocasión, pensaba ser de todo menos caballero.

Iba contra su naturaleza.

Además, parecía que tenían unos cuantos ángeles de la guarda en el camino, dudaba que nadie pudiese acercarse sin que él se diera cuenta.

Vio a los tres indios en cuanto acabó la sepultura. Lo único de lo que no estaba seguro era por qué habían permanecido escondidos en lugar de venir a ayudar a enterrar a uno de los suyos. ¿Era quizás que no se fiaban de él?

Si eran tres y no se habían acercado probablemente era porque no iban armados. Ese fue otro motivo por el que decidió que se marcharan de la tumba de inmediato. Cutter estaba seguro de que querrían reclamar a su amigo o, al menos, ver cómo lo había sepultado. En cualquier caso, Cutter no quería interponerse en su camino.

No había por qué preocuparse de que aparecieran aquella noche en el campamento porque Cutter dejó a posta al caballo del indio muerto como señal de buena voluntad. Se alegraba de que Elizabeth no hubiese preguntado. Afortunadamente estaba tan distraída que ni siquiera se dio cuenta de que el caballo pastaba en la colina cuando se marcharon. Pero seguro que los indios sí lo habían visto.

Cutter miró cómo oscurecía y luego se escurrió para sentarse en el suelo y apoyar la espalda en el tronco. Había pasado al menos una hora desde que vio a los indios por última vez y, si no se equivocaba, seguirían frente a la tumba.

Algo que le venía perfecto.

Su mirada se dirigió de inmediato a Elizabeth. La tenía en sus manos, como una mariposa que cae en una tela de araña. Elizabeth se acercó, dejando ver buena parte de las piernas por lo que le había cortado a la falda. Sus robustos zapatos negros estaban manchados y Cutter se centró en ellos

mientras Elizabeth se sentaba con elegancia sobre el tronco, al lado de él. Pasando con suavidad los dedos sobre las arrugas profundas de la falda, parecía una muchachilla que intentaba impresionarlo con su autocontrol, cuando él sabía perfectamente que aún no había acabado de llorar. Elizabeth aguantaba estoicamente y él la admiraba por ello.

—Ha estado muy rico —dijo ella de manera casual, refiriéndose al pescado—. Mucho mejor que la carne seca o... —lo miró tímidamente—. ¿Qué era? ¿Víbora?

Cutter contuvo la risa ante su tono ascético.

—Serpiente —la corrigió, levantando la mirada—. Era serpiente.

Los ojos castaños de ella aún brillaban a pesar de la luz cada vez más débil. Cutter se levantó y se sentó junto a ella sobre el tronco, echándose hacia adelante para apoyar los antebrazos en las rodillas, extendiendo las piernas hasta que casi rozaban las de ella. Permaneció allí, mirando la tierra un buen rato, luego miró a Elizabeth a los ojos.

A ella se le aceleró el pulso cuando los ojos negros de él se encontraron con los suyos. Estaban tan cerca. Tan cerca que si ella movía la pierna una fracción hacia la derecha se tocarían. ¿Se atrevería? Pidió al cielo que le diera fuerzas. Estaban tan cerca que el calor del cuerpo de Cutter la quemaba. Como una fuente de combustible, sentía el embriagador calor colándosele dentro, alimentándola de una forma desconocida, inquietándola.

Tragando con dificultad, Elizabeth se quedó mirando las poderosas manos de Cutter, que ahora se encontraban entrelazadas delante de él. Cerró los ojos con la repentina e innegable necesidad de tocárselas. Estaban tan cerca que parecía imposible no hacerlo. Antes de que Elizabeth se negara a sí misma dicha necesidad, tocó las manos de Cutter.

La piel de él quemaba más de lo que Elizabeth esperaba, sus dedos recorrieron el antebrazo, despertando en Elizabeth relámpagos internos que se extendieron hasta las puntas de sus pechos. Se estremeció ante la textura de la piel de Cutter; tan masculina, tan cálida. Se contuvo ante el impulso de

acariciarle el vello del brazo.

Hechizada por lo que sentía, necesitó toda su fuerza de voluntad para salir del hondo placer que la envolvía. Intentó con todas sus fuerzas parecer casual. Pero su voz no sonó normal, ni siquiera para ella misma.

–Cutter, gracias por entenderme... ahora que tanto lo necesitaba. –Tragó impulsivamente, aclarándose la garganta–. Y... por tus amables palabras.

La mirada de Cutter se encontró brevemente con la de ella, suavizándose.

–Te aseguro que mi intención no era ser amable. Solo te dije la verdad, la pura verdad, Doc.“

–¿Pensabas que me habían regalado el título? –preguntó ella sin sentirse ofendida. Demasiada gente lo creía, no podía culpar ahora a Cutter por ello.

Él torció los labios con culpabilidad.

–Te mentiría si te dijera que no. Se me pasó la idea por la cabeza un par de veces. –Sus ojos volaron hasta la mano de ella sobre su brazo. A Elizabeth le temblaban los dedos. Luego miró su cara, como para advertirle algo.

Elizabeth suspiró.

–Pues no te equivocas del todo. No te creas que fui a una universidad cara. –Elizabeth lo miró a los ojos–. Pero fui una alumna muy aplicada con mi padre y él sí que fue a la universidad. Además devoré todos los libros que pude encontrar sobre medicina y hierbas.

Sus ojos bajaron hacia donde miraban los de Cutter; sus dedos. Aunque quería, no lograba apartarlos de su brazo, aún cuando sabía la impresión que le estaba dando. En el fondo sabía que estaba invitándolo... pero no lo podía evitar.

Cerró las pestañas ante aquella revelación y deseó poder tranquilizar su respiración. Al abrir los ojos de nuevo el calor que sentía se volvió violento. Era el calor inconfundible que le provocaban los ojos negros de Cutter.

¿Era posible? Se permitió albergar esperanzas. ¿Era posible que él también la deseara? De pronto se sintió mareada. Todas las cosas terribles que había oído sobre la falta de control de los hombres. Le parecía imposible

que Cutter no hubiese hecho más que besarla alguna vez después de pasar tanto tiempo juntos. Pero era verdad. Y aunque se decía que era lo correcto... que se alegraba de que así fuera... también le dolía.

Ahora su corazón bailaba ante una nueva posibilidad. Él la había mirado unas cuantas veces con deseo, pero le parecía inconcebible que fuera verdad, imposible que alguien pudiera desearla. Y sin embargo la prueba estaba allí, en sus ojos. Contenían un apetito lento, ardiente, inconsumible. Brillaban con una llama que encontraba respuesta en el interior de Elizabeth. Era absurdo, pero bastaba la mirada fuerte de Cutter para hacer que la recién nacida pasión de ella alcanzara la cúspide.

Sin poder evitarlo, sus dedos pasaron con descaro hasta la mano de Cutter y la giraron con suavidad para estudiarla, dejando a la vista las cicatrices. Una vez más, las miradas de los dos se encontraron y se mantuvieron unidas, ninguno escapaba a la fuerza que los unía. Cutter no dijo nada.

Elizabeth no esperaba que dijera nada. Él no era ese tipo de hombre que te cuenta las cosas fácilmente. Pero ella sentía que el momento era el adecuado y necesitaba saber:

–¿Cómo...?

Las sombras se hicieron más profundas en los ojos de Cutter, haciéndolos parecer fantasmagóricos, como si fuera posible perderse en su profundidad para siempre sin volver a encontrar nunca más la luz... como si hubieran visto lo que ningún hombre habría debido ver jamás.

–Déjalo, Doc. Es mejor que no lo sepas.

Elizabeth no apartó la mirada. A pesar de la expresión cerrada de Cutter, ella notaba su vulnerabilidad.

–Quiero saberlo –insistió con suavidad pero con firmeza.

Cutter suspiró y meneó la cabeza como negándose la liberación que ella le ofrecía. Su voz sonó ronca.

–No vale la pena sacarlo a la luz, Liz... ya ha pasado mucho tiempo.

Actuando por impulso y por el deseo de devolverle el consuelo que él le

había ofrecido antes, Elizabeth levantó la mano de Cutter para llevársela a los labios, apretándola con cariño. Sin poder evitarlo, empezó a besar cada cicatriz, cada yema de los dedos, deteniéndose como si con cada beso pudiera sanarlo.

Él la miraba con los ojos entrecerrados, los párpados cada vez más pesados, con el interior revolviéndose.

–Lizbeth –dijo con pesadez–. Creo que no sabes lo que estás haciendo.

Elizabeth eligió aquel momento para mirarlo a los ojos. Lo Cutter encontró en ella hizo que se le acelerara el pulso.

Vaya con la mosquita muerta, ¡estaba intentando seducirlo!

Cutter no entendía por qué sentía la necesidad de alertarla, pero lo hizo. Tenía la impresión de que ella se movía por instinto. Tantos días viajando con un hombre la habían vuelto vulnerable, no era así como quería tenerla.

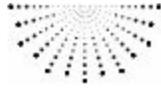
Ella le besó otro dedo, cerrando los ojos por la intensidad de lo que sentía.

–Lizbeth –gimió él y ya no pudo decir nada más–. ¡Al demonio las buenas intenciones!

Con un gemido torturado, la levantó y la colocó entre sus piernas. A Elizabeth le temblaban las piernas, así que no pudo evitar quedarse de rodillas, conteniendo el aire por la sorpresa. Con un sonido de satisfacción, Cutter la envolvió entre sus brazos y la pegó a su cuerpo. Le acarició el cuello con una mano y, con el pulgar, le levantó la cara por la barbilla.

Elizabeth no protestó. Sabía que él iba a besarla... estaba deseándolo... lo deseaba con todas sus fuerzas. La mirada de Cutter se hizo más pesada al acercarse a ella, como si pudiera meterla dentro de él. Luego, muy despacio, la boca de Cutter se lanzó sobre la de ella. Cálida, dura, decidida. Elizabeth sintió que había muerto y llegado al cielo.

CAPÍTULO DIECISÉIS



La besó profundamente, febrilmente, como si se estuviera perdiendo con cada segundo que pasaba, y Elizabeth se encontró aferrándose, arqueándose hacia él desesperadamente, su cuerpo buscándolo instintivamente.

Era tan agradable. Tanto ... el anhelo era tan profundo. El calor comenzó una espiral lenta en lo más profundo de ella, trepando por sus miembros, haciéndolos lánguidos por el deseo. Más que nada, ella quería entregarse a Cutter. Realmente no importaba lo que pudiera ocurrir más tarde. Nada importaba. Solo esto, el momento. Y ella tenía la intención de aprovecharlo. Había tenido tan pocos en su vida ... muy pocos ... esto era algo que no podía negarse a sí misma. Quería, pero no podía.

Tan concentrada estaba en la interacción de sus bocas que ni siquiera notó que Cutter le deshacía la trenza. Pero, de repente, se dio cuenta de que él pasaba la mano por su pelo, separando los largos hilos engrosados por la lluvia con gran cuidado, como si fuera seda valiosa, recién lavada, y no un pelo húmedo y descuidado. Entregándose, Cutter absorbió, y su nariz llameó con el aroma de Elizabeth. La mirada de intenso placer en el rostro de Cutter provocó una cálida aceleración en Elizabeth.

Los labios de Cutter le quemaban la oreja:

–Mucho tiempo –siseó–. Hace tanto tiempo que quería hacer esto.

Cutter le besó el lóbulo de la oreja, mordisqueándolo suavemente, mientras le pasaba los dedos por el pelo. Ladeando la cabeza de Elizabeth, le rozó un lado de la cara, suspirando en su cabello. La ternura de su toque casi era insoportable.

–Lizbeth –susurró–. ¿Por qué no te dejas el pelo suelto?... Déjalo libre.

Ella se soltó el pelo. Aquella sensación casi la sobrepasaba. A veces... A veces lo único que deseaba era despedirse de una patada de los pesados zapatos que usaba y correr descalza por el campo... reír... ¿Cuánto tiempo hacía que no reía? ¿Desde cuándo no había reído de verdad? Sin darse cuenta, Elizabeth asintió. Su cuerpo se entregó a los brazos de Cutter. Deseaba darle a Cutter lo que él deseara en ese momento.

Cualquier cosa.

Cutter le extendió el pelo por los hombros con reverencia. Sin voluntad propia, Elizabeth se aferró a él con despreocupación, su cabeza inclinada de forma seductora, sus ojos cerrados con deleite.

–Si me dejas –comenzó Cutter con voz ronca, susurrando promesas, sus labios adornándole el rostro–, puedo mostrarte lo fácil que es liberar a tu lobo... lo maravilloso que puede ser todo entre nosotros.

Los nudillos de Cutter se deslizaron sobre los pezones de Elizabeth, que brotaron instantáneamente mientras ante las caricias.

–¿Lo notas? –susurró él mientras Elizabeth gemía.

Le acarició la punta del pecho con el dorso de la mano. Deteniéndose de repente, pellizcó suavemente el pezón, haciéndolo girar entre sus ásperos dedos.

El más dulce de los dolores se dibujó en el corazón de Elizabeth. Perdida en la dicha sensual, asintió, su voz había huido por completo. Aunque tenía los ojos abiertos, no podía ver nada a través de la dulce bruma del placer.

–Tan solo dilo –susurró Cutter, con un despiadado brillo en los ojos.

Elizabeth no sabía qué decir. Cómo decirlo. Una parte de ella todavía creía que acceder era ir en contra de toda la decencia que le habían enseñado.

Y aunque lo deseaba, no podía pasar por alto esa línea. Se arqueó de nuevo, suplicando sin palabras, y Cutter lo entendió. Con un gruñido, Cutter bajó la boca hasta el pecho que ella le ofrecía, mordisqueándolo febrilmente, mordisqueándolo a través del camión de algodón. Cutter se apartó lo suficiente para palpar por encima del camión.

Bebiendo de él, los ojos de Elizabeth no se despegaban de los de Cutter, mientras con la mano libre él le desabrochaba los botones. Uno a uno, rápido, con habilidad. Con la respiración entrecortada, Elizabeth dejó que Cutter la sostuviera con una mano firme detrás de la espalda. Luego, una vez más, la sensación de su falda de algodón deslizándose la hizo temblar. Con sus dedos ásperos, Cutter le abrió la blusa. Luego le levantó el camión, dejando expuestos sus pechos al aire fresco. Bajó la cabeza para mordisquear un pezón con avidez, mientras acariciaba el otro. La tosca textura de los dedos de Cutter contra la suave piel de Elizabeth le provocó un temblor de placer.

Elizabeth fue incapaz de contener un gemido de alegría. Le acarició el cuello a Cutter. Nada en toda su vida la habría podido preparar para las sensaciones que le recorrían el cuerpo en aquel momento. Mientras él la chupeteaba, un hilo ardiente unió el pecho de Elizabeth con su lugar más secreto, entonces ella deseó con locura que Cutter la tocara... justo allí.

Que la tocara otra vez.

Elizabeth gritó de repente. Se escandalizó de sí misma un instante, pero con la misma rapidez, el deseo se apoderó de ella, eliminando todo pensamiento coherente de su mente. Elizabeth enroscó los dedos en el pelo de Cutter.

–Cutter –susurró–. Ay, Cutter...

El murmullo con el que Cutter respondió le quemó las carnes.

–Ven aquí, Lizbeth. No te controles –le dijo con un susurro salvaje.

Sin dejar de deleitarse, Cutter la miró a través de sus espesas pestañas oscuras, observando su expresión intensamente, mientras sus ojos oscuros ardían.

Elizabeth era incapaz de hablar. Negó con la cabeza, no se iba a controlar, y para que Cutter la entendiera, aferró su cabeza posándola contra su corazón. Sus manos se enredaron más en el pelo de Cutter, tirando suavemente y con desesperación.

Cutter no necesitó más señales. Sin decir una palabra, la levantó, llevándola a su tapete. La colocó con reverencia, arrodillándose sobre ella, con una sonrisa en los labios por verla. Elizabeth mantuvo los ojos cerrados, como si no pudiera soportar ver lo que estaba a punto de hacer. Cutter la besó en los labios para tranquilizarla, disfrutando su sabor seductor.

–Lizbeth –le susurró con voz ronca, el aliento caliente contra su boca–. Abre tus preciosos bellos ojos para mí.

Ella lo hizo, robándole la respiración. Luego, la respiración de Cutter se aceleró, sonaba como si hubiera corrido un kilómetro.

–Dime que no ahora ... –La besó suavemente, esperando como si ella estuviera demasiado lejos para escuchar o comprender lo que le pedía–. Si tienes dudas... será demasiado tarde cuando ya...

Elizabeth le rozó la cara con sus dedos suaves y aterciopelados, entonces Cutter gimió, pasó una mano por debajo del trasero de Elizabeth y la levantó para pegarla contra su dureza. –Demasiado tarde –murmuró Cutter sin remordimiento. Con la otra mano le cubrió un pecho, mientras enterraba la cara en su suave cuello–. Demasiado tarde –susurró.

Los dedos de Cutter saltaron sobre el cuerpo de Elizabeth con adoración, luego se deslizaron a lo largo de su pierna, su muslo, levantando la falda, quemándole la piel por donde la tocaba. Como un hombre poseído, se deslizó hacia abajo para besar la longitud interna de sus muslos, provocando deliciosos escalofríos que le recorrían el cuerpo. Mientras la besaba y acariciaba allí, sus manos desataban los cordones de su falda. Al acabar, Cutter se movió de nuevo para mordisquear los labios de Elizabeth mientras tiraba hacia abajo de su falda. Casi con ansiedad, Elizabeth lo ayudó, levantándose por voluntad propia.

Luego vino la blusa, el camisón... todo desapareció, fue arrojado sin que Elizabeth pudiera pensar en protestar. Cutter no paraba de besarle los labios con tanta pericia, tan perversamente, penetrándola con la lengua, luego sacándola. Era una sensación tan embriagadora que Elizabeth ni siquiera se dio cuenta de su desnudez hasta que el aire fresco de la noche besó su piel ardiente.

Hipnotizada, miró a Cutter mientras este se enderezaba momentáneamente para desabotonarse la camisa. Se la quitó y la arrojó a un lado. Con el torso desnudo, se arrodilló sobre Elizabeth, examinando cada centímetro de ella con los ojos como lo había anhelado durante tanto tiempo, sin tocarla, con mirada lujuriosa, haciendo que aumentara su deseo.

Nadie la había mirado así jamás. Con tanto ardor como si fuera hermosa. Nunca. Y a pesar de la vergüenza, Elizabeth se regocijó.

Había oscurecido. La luz del fuego proyectaba un tinte rosado sobre la piel de Elizabeth, sobre sus pechos, incluso las areolas eran más oscuras. Recordando el dulce sabor de esos pechos, Cutter imaginó a sus hijos amamantándose allí, y sintió el ardiente deseo de unirse a Elizabeth. Impaciente por estar dentro de ella, llevó las manos a la hebilla del cinturón, desabrochándola con destreza. Se quitó el cinturón y la funda de la pistola, la colocó suavemente a un lado, mientras Elizabeth miraba con los ojos muy abiertos.

El sonido áspero de sus botones al estallar le produjo un escalofrío momentáneo de alarma que ella lo ahuyentó de inmediato. Se dijo a sí misma que deseaba esto. Lo deseaba tanto. Era tan maravillosa la sensación. Mejor que nada que hubiese conocido antes. A pesar de ello, un nudo de miedo se le formó en la garganta, amenazando con estrangularla.

Cutter se quitó las botas tan rápido como pudo, luego los vaqueros. Se sintió súbitamente libre. El aire de la noche se deslizaba sobre su piel empapada en sudor, aumentando su placer. Así era como debía vivir el hombre, pensó: libre.

Las manos de Cutter se posaron sobre las rodillas de Elizabeth, abriéndole las piernas. Ella tragó con dificultad, resistiéndose instintivamente.

–¡Yo... no puedo!

–No te contengas –susurró Cutter–. Lo deseas tanto como yo.

Elizabeth negó con la cabeza.

Los ojos de Cutter la devoraron. Su mano se deslizó entre sus piernas. Cutter sonrió de repente.

–¡Vaya si lo deseas! –siseó.

Elizabeth perdió el miedo, recordaba tan solo el placer que sintió cuando Cutter la tocó por primera vez.

Él se colocó entre sus muslos, cubriéndola de repente, con el alma ardiente. La carne firme de Cutter entró con descaro en el lugar privado de Elizabeth. Cutter le agarró la cara con sus grandes manos, la besó en los labios apasionadamente. Besos breves. Luego, con un gemido torturado, llenó su boca con el calor de su lengua.

Cutter casi explotó en el acto cuando ella instintivamente levantó las rodillas, inclinándose para ofrecerle un acceso perfecto.

–Eres tan dulce –gimió Cutter–. Esto es tan maravilloso.

En respuesta a esas palabras, Elizabeth balanceó las caderas aún más.

–Muy bien –susurró Cutter, temblando un poco. Era un susurro atormentado. El sudor le perlaba la frente–. Ábrete para mí, ojitos brillantes.

Estaba preparado frente a la barrera, con los brazos tensos por el esfuerzo de contenerse. No quería hacerle daño. La espera lo torturaba. Tenía que controlarse... tenía que hacer que la experiencia fuera buena... para ella.

Nuevamente, Elizabeth se inclinó, gimiendo con el éxtasis de la esperada penetración.

–Por favor, Cutter –Elizabeth respiró–. Por favor...

Cutter no se movió, tan solo se estremeció con fuerza por encima de ella.

Sin previo aviso, Elizabeth levantó las caderas con fuerza, instándolo a

entrar, llenándose con su calor. El dolor era mínimo, era demasiado grande el placer para llamarlo dolor.

Con un gemido involuntario, Cutter comenzó a moverse. Entrando y saliendo de ella, llenándola y luego retirándose. Llorando, Elizabeth se quedó quieta. Le arañó la espalda a Cutter, suplicando en silencio la liberación que sabía que él podía darle. Instintivamente, sus manos se deslizaron hasta sus nalgas.

Siguiendo el ejemplo de Cutter, Elizabeth movió la cadera al mismo tiempo, gimiendo con el ritmo exquisito que se había creado, siguiéndolo desesperadamente. De pronto, sin previo aviso, el cuerpo de Elizabeth se convulsionó, fragmentándose en algún lugar profundo. Tal como ocurrió la primera vez, solo que con mucha más fuerza. Mucha más. Elizabeth gritó, besando el hombro de Cutter una y otra vez, agradecida como nunca lo había estado.

Sintiendo que el cuerpo de Elizabeth se contraía sobre él, y al escuchar sus suaves gritos de liberación, Cutter se dejó llevar. Con un grito primitivo, la penetró con una ferocidad que habría sorprendido a Elizabeth si no hubiera estado entregada a la situación. Con un último gruñido, se derrumbó sobre ella con la satisfacción más profunda que jamás había experimentado.

La besó en la sien con un beso largo y pausado. Luego rodó hacia un lado para no aplastarla con su peso. Tiró de Elizabeth para abrazarla con fuerza. Cutter no dijo nada durante un buen rato, tan solo le acarició la cadera y el muslo distraídamente. Parecía inadecuado empañar lo que acababan de compartir con palabras profanas.

El cuerpo de Cutter brillaba con sudor bien ganado, ignoró todos los sonidos, centrándose tan solo en el implacable golpeteo de su pecho. Fue solo cuando Elizabeth le tomó la mano y se la llevó a la cara para sostenerla contra su mejilla, cuando Cutter se sintió obligado a hablar.

Sentía la sangre latir en las sienes. Tragó la sequedad salada que tenía en la garganta.

–Me lo hice marcando ganado –dijo Cutter con torpeza, tragando de nuevo–. Tenía quince años... y era demasiado estúpido. Me dijeron que no era un hombre si no sujetaba el hierro ardiente con las manos.

Escuchando en silencio, Elizabeth aplastó le acarició la mejilla.

Por un momento, Cutter pudo ver de nuevo la sonrisa malvada de los hombres que se burlaban de él. Ante sus ojos, él no era sino un niño inútil y mestizo que solo les servía de distracción contra el aburrimiento. Joder, era tan inexperto. Estaba tan desesperado por demostrar su valía que no vio el desprecio en sus ojos. Sin embargo, aprendió el juego rápido.

Abrazando a Elizabeth con fuerza, Cutter se permitió sentir de nuevo la varilla de metal clavándose en la mano, quemándole los dedos. Volvió a oler el hedor de su propia carne quemada. Luego, con un estremecimiento feroz, devolvió el recuerdo al cementerio de su mente... donde permanecer.

–Bueno, ahora ya lo sabes –dijo con naturalidad, sin emoción alguna–. Me debes una. –Cutter apartó suavemente el pelo de la cara de Elizabeth, besándola en la sien–. Cuéntame lo de Greensleeves –susurró, apretándola suavemente para alentarla.

–¿Greensleeves?”

Durante un momento confuso, Elizabeth no pudo entender de qué hablaba Cutter. Luego lo entendió y sintió que se le estremecía el corazón. ¿Cómo lo había sabido? Daba igual, no estaba lista para desnudarse ante nadie. Se había mantenido al margen tanto tiempo, apartada de todo, salvo de su trabajo. A pesar del momento tan mágico que acababan de compartir, no podía abrirse para que Cutter la examinara. No sabía si alguna vez podría hacerlo. Sus ojos se empañaron. Le ardía la garganta.

–E.. era la canción favorita de mi madre –dijo con dificultad, poniéndose rígida en los brazos de Cutter–. Ella me la cantaba cuando pequeña. Nada más.

Eso no era todo, y Cutter lo sabía, pero no la presionó. La ciñó contra su cuerpo para tranquilizarla y luego le besó la cabeza con un suspiro. Al

escuchar un sofoco sofocado, Cutter preguntó:

–No irás a arrepentirte ahora, ¿no?

Elizabeth negó con la cabeza, maldiciéndose por ser tan idiota. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué tenía las emociones tan a flor de piel últimamente? Siempre se había enorgullecido de ser tan firme, tan fuerte. ¿Qué le pasaba desde que conoció a Cutter?

–Bien –susurró él, volviéndola hacia él de repente y plantando un beso en su pecho—. Porque aún no he acabado contigo. Colocándose sobre ella una vez más, la lamió suavemente. Con un gemido, Elizabeth se arqueó hacia él, asombrada de que él pudiera tan rápidamente devolverle a su cuerpo la vida. Se asombró de que pudiera recuperarse tan rápido, cuando ella aún estaba molida hasta los huesos.

Casi con reverencia, él la recorrió con sus ásperas manos, dibujando escalofríos a su paso por la espalda. Luego los dedos subieron por sus brazos. Cutter aplastó las manos de Elizabeth contra la manta para luego acariciarle el interior de las palmas con su pulgar marcado.

El último pensamiento coherente que tuvo Elizabeth fue que Cutter McKenzie era muy, muy bueno ahuyentando demonios. Mientras tanto, irónicamente, Cutter se preguntaba si en realidad quería ahuyentar los fantasmas de ella... o los de él.

Cutter no estaba seguro de qué lo había despertado. Normalmente tenía el sueño muy ligero y se despertaba bastante alerta, pero no fue así esta vez. Su mente aún estaba embotada por el agotamiento y el sueño. Sus oídos se esforzaron por captar sonidos, pero nada era discernible de inmediato.

Aún así, su instinto le dijo que había alguien allí.

Podía oler al intruso en el aire limpio de la lluvia. A pesar de que sintió la presencia y sabía que alguien estaba allí, cuando sus ojos se adaptaron finalmente a la oscuridad, se sobresaltó al distinguir la cara inexpresiva que se cernía sobre sus formas y las de Elizabeth.

La luz de la luna era como de plata. Cutter se quedó quieto.

Supo de inmediato que era uno de los tres indios que había divisado a lo largo del acantilado. Sus ojos había recorrido la zona. Vio a los dos indios a caballo. Se habían mantenido a distancia, junto al caballo del indio muerto.

Aunque la adrenalina de Cutter aumentó, resistió el impulso de ponerse de pie. Se maldijo a sí mismo por su imprudencia. Demonios, había olvidado que los indios estaban allí y ahora tenían ventaja.

Y ellos lo sabían.

Su arma no estaba a más de un metro detrás de su cabeza, pero si intentaba cogerla, tendría la cuchillo del indio atravesándole la tráquea de inmediato. Muy despacio, Cutter retiró su mano de debajo de la espalda de Elizabeth, intentando no despertarla.

–Tu mujer te hace descuidado –dijo el indio con naturalidad, en su gruesa lengua cheyenne, amenazando a Cutter con un gesto del su cuchillo.

–Pero ella tiene fuego en su espíritu y en sus manos –respondió Cutter con la misma frialdad–. Cualquier hombre moriría mil veces por ello.

Cutter no apartó la mirada del indio. Lo miró a la cara, dejando sus pensamientos abiertos para que el indio los viera.

El indio asintió sabiamente, envainando su cuchillo.

–Tuve a una mujer con fuego también, pero la Ooetane la mató.

Elizabeth se despezó y el indio apuntó con su barbilla hacia ella.

–Ella conoce los caminos de nuestra gente –dijo, pero fue más una pregunta asombrada que una declaración.

De la manera más inoportuna, antes de que Cutter respondiera, Elizabeth abrió los ojos. Al ver al extraño indio sobre ellos, sofocó un grito aterrorizado, pero el miedo se le leía en la mirada. El indio hizo una mueca.

Elizabeth no entendía de qué hablaban Cutter y el indio. Tan solo sabía que el indio parecía furioso. De pronto Cutter se volvió hacia ella con mirada acusadora.

–¿Dejaste ramas de salvia sobre la tumba?

–¿Co... cómo? –tartamudeó.

Instintivamente, Elizabeth recogió la manta para ocultar su desnudez. Cutter en cambio permaneció frente al indio tan desnudo como el día en que nació. Elizabeth dudaba de que el indio fuera a perdonarlos. Pero Cutter parecía tan tranquilo, era increíble que pudiera permanecer tan sereno cuando ella misma estaba reprimiendo un grito desesperado. Sujetando su extremo de la manta contra el pecho para protegerse, se acercó a la espalda de Cutter, refugiándose allí.

–Él pregunta por la salvia –repitió Cutter con sequedad, sin volverse para mirarla–. ¿Pusiste salvia?

Elizabeth imaginó mil torturas, todas las historias horribles que había escuchado sobre los indios. Si en su momento le parecieron ridículas, ahora le parecían terribles. Que cortaban lenguas, arrancaban cueros cabelludos, que secuestraban a mujeres y niños, ¡que les robaban el alma!

–¡Ten piedad, no lo hice a propósito, Cutter! –Elizabeth le clavó los dedos en los hombros desnudos mientras el indio la miraba con escepticismo–. ¡Lo juro! ¡No era mi intención hacer daño! –declaró con pánico ante el indio–. ¡Recogí un ramo de flores y ramas sin pensar! –El indio no suavizó su expresión–. ¡No... no lo sabía! –insistió Elizabeth.

Cutter suspiró con impaciencia y meneó la cabeza.

–Lizabeth...

–¿Qué?

–Cállate.

La orden no fue menos convincente por la suave forma en que se emitió, pero tampoco fue cruel. Cutter sonrió de medio lado al dirigirse al indio para hablarle en su idioma.

El indio asintió una vez y respondió enérgicamente, luego sonrió ampliamente cuando Cutter agregó algo más. De repente el indio estalló en carcajadas y se movió para marcharse.

–¿Qué le has dicho? –exigió Elizabeth de inmediato.

–Nada, da igual –respondió Cutter con sinceridad, dando el tema por

zanjado.

Asegurándose de estar bien cubierta, Elizabeth se giró de nuevo para ver cómo bromeaba el indio con los demás. De inmediato, los tres se echaron a reír y miraron a Elizabeth, asintiendo con la cabeza.

Cutter sonrió, compartiendo un extraño momento con el pueblo de su madre, no eran de la misma tribu, pero no importaba. La conexión de todas formas existía. Cutter observó la fácil camaradería que había entre los indios con una mezcla de envidia y orgullo; sintió el dolor no expresado que tenían por su amigo. Ninguno miró hacia donde yacía el indio muerto, pero Cutter sabía que eran más que conscientes de dónde se encontraba. Hablaban bajo, como por deferencia a su sueño eterno. Incluso sus risas contenía una nota de tristeza.

Cuando los indios se alejaron, Elizabeth vio la rudimentaria cuna que llevaban enganchada al caballo sin jinete. Una forma oscura yacía inmóvil, envuelta en harapos. A Elizabeth se le heló el corazón. Apretó la manta con más fuerza contra su pecho. Era el indio muerto, lo supo sin que se lo dijeran.

Habían venido a buscarlo.

—Les hiciste un honor —dijo Cutter—. La salvia purifica. Al ponerla sobre la tumba, has mantenido a raya a los espíritus malvados. Ahora podrán prepararlo para su viaje a *Seano*. —Cutter la miró brevemente, luego miró a los indios—. Se separaron durante la tormenta. —La nuez en el cuello de Cutter se balanceó, luego sus ojos brillaron de forma extraña mientras se encontraban una vez más con los ojos de Elizabeth—. Saben que intentaste salvarlo, a pesar de que no tenías por qué hacerlo.

Elizabeth no sabía qué decir. Notaba el sentimiento que embargaba a Cutter. Aunque sentía que debía apartar la mirada, no lo hizo.

—¿Seano? —preguntó con voz ronca, su voz sonaba extraña.

—El lugar de los muertos —respondió Cutter en voz baja—. Los que mueren siguen la Vereda Colgante hasta el Heammawihio.

Sin intentar pronunciar esa palabra, Elizabeth asintió. Temblorosa, vio

como Cutter echaba la cabeza hacia atrás para escudriñar el cielo. Parecía un lobo solitario que aullara a la luna. Elizabeth no pudo evitar levantar la mirada. La luna era tan grande aquella noche, aunque parecía solitaria, como Cutter.

Cutter era más grande que la vida misma y sin embargo, a pesar de su exasperante indiferencia, había una soledad inherente en él que le partía el corazón.

–¿La Vereda Colgante? –preguntó Elizabeth en un susurro.

–La Vía Láctea –aclaró Cutter mirándola de reojo.

Elizabeth frunció el ceño y asintió.

–Ah. –En silencio, vieron al trío dirigirse al risco, sus caballos se abrían paso hábilmente en la oscuridad–. ¿Adónde lo llevan ahora?

–A casa –respondió Cutter sin más–. Lo llevan a casa.

Una parte de él lamentaba saber que conocería nunca ese lugar. Nunca lo conocería.

–¿Te han dicho cómo se hirió? –Elizabeth se aventuró a preguntar.

–No. –Los ojos de Cutter no se movían, a pesar de que el trío ya no era visible en la negrura–. No lo he preguntado.

– Bueno, ¿qué te han contado?

Elizabeth recordaba las palabras extrañas, la duración de la conversación. Se moría de la curiosidad. Cuando Cutter se volvió hacia ella, las sombras desaparecieron de sus ojos. Él sonrió lentamente, sus dientes brillaban en la noche.

–Querían saber por qué hablabas con tanta brusquedad. ¿Los odias por el color de su piel?

–¡Por supuesto que no! –Elizabeth se atragantó por la sorpresa–. ¿Qué... qué les dijiste?

Cutter se rió entre dientes.

–Les dije que no, que no los odias. –El brillo de sus ojos lo delató.

–Eso no es todo –lo acusó, golpeándole la cabeza con ira–. ¿Qué más has

dicho, Sr. McKenzie?

–¡Pero mujer, qué mano más pesada! –Cutter extendió las manos para apartarla–. Les dije que siempre hablas así –se apresuró a decir–. Y que haces el amor como una loba de ojos amarillos... que si no me creían podían mirar mi espalda, ¡es como si me hubiera arañado el diablo!

Jadeando de indignación, Elizabeth golpeó a Cutter de nuevo, esta vez un poco más fuerte. Él atrapó su muñeca sin esfuerzo.

–¡No les has dicho eso! –protestó Elizabeth sin aliento, con el rostro ardiendo. Una sonrisa reacia tembló en sus labios.

Los hombros de Cutter comenzaron a temblar, y luego soltó una carcajada.

–¡No habrás sido capaz! –gritó Elizabeth–. ¡Dime que no lo hiciste!

Cutter cayó sobre el petate sin parar de reír y luego miró a Elizabeth.

–Pues sí fui capaz –dijo Cutter, le costaba hablar sin soltar risitas.

Elizabeth le habría dado otro golpe a Cutter si una voz no la hubiera sobresaltado. Desde algún punto en el acantilado, la voz incorpórea de un indio resonó claramente en la noche.

–¡Néá'ěše! –pronunció con pasión.

Elizabeth la sintió casi como eco espeluznante. Sintió escalofrío a pesar de no tener ni idea de lo que decían. Al final de la palabra, los tres indios empezaron a gritar. Elizabeth los buscó frenéticamente sobre el acantilado, pero no pudo ver nada, tan solo adivinó sus acciones.

Parecían agitados.

La risa de Cutter se detuvo abruptamente. Él también se estremeció cuando los sonidos se desvanecieron en la noche, aunque no por miedo. Extendió la mano y tiró de Elizabeth para estrecharla apasionadamente entre sus brazos. Nunca se había sentido más conectado con alguien en su vida.

–¿Qué han dicho? –preguntó Elizabeth ansiosa. Sus labios estaban tan cerca de los de Cutter que compartían el mismo aliento.

Durante un buen rato, Cutter no pudo responder. Tan solo podía

permanecer tumbado, sintiendo el corazón de Elizabeth, que latía contra su propio corazón. Su pecho estaba a punto de estallar de orgullo. Respiró hondo y la acarició con suavidad, luego la miró a la cara. Elizabeth estaba expectante.

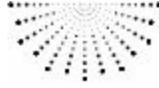
–El indio te dio gracias.

–¿Y? –insistió Elizabeth, sabiendo que aquellas palabras no podrían haber sido una simple frase.

Cutter sonrió, abrazándola con fuerza, anticipando su indignada reacción.

–Pues... también dijo... Lobo negro, que ya no está entre nosotros, era mi hermano, pero... –Cutter sintió cómo se le erizaba la piel–. Aquella que ha sido capaz de arañarte así la espalda, siempre será mi amiga.

CAPÍTULO DIECISIETE



Durante muchas horas, Elizabeth no pudo borrar el sonido de la voz del indio de sus pensamientos. Tampoco podía olvidar la ternura en los ojos de Cutter, que la había amado otra vez. La sensación de sus cálidas manos moviéndose posesivamente sobre su cuerpo.

Nunca se había sentido tan viva.

En las primeras horas de la mañana, sabiendo que el sueño era imposible con el sol que empezaba a asomar en el horizonte, se vistieron. Elizabeth se cambió la blusa por una que Cutter le dio. Era una blusa blanca con botones en la parte delantera y encaje espumoso en las mangas y el cuello. Elizabeth la reconoció de inmediato: era de Jo. Pero, a pesar de la mirada de desaprobación de Cutter, nuevamente se puso su vieja y falda con el bajo hecho jirones. Aún no tenía valor para usar los pantalones que había comprado, aunque pronto no tendría muchas más opciones. ¡Su falda estaba literalmente hecha pedazos!

Recogieron todo rápido, porque habían desempaquetado muy poco. Finalmente Elizabeth montó en su caballo con la ayuda de Cutter. Pero cuando Cutter giró para montar, el sonido de unos jinetes acercándose le impidió balancear su pierna sobre la grupa de su Palouse. Deslizándose una vez más, se volvió para ver quién era.

Dos hombres vestidos con el uniforme azul de la Unión. El hombre que

lideraba, llevaba una barba tupida y el uniforme asqueroso. Su pelo, largo hasta los hombros, era salvaje y descuidado. Habría resultado atractivo, con sus rasgos bien cincelados, si no hubiera sido por la frialdad de sus ojos grises. Helados, inmóviles, carecían de emoción alguna, salvo el destello de malicia que el hombre no se molestaba en ocultar.

–McKenzie –dijo el hombre a modo de saludo. La sorpresa era evidente en su tono.

Era imposible adivinar si a Cutter le sorprendía aquella aparición inesperada. Asintió, lanzando hacia Elizabeth una mirada rápida que la instaba sin palabras a guardar silencio. Como si no hubiera escuchado al hombre hablar, Cutter le dio la espalda y montó. Una vez sentado en su silla de montar, se volvió hacia los hombres otra vez, inclinando el sombrero.

–Sulzberger –respondió Cutter con mordacidad. Este asintió, mirando a su compañero–.¿A quién habéis venido a matar en este punto del Este, muchachos? La guerra ha terminado, ¿no lo sabéis?

Magnus Sulzberger escupió saliva amarillenta de tabaco en el suelo.

–Siempre has sido un listillo, McKenzie... pero tienes toda la razón... la guerra ha terminado.

El hombre enfatizó la palabra “listillo” mientras ampliaba su sonrisa, apretando el bulto de tabaco entre los labios. Luego sus ojos se estrecharon nuevamente, brillando con abierta hostilidad.

–Pero aún hay una guerra abierta. Supongo que no te has enterado de lo del Puente Platte.

–No –afirmó Cutter–. Ni me importa.

Magnus hizo como si Cutter no hubiera hablado.

Tres mil o cuatro mil de los bastardos esos de piel roja asaltaron un destacamento de caballería e hicieron desaparecer un tren de suministros militares.

Cutter se encogió de hombros despectivamente.

–No es asunto mío.

–Verás, McKenzie... por lo que me han contado... nunca te ha importado. En cualquier caso no olvides que quien se va de la lengua se pone del lado de los salvajes y pierde la protección del gobierno. Yo en tu lugar cuidaría muy bien mis compañías. –El hombre arqueó ambas cejas bruscamente. Su barba se abrió para dejar paso a una sonrisa demoníaca que se extendió por sus labios casi inexistentes.

Cutter también sonrió, aunque sin ninguna benevolencia en su expresión. Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en unas rendijas oscuras y depredadoras.

–Tú en mi lugar –dijo con sequedad, en un tono bajo pero claro–. Los dos sabemos que no estás en mi lugar.

Para Cutter, cualquier hombre capaz de matar a sangre fría a un niño con una bayoneta, pinchándolo como si fuera una trucha, era un cobarde de la peor clase. Magnus había hecho eso y cosas peores en Sand Creek. Mucho peores. Si hubiese dependido de Cutter, ese hombre ya no tendría su uniforme, mucho menos la sonrisa engreída que llevaba como una insignia de honor. Pero no dependía de Cutter, y no había ninguna posibilidad de que la palabra de un mestizo valiera más que la de un blanco de sangre pura. Por ello, Cutter mantuvo la boca cerrada y desde entonces se cuidaba las espaldas.

La sonrisa de Magnus desapareció. De pronto una fría furia surgió en sus ojos.

Cutter se levantó el sombrero con un dedo para apartarlo de sus ojos. Fue un movimiento suave. Luego se inclinó para abrir la correa de cuero que mantenía su revólver enfundado. La fluidez de su gesto era una advertencia en sí misma.

–Decidme a qué habéis venido, muchachos, y seguid vuestro camino –les dijo–. Ah, Sulzberger... tú también deberías recordar que esa protección de la que hablas tiene dos direcciones. –Una ligerísima sonrisa se dibujó en los labios de Cutter, extendiéndose hasta sus ojos–. Al perderla, ya no tengo que

responder ante nadie.

La boca de Magnus hizo una mueca de burla.

–Lo sé –dijo arrastrando las palabras, masticando la bola de tabaco antes de escupirla–. Lo sé, McKenzie. –El hombre dirigió una mirada helada hacia Elizabeth–. Señorita, me pregunto si sabe quién le hace compañía. –Sus ojos grises brillaron con malicia mientras observaba el lamentable estado de vestimenta.

Elizabeth desvió la mirada, y Magnus se rió con dureza, con un sonido obsceno.

–Bueno, ¡qué demonios, cariño, quizás sí lo sepas! –dijo en tono críptico.

A Elizabeth no le cabían dudas de que aquel hombre era problemático, lo único que deseaba era alejarse de él.

–En fin –continuó–, no he venido a buscar problemas contigo, McKenzie. Solo hemos salido a cazar a una panda de renegados. Asaltaron un campamento a unas treinta millas al este de Fort Riley. Se llevaron algo de comida y provisiones. –El hombre miró de nuevo a Elizabeth, de tal manera que a ella se le erizó la piel–. Se llevaron a un oficial –prosiguió con odio, inclinando la cabeza en dirección al joven que estaba a su lado–. Aquí, O’Neill, vio tu humo anoche y... Bueno, de todos modos, tú no estás con ellos. Porque no los has visto, ¿verdad? –La pregunta no disimulaba sus sospechas, como si le diera igual lo que Cutter pudiera responder.

Cutter guardó un largo silencio.

– ¿Y qué pasaría si los hubiera visto? –preguntó con indiferencia, arqueando una ceja a manera de desafío.

Magnus respondió con una mueca de desprecio.

–Bueno, en ese caso... creo que deberías decirlo.

Cutter torció la boca con desdén.

–¿Ah, sí? –dijo, esbozando una helada sonrisa–. ¿Y dices que atraparon a uno de tus oficiales? –Cutter esperaba que fuera uno de los colegas de Magnus. Sintió lástima por el joven que lo acompañaba.

Magnus Sulzberger conocía el arte de la intimidación demasiado bien. Probablemente lo tenía bailando al ritmo que le marcaba y creyendo encima que era una suerte por poder hacerlo.

–Así es –dijo Magnus, arrastrando las palabras.

Cutter asintió con la cabeza.

–Pues sí, creo que recuerdo algo. Se fueron por allí. –Cutter señaló con indiferencia en la dirección en que los indios se habían marchado–. Ayer, a última hora de la tarde, aparecieron cuatro de ellos.

Elizabeth contuvo la respiración y sus ojos se agrandaron. ¡No podía creer que Cutter los hubiera delatado! ¿No se daba cuenta de lo que estos hombres les harían si los alcanzaban? A Elizabeth no le resultaba tan difícil imaginar que los indios hubiesen matado a un hombre. Parecían perfectamente capaces, pero por alguna extraña razón, se sentía unida a ellos, incluso agradecida. Una vocecilla en el fondo de su mente le decía que no habían matado por que sí, que tal vez había sido por hambre... o incluso por venganza... Incluso en Sioux Falls, Elizabeth había escuchado historias sobre Sand Creek. A pesar de todo, Elizabeth evitó decir cualquier cosa que contradijera a Cutter, tan solo porque sabía que no serviría de nada.

Magnus la miró una vez más, evaluándola minuciosamente, con una sonrisa malvada.

–Muchas gracias –dijo con sequedad, sin dejar de estudiar a Elizabeth. Luego se alejó un poco, pero volvió–. Ah, McKenzie...

Cutter no respondió, permaneció sentado en la silla de montar, de brazos cruzados, mirando a los hombres que tenía ante él con ojos penetrantes.

–Deberías saber que... el general Sully te está buscando.

Cutter se encogió de hombros apáticamente.

–Pues que busque –respondió escuetamente–. Deberías alegrarte de que no me encuentre, Sulzberger.

Cutter se tocó el borde del sombrero en señal de despedida y, espoleando su montura para acercarse a la de Elizabeth, le quitó las riendas de sus manos.

Le dieron la espalda al par de hombres, que se quedaron embobados, y empezaron a cabalgar sin decir una palabra más.

–Ya nos veremos –gritó Magnus.

–Si tú lo dices –respondió Cutter sin girarse.

Elizabeth, aunque lo intentó, no podía apartar la mirada de los hombres que quedaban a sus espaldas. Cuando el más joven tocó la culata de su revólver, se tensó. Estaba a punto de gritar, pero Cutter la miró con severidad.

Elizabeth permaneció rígida. Cutter dijo sin volverse.

–Si sacas el arma, muchacho... más te vale que estés preparado para usarla.

Asombrada de que Cutter lo supiera y aturdida por el intercambio que acababa de presenciar, Elizabeth se quedó un poco rezagada, volviéndose para mirar al par de hombres descontentas. Magnus sacudió con fuerza la cabeza hacia el joven y este guardó inmediatamente el revólver, murmurando una maldición inaudible.

–¿Cómo lo ha sabido el maldito hijo de puta? –lo oyó preguntar Elizabeth.

–Porque es un salvaje –respondió Magnus agriamente, espoleando su caballo en la dirección opuesta a la que Cutter había indicado–. El último hombre que lo subestimó terminó con una bala del .44 entre las pelotas. Pero no te preocupes, O'Neill, ya le llegará su día. ¡Muy pronto, maldito desertor, amigo de los pieles rojas!

Con esa declaración, Magnus les dirigió una mirada. Le sonrió a Elizabeth y se inclinó el sombrero para luego espolear a su caballo.

Cuando al fin desaparecieron, Elizabeth se acercó con Cacao al caballo de Cutter.

–¿Cómo lo has sabido, Cutter?

– ¿Por la mirada en tu cara? –Cutter se encogió de hombros–. Era evidente que alguien iba a sacar un arma. Sulzberger tiene bastante experiencia como para hacer algo así... Por tanto tenía que ser el más joven. –

Cutter meneó la cabeza—. Un mozalbete como él siempre está deseando sacar a relucir su pistola. Aunque luego acabe a dos metros bajo tierra antes de que le salga el primer bigote.

Cutter la condujo hasta el acantilado, siguiendo el mismo camino que los indios habían tomado, dejando el río a sus espaldas. Una vez más, Elizabeth se quedó atrás, reflexionando sobre lo que él le acababa de revelar.

—No —dijo Elizabeth al fin, retomando la conversación—. No me refería a eso. ¿Cómo sabías que esos hombres se marcharían en la dirección opuesta?

Cutter se ajustó el sombrero y modificó su posición en la silla de montar para verla mejor. Había maravilla en sus ojos, su sonrisa era atractiva.

—No lo sabía —admitió con un brillo en los ojos—. Nunca pensé que alguien deseara tanto llevarme la contraria que no fuera capaz de reconocer una verdad evidente... hasta que te conocí... Me la jugué sin más, pero valió la pena.

Elizabeth abrió los ojos de par en par por la afrenta.

—¿Que te llevo la contraria! Tú eres... eres... solo... —No encontraba las palabras para describirlo. ¿Qué clase de hombre le hacía el amor a una mujer y la insultaba un momento después?— ¡Eres lo peor!

Riéndose, Cutter respondió:

—Y eso es malo, ¿no? —Le guiñó un ojo y luego dirigió la mirada al escarpado sendero que tenían delante.

Llegaron a la cima del acantilado, donde se veían colinas hasta donde alcanzaba la vista, robles blancos y álamos. Después de abandonar el lecho del río y los acantilados, Cutter hizo uso de cada abrevadero que encontraron. Mientras los caballos se alimentaban a última hora de la tarde, Cutter y Elizabeth almorzaron, luego partieron de nuevo y no se detuvieron hasta llegar al Río Grande. Para entonces Elizabeth se había quedado dormida en la silla de montar.

Al verla vacilar, Cutter la sentó levantó en su propia silla de montar con un poco de preocupación. Temía agotar a su caballo, pero no podía dejarla

montar tan cansada. Mientras cabalgaban, no podía alejar de sus pensamientos la última vez que habían estado juntos. Pronto se sintió como un semental atormentado en un establo cercano al de una yegua.

Hacía más de una hora que había oscurecido cuando se detuvieron para pasar la noche. Con soñolientos murmullos, Elizabeth permitió que Cutter la pusiera en su petate. Cutter puso el suyo junto al de ella, y habiendo satisfecho su hambre durante el día, mordisqueó una dura rebanada de carne seca mientras contemplaba la noche.

Lizbeth tenía mucho carácter. Con una sonrisa, Cutter pensó en su temperamento y decidió que debía de haber algún escocés en algún lugar de su árbol genealógico.

Cerró los ojos, pensando que habían recorrido bastante camino aquel día. Pero el tiempo era algo que se les agotaba rápidamente. Cutter se movió incómodo, sus ojos buscaban formas acurrucada en la oscuridad. Tragó el último bocado de carne seca. Recordando el collar que había hecho para Elizabeth con la serpiente, lo sacó del bolsillo del pantalón y lo miró un buen rato. Acercándose más a Elizabeth, se lo pasó cuidadosamente sobre la cabeza, metiéndolo después bajo el espacio que había entre dos de sus botones.

Tenía que conseguir que ella viese las cosas como las veía él. No podía permitir que contratara a otra persona, pero no sabía cómo convencerla. Tratando de no pensar en el dolor del pie ni en el dolor que se le alojaba en los pantalones, tiró de la manta para cubrir a Elizabeth; dos mantas la abrigarían mejor. Luego la abrazó para protegerla, solo por si acaso. Después Cutter se obligó a dormir.

A la mañana siguiente, mientras se preparaba para afeitarse, aún pensaba en cómo convencer a Elizabeth de que lo presentara como su marido. Después del desayuno, Cutter colgó el espejo de un árbol y luego llenó un cuenco de agua. Se lavó la cara y se enjabonó el bigote. Estaba a punto de sacar la navaja de afeitar cuando Elizabeth se acercó a él con un bulto de ropa

sucia aplastada entre los brazos. La vio acercarse por el espejo, admirando el suave balanceo de sus caderas a pesar de la tela voluminosa, fea y harapienta que las cubría.

–Cutter...

Con la mano en el aire, Cutter la miró.

Cutter tenía el torso desnudo, la piel firme y oscura. Costaba mantener la cordura mirándolo. Elizabeth creía que no había nada mejor que sentir la suave mata de pelo de Cutter sobre el pecho, en los brazos, la firmeza de su piel contra las costillas y el vientre. Pero ahora que lo veía, él la dejaba sin aliento.

–Eh... quería darte las gracias por el collar –dijo vacilante, con manos temblorosas, sujetando el bulto de ropa.

Elizabeth deseaba extender la mano y tocar a Cutter, pero no podía porque tenía las manos ocupadas. El collar que él le había regalado era un recuerdo, algo tangible a lo que podría aferrarse para recordar... cuando él se hubiera marchado. Algo que probaría que todo había sido real y no un maravilloso y mágico sueño, la noche más hermosa de su vida. Elizabeth no debía lamentarse, ella se había mostrado disponible y él la deseaba. Pero Cutter no era de los que se casaban, ella lo sabía y, de todas formas, no habría funcionado... No, porque quería a su sobrina con todo su corazón. No podía arriesgarse.

Cutter la miraba, sus ojos la sondeaban como si intentara leer su alma. Luego asintió y volvió la mirada al espejo, como si sus pensamientos estuvieran en otro lado. Elizabeth lo observó mientras levantaba la navaja.

–¿Lo hiciste con la serpiente de cascabel que nos comimos? –preguntó Elizabeth, frunciendo el ceño mientras su mirada pasaba del cuenco a la barba de Cutter y luego a la navaja que tenía en la mano.

–Sí –respondió él.

Cutter se giró para mirarla, pensando en lo mucho que había cambiado Elizabeth. Había pasado de no ser capaz de mencionar siquiera la llamada

natural de su cuerpo a sentirse a gusto observándolo en una actividad cotidiana. Le resultaba de lo más satisfactorio. Luego Cutter se dio cuenta de que Elizabeth le escudriñaba el rostro con demasiada atención.

–Creía que los indios no tenían que afeitarse –dijo ella abruptamente, obviamente aturdida–. Ya sabes. Siempre había oído que... los demás indios no tienen... en fin. ¿Por qué te afeitas?

Aquella pregunta tan inocentemente tomó a Cutter por sorpresa y no respondió de inmediato. Elizabeth parecía tan interesada en su respuesta que no tenía corazón para decirle que era la pregunta más tonta que había escuchado. Con una mirada confundida, Cutter se rascó la sien con el pulgar.

–Lizbeth, ¿cómo narices voy a saber por qué? Será que en parte soy blanco –añadió con amargura.

Elizabeth asintió, apartando la mirada y encogiéndose de hombros, claramente avergonzada por haber hecho una pregunta tan personal.

–Era solo una duda, nada más.

Acercándose el bulto de ropa a los pechos, se alejó. Cutter se quedó mirándola un rato, estaba estupefacto. Elizabeth se dirigía hacia el río, entonces él se preguntó por qué no había pensado nunca en lo que ella le había preguntado. Ahora se veía a sí mismo de forma diferente, estudió su reflejo en el espejo nebuloso. Demonios, pensó Cutter, Jo tenía razón... no se notaba tanto que era indio, mucho menos con la barba. Si no fuera por su color oscuro y la ropa que usaba, quizás la gente ni siquiera sospecharía. Su sangre irlandesa era tan prominente como la india, se le notaba en el pelo ondulado, por ejemplo... y el vello del cuerpo, no tenía mucho, pero... sí tenía más de lo que debería haber tenido.

Cutter no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado mirándose boquiabierto, con expresión incrédula, pero sus ojos oscuros se volvieron repentinamente astutos. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras se aclaraba la espuma del rostro y se secaba rápidamente con una toalla. Se recortó meticulosamente la barba y, una vez satisfecho con su apariencia, fue

en busca de Elizabeth.

La encontró lavando la ropa sucia en el río, arremangada hasta los codos, con su falda harapienta empapada. Ella lavaba su camisa verde favorita poniendo el corazón y el alma en la tarea. Cutter sonrió ante esa imagen. Verla con la ropa húmeda adherida a sus delicadas curvas hizo que cambiara de inmediato la naturaleza de sus pensamientos y la sonrisa de Cutter se volvió tortuosa.

–¿Te importaría lavarme otra cosa?

Sobresaltada por su ronca voz de barítono, Elizabeth saltó, casi perdiendo la camisa que estaba lavando en la corriente lenta pero constante del río. Cutter estaba de pie en la orilla, con los brazos cruzados y los ojos bailando maliciosamente. Su imponente actitud la impresionó.

–No, claro que no me importa. Pero, ¿por qué siempre te acercas como acechando...? –La protesta de Elizabeth acabó abruptamente con un grito de sorpresa–. No puedes hacer eso... ¡Cutter!

Cutter se reía por su expresión escandalizada, pero no por ello paró de quitarse el pantalón.

–No tengo nada que no hayas visto ya, Doc –le dijo con total tranquilidad.

Ni nada que no hubiese tocado ya, pensó ella con el rostro en llamas. No parecía para nada apropiado.

–Cutter –protestó débilmente.

La mirada de Elizabeth no vaciló cuando él empezó a quitarse los pantalones... y luego los calzoncillos, quedando frente a ella completamente desnudo, sin mostrar vergüenza, con una postura incluso un poco arrogante. Elizabeth se enfadó consigo misma al quedarse paralizada, con el corazón chocando contra las costillas.

–Necesito que me laves esto –dijo Cutter con voz ronca, dejando caer la ropa en cuestión sobre la pila de ropa que Elizabeth había dejado en el banco.

Mientras Elizabeth permanecía boquiabierta, Cutter se adentró en el río fresco y se zambulló bajo la ondulante superficie.

Elizabeth ni siquiera se dio cuenta de que aún tenía la boca abierta, de que sus dedos aferraban la camisa mojada, hasta que Cutter salió a la superficie cerca de ella, sacudiendo la cabeza como un cachorro mojado, salpicando gotitas de agua por todas partes. Pero aún cuando las gotas frías le acariciaron la cara, Elizabeth no apartó la mirada del punto fijo en el que la había dejado.

Los ojos de Cutter se arrugaron en las esquinas.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó.

El agua le llegaba hasta el pecho cuando asomó la cabeza por primera vez, pero a medida que Cutter caminaba hacia Elizabeth, el agua bajó hasta su cintura, a los muslos... a su...

–¿A... Ayuda? –Elizabeth tartamudeó. Cutter estaba justo frente a ella. – Yo... yo...

Los ojos de Elizabeth se alzaron con dificultad hasta la cara de Cutter mientras él le quitaba la camisa mojada de las manos. Asintiendo, la arrojó a la orilla y luego se volvió hacia Elizabeth, con los ojos ardiendo con aquel deseo que ella recordaba tan vívidamente. Un temblor la atravesó cuando los ojos de Cutter se oscurecieron ante los suyos.

–Ayuda –repitió Cutter poniéndole los dedos en los hombros para masajearse los.

A Elizabeth se le aflojaron las piernas, volviéndose tan líquidas como el agua en la que estaba parada. Los dedos de Cutter se dirigieron a su trenza, desenroscándola, mientras ella permanecía de pie, como una tonta, mirándolo fijamente.

–Me gusta tu pelo suelto –confesó Cutter con una voz tan cálida y masculina que le provocó escalofríos.

Elizabeth aún no conseguía moverse. Sus ojos brillaron cuando él le extendió el pelo sobre los hombros, alisándolo con los dedos. La mano pasó de su pelo a su cara, acariciándola al principio para luego sujetar su rostro como si fuera el mayor de los tesoros. La hacía sentir tan hermosa, lograba hacerla creer...

–¿Ah, sí? –susurró Elizabeth.

–Sí –dijo Cutter, asintiendo. Luego lentamente se acercó a su boca.

Las rodillas de Elizabeth temblaban. Los labios de Cutter la rozaron brevemente, luego se retiraron para volver en un beso abrasador. Cutter movía la boca con una delicadeza lenta, buscando la respuesta de Elizabeth, que enseguida se abrió para él, temblando cuando su lengua se deslizó profundamente como terciopelo sobre la de ella.

–Cutter.

–¿Sí?

–La ropa... –Elizabeth enroscó los dedos en las gruesas ondas del pelo de Cutter.

–Puede esperar.

Elizabeth asintió profundamente, su mente cada vez más nublada a cada segundo que él la abrazaba. Él le envolvió la cintura con los brazos, levantándola para pegarla a sí mismo, hasta que sintieron cada centímetro húmedo, hasta que cada pulgada sólida de él se hizo sentir a través de la ropa. Estaba excitado... Elizabeth podía sentirlo, y se le aceleró la respiración como respuesta. Elizabeth echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole todo lo que él quisiera tomar de ella... cualquier cosa.

Como un hombre borracho de deseo, Cutter permitió que sus labios se deleitaran con la piel del cuello de Elizabeth.

–Te ayudaré cuando acabemos –prometió Cutter con voz ronca, su aliento le hacía cosquillas a Elizabeth en el hueco de la garganta.

Pero no era su aliento, Elizabeth se dio cuenta de repente... si no su barba.

–¿No te has afeitado? –preguntó entre suspiros.

–No –dijo Cutter, intentando no reírse por los suspiros que cubrían la voz de Elizabeth.

Los párpados de ella cayeron y él le levantó la cara para besárselos cerrados, deleitándose en la reacción ingenua—. Pensé que era lo mejor.

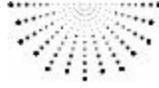
–Mmmmmhhh –Elizabeth mostró su acuerdo arqueándose hacia él. Él le daba breves besos en los labios. Elizabeth suspiró—. Lo mejor... ¿para qué? –preguntó sin aliento.

Cutter hizo una mueca de dolor y a punto estuvo de no responder, al menos hasta después. Pero entonces recordó para qué había ido al río. Con un suspiro de resignación, se obligó a sí mismo a hablar.

–No vas a contratar a otro hombre –dijo, preparándose para la rabia de Elizabeth.

Pero ella permaneció un buen rato en su estado de ensueño, con los ojos cerrados de placer. Luego sus ojos se abrieron de golpe.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Cómo que no voy a contratar a otro hombre?

Cutter la soltó de golpe y Elizabeth estuvo a punto de caer de espaldas sobre el río. Dio algunos pasos y luego se equilibró, poniéndose las manos en la cadera.

La expresión de Cutter demostraba que no se iba a rendir, tenía una determinación dura y fría.

–Eso es lo que he dicho.

–¡Sabes que no puedo dejar que seas mi marido, Cutter! –La voz de Elizabeth era resuelta, pero él respondió con una sonrisa lenta que la hizo apretar los dientes.

–No era una petición, Elizabeth. Te estoy diciendo cómo van a ser las cosas.

Elizabeth se sobresaltó al oír su nombre entero. La expresión implacable de Cutter era desconcertante, aunque la desconcertaba aún más el hecho de discutir con un hombre desnudo. –

–¡Es imposible! –¡También era imposible razonar con la desnudez de Cutter mirándola tan insolentemente a la cara!

Elizabeth negó con la cabeza, tratando desesperadamente de no mirar a ninguna parte de él, ¡especialmente no a *esa* parte! Justo un momento antes no se sentía tan incómoda, pero es que un momento estaba envuelta en su

calidez, no pensaba en que él estaba desnudo.

– ¿Por qué? –preguntó Cutter con demasiada suavidad, invitando a Elizabeth a expresar sus objeciones.

–No me hagas decirlo, señor McKenzie –suplicó, pues no quería ofenderlo.

–Maldita sea, ¿por qué?

Ella se estremeció ante su tono áspero, pero lo miró con ira, enfurecida porque la pusiera en esa tesitura.

–¡Sabes perfectamente por qué! –le gritó.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cutter mientras decía en voz baja:

–Mírame bien, Liz, ¡mírame con atención!

Por favor, ¡pero si lo que intentaba era no hacerlo! Elizabeth meneó la cabeza.

–¡Mírame!

–¡No! ¡No necesito hacerlo! –dijo Elizabeth. Cutter le sujetó la barbilla pero Elizabeth lo apartó, quitándole la mano–. ¡Te recuerdo demasiado bien! –Cutter le sujetó los hombros e intentó que lo mirara–. ¡No! –gritó ella–. ¡Suéltame, señor McKenzie! –Lo empujó por pecho, pero Cutter no se movió.

Elizabeth se liberó, al borde del histerismo. Se recogió la falda y corrió como loca hasta la orilla, pero moverse contra la corriente era difícil y tropezó. Sujetando la parte posterior de su falda, Cutter la arrastró hacia él para luego agarrarla por la cintura.

–¡De todos modos, este horror es demasiado grande para ti! –se quejó Cutter. De un tirón, le arrancó la falda.

Elizabeth gritó para protestar y cogió desesperadamente su falda, pero Cutter fue más rápido. La arrojó río abajo. Horrorizada, Elizabeth se quedó allí en paños menores, mirando con la boca abierta cómo la corriente se llevaba su falda. Se volvió hacia Cutter de golpe.

–¡Tú... No tenías derecho a hacer eso!

¿Ah, no? ¿Y por qué no me preguntas si me importas?

Antes de que Elizabeth pudiera recuperarse del impacto de las acciones y palabras de Cutter, él la levantó por la cintura para llevarla a la orilla. Ella se resistió, sacudiendo los brazos y dando patadas como una salvaje. Pero fue en vano, porque Cutter era demasiado fuerte.

–Las reglas se hicieron para romperlas –dijo Cutter–. ¿No lo sabías? Y luego soltó una palabrota al pisar algo duro con el pie malo. Sacudiendo la pierna con dolor, se tambaleó hacia adelante, soltando a Elizabeth sin ceremonias en la orilla.

Ella hizo una mueca cuando su cabeza se estrelló contra el suelo. Intentó levantarse, pero Cutter la sostuvo con una mano firme sobre el pecho. Enfadada, lo apartó, mirándolo con odio.

–¡No me toques! –le soltó–. ¡Ni me toques! No lo entiendes... Perdí a mi madre y a mi hermana por tu gente. ¡De no haber sido por que tu gente asaltaba y mataba ellas nunca nos habrían abandonado! Y tal vez, solo tal vez, ¡aún estarían vivas! ¡No voy a perder también a mi sobrina por ti!

Tu gente.

La forma en que la palabra salió de sus labios, con tanto resentimiento, hizo que Cutter se estremeciera.

Tu gente asesina.

Poco importaba que no hubiera sido criado como un Cheyenne. Su madre había muerto por los malos tratos de su padre mucho antes de que pudiera preguntarle nada sobre su cultura. ¡Demonios, no! Tampoco importaba que Cutter tan solo hubiese conocido la forma de vida de su padre; que su padre hubiese pisoteado su mitad india. Elizabeth tan solo veía su mitad Cheyenne.

–¡No voy a perderla! –Elizabeth sollozó, malinterpretando la expresión de Cutter.

De repente, Cutter entrecerró los ojos. Se inclinó muy lentamente, como un animal depredador que acecha a su presa. La atrapó debajo de él, entre sus brazos.

–Entonces prefieres arriesgarte, ¿no? –dijo con una suavidad letal.

La mente de Elizabeth gritaba que la dejara en paz, pero las palabras salían de su boca. La mirada calculadora en los ojos de Cutter la paralizó por completo.

Cutter deslizó la mano derecha audazmente dentro del corpiño. Al sentir su calidez, Elizabeth instintivamente inclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, luchando contra su traidor cuerpo. Antes de que pudiera obligar a sus pensamientos a que protestaran, él hizo saltar los botones con un tirón seco del puño, haciéndolos volar por el aire. Varios de ellos cayeron en el agua. En ese momento, Elizabeth perdió todo rastro de confusión. De inmediato intentó liberarse de él, pero la mano de Cutter impidió que escapara.

–¡Animal! –gritó Elizabeth, resistiendo el impulso de golpearlo en el pecho.

– ¿Salvaje? –añadió Cutter con una sonrisa helada. El tono no resultaba menos aterrador por su ronca suavidad.

–¡No he dicho eso! –protestó Elizabeth, comprendiendo de pronto su vehemencia.

–Esta vez no lo has dicho –admitió Cutter–. Pero lo has pensado. ¿Quieres algo salvaje, Lizbeth? –preguntó Cutter con los dientes apretados, mientras un músculo saltaba en su mandíbula–. ¡Tendrás al salvaje!

Inmediatamente la rodilla de Cutter entró entre sus piernas, haciendo que se abrieran. Él le sujetó el pelo, tirando de ella hasta que gritó.

Elizabeth no lo quería de esta manera, ¡ya no lo conocía! ¡*No quería* conocer esta parte de él! Los ojos fríos de Cutter dejaron una marca ardiente en su alma.

–Por favor, Cutter –gimió Elizabeth–. ¡Me estás asustando!

La boca de Cutter bajó hasta el pezón, mordisqueándolo suavemente a través de la camisola, pero la mano que sujetaba el pelo tiró y Elizabeth gritó de nuevo, más por sorpresa que por dolor. La furia de Cutter se había

desatado. Elizabeth lo sentía en su agarre, en cada plano rígido de su cuerpo y su rostro. Era tan tangible como la angustia en su corazón.

–Por favor...

Nuevamente él le tiró del pelo, mientras su rodilla se enterraba más firmemente entre sus piernas.

–Cutter, por favor, por favor, ¡no lo hagas!

Los ojos de Elizabeth se empañaron cuando la boca de Cutter se movió hacia el otro pecho, saboreándolo de una forma casi brutal. Cutter volvió a tirarla del pelo, silenciándola de una vez por todas. Las lágrimas calientes comenzaron a acumularse en los ojos de Elizabeth, luego rodaron por sus mejillas.

Despreciándose a sí mismo por la brutalidad que acababa de demostrar, Cutter se maldijo en voz baja. Pero se había hecho escuchar y, en este caso, estaba convencido de que el fin justificaba más que sobra los medios. No permitiría por nada del mundo que Elizabeth se expusiera a que otro hombre le hiciera lo mismo.

Nadie se preocuparía por ella como él.

Nadie más la...

¿amaría?

Elizabeth estaba pálida, le temblaban los labios. Cutter se moría por cubrir su boca con sus propios labios, por curar su dolor, hacer que ella lo viera de otra manera. No pudo resistirse, con un gemido torturado, cubrió la boca de Elizabeth. Fue un beso dolorosamente tierno que desmentía su enfado.

Elizabeth protestó con un gemido, pero se rindió a él, sollozando mientras su lengua se clavaba en la calidez de la boca de Cutter, saboreándolo una y otra vez.

La excitación de Cutter no había disminuido. Aún enfadado, estaba duro como un ladrillo, más duro segundo a segundo. Él estaba perdiendo la razón.

Elizabeth lo empujó bruscamente, asesinándolo con la mirada. Él la soltó,

aunque sus brazos permanecieron encima de ella.

–¿Lo entiendes ahora? –preguntó Cutter con voz ronca, inestable.

Elizabeth negó con la cabeza.

–N-N-No –sollozó.

Cutter le sujetó las manos, y con una maldición murmurada por su fracaso, negó con la cabeza. La furia se derramaba de sus ojos negros.

–Liz, es precisamente a esto a lo que expondrías si contrataras a un extraño. ¡No hay ninguna posibilidad de que encuentres a alguien que quiera interpretar el papel de tu marido sin esperar a cambio todo lo que conlleva! Y si lo rechazas, ¡te tomará sin más! ¿Lo entiendes ahora?

Los ojos de Elizabeth se llenaron de tristeza, reflejando sus emociones, entonces dijo con un poco de alivio:

–Lo entiendo.

Sus lágrimas seguían brotando, y la culpa le retorció a Cutter las entrañas, como una espada sin filo que se le hubiese clavado.

–Para que resulte creíble –intentó explicar Cutter con una voz que había perdido parte de su aspereza– vas a tener que compartir la misma habitación. Y no hay un hombre en la faz de la Tierra que no vaya a intentar tomar algo que resulta de tan fácil acceso. ¿Qué harás entonces? ¿Gritar? ¿Perder a tu sobrina? Supongo que sería inútil. Sería incluso más estúpido que arriesgarte con un mestizo inútil, ¿no crees?

Con un gemido, Elizabeth giró la cara, odiaba que él usara su conciencia en contra de ella. Odiaba la verdad que había en aquellas palabras. Sintió la pérdida, como si ya hubiera sido despojada de todo lo que amaba.

Cutter le sujetó la barbilla para obligarla a mirarlo.

–¡Por Dios, Lizbeth! ¡Será que no he tenido ocasión de violarte y maltratarte! –Su voz era suave y suplicante; sus ojos la obligaron a comprender–. Piénsalo, ¿no he hecho de todo para demostrarte que puedes confiar en mí? Maldita sea... ¡ten un poco de fe! –Cutter hizo una pausa, esperando que ella respondiera–. Puedo hacerlo –siseó, con la voz tensa y la

respiración pesada.

Elizabeth tragó con dificultad y volvió a apartar la cara, incapaz de mirarlo a los ojos. El hecho de que sus palabras fueran verdad no aliviaba el dolor de su corazón. Apretó los párpados muy fuerte para impedir que las lágrimas siguieran brotando, mientras asentía desesperadamente.

Ahora estaba segura de que perdería a Katie. Era demasiado esperar que Elias Bass pasara por alto el hecho de que su marido era un mestizo. ¿Por qué, oh, por qué, se había atrevido siquiera a tener esperanzas? ¿Por qué? Casi gritó la pregunta, pero el temblor de sus labios le impedía hablar.

¿Por qué Cutter tenía razón?

Elizabeth se giró para mirarlo a los ojos, y con la voz débil por la derrota, dijo:

–Está bien –su tristeza era desesperada– lo haremos a tu manera, señor McKenzie.

Cutter se estremeció, liberando la tensión.

Al su gesto, Elizabeth lo despreció. Un sollozo escapó de su apretada garganta, la ira la atravesó, pero no se movió. Estaba demasiado entumecida para intentarlo.

–Solo sé una cosa –añadió Elizabeth con voz entrecortada mientras una lágrima solitaria escapaba, rodando por su mejilla cenicienta–. Si pierdo a mi sobrina por ti, Cutter McKenzie, ¡juro ante el Cielo que te odiaré hasta el día de mi muerte! ¡Lo juro! –gritó con más emoción, tragándose la sal de sus lágrimas.

–¿Y si te equivocas, Elizabeth? ¿Qué pasa si Elias me acepta? ¿Por qué! ¿Por qué estás tan segura de que no lo hará?

LA PREGUNTA LA SACUDIÓ MOMENTÁNEAMENTE. ¿POR QUÉ CREÍA QUE ELIAS rechazaría a Cutter? ¿Porque ella lo hizo? ¿Era así? ¿Ella lo había rechazado? Elizabeth negó con la cabeza... aunque en el fondo sabía que era verdad.

Luego la esperanza surgió dentro de ella.

Tal vez Elias no lo rechazara.

Tal vez Elias ni siquiera se daría cuenta.

Quizás no le importara.

Aunque ta vez sí. Era esa posibilidad la que hacía que el corazón de Elizabeth se retorciera.

Cutter debió leerle el pensamiento, porque algo en su expresión se oscureció abruptamente. Su mandíbula se tensó, y su semblante se retorció con una mirada de dolor que se convirtió rápidamente en furia.

—¿No será que eres tú la que tiene un problema, Elizabeth, y no Elias? — Cutter tensó la mandíbula—. Maldita sea, no eres mejor que... —Volvió la cara.

—¡No! —gritó Elizabeth. No era así. Cutter volvió a mirarla y a Elizabeth se le quebró la voz—. K-Katie es todo lo que me queda en este mundo... Si... si la pierdo...

Las lágrimas rodaron sin control. Sintió que Cutter se ponía rígido sobre ella, pero no pudo contener las palabras apasionadas.

—Si pierdo la oportunidad de criarla por ti... nunca te lo perdonaré.

Con una palabrota, Cutter se apartó bruscamente de ella, como si le dolieran sus palabras. Se arrastró hacia la orilla. Entre palabrotas, tiró de sus pantalones para ponérselos en las piernas mojadas, sin molestarse en ponerse antes los calzoncillos. Cogió las botas y regresó cojeando al campamento, incapaz de enfrentar la ira, o el dolor que había en los ojos de Elizabeth.

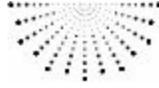
Incapaz de afrontar lo que había en su alma.

De momento se odiaba a sí mismo por cómo la había dejado. La odiaba a ella por la falta de fe que tenía en él. Pero sobre todo, temía que Elizabeth tuviera razón, que perdiera a la niña. Y que luego cumpliera su promesa.

Que lo odiaría hasta el día de su muerte.

Con todo, era un riesgo que se sentía obligado a correr. La sola idea de otro hombre en la cama de Elizabeth le quemaba como un ácido en el estómago.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Cruzar el Río Grande resultó bastante fácil. Era estrecho y poco profundo; el lugar en el que Elizabeth había lavado la ropa podía cruzarse fácilmente a pie. Los caballos cruzaron sin titubear, aunque Cacao se resistió un poco.

Lo que no resultó tan sencillo fue aguantar el sufrimiento de Cutter y el sentimiento de pérdida que la propia Elizabeth tenía.

Elizabeth tenía la sensación de que, desde la discusión, Cutter no deseaba hablar con ella más que para lo estrictamente necesario.

Parecía que la odiara.

Tampoco le gustó mucho verla vestida con pantalones de hombre, aunque aún no había dicho nada al respecto. Pero se le notaba por cómo los miraba. Cada vez que Elizabeth lo sorprendía mirándola, él sacudía la cabeza y apartaba la mirada.

—¡No tendría que usarlos si no me hubieras tirado la falda! —dijo ella a la defensiva.

Él no respondió, pero sus ojos delataban su desaprobación.

Mientras que antes Cutter evitaba la civilización, ahora había ido directo a Fayette, donde pidió una habitación individual.

Cuando Elizabeth comenzó a protestar, él entrecerró los ojos y le dijo con brusquedad:

–¿Qué te hace pensar que voy a dormir contigo esta noche, Doc?

Unas ojeras pronunciadas se habían dibujado bajo los ojos de Cutter de manera repentina, dándoles un aspecto hundido sobre el alto contorno de sus mejillas morenas. La mirada de sus ojos oscuros era inconfundiblemente hostil e impedía que Elizabeth pronunciara palabra alguna.

Cumpliendo su promesa, Cutter no compartió la habitación con ella. Tampoco lo intentó cuando entraron a la ciudad de Fulton al día siguiente. La dejó sola por la noche, tal como había hecho la noche anterior, y ella no volvió a verlo hasta la mañana siguiente.

Cutter llamó a la puerta temprano. Elizabeth abrió y lo encontró apoyado en el marco, con los hombros obstinados incluso en su postura informal. A pesar de sí misma, se le aceleró el corazón al verlo. Llevaba sus pantalones vaqueros y una camisa negra nueva. Su barba, aunque aún no estaba larga, había crecido considerablemente, haciendo que su rostro se viera más delgado. Las ojeras se habían hecho más profundas.

–¿Henry Elias Bass es el hombre al que estás buscando? –Cutter se quitó el sombrero y se apartó el flequillo empapado en sudor de la cara–. ¿Tenía un hijo que se llamaba John?

A pesar de lo demacrado que estaba, a Elizabeth le parecía que Cutter estaba cada vez más guapo. Ella asintió a manera de afirmación, mientras por dentro le dolía el corazón.

Cutter le echó un vistazo a sus pantalones luego, con un movimiento de cabeza, se inclinó con más fuerza contra el marco de la puerta, metió la mano en el bolsillo, apretó la mandíbula por el dolor del pie y sacó un puñado de billetes.

–Entonces te sugiero que te compres ropa nueva. Parece que no vive en St. Louis, sino a treinta millas al este de aquí. He oído que tiene negocios en St. Louis, eso sí.

Cutter abrió un poco más la puerta para ver mejor a Elizabeth. Aquellos malditos pantalones le sentaban fatal. Sinceramente, no sabía qué era peor, si

los pantalones o la falda que él había tirado. De cualquier manera no había confusión alguna sobre su sexo. No con un pelo como el de ella. Lo llevaba suelto, las suaves cascadas caían sobre sus hombros como oro líquido, y sus mejillas estaban enrojecidas por el sol. Cutter observó que el aire libre y la luz del sol le sentaban bien. Le puso el dinero en la mano.

–Nos quedaremos aquí en la ciudad esta noche... nos vamos mañana. Si te parece bien.

Elizabeth asintió, deseaba tanto que no existiera aquella rareza entre los dos.

–Si nos marchamos temprano y no paramos, deberíamos llegar a última hora de la tarde.

–Bien –respondió Elizabeth bajito.

Se hizo un silencio impenetrable, mientras se miraban. Al final, Elizabeth desvió la mirada.

–Bueno –dijo Cutter, cambiando bruscamente–. Supongo que te veré por la mañana, entonces.

Elizabeth volvió a asentir, sin saber qué decir para arreglar las cosas. Algo se había roto, ella lo sabía, pero no tenía ni idea de qué exactamente. Cutter ya se había enfadado con ella antes, pero nunca así.

–Nos vemos, Doc –dijo Cutter educadamente, luego cerró la puerta, como si no quisiera ver a Elizabeth un momento más.

Con un suspiro, Elizabeth apoyó la mejilla contra el interior de la puerta. Cogió el collar que él le había regalado, cerrando el puño. Luego escuchó el eco de las botas de Cutter contra el suelo de madera. Cuando el ruido se desvaneció, Elizabeth se alejó de la puerta.

Desesperada, se dejó caer en la cama, a punto de llorar. Desde la muerte de su padre, no se había sentido tan vacía. Pero llorar no lograría absolutamente nada, lo sabía. Y tenía muchas cosas que hacer antes de la mañana.

Con un suspiro de cansancio, se levantó y empezó a trenzarse el pelo,

estudiando su reflejo en el espejo. La mujer que veía era tan diferente de la que recordaba. Elizabeth inclinó la cabeza de repente y su expresión se volvió melancólica al recordar el susurro de Cutter: *me gusta tu pelo suelto*.

Elizabeth se acomodó el pelo, repartiéndolo sobre los hombros. ¿Tan malo sería fingir que era su esposa?

La mujer de Cutter.

Le encantaba cómo sonaba.

Elizabeth emitió un sonido que era en parte suspiro, en parte gemido. Luego, negando con la cabeza ante su propia tontería, siguió trenzándose el pelo. Sonaba bien, sí, pero no podía permitirse el lujo de soñar. No se había vuelto a atrever a soñar desde que era niña y estaba en brazos de su madre. Pero su madre se había marchado hacía mucho tiempo... su hermana... su padre...

Solo le quedaba Katie y no la quería perder a ella también. No si podía evitarlo.

¿Es que no te he demostrado que puedes confiar en mí? Maldita sea... ten un poco de fe...

Elizabeth se estremeció ante la vocecita que sonaba en su cabeza. Por un momento, en vez de su propio reflejo en el espejo, vio el de Cutter, el atractivo profundo de sus ojos sombríos.

¿No serás tú quien tiene un problema, Elizabeth, y no Elias?

Elizabeth se miró al espejo un buen rato, horrorizada por el dolor que veía en esos ojos acusadores. Gritó de repente y se soltó la trenza. ¡Es que no podría ser!

Decidió que llevaría a cabo la mejor actuación de su vida. Si Cutter se sentía capaz de hacerlo... ¡qué demonios, ella lo apoyaría! Cutter sabía lo importante que era todo esto para ella, y algo le decía a Elizabeth que él no la decepcionaría.

Tal como Cutter había predicho, el viaje hasta Bass les llevó casi toda la mañana y parte de la tarde. Las maneras de Cutter fueron menos secas

que antes, aunque aún parecía molesto y sus ojeras no habían desaparecido. Pero al menos hablaba, pensó Elizabeth.

—¿Entonces el marido de Katherine fue asesinado en la guerra? — preguntó Elizabeth, tratando de ignorar el creciente dolor en el su trasero. Cacao, como estaba tan cansada, llevaba un paso que resultaba brutal para el trasero.

Cutter se apartó el sombrero de los ojos y asintió con la cabeza, reprimiendo el impulso de comentar algo sobre el evidente dolor de Elizabeth.

—Parece que sí —dijo, pasándose los dedos por la barba. Si hubiera estado de humor para sonreír, le habría bastado con ver aquel dulce trasero rebotando en la silla de montar. Pero su humor no se lo permitía—. Por lo que he averiguado, Elías tuvo un hijo.

—¿Cuándo?

—En Petersburg —respondió Cutter.

Sus ojos se encontraron con los de Elizabeth y la recorrieron con admiración. Llevaba su nuevo atuendo, una falda de montar color turquesa y una blusa a juego. Su pelo suelto brillaba como el sol sobre su espalda. Unos cuantos zarcillos cortos se curvaban, preciosos, enmarcándole la cara de una forma maravillosa.

Elizabeth se mordió el labio inferior mientras pensaba.

—No puedo creer que el Sr. Bass me preocupara tanto. En su carta me decía que los dos habían muerto —enfaticó, mientras sus ojos pardos buscaban a Cutter. Había un brillo peculiar en ellos, cuando preguntó— ¿Puedes imaginar lo que sentí? ¡Pensaba que Katherine y su marido habían tenido un accidente, o incluso que los habían asesinado! —Elizabeth meneó la cabeza enfadada, con una expresión cada vez más sombría—. Elias Bass tiene mucho que aprender sobre cómo explicar las cosas.

Elizabeth no pudo evitar pensar que su hermana aún podría estar viva ... que su hijita podría no haber quedado huérfana... si su madre no se hubiera

llevado a Katherine... si no hubiera estado tan aterrorizada de ser desollada viva... si no hubiera escapado a St. Louis sin siquiera decir adiós. Miró a Cutter de repente y descubrió que él la estaba mirando. ¡Cuánta razón tenía él, la vida no era justa!

–¿Cómo lo has averiguado todo en tan poco tiempo?

Él arqueó una ceja.

–No fue difícil. Bastaron unas cuantas copas y las preguntas adecuadas.

Elizabeth frunció el ceño al recordar la noche en que se conocieron y cómo la había emborrachado. Parecía la estratagema favorita de Cutter: hacer que la gente se emborrachara para poder hacer lo que quisiera con ellos. Elizabeth no pudo evitar preguntarse si Cutter habría recabado información de alguna mala pécora como Bess.

–No habrás descubierto también cómo murió Katherine ¿no?

Cutter suspiró.

–No –dijo–, pero pronto podrás preguntárselo a Bass tú misma. Creo que ya hemos llegado–. Cutter inclinó la cabeza.

Al girarse, Elizabeth observó el deslumbrante reflejo del sol de la tarde en los cristales de las ventanas distantes. Brillaban como joyas.

El rancho y sus edificios estaban rodeados de álamos y robles. A medida que se acercaban, la gran casa comenzó a tomar forma y Elizabeth pensó que era el lugar más hermoso que había visto en su vida. Se maravilló al pensar que este era el lugar que Katherine llamaba hogar.

Con sus dos pisos y su fachada de ladrillo encalado, también era el lugar más grandioso que había visto jamás. Sin embargo, también había soledad en aquella belleza. Una soledad enfatizada por el hecho de que no había nadie ocupándose de las tareas domésticas, de que nadie corrió a saludarlos. El césped tenía la hierba alta y descuidada. Se notaba el abandono; había flores silvestres de todos los colores. Para Elizabeth parecía más un prado que el césped bien cuidado de una casa.

Había dos álamos, uno a cada lado de la entrada. El exuberante verde de

sus hojas contrastaba con el blanco de la casa. El efecto era maravilloso. Además, estaban los enrejados pintados de blanco, que resaltaban contra el ladrillo. Había rosas rojas en plena floración, subiendo torcidas. Algunas de las ramas se habían soltado del enrejado y caían sin control, con sus hojas manchadas y amarillentas, mientras que otras ramas estaban completamente desnudas, salvo por las espinas. La idea que le vino inmediatamente a Elizabeth a la mente fue que la guerra también había pasado factura por allí. Era obvio que antes alguien había cuidado mucho aquel lugar... y que ahora nadie parecía molestarse.

No había sirvientes que trabajaran el pequeño huerto que había a la derecha de la casa. Nadie que pintara la pequeña valla que lo delimitaba. La madera estaba astillada y pelada. Al acercarse, un pequeño perro blanco y negro levantó las orejas y luego ladró brevemente, como si el esfuerzo fuera excesivo. Volvió a ladrar, tambaleándose, como si luchara contra la tentación de dejarse caer sobre el vientre.

—Es Perezoso —gritó la voz de una niña cuando se acercaban—. No os preocupéis... no hace daño.

El perro se sentó, bajó las orejas y miró fijamente a los intrusos.

Asombrada por la voz, Elizabeth sintió que le daba un vuelco el corazón. Frenó y sus ojos buscaron frenéticamente, deseando ver la niña que había hablado. Tenía que ser Katie, lo sabía intuitivamente. Le pareció una eternidad.

¿Qué aspecto tendría?

¿A quién se parecería?

¿Cómo era?

¿Dónde estaba?

—Mi papá le puso el nombre de Perezoso —reveló la voz dulcemente.

Elizabeth se movió sobre su yegua, buscando. Por fin vio a la pequeña posada precariamente sobre el alféizar de una ventana en la segunda planta, y se le salió el corazón del pecho.

Era tan pequeña que las ramas de los árboles la habían ocultado por completo... hasta ahora. Elizabeth la miró extasiada, con los latidos de su corazón acelerándose, subiéndole hasta la garganta. En aquel instante sintió que estaba a punto de estallar de orgullo... y de tantas otras emociones, era imposible identificarlas. Mientras la miraba, la niña se balanceó y a punto estuvo de perder el equilibrio. Elizabeth contuvo la respiración. Se quedó helada en la silla de montar, completamente aterrorizada de que la niña muriera ante sus ojos.

–Bueno... la verdad... –dijo la niña encogiéndose de hombros con naturalidad– es que antes se llamaba Risueño –añadió con chispa–. Pero mi papá dijo que era demasiado vago para sonreír nunca sonreír. –Movi6 con delicadeza la mano hacia arriba, haciendo una pausa, como si recordara, luego su expresi6n se volvi6 triste–. Mi papá ya no est6 –revel6, con la franqueza inocente que solo un ni6o puede poseer–. Se fue al cielo en la guerra.

Elizabeth estaba demasiado conmocionada por haber creído que la niña se iba a caer. No podía responder. Ni siquiera se dio cuenta de que Cutter ya no estaba junto a ella, hasta que lo vio en el enrejado, trepando rápidamente hacia arriba como si hubiera nacido para ello.

–¿Quién eres? –pregunt6 la niña valientemente, inclinándose un poco hacia delante para verlo mejor.

Elizabeth grit6, hundida en el pánico. Luego por fin le sali6 la voz.

–¡Por favor, échate para atr6s! –grit6, al borde de la histeria.

Se baj6 inmediatamente de Cacao, apresurándose para llegar a la ventana, mirando hacia arriba. Luchaba por enfocar.

De repente, se sintió muda, cegada por por la niña que tenía ante sí. Tenía una cara hermosa, aunque un tanto borrosa, al verla desde donde estaba... era una carita pequeña, con la nariz respingona... como la de Katherine, pens6 Elizabeth con melancolía. Pelo oscuro, una buena mata de rizos, ¿de su padre tal vez? ¿Y los ojos? A esa distancia era imposible verlos.

Mientras Elizabeth la miraba, paralizada, unas lágrimas ardientes se le agolparon en los ojos. Se le estrechó la garganta.

–Yo me llamo Katie Lizabeth –declaró la niña con una voz preciosa.

Y otra vez el corazón de Elizabeth saltó. Un sollozo escapó de su apretada garganta mientras susurraba el nombre con reverencia. Katie Elizabeth. Katherine no la había olvidado, después de todo. Se le nubló la vista. A Elizabeth nunca le había molestado demasiado que su visión no fuera perfecta, pero en aquel momento, lo detestaba.

Elizabeth tragó para pasar el nudo que se le había formado en la garganta.

–¿Katie Elizabeth? –repitió Elizabeth con voz ronca.

La niña asintió con fervor, sonriendo.

–¿Y tú cómo te llamas?

–¿Yo? –La voz de Elizabeth se rompió con emoción. –Mi nombre... es... es Elizabeth, también –respondió despacio, con los ojos en llamas.

–Ah –respondió Katie pensativa. Arrugó la nariz con gracia, pensando un momento–. Bueno... –Movió un dedo hacia Elizabeth descaradamente–. Pero apuesto a que no sabías que yo tenía una tía llamada Lizabeth, y que viene a buscarme, mi abuelo me lo ha dicho. –De repente, se le agrandaron los ojos–. ¡Oh! ¿Eres mi tía? –preguntó esperanzada. Y luego, con un poco de escepticismo, agregó–: No eres mi tía, ¿verdad?

El corazón de Elizabeth se llenó de emoción. ¡Sí!, quería gritar. ¡Sí! ¡Oh si!

–Bueno –comenzó despacio, mientras el estómago le revoloteaba salvajemente. Esbozó una sonrisa trémula–. Sí –dijo al fin, ahogando las lágrimas. Luego, con más fuerza, repitió–: Sí, Katie, soy tu tía.

Con un grito de placer, Katie se echó hacia adelante, aplaudió y dio patadas contra el ladrillo que tenía bajo sus pies.

–¡No, Katie! ¡Siéntate, te vas a caer! ¿Dónde está tu abuelo?

–No te preocupes –se jactó–. ¡Nunca me caigo!

En ese momento Cutter llamó su atención. La niña lo miró con curiosidad, tambaleándose más. Elizabeth se mordió el labio mientras observaba cómo Cutter aceleraba el paso. Un ladrillo podrido cedió. Buscando a ciegas con la punta de la bota, Cutter recuperó el equilibrio y comenzó a escalar una vez más. Sin palabras, Elizabeth deseaba que se diera prisa.

–¿Es mi tío quien está escalando? –quiso saber Katie–. Yo antes también trepaba, pero mamá me daba en el trasero –dijo con gravedad, asintiendo. Luego sus ojos se abrieron–. ¿Tú también le vas a pegar a él?

Elizabeth escuchó la risa suave de Cutter, pero no tenía ni idea de cómo responder. Sus pensamientos se centraban en el ascenso de Cutter. Cuanto más subía, más lento parecía moverse y más se balanceaba el enrejado.

–¡A que no sabes cuántos años tengo! –exclamó Katie de repente, buscando la mirada de Elizabeth una vez más. Levantó lo que parecían ser cinco dedos, y luego luchó para bajar al quinto. Fracasando miserablemente en el esfuerzo, empujó con fuerza su pulgar con la otra mano, soltando el alféizar... perdiendo el equilibrio.

–¡Katie! –chilló Elizabeth, pero justo cuando la niña resbaló hacia adelante, Cutter la estabilizó con una mano sobre el pecho.

–¡Quédate quieta! –dijo Cutter.

–¡Pero si nunca me caigo! –exclamó Katie indignada– ¡Nunca! –insistió al ver que Cutter fruncía el cejo.

–Bueno, pues yo sí –le dijo Cutter–. Una vez me caí de un árbol cuando era un enano como tú. Desde entonces le tengo miedo a las alturas –juró con tanto énfasis que Elizabeth sonrió.

Katie se quedó sin aliento.

–¿Te dan miedo las alturas? –preguntó ella y Cutter asintió despacio. Katie soltó una risita, como si fuera una idea ridícula–. ¡A mí no! –dijo, poniéndose las manos en las caderas–. Seguro que ahora tienes miedo, ¿no?

–Supongo que sí –admitió Cutter con seriedad.

–Ohhhh, ¡pobrecito! –dijo Katie como si fuera la madre de Cutter. Elizabeth se echó a reír. Asintiendo gravemente, Katie agregó–: ¿Quieres que te ayude a entrar? ¡Puedo salvarte! –declaró con solemnidad.

–¿Podrías?

–¡Claro! –dijo Katie con los ojos brillantes–. ¡Ya verás! Dame la mano –exigió.

–Oh... no sé –dijo Cutter, resistiendo el impulso de hacer lo que ella le pedía. El pie le dolía horrores y estar trepando no ayudaba–. ¿Y si entras en casa y tiras desde allí? Tengo miedo de darte la mano si no estás a salvo dentro de tu habitación. Esa es tu habitación, ¿verdad?

–Sí... ¿pero, por qué tienes miedo?

–Porque es posible que nos caigamos los dos –explicó–. Y no me gustaría romperme el brazo otra vez.

–¡Ah! –exclamó Katie–. ¡Seguro que te dolió mucho! ¡Buena idea! –Se bajó del alféizar–. ¿Sabes qué? Creo que seré más fuerte en mi habitación. Pero ¿por qué has subido si tienes un miedo que te cagas?

–¿Que te cagas? –la reprobó Cutter.

–Ajá. Así habla mi abuelo –explicó sombría–. ¿Nunca lo habías oído? La gente lo dice mucho cuando se enfada. Otras veces hasta dicen... –susurró una palabra.

–No me digas –dijo Cutter, logrando sonar ligeramente divertido. Miró a Elizabeth y le envió lo que parecía ser un guiño.

–Sí, claro –dijo Katie con naturalidad–. ¿Tampoco habías oído eso?

–Pues no –mintió Cutter.

Katie hablaba sin parar, pero con la ayuda de Cutter, pronto estuvo a salvo dentro de su habitación. Una vez dentro, ella extendió su mano.

Sorprendida por la escena que se desarrollaba ante ella, Elizabeth vio como Katie extendía sus pequeños dedos ondulantes para que Cutter los agarrara. Y no pudo evitar reírse cuando Cutter fingió dejar que Katie tirara de él hacia adentro, gruñendo y gimiendo. Sintiendo una sensación de

asombro, miró a la pareja en la ventana. Cuando Cutter estaba de pie adentro, habló con Katie suavemente, acariciándole la cabeza. Elizabeth lo miraba, sintiendo un afecto en su corazón que la sobresaltó por su intensidad.

Katie se parecía mucho a Katherine cuando tenía esa edad. Y Katherine había sido una niña hermosa. La única diferencia era el pelo. El de Katherine era como de oro antes de la cosecha, y tan liso como el suyo.

Cuando Cutter llevaba un buen rato dentro, Elizabeth se preguntó si no pensaba salir. Se puso seria.

—¿Cutter? —No hubo respuesta. Elizabeth tan solo veía el borrón de una ventana abierta—. ¡Cutter! —siseó. El perro ladró detrás de ella, pero Cutter no reapareció.

—¡Cutter!

CAPÍTULO VEINTE



No puedes dejarme aquí! –Gritó Elizabeth ante la ventana vacía–. ¡Cutter McKenzie! ¡Vuelve aquí en este instante! No puedes...

La puerta principal se abrió de golpe y la cara redonda y desconocida de una mujer se asomó, parecía molesta y también aturdida. Miró a Elizabeth, bajó la barbilla y abrió mucho los ojos. De repente, ladeó la cabeza, como cuestionándose.

–Ehh... uh... hola –tartamudeó Elizabeth–. Yo-yo-

–¡Demonios! –declaró la mujer de repente, tan fuerte que Elizabeth retrocedió un paso. Estaba pálida, como si hubiera visto a un fantasma–. ¡No! ¡No puede ser! –continuó, mientras se acercaba despacio y giraba alrededor de Elizabeth.

Elizabeth la miró con cautela, siguiendo sus pasos con curiosidad mientras giraba.

–¡Vaya, qué extraña semejanza! –dijo finalmente la mujer–. ¡Debes ser Elizabeth!

Elizabeth asintió lentamente.

La mujer asintió también. Y con un grito abrupto de placer, agarró a Elizabeth de la mano. –“Oh! Pero ¿dónde están mis maneras? –exclamó–. ¡Te estábamos esperando, pero el Sr. Bass no está aquí ahora! Lo llamaron por una cuestión de negocios. –Le dio unas palmaditas a Elizabeth y luego la

soltó—. ¡Pero pasa, pasa! ¡Dios mío, no puedo creer lo que veo! Katie estará muy contenta de verte por fin. ¡Dios mío, cómo te pareces a su madre!

Elizabeth frunció el ceño. ¿De verdad? ¿A Katherine? ¡Pero si ella no la recordaba así! Incapaz de decir una palabra, siguió a la mujer dentro, hasta un gran vestíbulo. Desde allí se abrían dos puertas con columnas, una a la derecha y otra a la izquierda. Había una escalera de dos cuerpos que se curvaba hacia arriba desde el centro, uniéndose encima para formar un altillo. Más allá de la escalera, había lo que parecía ser un pequeño salón.

La mujer se detuvo al pie de la escalera derecha, llamando hacia arriba, con voz aguda pero cálida,

—Katie, cariño... ¡por favor baja! —Luego se volvió hacia Elizabeth.

Elizabeth se quedó mirando, perdida en sus pensamientos. Se retorció las manos nerviosa. Sonrió y la mujer rió alegremente, acercándose para tomarle la mano una vez más, acariciándosela.

—La niña ha preguntado todos los días, desde que llegó tu telegrama, cuándo ibas a venir. ¡Está impaciente! —luego añadió con un hilo de voz—. Supongo que te va a dar mucho trabajo. —Sus ojos se llenaron de tristeza y desvió la mirada—. ¡Katie! —gritó de nuevo, mirando incómodamente hacia arriba.

Elizabeth miró con ansiedad, maldiciendo en silencio a Cutter por dejarla sola. Seguro que ahora bajaba por el enrejado y no la encontraba afuera. ¿Y qué haría? ¿Se daría cuenta de que ella estaba dentro? Llamaría a la puerta, ¿no? No la dejaría sin más. Elizabeth hizo una mueca ante esa idea. Con el mal humor que tenía últimamente, a ella no le extrañaría. Su mirada voló hasta el hueco de la escalera. ¿Por qué demonios pasaba tanto tiempo allá arriba?, se preguntó irritada.

—Qué callada estás —se maravilló la mujer, mirándola—. Tu hermana hablaba mucho, bendita sea su alma, como su hija, me temo.

Elizabeth permaneció muda, asintiendo en silencio, recordando que era verdad que su hermana mucho cuando era niña.

–¡Dios mío! –dijo la mujer de pronto, frunciendo el ceño como si recordara algo y estuviera enfadada consigo misma por no recordarlo antes–. ¡Qué tonta! –Dejó a Elizabeth abruptamente y se dirigió a la puerta para abrirla.

Elizabeth buscó a Cutter afuera pero no lo encontró.

La mujer se volvió hacia Elizabeth, desconcertada.

–Acabo de pensar que había visto dos caballos. ¿Dónde está tu marido? –preguntó confundida.

Elizabeth arqueó las cejas con sorpresa.

–¿Mi... mi marido? –repitió estúpidamente–. ¡Ah, sí! ¡Mi marido! –Mirando con inquietud, maldijo en silencio a Cutter mil veces–. Pues... –comenzó, mientras su mente corría como loca. Por impulso, extendió la mano–. Soy... soy Elizabeth B-B-McKenzie –enmendó rápidamente. Luego asintió incómoda, sin tener idea de qué más decir.

La mujer parecía divertida, su sonrisa era franca.

–Sí –dijo, y sus ojos se iluminaron con amabilidad–. Sí, lo sé. Y yo soy Mimí –añadió, ofreciendo su mano en señal bienvenida.

Elizabeth le estrechó la mano con la mente ausente, sin dejar de maldecir a Cutter en silencio. Apretó los dientes.

Mimí seguía sonriendo.

–¿Él ha venido contigo?

Elizabeth sonrió, aunque tenía ganas de llorar o de gritar.

–Sí, claro –asintió.

Mimí empezó a asentir también, arqueando las cejas. Esperó pacientemente la respuesta que Elizabeth no le daba. ¡Cómo odiaba Elizabeth a Cutter en ese momento! Elizabeth siguió asintiendo sin dejar de pensar.

–¿Y tu marido? –preguntó Mimí.

–¡Ah! Eh, pues –dijo Elizabeth incómoda– está... él... verás...

–¡Lo he salvado! ¡Lo he salvado, Mimí! –gritó Katie por encima de ellas.

Tanto Elizabeth como Mimí alzaron la mirada. Katie saltaba de alegría a

hombros de un extraño, sujetándose con fuerza de la barbilla de él.

Elizabeth tardó un poco en distinguir sus caras; sintió como si se quedara biza antes de poder enfocar.

–¡Cutter! –exclamó horrorizada.

–¡Lo he salvado! –exclamó Katie feliz, abrazándose al cuello de Cutter.

La señorita Mimí boqueó, su mirada se deslizó hacia la de Elizabeth, claramente sorprendida y un poco desconfiada.

Recuperándose rápidamente, Elizabeth ofreció una dócil sonrisa de disculpa mientras se le enrojecían ligeramente las mejillas.

–Uhhh... mi... ma- –intentó no pensar en la mentira mientras pronunciaba la palabra, y cerró los ojos brevemente –marido –tartamudeó, asintiendo sombríamente mientras abría los ojos-. Él es... él es... bueno... ya está adentro... adentro –dijo tan alegremente como pudo. Mimí no dijo nada-. Ha entrado... como puedes ver. –La cara de Elizabeth estaba en llamas, pero se las arregló para encontrarse con los ojos oscuros de Cutter, y él la tranquilizó con un guiño.

Luego su mirada fue hacia arriba, hacia la niña que iba sentada sobre los hombros de Cutter, con los ojos muy abiertos. Al ver a Elizabeth, la niña soltó la barbilla de Cutter.

Para sorpresa de Elizabeth, los ojos de Katie eran tan oscuros como... como los de Cutter. Eran unos ojos que atrapaban, que te llegaban al alma. Unos ojos tristes y alegres a la vez... Unos ojos que, quitando la diferencia de color, le resultaban tan familiares a Elizabeth que hacían que le doliera el corazón.

–¿K-Katie? –Elizabeth se atragantó.

Mimí se quedó en silencio, observando la escena desplegada, mientras Katie se retorció con entusiasmo, tratando de encontrar la forma para bajar de los anchos hombros de Cutter. Él la ayudó, bajándola y manteniéndola erguida hasta que los piecillos estuvieron seguros. La niña miraba a Elizabeth boquiabierta.

–Nos hemos hecho amigos –aseguró Cutter, guiñándole un ojo a Elizabeth.

Con el corazón en un puño, Elizabeth cayó de rodillas de inmediato, abriendo los brazos en señal de bienvenida, pero Katie se quedó paralizada. Por fin, tras un momento insoportable, Katie dio un paso adelante, y cuando Elizabeth pensó que correría a sus brazos, pasó corriendo por un lado. Elizabeth se quedó de rodillas, con las manos vacías. Cerró los ojos y tragó mientras escuchaba los pies de la pequeña corriendo a toda velocidad. Era de esperar, se dijo a sí misma. Katie no la conocía después de todo. Abrió los ojos para encontrarse con los de Cutter, absorbiendo la fuerza que había en aquella mirada.

Mimí tenía lágrimas contenidas en los ojos, la punta de su nariz se estaba poniendo rosa.

De repente, Elizabeth notó cómo los mismos piececillos corrían hacia ella, derrapando para frenar. La pequeña puso ante Elizabeth una foto enmarcada, acercándosela tanto que las tres figuras de la foto se convirtieron en una mancha oscura. Elizabeth la tomó y la alejó de su rostro para ver mejor, luego se la volvió a cerrar, incapaz de enfocar. Contuvo la respiración cuando las formas se definieron.

Katie se balanceó hacia adelante sobre las puntas de los pies, con las manos cerradas detrás de la espalda.

–Te pareces a mi mamá –susurró con reverencia, con un toque de dolor en su tono tranquilo. Sus pequeños ojos se pusieron brillantes, pero su tierna sonrisa se negaba a entregarse al dolor–. Está en el cielo, ella también. Aunque no por la guerra –agregó en un susurro, mirando de repente a Mimí para pedir ayuda.

Mimí se adelantó, colocando una mano tranquilizadora en el pequeño hombro de Katie, apretándolo con suavidad. Ella también tenía los ojos nublados.

Con el corazón oprimido, Elizabeth atrapó entre sus manos los pequeños

dedos de Katie. Para su alegría, Katie no retrocedió sino que se acercó.

Mimí se aclaró la garganta.

–Katherine... –comenzó, pero no dijo nada más. Se secó los ojos.

Elizabeth sabía lo que Mimí iba a decir. Abrazó a Katie, esperando protegerla, o al menos, darle fuerza. Para su sorpresa, Katie se arrojó a sus brazos como si necesitara a muerte el cariño que le ofrecían.

–Tu hermana... –continuó Mimí– ...tu hermana falleció durante el nacimiento de su segundo hijo... Joshua Elias –se atragantó–. Lo enterramos junto a su madre.

Como si su vida dependiera de ello, Katie se aferró a Elizabeth mientras Mimí hablaba. Elizabeth la abrazó con más fuerza para consolarla.

–Hace casi seis meses –continuó Mimí con voz quebrada. Sus rollizos hombros se encogieron–. La muerte de John le robó buena parte de sus fuerzas, supongo que... –se le cortaron repentinamente con las palabras.

Elizabeth estrechó a la pequeña con fuerza, mientras unas lágrimas ardientes le quemaban los ojos. Luego miró hacia abajo, por encima del hombro de Katie, a la foto que tenía en la mano. Tres sonrientes figuras le devolvieron la mirada: Katie, con unos dos años. Su pelo estaba más corto, pero igual de rizado, su rostro igual de dulce. Había un hombre, que Elizabeth supuso que sería el marido de Katherine. John, con el pelo oscuro y ondulado que se le arrebuja orgullosamente en los hombros. Los botones de bronce de su ropa brillaban relucientes. Katherine tenía el aspecto que Elizabeth recordaba. La preciosa Katherine.

Elizabeth apoyó suavemente la foto contra la espalda de Katie, mientras una lágrima se deslizaba sobre su mejilla.

–Solo necesito saber... –titubeó, mirando a Mimí–. ¿Mi hermana era feliz?

Frotándose nuevamente sus ojos, Mimí asintió.

–¡Oh, ya lo creo que sí! –exclamó–. ¡Muy feliz!

Elizabeth asintió, cerrando los ojos, incapaz de seguir hablando. En el

fondo era lo único que importaba, ¿no? Que Katherine hubiese sido feliz. Que su vida hubiese sido buena. Ahora Elizabeth debía ocupar su lugar como madre de la pequeña que tenía entre sus brazos. Tuvo la impresión de que esa era la misión de su vida.

Su mano libre acarició los rizos de Katie con suavidad.

–No llores –le dijo.

Katie la abrazó más fuerte, enterrando la carita en el pelo de Elizabeth.

–¡Si nunca lloro! –respondió, con una exclamación apagada. La pequeña la abrazó con más fuerza, y luego sollozó, desmintiendo su afirmación.

Elizabeth sonrió con comprensión.

–Por supuesto que no –dijo, mientras un vivo recuerdo de otra ocasión y otro lugar le venía a la mente.

Katherine se había caído, se había herido las rodillas y los codos. Elizabeth le limpió la suciedad del vestido, luego las rodillas.

–¡Mira! ¡No te preocupes, no te ha pasado nada, solo te has ensuciado!

–¡Mi vestido! –gimió Katherine.

–No te preocupes, Katie, mamá lo entenderá. Mira, ¡ya está! ¡No llores!

Con su dulce carita mirando hacia arriba, mientras el azul del cielo se reflejaba en el brillo de sus ojos, Katherine juró con vehemencia:

–No estoy llorando. ¡Yo nunca, nunca lloro! –Pero las lágrimas brillaban en sus ojos.

Elizabeth pensaba asumir la tarea así fuera lo último que hiciera en la vida; haría que su hermana estuviera orgullosa de ella. Jamás permitiría que Katie la olvidara. Por primera vez, algo aparte de su papel como médico le tocaba el alma. Algo que consideraba igual de importante, más aún, quizás, porque había algo intrínsecamente gratificante en tener a la niña en sus brazos. Su cuerpecito la llenaba de ternura. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

Mimí les dio un momento más, y luego se unió al abrazo, llorando sin contención, diciéndole a Elizabeth lo mucho que había oído hablar de ella, la

cantidad de cosas buenas que le habían dicho. Y, otra vez, cuánto se parecía a su hermana.

Mientras Cutter traía a la casa sus pertenencias, Elizabeth escuchó en silencio cómo Mimí le relataba el profundo pesar de Katherine por haber perdido el contacto con su hermana. Elizabeth no supo qué decir cuando Mimí los llevó a la habitación que ocuparían durante su estancia. Ninguna palabra podía sanar la pérdida de su hermana. Una pérdida que, aunque había ocurrido años antes con su separación, solo ahora se había completado.

Le consolaba un poco saber que Katherine se acordaba de ella. Sin embargo, siempre le dolería que a través de los años su separación hubiese sido tan firme. De no haber sido por la carta de Elias Bass, Elizabeth nunca habría conocido a su única sobrina.

Elizabeth tuvo una visión repentina. Los tres juntos: Katie, ella... y Cutter. Sacudió la cabeza para disiparla, y se obligó a pensar otra vez en Elias Bass.

¿Qué clase de hombre sería? ¿Cómo podía alguien no querer a la adorable Katie? Su mirada voló hasta la pequeña, que ahora corría para abrir una puerta. Katie entró en aquella habitación y cuando los tres adultos llegaron a la puerta, la vieron retozando en la gran cama con dosel.

–Espero que les guste –dijo Mimí, luego movió un dedo de advertencia hacia Katie, pero Katie ignoró la reprimenda, sin dejar de jugar. Sin perder el ritmo, Mimí se volvió hacia Elizabeth, como si le pareciera normal que la niña ignorara su advertencia–. El armario está vacío. Podéis usarlo si queréis. Ah, tal vez queráis bañaros.

Elizabeth sonrió con agradecimiento mientras sus ojos recorrían la habitación.

–Sí. Gracias. Muy amable. –Elizabeth dejó su bolsa sobre la cama. Sin decir una palabra, Cutter colocó la suya junto a la de ella, y luego se dirigió a la ventana, metiéndose las manos en los bolsillos–. La habitación es preciosa –aseguró Elizabeth mientras lo miraba–. Vamos a estar muy bien.

Un gran armario de abedul ocupaba la pared izquierda, mientras que el cabecero de la cama quedaba pegado a la pared derecha. Había una pequeña ventana en la pared del fondo y otra cómoda de abedul. Junto a la cama había una cómoda, y sobre ella, un lavabo y una jarra de porcelana color marfil. Una silla de madera con respaldo rígido ocupaba el rincón junto al armario.

–La difunta mujer del señor Bass hizo traer todos los muebles del Este del país –reveló Mimí–. En paz descansen. Hace ya diez años que nos dejó.

Elizabeth asintió, y al no tener idea de qué responder, comenzó a sacar sus cosas de la bolsa.

–Tenía un gusto exquisito –dijo Elizabeth al fin, levantando la mirada a tiempo para ver la sonrisa cariñosa de Mimí y cómo asentía con profundo acuerdo.

Elizabeth bajó la mirada hacia abajo a sus pertenencias y suspiró. Tenía tan pocos objetos que se demoró en cada uno, esperando que Mimí no notara la falta reveladora.

–¿Katherine también vivía aquí? –preguntó Elizabeth para intentar desviar la atención de Mimí.

Mimí levantó una mano.

–Oh, no, ¡qué va! Aunque no vivían lejos –dijo–. Estoy segura de que el Sr. Bass os llevará allí mañana.

–Yo también puedo ir, ¿verdad? –preguntó Katie, dejándose caer sobre la cama en cuanto Cutter apartó su bolsa. Luego, su carita se contrajo con incertidumbre–. ¿Puedo, Mimí?

–Por supuesto, Katie –le aseguró Mimí con un guiño–. Quiero decir... si a tu tía Elizabeth le parece bien.

–Por supuesto –aceptó Elizabeth, sonriendo ansiosamente mientras estudiaba su último artículo.

Los ojos de Elizabeth se posaron en la bolsa de Cutter. No sabía si debía ponerse a sacar sus cosas también. Al levantar la vista, vio que Cutter ya no estaba en la ventana, estaba apoyado contra la pared derecha, con el pie

izquierdo apoyado casualmente detrás de él y los brazos cruzados. Elizabeth volvió la mirada hacia Mimí, que la estaba examinando con curiosidad. Elizabeth miró con ansiedad las cosas de Cutter.

Pero, ¿qué le pasaba?, se preguntó irritada. Solo era ropa. Ropa y su cepillo de dientes, polvos para lavar los dientes y una navaja, agregó mentalmente. Se sonrojó al recordar cuando Cutter la encontró en el río con arena en la boca.

No importaba que se sintiera rara por... por tocar sus cosas. No importaba que le trajeran recuerdos vergonzosos, porque si estuvieran casados de verdad lo que se habría esperado de ella como esposa era que lo sacara todo. ¡Así que eso era exactamente lo que iba a hacer!

Además, se recordó a sí misma, ya había visto y también tocado su ropa, cuando la había lavado en el río. Aún así, Elizabeth vaciló, mirando brevemente a Cutter. Él tenía de nuevo su sonrisa de medio lado y los ojos se entrecerrados, mirándola con censura.

Elizabeth tragó y se obligó a extender la mano para tocar la camisa verde de Cutter, entonces lo escuchó reír entre dientes. Mientras Mimí parloteaba sobre que no había suficientes horas en un día, Elizabeth la levantó y sus dedos recordaron la textura gastada. Luego, sin reparar en lo íntimo que era el gesto, se la llevó a la nariz, aspirando profundamente el jabón que había usado para lavarla... y el aroma masculino, ese que la embrujaba porque era tan parte de él como las fibras de la tela.

El deseo atravesó a Cutter como un rayo mientras la miraba. Ya no podía prestar atención a Mimí, su voz había pasado a ser un zumbido distante. En ese momento deseaba a Elizabeth más de lo que nunca creyó posible.

Pero no se trataba tan solo del intenso calor en su anatomía inferior, no era eso lo que lo despertaba, lo inquietaba. Sino la satisfacción que le proporcionaba aquel sencillito gesto: una intimidad que se comparte solo entre un hombre... y su mujer.

Su mujer.

La frase lo acosaba como un lobo delirante pisándole los talones. Fascinado, vio como Elizabeth doblaba su camisa, colocándola ordenadamente dentro del cajón. Su mirada ardió, con el agradable recuerdo de Elizabeth lavando esa misma camisa en el río. Él quería que ella hiciera esas cosas por él siempre. No era que no pudiese valerse por sí mismo, pero le producía un profundo placer ver que ella lo tocaba de esa manera... sin tocarlo directamente.

Lo hacía arder.

Pero a pesar de que Cutter estaba absorto en las sensaciones, se percató de inmediato de la nueva presencia, y se le erizaron los pelos de la nuca. Sus deliberaciones terminaron abruptamente cuando alzó la vista para ver que había un hombre mayor de pie, detrás de Mimí, que seguía parlotando en la puerta. El hombre los observaba sin hablar, su postura no era amenazante. Sin embargo, la expresión del hombre estaba inconfundiblemente recia. Cutter se puso nervioso. Nadie parecía haber notado su presencia y Cutter no dijo nada para alertarlas. Se apartó bruscamente de la pared, dejando caer las manos sobre los costados.

Durante un rato, las miradas de los dos hombres se encontraron y se sostuvieron. Cada uno evaluaba al otro. Cutter supo instintivamente que era Elias Bass quien le tomaba medidas. El hombre que decidiría su destino y el de Elizabeth. Y estaba claro, tanto como que existía el infierno, que si Bass le negaba la niña a Elizabeth...

Ella lo odiaría.

Era obvio que ella ya se había enamorado de la niña. No hacía falta mucho para enamorarse de ella. A él también le resultaría muy fácil... si se lo permitía a sí mismo. Pero no podía permitírselo... no lo iba a hacer.

—¡Mira, tía Lizabeth! —Katie se giró en la cama, y luego se quedó paralizada al ver a su abuelo en la entrada—. ¡Abuelo! —gritó. Katie saltó para bajar de la cama, corriendo como un pequeño rayo a sus brazos.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Elias Bass era un hombre alto y delgado, con pelo plateado y ojos azules de profundas arrugas en las esquinas. Las marcas de risa junto a su boca también eran profundas, aunque de momento enmarcaban una sonrisa incómoda.

Poniéndose de puntillas, Katie frotó la mejilla contra la barba moteada de canas de su abuelo. Luego se puso repentinamente rígida.

–¡Abuelo! –le dijo feliz, con una voz que deseaba camelarlo y pasándole los deditos por la barba–. ¡La tía Lizabeth ha venido con el tío Cutter! ¿Y sabes qué? –dijo seria–. ¡Él entró en casa por la ventana! ¿Y sabes qué más? ¡Ella no lo va a castigar!

Elias Bass se rió ante la expresión de incredulidad de su nieta y le acarició la manita con la que ella lo acariciaba.

–¿Ah, sí? –preguntó con jovialidad. Volvió a mirar a Cutter rápidamente a través de las pestañas. Luego, abrazando a Katie, entró en la habitación, ofreciéndole la mano a Cutter en señal de bienvenida.

Cutter se apartó de la pared y se adelantó, rodeando la cama y apretándole el hombro a Elizabeth por el camino.

–Cutter McKenzie –dijo con formalidad, inclinándose hacia adelante para estrechar la mano del hombre.

Elias le estrechó la mano con firmeza. Luego, con un gruñido, Katie se

puso de pie, sin apartar los ojos de Cutter y se tiró de nuevo sobre la cama.

–Me alegro de que hayan podido venir –dijo Elias, soltando al fin la mano de Cutter.

Cutter movió la cabeza y luego se giró para tomar a Elizabeth por la muñeca, acercándola.

–Mi mujer –dijo, con tanto orgullo, que a Elizabeth le dio un vuelco el corazón.

Sonaba tan genuino.

Sus ojos se encontraron con los de Cutter brevemente, y luego miraron con aire de culpabilidad a Elias. Elizabeth tragó con nerviosismo, pero la mano de Cutter sobre su espalda le daba valor.

–Yo... yo... yo. Me alegro de conocerlo... –terminó sin convicción, mientras le temblaban las piernas.

Elias sonrió, asintiendo. Aunque él no abrazó a Elizabeth como había hecho Mimí, la expresión de sus ojos era acogedora. A pesar de ello, Elizabeth se sentía incómodo en su presencia, consciente de la mentira, como si fuera algo tangible entre ellos.

–Ha sido un viaje duro para Liz –explicó Cutter, como si sintiera la incomodidad de Elizabeth. Le frotó la espalda con dulzura, con un gesto afectuoso.

–Me lo imagino –dijo Elías, rascándose la barba con sus largos dedos. Tosió bruscamente, echando un vistazo rápido a Mimí, y luego se aclaró la garganta, mirando directamente a Elizabeth–. ¿Por qué no han venido en tren?

Elizabeth trató en vano de aplacar el pánico que sentía. La mirada de él era tan penetrante que ella estaba segura de se había dado cuenta de la mentira. Sus pensamientos galopaban y se le escapaba la voz. Intentó hablar, decirle que... pero no pudo. ¡Madre mía! ¡Seguro que perdería a Katie! ¡Iba a ser imposible engañar a Elias Bass! ¡No iba a poder! ¿Cómo se le había ocurrido siquiera?

Cutter le dio un suave empujón en la espalda, instándola sin palabras a que hablara. Al ver que no ocurría, su mano se deslizó hacia abajo para acunar su trasero, apretando suavemente.

–¡No! –Elizabeth se quedó sin aliento, saltando un poco para poner distancia con la mano de Cutter.

Elizabeth había intentado moverse sin querer hacia Elias, pero Cutter la sostenía por la falda, así que ella lo dejó pasar sin decir nada más.

Elías dio un paso cauteloso hacia atrás. Tosió y se aclaró la garganta, mirando con las cejas arqueadas a su ama de llaves. Mimí lo había visto todo y tenía un aire de culpabilidad. Elizabeth se sintió inundado de vergüenza.

–Bien –dijo Elias con una sonrisa que se dibujaba lentamente–. Creo que están bastante cansados. –El hombre compartió con Cutter una mirada de complicidad y Cutter le devolvió una sonrisa de medio lado, junto con una inclinación de cabeza.

Elizabeth entendió claramente lo que Elias no había dicho en voz alta. ¿Insinuaba que necesitaban tiempo a solas? Antes de que pudiera protestar, Elias ya le ordenaba a Katie que bajara de la cama y la llamaba hacia la puerta.

–Vamos, Katie –le dijo suavemente. Luego, mirando a Cutter y sin dejar de sonreír, añadió–. Vamos a dejarlos tranquilos ahora. Tenemos mucho tiempo para conocerlos más tarde.

Cutter asintió una vez más.

–¡Pero yo quiero quedarme! –Katie se opuso, golpeando el pie contra el suelo.

–Puedes volver más tarde –le prometió Elias–. Ahora, marchémonos.

Elizabeth abrió la boca para decir que no había ninguna razón por la que Katie no se pudiera quedar con ellos, pero la mano de Cutter se deslizó bajando por su espalda una vez más. Elizabeth se estremeció ante su contacto, se giró para apuñalarlo con la mirada. “Ya verás”, le prometió en silencio. “Espera y verás”. Volviéndose de nuevo, vio que Elías ya empujaba

a Mimí junto delante de él. Katie se había ido, sus pequeños pasos corrían ágiles para hacerla desaparecer por el final del pasillo. La protesta de Elizabeth murió en su garganta.

Mimí negó con la cabeza.

–Esa niña nunca camina –se quejó–. ¡Uno de estos días se va a matar con esas carreras! –Suspiró con cansancio y luego, al darse cuenta de lo que acababa de decir y del motivo de la visita de Elizabeth, su expresión se tornó agrídulce. Hubo un momento de profundo entendimiento entre las dos mujeres, como si Mimí le entregara las riendas a Elizabeth. Luego Mimí sonrió–: Te voy a preparar el –dijo en voz alta, tratando de sonar alegre.

–No hay prisa, Mimí –la regañó Elias, guiñándole un ojo–. ¿No ves que estos dos jóvenes necesitan un poco de tiempo a solas? Han tenido un largo viaje, mujer. Dale tiempo a que respiren, por Dios santo. No molestes con lo del baño a la señora McKenzie –le dijo desde el pasillo–. Ya se lo prepararás cuando esté lista. Tómense su tiempo.

Los pasos resonaron en el suelo de madera, y de repente se detuvieron bruscamente.

Mimí chilló.

–Elias... ¡para!

Elias murmuraba, su risa se oía apenas.

–¡No creas que no me he fijado antes en la tos! –exclamó Mimí–. ¡No estás bien! ¡Ya te dije que ir a caballo hasta St Louis con este calor era demasiado!

–Estoy bien –le aseguró Elias.

Mimí resopló en desacuerdo, y luego suspiró con resignación.

–¿No crees que es la viva imagen de Katherine? –preguntó, cambiando de tema.

–Un poco sí –admitió.

–Oh, Elias –lo reprendió Mimí. Su voz fue haciéndose débil en la distancia–. ¡Es que no te has fijado en su cara! ¡Se parece a Katherine!

La risa de Elias era apenas audible. Luego Mimí graznó de nuevo, haciéndolo reír otra vez.

Cuando se fueron al fin y no había peligro de que regresaran, Elizabeth se volvió para enfrentar a Cutter con una mirada indignada.

–¿Cómo te has atrevido? ¡Vieron lo que hacías!

Con movimientos ágiles y musculosos como los de un gato montés, Cutter cerró la puerta, girando para apoyar sus hombros gruesos contra ella, con una sonrisa de depredador.

–¿Qué vieron? –preguntó, con los ojos brillantes de malicia.

–¡No finjas que no sabes de qué estoy hablando, Sr. McKenzie! ¿Cómo has podido hacer una cosa así?

–¿Qué? –preguntó él con voz ronca–. ¿Tener confianza con mi mujer? –Se encogió de hombros–. No se me ocurría una forma mejor de hacer que se largaran. Por el amor de Dios, Liz, te faltó poco para confesar todos pecados de tu vida. No podíamos arriesgarnos, ¿no? Además, yo no me preocuparía por escandalizar a esos dos –dijo con una sonrisa torcida–. Probablemente podrían enseñarnos un par de cosas.

Elizabeth primero se mostró horrorizada y luego incrédula.

–¿Elias y Mimí? –preguntó.

Cutter se encogió de hombros sin responder, pasándose una mano por el flequillo empapado en sudor, apartándose de los ojos.

–Oh, ¿y cómo lo sabes? –le soltó Elizabeth, mientras sacaba el resto de la ropa arrugada de Cutter y la metía descuidadamente en el cajón abierto–. Ella es su ama de llaves, ¡hombre!

Disfrutando de su ira, Cutter sonrió.

–Lo sé, ya está –respondió él de forma casual. Le gustaba bastante la forma en la que los ojos de Elizabeth se iluminaban airados.

Elizabeth bufó.

–¡No puedes haberlo sabido tan rápido! –respondió ella, lanzándose un mechón de pelo decolorado por el sol por encima del hombro.

Las semanas de viaje habían convertido su pelo rubio oscuro en un rubio de oro, bañado por el sol, con unos tonos más claros que le enmarcaban la cara. Su piel recordaba a los melocotones con crema; a pesar del tiempo que había pasado bajo el sol, estaba tan solo un poco más oscura.

Los labios de Cutter se curvaron con picardía.

—¿Quieres apostar? —preguntó. Su tono era seductoramente sedoso.

Irritada, Elizabeth cogió un par de calcetines de Cutter que se habían quedado en la cama. Los lanzó al cajón abierto, cerrándolo con fuerza, deseando haber podido lanzar a Cutter en su lugar.

—¡No, no quiero apostar! —replicó Elizabeth entre dientes—. Y eso... —Se dio la vuelta, moviendo un dedo hacia él, estrechando los ojos—. ¡Es a es otra cosa! ¡No puedo creer que me hayas dejado afuera sola, gritando como una loca ante una ventana vacía! ¡No se entra por la ventana de las casas, señor McKenzie! ¡No se hace!

Cutter arqueó una ceja.

—¿Ah, no? —preguntó con diversión obvia.

—¡No!

—Bueno —Cutter se apartó de la puerta bruscamente—. Tendré que recordarlo la próxima vez. ¿No, señora McKenzie? —sonrió.

Elizabeth dio un paso atrás, pero enderezó los hombros, mirándolo con tanta ferocidad como fue capaz.

—No te atrevas a llamarme así. ¡Y ya puedes dejar de divertirme a mi costa! ¡Sé lo que intentas hacer, Sr. McKenzie!

—¿Ah, sí?

Elizabeth levantó una mano para mantenerlo alejado.

—¡Atrás!

Cutter amplió su sonrisa.

Elizabeth retrocedió otro paso, hasta que su espalda chocó contra el armario.

—Cutter —advirtió.

Él apoyó una mano sobre la cabeza de Elizabeth, preparándose. Luego, tras un interminable momento, la tocó. Sus dedos la aferraron por la cintura. Se notaban calientes por donde tocaban. A Elizabeth le temblaron las rodillas.

–Cutter –respiró mientras se le doblaban las piernas.

El brazo de Cutter se deslizó alrededor de su cintura, envolviéndola y atrayéndola hacia él. El corazón de Elizabeth dio un vuelco. Ella se relajó en sus brazos, mientras Cutter saboreaba despacio la sensación de tenerla cerca, uniendo sus cuerpos tanto, que podrían haber sido uno solo.

–Eres hermosa –dijo Cutter en voz baja.

–Por favor, no... no me mientas –rogó–. Nunca... nunca lo he sido.

–Preciosa –añadió Cutter sosteniéndole la cara con suavidad–. No quiero volver a oírte decir lo contrario.

El apetito descarnado que había en sus ojos de ébano la hizo sentir que era verdad lo que decía. Que decía en serio todas y cada una de sus palabras. Se le disparó el corazón. Elizabeth cerró los ojos.

–Cutter...

Los dedos de Cutter se enredaron en el pelo de Elizabeth mientras entrecerraba los ojos.

–Tu pelo –susurró con tanta intensidad que provocó que Elizabeth se estremeciera. Como el fuego, sus labios rozaron ligeramente los de Elizabeth, con un susurro abrasador que le llegó al alma mientras el calor aterciopelado le robaba la voluntad–. Tu boca... –Una vez más, los labios de Cutter rozaron los de ella, aunque esta vez él la mordió suavemente. Sus labios se separaron con un gemido. –Especialmente tu boca–. Cutter hizo que Elizabeth inclinara la cabeza hacia atrás.

Atrapándola contra el armario, la besó en el hueco palpitante de la base de la garganta, saboreándolo como si fuera lo único que deseaba.

Pero no era lo único.

Y ambos lo sabían.

Elizabeth estaba ardiendo. Era imposible soportarlo. Todo su cuerpo lo

deseaba hasta llegar al dolor; sus pechos deseaban el contacto con los labios de Cutter, sus besos. Cutter posó los labios sobre los de ella, luego le cubrió con suavidad la boca, con un beso lento, embriagador que la dejó sin aliento. Sin previo aviso, la lengua la apuñaló profundamente, haciendo que la boca de Elizabeth ardiera, llena de fuego. Su respiración la abandonó por completo. El calor se desplegó profundamente dentro de ella, filtrándose en cada rincón, haciéndola temblar de deseo.

Lo deseaba con toda su alma.

Pero no podía.

Elizabeth sacudió la cabeza, negándose, negandoselo a sí misma. Pero fue incapaz de hablar. Una cosa era haberlo hecho por ahí, solos... pero, ¿aquí?

El golpeteo de unos pies pequeños se abrió paso y, antes de que Elizabeth pudiera recuperarse, la puerta se abrió. Chillando de sorpresa, Elizabeth empujó al Cutter por el pecho, su cara llena de culpabilidad.

–¿Katie? –Elizabeth abrió la boca. Su mano voló hacia su pelo para alisárselo nerviosa.

Katie sonrió.

–Solo quería enseñaros algo –susurró en voz alta, sus ojos grandes y redondos, como para enfatizar el secreto de su visita. Se acercó despacio. Y, con los ojos fijos en Elizabeth, le ofreció la mano con la palma hacia arriba.

En ella Elizabeth encontró un pequeño relicario que reconoció de inmediato. Lo tocó con reverencia, cayendo de rodillas para ponerse a la altura de los ojos de Katie. Tomó el relicario de la pequeña mano de Katie, tragando el nudo que se le formó en la garganta y contemplándolo en silencio un buen rato. Lo abrió despacio y encontró dos pequeños retratos. El de Katherine... y el de ella misma. Mientras los miraba, los recuerdos agri dulces la asaltaron. Apartando la mirada del medallón, se encontró con Katie mirándola con expectación.

–¿Dónde lo has... –Elizabeth se ahogó con las palabras–. Oh, Katie...

–Para ti –susurró Katie, encantada con su regalo, así como con la

expresión tierna de su nueva tía—. Mi abuelita se lo dio a mi mamá, y ella me lo dio a mí cuando Dios le dijo que se la iba a llevar al cielo. —La pequeña levantó la barbilla, guiñando un ojo con tanta dulzura que a Elizabeth le dolió el corazón por la forma tan valiente con la que aceptaba su pérdida.

—Pero, Katie, ¿estás segura? Esto es tan especial. Tal vez tu madre quería que lo tuvieras tú.

—Bueno... si me llevas contigo a casa —sugirió en un susurro dulce— podemos compartirlo.

Katie levantó las manos como diciendo, ¿ves qué fácil es?

—Por supuesto —respondió Elizabeth. Cada gesto de Katie, cada palabra que pronunciaba le partían el corazón—. Lo haremos. —Le brillaban los ojos—. Seguro, así lo haremos.

—Porque mi abuelo dice que ya está demasiado cansado —reveló Katie como quien no quiere la cosa. A Elizabeth se le volvió a encoger el corazón—. ¿Me vas a llevar? —Elizabeth se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Sí. gracias, Katie. —Elizabeth levantó el medallón—. Lo guardaré siempre con mucho cariño. —Buscaba en vano qué decir, pero no se le ocurría nada.

Desde abajo, se oyó la voz de Mimí y Katie abrió enseguida los ojos de par en par.

—¡No se lo cuentes! —la instó en un susurro ansioso—. El abuelo me dijo que estabais cansados y que debía dejaros dormir... que no os molestara. —La niña levantó una mano y la movió con delicadeza—. Pero no os he molestado... ¿no? Así que no se lo contéis... ¿de acuerdo? —Parecía tan preocupada que Elizabeth sonrió.

—Tranquila —dijo Elizabeth, cerrando la mano con el medallón dentro—. No diremos nada.

Los ojos oscuros de Katie brillaban. Con una enorme sonrisa, se volvió de pronto y salió corriendo de la habitación, olvidando cerrar la puerta.

Poco a poco, disfrutando el momento, Elizabeth se volvió y encontró a Cutter mirándola fijamente. Estaba apoyado sobre un hombro en el armario.

No dijo nada, pero la forma en la que la miraba, con los ojos entornados, le produjo escalofríos. ¿Qué pensaba de ella? Mientras seguía escrutándola, Elizabeth se avergonzó profundamente por la situación en la que habían sido pillados. ¡Nada menos que por Katie!

No era la primera vez en la que se preguntaba qué le pasaba, que se olvidaba de todo, incluso de respirar, cuando estaba con Cutter ¿Dónde habían quedado su prudencia y la sensatez que su padre le había inculcado? Cutter la volvía débil con sólo mirarla. Elizabeth se estremeció al pensar en los labios de él sobre los suyos. Miró hacia la cama, la única cama de la habitación, y se mordió con nerviosismo el labio inferior.

–Hemos estado cerca –dijo de pronto Elizabeth.

Cutter se limitó a arquear una ceja a manera de respuesta, y la vergüenza de Elizabeth se convirtió rápidamente en rabia.

–Acerca de esta noche, Cutter... No creo que debamos... no deberíamos...

¡Vaya, ni siquiera podía decirlo! Observó cómo se movía la mandíbula de Cutter y volvió a estremecerse. Lo intentó de nuevo:

–No espero que... en fin, que porque yo sea mujer me dejes la cama...

Elizabeth miró la silla de madera. Hizo una mueca, pensando en lo incómodo que sería dormir allí. Pero no había más que una única opción... una opción que sería como rozar el cielo, admitió Elizabeth en silencio.

Pero no era correcto, se avergonzó de sí misma. No quería llevar vergüenza a la familia de su hermana, durmiendo con un hombre con el que no estaba casada.

–Yo dormiré en la silla –concluyó, mordisqueándose suavemente el labio–. Quédate tú con la cama.

Con una breve inclinación de cabeza, Cutter se apartó del armario.

–Así que –dijo con los ojos ardiendo mientras se acercaba– no importa compartir un tapete en el campo, ¿pero una cama sí? –Meneando la cabeza, Cutter pasó junto a ella, ofreciéndole una mirada con los ojos entrecerrados. Abrió la puerta y se detuvo. Sin volverse, dijo–. No hace falta que duermas

en la silla. ¡Eres bienvenida en la cama!

Cutter deseaba añadir que no iba a volver, pero no le salieron las palabras. Frustrado, se dio cuenta de que ese era el problema, sí pensaba volver. Cerró la puerta al salir, dejando a Elizabeth aturdida en silencio.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



No había en su cuerpo un solo músculo que no estuviese contraído con furia cuando Cutter se inclinó hacia delante para apoyarse en la valla, apretándola con ira. Sin embargo esperaba parecer relajado mientras miraba a los campos sin fin. Trigo, pensó. Acres y acres de trigo. Apretó la madera hasta que le quedaron marcas en las manos. El sol empezaba a bajar y los pastos se mecían suavemente con la brisa, las espigas de oro-marrón brillaban bajo la dorada luz del cielo... La escena era tan silenciosamente seductora como Elizabeth.

Demonios, debería haberlo visto venir.

¿Por qué no lo había visto? Meneó la cabeza enfadado.

—¿Problemas con la señora?

Al oír la voz de Elias, Cutter se tensó y su piel se erizó. Para disipar la tensión, se enderezó y se volvió, apoyando la espalda en la valla. Elias Bass caminaba hacia él, sonriendo con complicidad. Cutter se echó hacia atrás y cruzó los tobillos, asumiendo una postura relajada, mirando brevemente en la casa, luego otra vez a Bass.

—Se podría decir que sí —admitió con pesar.

Elias se rió y se detuvo delante de él, cruzando los brazos.

De nuevo Cutter rompió el contacto visual el tiempo suficiente para guardar sus emociones volcánicas. No podía permitirse el lujo de que Elias

notara su rabia. Elizabeth no se lo podía permitir, se corrigió. ¿Y desde cuando tenía un interés personal en ello?

–Creo que ella tiene miedo de causar una mala primera impresión –dijo Cutter.

–¿Y usted? –preguntó Elias.

Cutter se encogió de hombros.

–Creo que ella se ha enamorado de su nieta –dijo Cutter sin rodeos–. Se muere de miedo de que usted cambie de opinión; de que nos desapruebe por alguna razón.

Cutter observó la expresión de Elías meticulosamente, observando la culpabilidad que se delataba por el cambio de color en la cara del hombre. Cutter maldijo en silencio.

Elias asintió.

–Eres muy directo, McKenzie. –Elías se miró las botas y dio una patada al suelo, luego volvió a mirar a Cutter–. Bueno, eso me gusta –declaró.

Cutter se limitó a asentir. Claro que le gustaba, por supuesto. Pero, ¡demonios! Maldita sea, era como si las palabras estuvieran suspendidas entre ellos. Había algo tangible. Cutter se preparó.

–Respecto a la razón, McKenzie... Me alegro de que haya bajado. –Elias apoyó la espalda en la valla y se sentó sobre ella para quedar al lado de Cutter, enganchando el talón de las botas sobre el peldaño inferior. Suspiró profundamente, parecía cansado–. Porque tenemos que hablar.

Una vez más, a Cutter se le erizó la piel. Su mano se cerró en un puño. Ya lo veía venir. Lo presentía por el tono de voz de Elias. Se maldijo de nuevo por creer que las cosas podía ser distintas. Maldijo a Elias Bass por demostrarle que Elizabeth tenía razón, ¡y a Elizabeth por entrar en su vida! Cutter desvió bruscamente la mirada hacia Elias, entrecerrando los ojos, con el corazón martillando y las entrañas retorciéndose violentamente. Elias lo observaba con atención. Controlándose, Cutter se tomó un momento para contener sus emociones, luego preguntó en voz baja:

–¿Hay algún problema, Bass?

De nuevo se hizo el silencio. Los dos hombres se miraron, midiéndose.

–No –respondió Elías tras un momento sombrío. Sus cejas se arquearon formando una pregunta–. ¿Para usted hay algún problema, McKenzie? ¡Piénselo un momento antes de darme una respuesta! –agregó, cuando Cutter contrajo las cejas con fuerza. Elías levantó una mano–. Creo que merezco una respuesta. Katie es mi única nieta. ¡Le juro por Dios, McKenzie, que no tengo ningún problema con usted, me da igual su origen!

Cutter se enderezó con brusquedad.

–Mi origen...

–¡Permítame terminar! Su origen, lo que usted es, sí afecta a mi nieta, y los dos lo sabemos. Ella me importa demasiado para no hablar de esto con usted. Me parece un hombre decente. No estoy ciego, sé lo que vi entre usted y Elizabeth ahí arriba, y sé que es bueno. ¡Habla muy bien de usted! Sin embargo, necesito saber que sabe lo que hace, que su mujer y usted saben lo que implica cuidar a mi nieta.

¿Sólo eso? ¿Sin peros? Cutter se obligó a mantenerse sereno, evitando la pequeña explosión eufórica que se había desatado en su interior por lo que no había oído. Cruzó los brazos. Tenía la mandíbula tensa, tenía miedo de haber malinterpretado las palabras de Elías.

Elías sacudió la cabeza, eligiendo las palabras con cautela.

–Tengo que saber que ella va a estar bien, McKenzie. Que la van a cuidar... que no va a acabar en *sus* manos.

No hacía falta aclarar de qué manos se hablaba. Los dos lo sabían. Cutter no respondió. Un músculo palpitó en su mandíbula, aunque quizás fuera tan solo por el alivio que sentía de que las cosas fueran tan sencillas. Sin peros.

– Verá –comentó Elías con cuidado, mirando a Cutter sin pestañear–. Sé lo mala que puede llegar a ser la gente.

Cutter cedió con un movimiento de cabeza, reconociendo que Elías tenía motivos para estar preocupado. Miró hacia la casa y le confió bajito:

–Sabe, Bass, hace mucho tiempo que nadie me insulta... –Su mirada volvió a Elías—. Ni a la cara ni a mis espaldas. Sin embargo no puedo prometer lo que la gente hará en el futuro. Lo que sí le puedo asegurar es que voy a saber manejarlo. Y... –Cutter giró la cara, incapaz de mirar Elías a los ojos mientras decía el resto—. La niña tendrá un hogar bueno y lleno de amor.

Cutter sabía que eso sería verdad, aunque él no estuviera incluido en la imagen.

–Bien –respondió Elías—. Yo...

–¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Esperadme, tengo que deciros algo!

La puerta principal se cerró con un portazo en la distancia. Tanto Cutter como Elías se sacudieron ante el sonido exuberante de la voz de Katie. Para los dos, la aparición de la niña era motivo de alivio y frustración a la vez.

Cutter fue el primero en apartar la mirada de ella. Meneó la cabeza, recordando repentinamente la interrupción anterior.

–¿Siempre es tan inoportuna? –preguntó Cutter sin rodeos, aunque en sus labios había una sonrisa.

El rostro de Elías se iluminó con una amplia sonrisa mientras se volvía para mirar a Cutter con ojos traviosos y chispeantes.

–Siempre –juró enfáticamente.

En ese momento llegó Katie. Levantó la vista hacia ellos, arrugando la nariz.

–La tía Lizabeth tiene que darse un baño –exclamó disgustada—. ¿Por qué Mimí siempre quiere que todo el mundo se bañe? ¡Yo la primera! –enumeró—. ¡Y ahora la tía Lizabeth!

Elizabeth se estaba bañando.

Un estremecimiento involuntario recorrió el cuerpo de Cutter ante aquella declaración y su mirada voló hacia a la casa.

Lo que daría...

–¡Si ni siquiera habíamos jugado antes! –exclamó Katie.

Cutter ahuyentó sus pensamientos carnales y, a pesar de sí mismo, se rió

de la cara contrariada de Katie. Se inclinó para quedar al nivel de sus ojos y le revolvió el pelo. Sin dejar de reír, le preguntó:

—¿Tú qué opinas? ¿Deberíamos buscar un escondite antes de que Mimí quiera que nos bañemos nosotros también?

Katie rió y asintió vigorosamente.

El baño que le preparó Mimí era maravillosamente relajante y, por primera vez en más de una semana, Elizabeth se sintió refrescada. A pesar de que en la casa había más lujos de los que Elizabeth había visto nunca bajo un mismo techo, el ritual del baño no era muy diferente al de su casa pequeña de tres habitaciones. Había que bañarse en la cocina, con agua calentada de la estufa. Eso sí, la bañera de Elizabeth era mucho más agradable y más cómoda.

La bañera en la que estaba ahora era un poco más grande que el barreño que se usaba en su casa para lavar la ropa. Pero bueno, era un baño con agua limpia y calentita, a Elizabeth jamás se le ocurriría quejarse.

Era sorprendente lo rápido que se había hecho inmune a los dolores y molestias del camino (por pura necesidad) y lo rápido que se presentaban cada día al final de la jornada. Elizabeth prefería no mirar, pero podía jurar que su trasero molido estaba amoratado. ¿Y la parte posterior de los muslos? Elizabeth hizo una mueca. Sería un milagro que no estuviesen morados.

Bendita Mimí, la ayudó a lavarse el pelo, sabiendo que sería una tarea imposible para ella sola en la bañera tan pequeña en la que estaba.

—¡No me puedo creer cuánto te pareces a Katherine! —exclamó Mimí mientras le lavaba el pelo.

Elizabeth hizo una mueca cuando sintió las uñas de Mimí sobre su cuero cabelludo.

—Es extraño que me digas eso —admitió Elizabeth—. Porque a mí nunca me lo pareció. Katherine fue siempre tan guapa.

—Sí, lo era —Mimí estaba de acuerdo—. Pero, ¿tú te has mirado al espejo, Elizabeth? ¡No tienes nada que envidiar! Seguro que todos los hombres de

Sioux Falls lloraron el día en que te casaste.

Elizabeth sonrió ante aquella ridícula declaración, recordando además que su matrimonio era mentira.

–Me temo que no fue así –admitió, odiando a decepcionar a Mimí–. Aunque no creas que me he sentido mal por ello –añadió Elizabeth–. Porque nunca conocí a muchos hombres que no estuvieran casados. Sioux Falls no es precisamente un lugar lleno de gente.

–¡Qué pena! –se lamentó Mimí–. Pero a ti te ha ido bien, ¿no? –Mimí acabado de lavarle el pelo a Elizabeth y sumergió una jarra en la bañera–. Cierra los ojos, querida –le dijo y Elizabeth obedeció de inmediato, preparándose para el aguacero–. Tu hombre es un regalo para la vista –comentó Mimí de manera casual, sumergiendo la jarra una vez más–. Entiendo por qué te casaste con él –declaró, con una risita de niña–. Si no estuviera... –parpadeó y siguió trabajando seria–. Bueno, si no fuera tan vieja, y si él no fuera tu marido...

Elizabeth se tensó por la culpabilidad que sentía mientras Mimí le echaba agua en la cabeza (esta sin advertirle que cerrara los ojos... y con la boca abierta). Elizabeth escupió agua.

Con una tos estrangulada, se recompuso. No debía seguir preocupándose tanto cada vez que le mencionaban a Cutter... o cada vez que decían que era su marido. Ese era el camino más seguro para perder a Katie.

Con todo, debía admitir que Mimí tenía razón. Cutter era increíblemente atractivo. Sin duda era el hombre más fascinante que jamás había conocido.

Recordando la forma en que él había hablado con ella tan sólo unas horas antes, no pudo contener el suspiro entrecortado que se le escapó de los labios. ¿Qué estaría haciendo Cutter en aquel momento?. Entonces Elizabeth recordó la mirada iracunda de él antes de salir de la habitación con el ceño fruncido. ¿Cuánto tiempo iba a estar enfadado esta vez?

–... En fin, que espero que no cometas el mismo error en tu matrimonio –dijo Mimí.

Al darse cuenta de que sus pensamientos se habían disparado mientras Mimí hablaba y de que se había perdido lo último, Elizabeth asintió, intentando hilar de qué hablaba Mimí.

—¡Vaya, lo siento! —se reprendió Mimí, moviendo la cabeza—. ¡Oh, Elizabeth! Perdóname por hablarte tan claro, pero es que me duele ver a una pareja encantadora que pueda perder tanto por una cuestión de modestia — Mimí dejó escapar un suspiro pesado—. Como te he dicho... Katherine también era así. —Con el ceño fruncido, Mimí caminó alrededor de la bañera, arrastrando un taburete. Se instaló frente a Elizabeth—. Tú, al menos, tenías una excusa. Pero a partir de hoy, ¡se acabó! —Con expresión grave, Mimí miró a Elizabeth—. Sé que tu padre nunca te habría dicho algo así, pero yo no me ando con rodeos. A mí no me cuesta ser sincera.

Elizabeth asintió en silencio, no tenía ni idea de por qué estaba tan irritada Mimí. Se quedó mirándola fijamente, intentando que no se le notara lo confundida que estaba.

—Tu pobre hermana tenía una idea... que no sé de dónde la sacó... De todos modos, no es verdad que una mujer deba limitarse a tumbarse y cumplir con su deber.

Elizabeth estaba más confundida que nunca; con el ceño fruncido profundamente. De repente sus ojos se abrieron y se hundió en la bañera avergonzada. Para su consternación, estaba empezando a comprender el tema. Horrorizada, apartó la mirada.

Mimí estaba cada vez más indignada:

—¿De dónde sacó una idea tan ridícula? ¡Nunca lo sabremos! Pero eso, querida (tú y yo sabemos a lo que me refiero) es tan especial para una mujer como lo es para un hombre. ¡Vaya que no!

Demasiado desconcertada para responder, Elizabeth se quedó mirando las burbujas de jabón que se deshacían, viéndolas estallar una por una, deseando estar en cualquier sitio, salvo en aquella bañera, en esa cocina, oyendo a Mimí. Nunca había hablado nadie con ella de ese tipo de cosas, y no sabía

cómo responder. Obviamente, Elizabeth había malinterpretado la mirada de Mimí antes. No era sorpresa, ¡nada podía sorprender a aquella mujer!

–A ver, la señorita Katherine... –continuó Mimí– sé que quería mucho a John, pero esa pobre niña creía todo lo que su madre le dijo. Yo debería haberle dicho lo que te acabo de decir a ti ahora. No hay nada de malo en amar a un hombre. Es lo más natural del mundo. Y no creo que un embarazo deba cambiar nada de eso tampoco. No hay que avergonzarse por querer estar más tiempo en la cama con tu hombre cuando estás embarazada. ¡Así es como debe ser! Ay –dijo, agitando un dedo al aire–. Sé bien lo que veo en tu hombre, el vigor de sus ojos. Ese hombre es ardor puro y no debes luchar contra eso, prométemelo.

Sonrojándose hasta el extremo, Elizabeth se hundió más en la bañera.

–¿Entiendes lo que te digo?

Elizabeth se obligó a mirar a Mimí, asintió rápidamente, con el rostro en llamas.

–Pero bueno, Elizabeth, ¡deja de ruborizarte ahora mismo! –la reprendió Mimí–. No hay absolutamente nada de lo que avergonzarse. Somos dos mujeres adultas, ¿no?

Elizabeth asintió de nuevo, mientras se acentuaba el color de sus mejillas. Mimí sonrió y luego se dio una palmada en las rodillas.

–Bueno, pues ya he dicho todo lo que tenía que decir. La verdad es que tan solo quiero que no te sientas culpable... ni que hagas sentir culpable a tu hombre por algo que Dios quería, ¡tan seguro como que creó la lluvia! – Elizabeth sintió un inmenso alivio al ver que Mimí se levantaba y cogía una toalla para dársela–. Venga, sal. Seguro que Elias ha puesto a trabajar a tu marido; lleva tanto tiempo sin su hijo. Hay un montón de cosas que él ya no puede hacer –se lamentó Mimí con un suspiro–. Y eso le molesta mucho, ¿sabes? En fin, estoy segura de que van a volver hambrientos. Así que venga: ¡fuera! ¡Fuera!

Durante la cena, Elizabeth pudo fue capaz de mirar a los ojos a nadie. Si

Mimí sonreía, le recordaba la charla de antes. Aún ahora, Elizabeth se sonrojaba al ver las zanahorias guisadas.

Bastaba con que Cutter la mirara siquiera para sonrojarse hasta el pelo; le preocupaba que Mimí se fijara en cómo se miraban. Cuando Elias Bass la miró, Elizabeth se sintió culpable por la mentira. Menos mal que Cutter tenía razón sobre los dos; casi todo el tiempo, Elias y Miss Mimí parecían demasiado ocupados para prestarles mucha atención.

El único refugio seguro parecía ser Katie. Estuvo fuera con Cutter y su abuelo mientras Elizabeth se bañaba. Parecía que se había encariñado mucho con Cutter. No dejaba de mirarlo ni un momento.

Cuando la conversación se desvió hacia Petersburg, Katie echó de repente su silla hacia atrás, y se puso de pie.

—¿Katie? —Elias la regañó.

Katie se quedó quieta.

—¡Oh! —respondió con el ceño fruncido—. Lo he olvidado. ¿Puedo levantarme? Quiero ir a darle de comer a Perezoso —explicó. No había alegría en sus ojos.

Elias dejó el tenedor en la mesa y miró a Elizabeth.

—Vale —dijo finalmente, mirando otra vez a Katie. Luego tosió discretamente—. Puedes ir.

Katie recogió su plato de la mesa y se marchó.

—Katie.

Katie se detuvo de inmediato, volviéndose hacia su abuelo.

—Llévate esto también.

Katie se dirigió hacia donde estaba sentado Elias, sonriendo cuando él puso un hueso de cerdo grande en su plato.

—¡A Perezoso le va a encantar! —dijo la niña feliz, mirando a Elizabeth mientras lo explicaba—. Le gustan los huesos grandes. —Luego se volvió rápidamente y desapareció de la habitación, llevándose el plato y el hueso de manera protectora.

Elias suspiró cansado.

–No le gusta oír hablar de su padre –aseguró con tristeza en la voz.

Por primera vez desde que llegaron, Elizabeth se atrevió a mirar a Elias a los ojos sin titubear.

–Puede que le resulte demasiado doloroso –dijo Elizabeth–. Cuando mi madre se marchó, ni mi padre ni yo hablábamos de ella... nunca. –Su mirada se hizo distante por un momento, luego volvió a mirar a Elias. Se encogió de hombros–. Supongo que nos dolía demasiado.

Elias asintió, mientras su mirada se dirigía automáticamente hacia la puerta por la que había salido Katie.

–Katherine y John eran buenos con ella. Muy buenos. Ha sido muy duro estar sin ellos. Tardó mucho en aceptar su ausencia... especialmente la de su madre.

Elizabeth asintió, lo comprendía perfectamente.

–Katherine... murió después del parto, de fiebre, ¿no? –Los ojos de Elizabeth se entristecieron. Se preguntó si, de haber estado presente, algo se habría podido hacer.

Mimí asintió con los ojos cargados de melancolía.

–Sí, así fue. Yo estaba con ella. Fue en sus últimos momentos cuando me dijo que quería que tú criaras a su hija. Creo que sabía ya que... –Mimí miró a Elias, pidiéndole ayuda. En fin...

Elias se aclaró la garganta.

–Veréis... creo que sabía que Mimí y yo... pues... Hace años que estamos juntos... no es tan sencillo... No sé cómo explicarlo...

–No hace falta –intervino Cutter–. Lo entendemos, ¿verdad, Elizabeth? –Buscó su mirada sobre la mesa.

Elizabeth dejó de masticar de pronto.

Cutter volvió a mirar a Elias; sus ojos negros mostraban estabilidad.

–Liz y yo cuidaremos muy bien a su nieta, señor Bass. Es una niña muy buena. –Cutter se sorprendió al darse cuenta de que todo lo que decía le salía

del corazón. Miró a Elizabeth y notó que ella también estaba muy sorprendida por la intensidad de su declaración.

Los dos se miraron fijamente, incapaces de apartar los ojos.

–Sé que así será –respondió Elias tras un momento de silencio–. Su tuviese la menor duda... No sé. Veo que os queréis mucho y eso me quita un gran peso de encima.

Elizabeth y Cutter volvieron a mirarse a los ojos.

–¿Has terminado? –le preguntó Elias a Cutter.

Cutter no respondió. Aún estaba mirando a Elizabeth con ojos interrogadores.

–¿McKenzie?

Arqueando las cejas, Cutter se echó hacia atrás en la silla y respiró hondo para apartar la mirada de Elizabeth y prestarle atención a Elias. Asintió, aclarándose la garganta.

Elias se puso de pie de pronto.

–Bien –respondió–. Es que he pensado que podíamos salir a relajarnos un poco.

Cutter también se levantó, dejando la servilleta. Le guiñó un ojo a Elizabeth, conteniendo la risa al ver que ella se sonrojaba. Así ella supo que ya no estaba enfadado. –Adelante –le dijo Cutter a Elias.

Como si hubiera notado la brillante sonrisa de Mimí, Elizabeth desvió la mirada hacia ella. Cuando Cutter ya estaba de espaldas a la mesa, Mimí agitó la cuchara en el aire, mientras su sonrisa se hacía más profunda, como diciendo: “te lo he dicho, querida”.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Elizabeth ayudó a Mimi a fregar los platos y luego subió a su habitación; estaba exhausta. Cuando se encontró a solas se dijo que no quería que la vieran desnuda, así que no se quitó la ropa.

Resultó bueno, porque poco después apareció Katie, sin llamar a la puerta, para darle las buenas noches. Elizabeth la abrazó sonriendo, luego la llevó a su habitación, la metió en la cama y la arropó hasta la barbilla. Sin pensar, empezó a cantar:

“Ay, mi amor, me haces daño al echarme de esta manera. Te amo desde hace tanto, me gusta tanto tu compañía. Greensleeves era toda mi alegría, Greensleeves era mi...”

Se detuvo de golpe, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Frunció el ceño con el corazón a todo galope.

—Es una canción muy bonita, tía Elizabeth.

Elizabeth asintió ausente.

—Sí, sí lo es —miró a Katie—. Tu abuela nos la cantaba a tu mamá y a mí cuando éramos niñas —le explicó—. Y su mamá se la cantaba a ella.

Elizabeth sonrió al recordar, mirando por la ventana pensativa. Observó la noche y la distante luz dorada de una farola; dos niñas con pelo rubio y sus caritas juntas bajo las mantas. Katherine se había abrazado a ella durante tantas noches, le había acariciado el pelo tantas veces. “*Cántala otra vez,*

Beth“, le decía con su vocecita. Suspiró. “Otra vez, Katie. Solo una vez más“. Elizabeth cerró los ojos ante aquel recuerdo y luego volvió a mirar a la niña de su hermana. Otra Katie a la que podía querer.

–Algunas veces –confesó Elizabeth con dolor– yo también se la cantaba a tu mamá. A ella le gustaba incluso más que a mí.

Katie abrió mucho los ojos.

–¿Siempre dormíais juntas? –preguntó con curiosidad–. Nunca ha dormido nadie conmigo. Salvo alguna vez mi mamá.

Elizabeth sonrió y contuvo las lágrimas.

–Sí, Katie, dormíamos juntas. –Apartó con suavidad los rizos de la frente de Katie–. Solo teníamos una habitación... –se le quebró la voz, tenía los sentimientos a flor de piel–. Y... teníamos que compartirla. Pero cuando tu mamá se mudó tuve que dormir sola, igual que tú. Es duro –admitió–. ¿A que sí?

Elizabeth admitió en silencio que nunca se había acostumbrado. Se dio cuenta de que, a pesar de no haber dormido las últimas noches con Cutter, ya no había cantado para quedarse dormida... no desde que Cutter le preguntó por “Greensleeves.“ Por primera vez en años Elizabeth olvidó que le daba miedo la noche; despertarse en una casa vacía, con el corazón vacío. La verdad era que su casa llevaba mucho tiempo vacía y su corazón nunca había estado ocupado.

Katie asintió.

–Sí, pero ¿alguna vez viste un fantasma cuando estabas sola? ¡Yo sí! –le juró con énfasis, arrancando a Elizabeth de sus pensamientos.

Elizabeth soltó una risilla.

–No –respondió, lo más seria posible, meneando la cabeza pensativa–. Creo que nunca vi un fantasma. ¿Cómo era el tuyo? –preguntó, acariciándole el pelo a Katie.

–Era como mi mamá –respondió Katie enseguida, provocando un escalofrío en Elizabeth–. Pero no me asusté –dijo Katie–. Mi abuelo dijo que

había sido un sueño, que no debía asustarme. ¿Quieres saber lo que me dijo el fantasma en mi sueño? –preguntó con un toque de intriga.

Elizabeth acarició la mejilla de Katie con el dorso de los dedos, sonriéndole con mucho cariño. Katie se le había metido en el alma sin pretenderlo siquiera. Había resultado tan sencillo, tan rápido.

–¿Qué te dijo el fantasma de tu sueño?

Katie abrió mucho los ojos en la oscuridad. La luz de la lámpara hacía que se viera pálida, que sus facciones parecieran etéreas.

–Me dijo que ahora tú ibas a ser mi mamá.

Ante la inesperada declaración, Elizabeth sintió que le daba un vuelco el corazón.

–Le pregunté al abuelo y me dijo que así iba a ser. ¿Lo eres? –quiso saber. Sus ojitos oscuros la miraban con esperanza.

A Elizabeth se le encogió el pecho.

–¿Quieres que sea tu mamá? –le preguntó con un hilo de voz.

Una dulce sonrisa se dibujó en los labios de Katie, mientras asentía despacio. Elizabeth sonrió ligeramente, con el corazón más lleno de felicidad que en toda su vida. Se agachó para darle un beso a la pequeña en la frente, mientras subía la manta un poco más.

–A mí me encantaría... ¡me gustaría mucho, mucho! –aseguró Elizabeth. Se puso de pie, pero siguió acariciándole la mejilla a Katie–. Buenas noches, cariño.

Como un gatito satisfecho, Katie se estiró y Elizabeth casi pudo sentir cómo la tensión desaparecía.

–Buenas noches, tía Lizabeth –respondió.

Elizabeth bajó poco a poco la intensidad de la lámpara, esperando escuchar una protesta. Pero esta no llegó, así que apagó por completo y luego se volvió a agachar para besar la suave mejilla de Katie, pensando entre suspiros que aquel era el día más emocionante que había vivido. Los ojos brillantes de Katie la siguieron hasta la puerta.

–Que duermas bien –susurró Elizabeth, sintiéndose repentinamente agotada. Salió de la habitación y cerró la puerta, tocándola brevemente y cerrando los ojos antes de alejarse.

Al volver a su habitación, Elizabeth se dijo que sería una tontería quedarse vestida hasta que Cutter llegara. Lo mismo él y Elias se pasaban toda la noche “relajándose”, así que no tenía sentido no meterse en la cama.

Además, no tenía por qué esperarlo despierta.

Una vez tomada la decisión, y puesto que estaba en su habitación, se quitó rápidamente la ropa y quitó la colcha, dejándosela a Cutter sobre la silla. Saboreó el lujo de tener sábanas limpias otra vez sobre su piel y se metió en la cama. Apagó la lámpara y se acurrucó.

Habían pasado poco más de quince minutos cuando apareció Cutter. Cerró la puerta y empezó a quitarse la camisa en la oscuridad. Elizabeth no dijo nada, tan solo miraba, sintiéndose un poco culpable por intentar distinguir su figura en la oscuridad. Para su desgracia no veía nada, porque las cortinas estaban echadas y la oscuridad era total.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Cutter dio de pronto un paso hacia la ventana, quitándose la camisa de camino y dejándola sobre la cama. Abrió las cortinas y dejó que entrara la luz plateada de la luna. Elizabeth apretó los párpados para que él no se diera cuenta de que estaba despierta. Poco después, cuando el silencio le picó la curiosidad, espió entre las pestañas.

Estaba de pie, mirando por la ventana, con la cara de perfil a ella. La luz que caía sobre su rostro lo hacía parece duro. Sus anchos hombros brillaban. Mientras lo miraba, Cutter se volvió bruscamente y ella volvió a cerrar los ojos, aunque no del todo. A través de las pestañas, lo observó mientras se desabrochaba el botón superior de los pantalones. El sonido le produjo un escalofrío de recuerdo. De aquel momento en el que él se bajó los pantalones como ahora. Cutter se sentó en la silla que había frente a ella para quitárselos del todo. Se quitó una bota y luego la otra, gruñendo mientras las aflojaba. Se

quitó los pantalones por último, con un sonido sospechosamente similar al de dolor... ¿Era dolor?

Con una palabrota entre dientes, tiró la bota al suelo y luego se encogió de hombros. Sin los pantalones, se quitó los calcetines con un suspiro largo y doloroso, dejándolos caer al suelo también.

Elizabeth no pudo adivinar qué hacía Cutter, pero parecía que estaba inspeccionando la planta de su pie en la oscuridad. ¿Por qué? Tuvo el impulso de encender la lámpara. ¿Cómo creía Cutter que iba a poder ver algo en la oscuridad?

Se giró hacia la ventana de repente, levantando el pie izquierdo hasta el haz de luz de la luna.

–Maldita sea –dijo en voz baja.

Olvidando que se suponía que estaba dormida, Elizabeth se incorporó en un segundo. Entrecerró los ojos, intentando aclarar la visión, pero no vio nada. Maldijo su vista.

Al oír las sábanas que se movían ligeramente, Cutter soltó su pie y miró hacia la cama.

Elizabeth se quedó helada.

–¿Estás despierta?

Cutter suspiró con irritación al no oír respuesta.

TENÍA LA ESPERANZA DE ENCONTRARLA DESPIERTA, PERO AL ABRIR LA PUERTA las luces estaban apagadas. Elizabeth parecía dormir tan plácidamente que no tuvo corazón para despertarla. Demonios, le dolía muchísimo el pie, quería que ella se lo mirara. Pero no iba a despertarla sólo por eso. Había aguantado peores dolores. Además, había bebido tanto como para estar anestesiado, seguro que lo estaría en nada.

–Maldito pie –murmuró.

El calor húmedo de la bota no le había hecho ningún bien. Pero ahora que

el aire fresco lo relajaba, se sentía mejor. Cutter se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos sobre su regazo, dejando que sus manos colgaran con cansancio entre las piernas, entrelazando los dedos mientras miraba con expresión sombría hacia la cama.

¿Cómo lo había hecho?, se preguntó Cutter. ¿Cómo le había robado el corazón así? Meneó la cabeza enfadado. Sería que se estaba volviendo blando con los años. La sobrina de ojos de chocolate también le había robado el corazón. La miraba y le parecía que era hija suya y de Elizabeth. Con ese pensamiento, cerró los ojos, y con gusto primitivo, trató de imaginar cómo sería un hijo suyo. Entonces se dio cuenta de que era un error albergar ese pensamiento. Su cuerpo respondió ante la insinuación de un apareamiento, despertando en cuestión de segundos.

¡Demonios, llevaba ni se sabía cuánto medio excitado! Tan solo porque su orgullo no le permitía volver a hacerle el amor a Elizabeth si ella no se lo pedía. Aquella misma tarde había estado a punto de desnudarle su alma, y a ella le dio igual. Todavía le irritaba pensar que Elizabeth hubiese preferido dormir en la silla antes que con él.

Levantó la manta que le había dejado, la sacudió con el ceño fruncido y se acomodó en la silla.

Apoyando los pies sobre la cama, se cubrió hasta el pecho, y luego, en el último momento, sacó su pie lesionado fuera de la manta. Gruñó al ver que la manta formaba una tienda de campaña a la altura de su entropierna. La miró como si fuera algo sucio.

Si Elizabeth no quería compartir la cama con él, se recordó, era sencillamente porque no lo deseaba. El problema era convencer a su maldito cuerpo de ello, ya que no parecía dispuesto a aceptarlo. A este ritmo estaba seguro de que no iba a lograr dormir.

Echando la cabeza hacia atrás, miró las sombras errantes en el techo, obligándose a dormir, deseando que la tienda de campaña desapareciera sola. Al ver que no ocurría y que, por el contrario, el dolor de la entropierna

aumentaba, intentó desviar la concentración hacia el dolor en el pie, esperando que este dominara al otro.

No funcionó.

Demonios, Cutter oía cómo se le aceleraba la respiración, escuchaba los latidos de su corazón como martillazos... Más bien como un golpeteo.

Su cuerpo se tensó, pero poco después Cutter se dio cuenta de que los pequeños golpes que oía no eran suyos... que venían del pasillo. Tardó un instante en saber que eran las pequeñas pisadas de Katie... y que Mimí iba detrás de ella llamándola... y que Katie estaba cada vez más cerca...

—¡Katie!

Sus reflejos se activaron inmediatamente. Cuando el pomo de la puerta se movió, Cutter ya había saltado en la cama y estaba bajo las sábanas con Elizabeth, dejando la manta que lo delataba como una estela sobre la cama.

Elizabeth sofocó un grito de sorpresa cuando sintió el cuerpo de Cutter contra ella.

Encontrar a Elizabeth despierta también sorprendió a Cutter, pero en dos segundos empujó la cabeza de Elizabeth hacia abajo e hizo lo mismo un instante antes de que la puerta se abriera y Katie entrara. La niña no había dado ni dos pasos en la habitación cuando Mimí la cogió por la parte posterior del camisón.

—¡Katie! —la reprendió—. Pero, ¿qué crees que haces, pequeña?

—Ya te lo he dicho, Mimí —se quejó Katie—. ¡He olvidado darle las buenas noche a mi tío Cutter! Tío Cutter, ¿estás despierto? —preguntó en el mismo susurro secreto que había utilizado antes.

Adormilado, Cutter levantó la cabeza, abriendo un ojo. Cuando Elizabeth trató de levantar la cabeza, él la sujetó con una mano firme.

—¡Por Dios! —declaró Mimí al ver la expresión de sueño en la cara de Cutter—. Lo siento mucho, Sr. McKenzie. —Sacudió la cabeza con exasperación—. Fui a darle las buenas noches a Katie y cometí el error de preguntarle si os había dado las buenas noches a los dos.

Katie chilló en señal de protesta por no poder acercarse a la cama.

–No pasa nada –respondió Cutter con brevedad, poniéndole la mano en la cara a Elizabeth. La yema de su dedo meñique se instaló en la ranura de la boca, mientras que otros dos dedos se extendieron sobre sus ojos, bloqueándole la visión.

Elizabeth se contuvo para no morderle el dedo. Entendía lo que Cutter intentaba hacer y sabía que debía agradecerse. Pero es que se le pegaba de una forma tan íntima. Especialmente esa parte de él, pegada a su trasero tan descaradamente. Elizabeth no pudo sofocar un gemido. Afortunadamente para ella, Mimí pareció no escucharlo. Estaba obviamente demasiado preocupada por la imperdonable intrusión de Katie como para escuchar la angustia de Elizabeth.

– ¡Estaba a la mitad del pasillo cuando me di cuenta de adónde iba! – exclamó Mimí a modo de disculpa.

Una vez más, Elizabeth intentó levantar la cabeza, pero Cutter lo evitó, dándole unas palmaditas en la mejilla con firmeza.

–No pasa nada, cariño –murmuró con voz ronca de sueño–. Es solo Katie... y la señorita Mimí.

Luego Cutter retiró la mano de la cara de Elizabeth por fin, permitiéndole levantar la cabeza, pero ella se encogió cuando la mano de él se deslizó sobre su hombro, acariciándolo suavemente. Elizabeth resistió el impulso de chillar de indignación.

–¿De verdad no pasa nada? –preguntó Mimí.

Cutter fingió un bostezo, su mano abandonó el hombro de Elizabeth por un breve instante, y luego volvió a apretarlo suavemente. Elizabeth se estremeció por la ternura de ese gesto.

–Claro –dijo Cutter con buen humor y con un guiño para Katie.

Katie sonrió. En cuanto Mimí la soltó, se arrojó sobre la cama, trepó por ella y estiró su cuello sobre Elizabeth para darle un beso en la mejilla a Cutter.

–No podía dormir pensando que me había perdido mi beso de buenas noches –le aseguró Cutter.

Con una sonrisa tan grande como el Missouri, Katie se deslizó de la cama, aterrizando ágilmente sobre los pies.

–¿Le has dado un beso de buenas noches a tu tía Lizbeth? –preguntó mientras acariciaba el hombro y la parte superior del brazo de Elizabeth como si fuera lo más natural para él.

Y podría haber sido... si hubieran sido marido y mujer. Pero no lo eran. El corazón de Elizabeth gritaba en silencio ante ese recordatorio y le escocieron los ojos.

–Sí –respondió Katie mientras salía por la puerta. –¡Buenas noches! –dijo desde el pasillo.

–Buenas noches –respondieron Elizabeth y Cutter simultáneamente.

Mimí estaba avergonzada.

–Gracias –dijo con fervor– ...y buenas noches. –Lanzando la mirada al cielo, sacudió la cabeza y cerró la puerta.

–Han estado cerca –suspiró Elizabeth con alivio cuando se quedaron solos.

Pasó un buen rato sin respuesta. Luego Cutter estuvo de acuerdo:

–Sí, ha estado cerca.

Siguió acariciándole el brazo a Elizabeth, estremeciéndola. Elizabeth echó la cabeza lentamente hacia atrás, seducida por la dulzura de las caricias de Cutter. Notó cómo los labios de él se movían contra su nuca, escuchando su respiración.

– Supongo que debería volver a la silla –dijo Cutter con pesar. Elizabeth no respondió. Él se atrevió a albergar esperanzas–. ¿Qué piensas?

Parecía haber tanto en esa pregunta que Elizabeth no se atrevió a responder; no quería que el momento terminara... tenía miedo de que todo terminara. No quería que terminara nunca. Impresionada por esa revelación, sintió que su corazón comenzaba a dar un salto mortal contra sus costillas.

Como si Cutter hubiera leído sus pensamientos, sus caricias se alargaron en ese instante, deslizándose seductoramente sobre su cadera, su muslo, por todas partes, salvo donde Elizabeth se moría por ser acariciada. Se sintió desenfrenada y se estremeció ante el descarado giro de sus pensamientos.

Luego, cuando menos lo esperaba, la mano de Cutter se movió sobre las sábanas para llegar a la parte más íntima y femenina, acercándola contra su erección, deseando que lo sintiera... que supiera que él la deseaba.

Elizabeth se estremeció.

Ella también lo deseaba.

¿Cómo podría algo tan agradable estar mal? No podía ser malo.

Cutter no apartó la mano. Por el contrario, presionó de una forma más provocativa, excitándola más mientras aumentaba y retiraba la presión. A pesar de la intensidad de su pasión, Cutter acarició a Elizabeth con una lentitud controlada, a pesar de que su cuerpo temblaba por ella. Elizabeth sintió otro escalofrío y no pudo contener el gemido que se le escapó de la garganta. Deseaba con toda su alma que él le diera la vuelta y que la besara de la misma manera lenta y rítmica en que la había besado antes, pero Cutter no lo hizo. Su cuerpo solo se tensó detrás de ella, hasta que Elizabeth pudo sentir a Cutter centímetro a centímetro.

Cada centímetro de él perfectamente firme.

–Elizabeth –susurró él con dificultad, sin dejar de acariciarla–. ¿Quieres que regrese a la silla?

Un extraño pánico se apoderó de Elizabeth ante la mera idea de que él abandonara la cama. Con la voz entrecortada, Elizabeth negó con la cabeza. Quería que Cutter se quedara, pero no podía pronunciar las palabras.

Cutter le besó la nuca, apartando la sedosa longitud de su cabello con su barbilla.

–Pídeme que me quede –susurró con voz ronca, con los labios tan cerca del cuello que le quemaban–, porque si no me lo pides no me quedaré.

–¡Quédate! –gritó Elizabeth.

Cutter le sujetó el hombro, moviéndose y haciéndola girar para mirarla a la cara. El sudor le perlaba la frente mientras tejía los dorados mechones del pelo de Elizabeth entre sus dedos.

–Dilo otra vez –exigió Cutter en voz baja, con los ojos entrecerrados. Una fina capa de humedad brillaba sobre sus hombros y su pecho; una gota rodó lentamente por su sien, brillando bajo la luz de la luna—. Quiero estar seguro de que te he oído bien.

Elizabeth abrió mucho los ojos cuando Cutter una vez más comenzó a acariciarle los brazos tan suavemente, tan despacio, de una forma tan seductora, que resultaba imposible que las palabras salieran de sus labios, aún cuando Elizabeth quería pronunciarlas. Suspiró con voz temblorosa por el placer que él le estaba ofreciendo.

–Quédate conmigo, Cutter. Quédate...

Cutter gimió, colocando la boca sobre la de ella, rozando el suave calor de sus labios contra los de ella, despacio al principio, con más ternura que nunca. Luego, cuando ella gimió contra sus labios, profundizó el beso sin prisa, deslizando la lengua como fuego líquido entre sus dientes. A Elizabeth se le cortó la respiración y rodeó el cuello de Cutter con las manos. Él sabía y olía a whisky caliente. Embriagador.

Con un gemido, Cutter deslizó la lengua por las dulces profundidades de la boca de Elizabeth, saboreando el increíble sabor de ella. Mientras la besaba, su mano rodeó su mandíbula temblorosa, domesticando el temblor. El latido de respuesta que Cutter sentía en la punta de los dedos casi lo hizo explotar. Siseando entre dientes, perdiendo la razón, Elizabeth deslizó la mano hacia abajo, apartando la manta de sus preciosos pechos con una impaciencia que sorprendió a Cutter. En ese momento, Elizabeth tan solo anhelaba la plenitud de su carne contra los labios de Cutter.

Lentamente, las manos de Cutter levantaron el camisón y sus labios buscando su recompensa. Pero después de haberla desnudado, hizo una pausa para disfrutar la deliciosa vista que tenía debajo de él. Luego se deleitó en los

pezones que brotaban bajo el calor de su mirada. Cutter colocó el calor de su mano sobre uno de aquellos firmes montículos, inhalando profundamente. Con un gemido denso de pasión, lo acarició suavemente, perdiendo el control ante la sensación satinada de la piel de Elizabeth sobre su piel rugosa.

–Qué caliente estás –dijo Elizabeth con un gemido.

Los dedos de Cutter estaban calientes, deliciosamente calientes. Como un gato, ella se arqueó contra él, dándole todo, absolutamente todo. De repente, Cutter apartó las mantas por completo, con una urgencia que sobresaltó a Elizabeth. Un instante después, él estaba encima de ella. Elizabeth le dio la bienvenida con regocijo. Gimió con profundo placer. Sus manos se extendieron como fuego sobre el cuerpo de Cutter, haciéndolo hervir por donde pasaban. Con un ritmo excitante, Cutter se sacudió contra ella, adentrándose en sus lugares más íntimos, creyendo por un instante que iba a perder la cordura.

Elizabeth levantó sus dedos temblorosos hacia el pecho de Cutter, queriendo tocarlo de todas las formas en que él la había tocado. Siguiendo su ejemplo, sus manos se deslizaron a lo largo de él, deleitándose con las texturas masculinas de su cuerpo.

En respuesta, Cutter profundizó el beso, su lengua la apuñaló rápidamente, y por primera vez, Elizabeth entendió lo que significaba ese gesto... porque ella también lo quería... aunque en otro lugar... con el mismo fervor y profundidad que él le estaba dando en la boca...

Envalentonada por su propia pasión creciente, Elizabeth deslizó las manos sobre las nalgas de Cutter, acariciándolo suavemente. Él se sacudió ante su toque, siseando entre dientes. Temerosa de que no le gustara, Elizabeth apartó la mano, pero él se la atrapó y la volvió a su lugar.

–No –murmuró–. Eso está bien. –dijo, estremeciéndose al sentir sus pequeños y fríos dedos moviéndose como susurrantes alas de mariposa sobre su muslo–. Está más que bien.

Las manos de Cutter se deslizaron bajando por la espalda de Elizabeth

hasta llegar a su trasero para luego presionarse contra ella, meciéndose suavemente contra su calor y estremeciéndose con la intensidad de la sensación que lo inundaba.

La quería desnuda ahora, desnuda entre sus brazos. Pero desnuda también en su corazón.

Cutter quería ver su alma.

Para saber si él estaba allí.

Como ella estaba en la suya.

Elizabeth gimió, levantándose contra él, buscándolo, diciéndole sin palabras cuánto lo deseaba.

Cutter sonrió casi salvajemente, con un brillo feroz en los ojos.

–Dime lo que quieres –susurró con voz ronca. Si él no podía tener lo que quería de ella, entonces al menos escucharía por su propia boca lo que ella quería de él.

Elizabeth lo siguió sin darse cuenta con las caderas, incapaz aún de expresar en palabras lo que deseaba. Luego él se apartó y Elizabeth gritó por la separación imprevista. Pero Cutter no fue muy lejos. Se arrodilló sobre ella. La sonrisa la delató cuando los dedos de Cutter la acariciaron una vez más, deslizándose seductoramente dentro de sus bragas.

–¿Quieres esto? –le preguntó con un brillo en los ojos.

Con una lentitud dolorosa y cerrando los ojos ante el fascinante placer, Cutter le quitó las bragas. Elizabeth asintió inconscientemente mientras el calor se apoderaba de su cuerpo, saboreando cada sensación del suave y gastado algodón deslizándose por sus piernas.

Con un gruñido victorioso, Cutter se metió en la boca uno de los dedos del pie de Elizabeth, mordiéndolo suavemente. Luego le sacó las bragas por completo.

Entonces se inclinó para besar sus pantorrillas, sus rodillas, sus muslos, dibujando un camino lento hacia arriba. Mientras se retorció impotente ante el increíble deseo que él le estaba despertando, Elizabeth aferró las sábanas con

las uñas, sintiendo que iba a perder la cordura.

Luego Cutter subió hasta sus pechos, cubriendo un pezón con la boca, chupándolo suavemente, como si fuera su mayor alegría, su tesoro máspreciado. Para sorpresa de Elizabeth, unas oleadas de éxtasis irrumpieron en su cuerpo, haciéndola explotar en lo más profundo de su ser.

–Cutter –gritó–. Oh... Cutter. No te detengas, no pares, ¡no pares nunca!

Como respuesta, el aliento de Cutter siseó a través de la humedad que amorosamente había pintado en su pezón, y luego se movió hacia su otro pecho, prodigándolo con tanto cuidado como el que le había dado al primero, dejando a Elizabeth sin aliento. Mientras se deleitaba, el corazón de Cutter latía con fuerza ante cada pasada de la lengua. Gimiendo con éxtasis, Elizabeth sujetó el pelo de Cutter para acercarlo más sin siquiera darse cuenta.

Elizabeth se percató vagamente de que sus manos habían bajado despacio sobre la piel de Cutter para acercarse a su lugar más íntimo. Contuvo el aliento y reprimió su escandalosa caricia, pero sus piernas se separaron para dejarlo pasar. Confiaba en él por completo... deseaba que él hiciera su magia.

Porque era magia.

No había otra forma de describir lo que él le hacía. Sabía exactamente cómo tocarla para despertar placer. Sus caricias, la presión y el calor firme de sus manos eran un afrodisíaco en sí mismo. Cutter fue bajando, hasta insertar despacio la punta de un dedo en Elizabeth, haciendo pequeños movimientos giratorios, entrando y saliendo de forma hipnótica, cada vez más profundo. La sensación era exquisita, no había palabras para describirla y Elizabeth sentía que no podría soportarlo.

Elizabeth –murmuró él, apenas capaz de contenerse ante la imagen del calor de ella fluyendo sobre su mano–. Me encanta sentirte... –La sedosa aspereza de su barba acarició su vientre mientras bajaba, aspirando el aroma de ella–. Y apuesto a que tu sabor es aún mejor. –Él se rió maliciosamente, y se estremeció de anticipación, moviéndose hacia abajo para descubrir si era

así.

–¡No! –gritó Elizabeth, cerrando las piernas antes de que él pudiera alcanzar el objetivo deseado–. Yo... no puedo... no... todavía no.

¿Todavía?

Cutter inclinó la cabeza para mirarla con sus ojos negros, la escudriñó un momento con un hambre casi volátil en la mirada. Luego, sin previo aviso, Cutter se movió para tumbarse a su lado. La sujetó por la cintura y la levantó sin esfuerzo.

–Entonces móntame –siseó.

Elizabeth no tenía ni idea de lo que él le pedía, pero el corazón se le subió a la garganta y el cuerpo se le llenó de escalofríos. Por instinto, aunque sin saber por qué, abrió las piernas y se sentó sobre él sin preguntar. Antes de darse cuenta siquiera, Cutter la estaba empalando, la punta de su miembro le solicitaba entrada.

Elizabeth suspiró al sentirlo entrar despacio, llenándola por completo. Su cuerpo se hizo enseguida al de él, deslizándose encima sin esfuerzo, atraído hacia el de Cutter como si los cuerpos de ambos hubiesen sido hechos para ensamblar. Elizabeth temblaba, pero aún así sintió los latidos de Cutter debajo de ella. No entendía por qué, pero deseaba complacerlo, entonces empezó a balancear la cadera instintivamente. Cutter tembló una vez más. Elizabeth se quedó quieta, sin saber qué debía hacer después. ¡Le latía el corazón con tanta fuerza! Se quedó observando la expresión de Cutter. Tenía los ojos cerrados, la cara contraída y la mandíbula tensa. Los músculos de sus brazos también se tensaron y los dedos sobre su cintura... ¿temblaban?

Cutter la sujetó con más firmeza para guiarla sobre su miembro.

–Cabalga sobre mí, Lizbeth –le pidió, con un gesto de intenso placer mezclado con una pizca de dolor. Una vez más, Cutter se sacudió y movió a Elizabeth sobre su erección. Luego sus ojos oscuros se abrieron, perforándola con el calor de su mirada. Eran unos ojos profundos, fuertes, con una mirada suplicante–. Cabalga –susurró con voz profunda, arqueando el cuello,

apretando la cabeza contra la cama.

Elizabeth asintió al comprenderlo al fin y empezó a mover la cadera despacio. Con el primer movimiento, Cutter se arqueó debajo de ella.

–Sí –siseó él–. ¡Madre mía, me encanta! –dijo apretando la mandíbula.

Ahora era Elizabeth quien temblaba. Sus ojos se abrieron de par en par al observar el poder que tenía sobre Cutter. No hizo falta que él dijera más. Con cada balanceo de ella sobre él, Elizabeth se llenaba de placer, era como morir mil veces. La tortura más dulce que había sentido jamás. ¡Jamás!

Era ella quien tenía el control. Disfrutó el poder que tenía sobre el cuerpo de Cutter... y sobre el de ella misma. Bastaba con mirarlo a la cara para sentir una espiral de placer que la acercaba al límite. Pero no quería acabar aún. No, aquello era una delicia. Tan caliente. Tan... tan... ¡Vaya, aquello era demasiado!

Con un chillido que partía del placer exquisito, Elizabeth colocó las manos sobre el pecho ardiente de Cutter. Él tenía la piel húmeda de sudor, los músculos de su cuello y de los hombros estaban marcados, se le notaba el cansancio. Pero la dejó montarlo a su ritmo. Luego, un quejido ahogado se abrió paso entre los dientes apretados, Cutter le sujetó la cadera y se clavó más profundamente, con firmeza, hasta el fondo de su cuerpo.

Echando el cuello hacia atrás, Elizabeth gimió con la increíble sensación de tenerlo latiendo dentro de ella. Su cuerpo temblaba sintiendo el de Cutter, buscando explotar en un alivio. Pero Cutter la sujetaba con firmeza, gruñendo como si sintiera dolor cada vez que ella se movía, por lo que Elizabeth temía hacerlo... Pero no podía evitarlo... entonces su cuerpo empezó a convulsionarse sobre el de Cutter. Elizabeth gimió, deseaba desesperadamente retorcer la cadera, clavarse y dejarse ir en aquel increíble abismo de placer que estaba al alcance de sus dedos... tan cerca... tan cerca

–¡Cutter! –gimió.

Al sentirla latir sobre él, Cutter cambió rápidamente de postura, colocándose sobre ella, sin permitir que sus cuerpos se separaran ni un

instante, apelando a su último gramo de voluntad para ofrecerle a Elizabeth el placer que buscaba. Con un último gemido, se adentró en la profundidad del cuerpo de ella, temblando con un dolor exquisito, perdiéndose tan adentro, que tembló ante la ferocidad de la explosión.

Elizabeth gritó debajo de su cuerpo. Cerró los ojos y se rindió con un respiro tembloroso, con una explosión tan fuerte que la dejó rendida.

Cutter siguió moviéndose dentro de ella, exprimiendo de sus labios hasta el último murmullo, hasta el último suspiro. Se balanceaba con ternura, poniendo el corazón en cada embestida pues deseaba que ella no pudiera olvidarlo jamás. Quería marcarla, que ella gritara su nombre... tan solo su nombre... todo el resto de su vida.

Aún cuando la violencia de su propio orgasmo se difuminó al fin y Cutter dejó de temblar, sus sentimientos siguieron a flor de piel. Envolvió a Elizabeth entre sus brazos, no la quería dejar marchar. Luchó contra su propio cuerpo al sentir que le pesaban los párpados. Apartó el pelo de la cara de Elizabeth y vio como ella cerraba los ojos. Cutter no deseaba cerrar los suyos, pues no quería encontrarse con el amanecer cuando los abriera. La mañana no haría sino acercarlos a Sioux Falls.

Al final de su pantomima.

Pensar que Elizabeth ya no lo necesitaría le revolvía las entrañas con una violencia que lo ponía enfermo. Cutter luchó contra las náuseas repentinas, no quería que Elizabeth se marchara jamás.

Había pasado toda su vida echando algo de menos.

Toda la vida buscando algo.

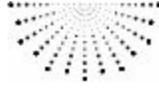
Y tan solo ahora, en este momento, se daba cuenta y entendía la fuerza que lo había hecho seguir adelante. La búsqueda había acabado al fin. Ahora se sentía en paz, profundamente en paz. El único problema era convencer a Elizabeth.

Sus pulmones se llenaron con el dulce aroma de ella, entonces se apartó. Atraído por las curvas del cuerpo de Elizabeth, Cutter apoyó la cabeza sobre

sus pechos, besándolos con reverencia, acunándose entre ellos para escuchar el arrullo de los estables latidos de su corazón. No le hizo falta mirarla para saber que estaba dormida. Él no podía dormir, pues su corazón latía como un tambor... No podía, teniendo las manos de Elizabeth sobre su cuello, los dedos de ella enredados aún en su pelo.

Era una sensación demasiado hermosa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



*P*ero qué esperaba? Eso fue lo que se reprochó Elizabeth. ¿Que él le pidiera que se quedaran y siguieran con el teatrillo el resto de la vida? ¿Por qué iba a querer Cutter algo así? ¿Tan solo porque ella no quería que todo acabara? Además, cuanto más tiempo se quedaran allí más difícil les resultaría marcharse. Había hecho bien en presionar a Cutter para partir. Ella tenía obligaciones esperándola en Sioux Falls.

–Nada dura para siempre –se recordó Elizabeth con petulancia.

Cutter arqueó las cejas.

–¿A qué viene eso?

Katie estaba sentada en las piernas de Cutter y llevaba puesto su sombrero, miraba a su tío con adoración. Elizabeth sintió una punzada de culpabilidad por haber engañado a la pobre niña. ¿Cómo se iba a sentir cuando supiera que su tío, ese de quien empezaba a enamorarse, no era su tío en realidad sino un hombre al que ella había contratado? ¿Cómo se le había ocurrido siquiera contratar a alguien? ¡Era una idea ridícula! ¡Una idea que tan solo servía para romper corazones! El de Katie y el de ella misma.

Aunque Katie obviamente estaba entusiasmada con el viaje a Sioux Falls, también parecía un poco triste. Elizabeth pensó que era probable que ya echara de menos a su abuelo, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto. Elias había dejado claro que, aunque amaba a su nieta, era

demasiado viejo para criarla. Y probablemente tenía razón. Además, él y Mimí merecían tiempo para ellos mismos.

–La tía Elizabeth dijo que este viaje era demasiado largo –le dijo Katie a Cutter con un suspiro exasperado–. ¡Y creo que tiene razón! ¡Creo que va a durar por siempre jamás!

Cutter se rió entre dientes y Elizabeth sonrió ante el tono indignado de la voz de Katie.

–¡Tengo sueño! –añadió Katie quejándose.

– Lo sé –le dijo Cutter–. ¿Crees que puedes aguantar un rato más?

En la semana que había pasado desde que conoció a la pequeña se había encariñado tanto con ella como Elizabeth. Cuando la miraba a veces casi creía que era suya por su pelo y sus ojos oscuros. El papel de padre le resultaría tan fácil.

–Ajá –respondió Katie mientras empezaba a retorcerse.

Pero Cutter no notó su gesto desesperado, y aunque lo hubiera hecho, no habría entendido lo que significaba. Sus pensamientos estaban en otro lugar completamente. Él le dio unas palmaditas en la cabeza como respuesta, tirando de ella hacia atrás para que descansara contra su pecho. Katie llevaba las últimas tres horas en su silla de montar, hablando poco, excepto por alguna interjección de vez en cuando para su perrito quejumbroso.

Katie insistió en que se llevaran a Perezoso, decía que no podría vivir sin el perro. Cutter lo entendía porque se daba cuenta de que el perro le daba seguridad. A pesar de que no era demasiado leal. De vez en cuando el perro se detenía, gimoteaba y meneaba la cola, luego se precipitaba unos metros hacia atrás, solo para detenerse nuevamente y ladrar. Pero Cutter no podía hacer nada para calmar la angustia del perro, así que lo ignoró.

Katie se encargaba. Con una o dos palabras suaves de ella, Perezoso los seguía ciegamente, moviendo la cola mientras perseguía los cascos de los caballos. Cuando Cutter sabía que Katie había sido criada con el perro y que este era el único vínculo que ella tenía con su pasado; era algo que él

respetaba.

Abrazó a Katie con cariño, perdido en esos pensamientos. Aunque había un hecho que debía afrontar: ante la ley él no era nada para Katie. Tampoco para Elizabeth. Cutter buscaba la mejor manera de plantear ese tema y se preguntaba qué diría Elizabeth cuando lo hiciera.

¿Elizabeth le guardaba rencor a su pueblo? Ella le había dicho que perdió a su madre y a su hermana debido a su gente. ¿Realmente lo culpaba por la sangre Cheyenne que le corría por las venas? Esa sangre ardía por ella. Con un suspiro, Cutter se frotó la mandíbula mientras su mirada era atraída como un imán hacia Elizabeth. A pesar de que estaba exhausta por haber pasado la noche sin dormir, se mantenía erguida sobre la silla de montar; el único signo de fatiga era que tenía los ojos entrecerrados.

Katie empezó a balancearse frenéticamente.

—¡Tengo que ir! —susurró con urgencia. Solo un instante después, antes de que Cutter pudiera siquiera pestañear, una calidez reveladora se deslizó bajo su pantalón. Katie se puso rígida. Cutter se quedó inmóvil, mirando con cautela a la niña.

No, pensó, meneando la cabeza. La niña no podía haber hecho eso. ¿O sí? Su cara se cubrió de incredulidad. ¡Maldita sea! Sus fosas nasales se dilataron, ¡podía olerlo! Pero demonios, ¡no podía ser! No en su nueva y flamante silla de montar. ¡Tenía menos de dos meses!

—¿Sabes algo, tío Cutter? —dijo Katie impetuosamente, levantando la barbilla, aunque sin mirarlo. Sus pequeños hombros estaban tensos. Cutter temía escuchar las siguientes palabras—. ¡Estoy muy orgullosa de mí misma!

Tan seguro como que existen el día y la noche, la humedad empezaba a pasar de la buena silla de montar hasta sus pantalones vaqueros. Cutter maldijo en silencio. Aturdido como estaba, no encontró su voz para responder. ¿Realmente había pensado que sería un buen padre? ¡Demonios, ni siquiera se le había ocurrido preguntarle si tenía que hacer sus necesidades! Y tampoco se le había ocurrido a Elizabeth.

Cutter se giró para lanzarle una mirada cortante a Elizabeth y se sorprendió al encontrar que ella se la devolvía.

–¿Por qué estás orgullosa? –le preguntó Elizabeth a Katie, cuando le pareció evidente que Cutter no iba a preguntar.

Katie asintió con seriedad.

–Porque, tía Lizabeth, ¡he aguantado mucho tiempo las ganas de hacer pis! –Había un orgullo manifiesto en su tono.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par ante la revelación de Katie. Su primer instinto fue reírse, pero el gesto de disgusto de Cutter y la expresión ansiosa de Katie se lo impidieron. Su mano voló hasta su boca.

–Me cago en...

–¡Cutter! –Elizabeth jadeó, sofocando su alegría. Luego, incapaz de contenerse, estalló en una risa histérica, doblándose sobre la silla.

Cutter la miró con los ojos entrecerrados, advirtiéndole sin palabras que iba a pagar si no se callaba.

¡Katie no había dicho una palabra hasta que estaba orinando en su regazo! ¿Cómo iba a saber él que debía preguntarle sobre sus necesidades personales? Vaya si se parecía a su maldita tía. Una preferiría masticar arena antes que pedir un cepillo de dientes y la otra preferiría orinarse donde estaba sentada antes que mencionar que necesitaba parar. ¡Malditas mujeres!

Elizabeth, que había intentado desesperadamente controlar su risa por la expresión melancólica de Cutter, de repente se echó a reír de nuevo.

Tirando bruscamente de las riendas y dando un giro inmediato, Cutter le dirigió a Elizabeth su mirada más letal, aunque no pareció perturbarla en lo más mínimo.

–Vamos a seguir en tren –ladró él.

Ante esta declaración, la carcajada de Elizabeth cobró más fuerza.

– ENTONCES, ¿HACE CUÁNTO QUE SE HAN MARCHADO?

Aturdido aún por todo lo que le había sido revelado, Elias, pálido, se encogió de hombros y sacudió la cabeza débilmente. Miró inexpresivamente el despacho medio arrugado que tenía en las manos y leyó la firma en la parte inferior de la página por cuarta vez: el general de brigada Alfred Sully. Luego apretó los dientes mientras sus ojos volvían a leer el mensaje por última vez:

C MCKENZIE DEBE PRESENTARSE ANTE EL GENERAL A SULLY CUANTO ANTES: EL AUSENTISMO SIN LICENCIA SE CONSIDERARÁ DESERCIÓN

¿Deserción? –repitió Mimí una vez más. Le temblaban los labios y se llevó la mano a la boca alarmada. Un brillo acuoso apareció en sus ojos mientras miraba a Elias y luego de vuelta al teniente que esperaba sentado sobre el semental que le había asignado el ejército de los EE.UU.—. No... no lo sé, pero no pudo haber sido hace más de dos horas. ¿Está usted seguro de que es peligroso?

El teniente Magnus Sulzberger negó con la cabeza en un gesto de frustración que estaba lejos de ser fingido. Colyer lo había alcanzado un par de días antes con el despacho mientras él y O'Neill seguían el rastro de los indios renegados. Aquel dulce y pequeño documento le había alegrado el día, y con mucho gusto había dejado la persecución para obtener un mayor placer. Solo que, cuando regresaron adonde McKenzie había acampado, él y la mujer ya se habían marchado. Desde allí, él y sus hombres siguieron el rastro hasta la casa de Bass, tan solo para descubrir que, una vez más, sus esfuerzos se habían visto frustrados.

Pero no iba a dejarlo ir.

Habría podido, si el general Sully no estuviera buscando a McKenzie; si Doolittle, el jefe del Comité Senatorial de Asuntos Indios, no estuviera decidido a hacer rodar algunas cabezas. Si McKenzie no hubiera acumulado acusaciones a su manera antes de abandonar su puesto. Si Sully no hubiera enviado a un hombre que odiaba a esta raza en particular tanto como Magnus.

Él podría haberlo dejarlo pasar.

PERO SULLY HABÍA ENVIADO A COLYER CON EL DESPACHO. Y ERA SOLO cuestión de tiempo antes de que Sully encontrara a McKenzie. Magnus deseaba evitarlo. Pero si Sully intentaba hacer campaña en las Dakotas iba a necesitar de los servicios de Cutter McKenzie. Sin él no iba a encontrar ni al primer hostil. Por ello no había muchas posibilidades de que Sully renunciara a encontrarlo. Sully necesitaba a McKenzie y lo iba a encontrar así tuviera que buscarlo en el infierno.

Aunque para la mayoría McKenzie era al menos un desertor moral, para Magnus no lo era en absoluto. Su discusión con Sully había sido por la masacre en Sand Creek, por eso McKenzie no había renovado su comisión. Magnus era consciente de ello, pero el documento que Elias Bass tenía entre las manos decía lo contrario y de momento eso era lo único que le importaba a Magnus. No había sobre la tierra nadie que no le aplaudiera por dispararle a un desertor... aunque fuera por la espalda. Especialmente si se trataba de un desertor indio.

—Señora... —Magnus suspiró con énfasis, mientras se metía una bola de tabaco en la boca—. Mire, veo qué no están dispuestos a creerme, pero la seguridad de su nieta está en juego aquí... —Miró por encima del hombro a los dos hombres que esperaban a su lado. Saludó con la mano al más apuesto de los dos—. ¿Por qué no le pregunta a Colyer por de su oreja?

Rascándose la barba, observó intensamente la expresión de la mujer mientras Colyer se acercaba con su caballo y se apartaba el pelo de la oreja para mostrar media oreja donde debería haber habido una entera.

La animosidad en los ojos verdes helados de Colyer negaba completamente su aspecto juvenil, lo que provocó que Mimí retrocediera un paso.

—Me cortó la oreja, señora —dijo el joven sin emoción—. Sin ninguna provocación. —Sus ojos se estrecharon, derramando odio, aunque trató de ocultarlo—. McKenzie estaba cuerdo como usted o como yo, pero de pronto...

Magnus escupió el tabaco de repente.

–Es suficiente, Colyer –dijo–. ¿No ves que la mujer tiene el corazón débil? No puede escuchar el resto. –Hizo un movimiento con la cabeza y Colyer inmediatamente retrocedió para esperar junto a O'Neill.

Tal como era de esperar, parecía que Mimí se iba a desmayar. Con una expresión de dolor, se volvió y se agarró del brazo de Elias.

–Oh, Elias –gimió–. ¿Qué hemos hecho?

Con la cara cada vez más blanca, Elías se enderezó y tomó la mano de Mimí, llevándosela a los labios. Su ira era evidente en cada tensa línea de su cara.

–Hicimos lo que creíamos que era mejor, Mimí. No había ninguna razón para no confiar en ellos –le recordó.

Mimí asintió con expresión dolorida. Elías le soltó la mano y se volvió para mirar al teniente, con el sudor nervioso reflejándose en su labio superior.

–Si McKenzie es tan peligroso –afirmó–. ¿Por qué demonios habéis tardado tanto en llegar hasta aquí? Maldita sea, llamé a Sully tan pronto como supe que él y su esposa estaban en camino.

Magnus arqueó una ceja.

–No sé quién es la mujer –intervino– pero no es su esposa.

Mimí se atragantó ante la revelación y se llevó los dedos a la garganta, pero Elias le dedicó solo una mirada de preocupación por Katie.

–Ella es Elizabeth Mc... ¡maldita sea! Creo que es Bowcock y no McKenzie. ¡Es la hermana de mi nuera!

Magnus levantó la otra ceja.

–¿Está seguro de eso, Sr. Bass?

–Por supuesto que estoy seguro –respondió Elias–. ¡Maldita gente! ¿Me informaron acaso que McKenzie era un desertor del ejército? ¡Diablos, no! ¡Maldita sea! ¡Por Dios, cuánto os molesta que sea mestizo! ¡Eso es lo único que os molestasteis en informarme!

Magnus acercó su caballo al viejo y a la mujer, arrebatándole el

documento de la mano a Elias.

–Vale, vale –dijo con tono condescendiente. Se inclinó hacia adelante en la silla con una lentitud intimidatoria–. No use ese tono conmigo, Sr. Bass. Hemos llegado tan rápido como hemos podido. –Miró a sus hombres y luego a Elias–. Son ustedes los que le confiaron su nieta a ese salvaje rufián –les recordó–. No nosotros. –Sus labios se curvaron de repente–. Y si ya sabía algo, Sr. Bass, debería haberse dado por prevenido. Las razas son las razas. ¡Nada que ver con un pura sangre! Esos salvajes arrancan cabelleras en un abrir y cerrar de ojos.

Las venas en las sienes de Elias se engrosaron mientras negaba con la cabeza.

–No, señor, teniente Sulzberger –respondió Elias–. He conocido a unos cuantos mestizos y eso no es cierto. Pero no importa, es mi nieta de quien hablamos. Si lo que dices sobre McKenzie es verdad, entonces, en lugar de estar aquí, moviendo la boca, deberías estar buscándola.

Los ojos de Magnus brillaron con desprecio.

–Sí, señor, señor Bass –dijo, mostrando su acuerdo–. Eso deberíamos hacer. Creo que es por eso que debería decirnos hacia dónde se dirigen.

Mimí comenzó a sollozar.

–Elias –le suplicó y su voz se rompió–. No podemos arriesgarnos a dejar a Katie con ellos.

Elias le lanzó una mirada de intensa frustración antes de volver a mirar al teniente. Se consideraba un buen juez de las personas y la imagen que le pintaba Sulzberger no parecía verdadera. Aún así, no podía arriesgarse, no podía arriesgar a su nieta. Miró el documento con repugnancia. Nunca había imaginado a Cutter McKenzie como un desertor, ni a Elizabeth como una mentirosa.

–Sioux Falls –espetó–. ¡Pero yo voy con vosotros! Solo dejadme entrar a buscar mi arma.

Ignorando su declaración, Magnus se puso de pie sobre sus estribos, hizo

que sus hombres se adelantaran con una ansiedad que le provocó un escalofrío a Elías.

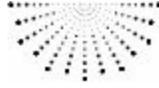
–¡Ya habéis oído, muchachos! ¡Deprisa! A Fulton City, por si decidieran ir por el Golfo. Y usted, señor –ladro, volviendo la cabeza hacia Elías– no irá a ninguna parte. –Sus ojos intimidaban por su brillo–. Esto es asunto del ejército, señor, y usted se quedará quieto. –Se inclinó el sombrero en un gesto de respeto–. Nos pondremos en contacto con usted muy pronto.

Tras decir esto, se dejó caer en su silla de montar, empujando con toda la fuerza de sus tacones de bronce el vientre de su caballo.

Con la expresión aturdida por la sospecha, Elías vio cómo el teniente alcanzaba a sus hombres. Los tres de repente lanzaron disparos victoriosos al aire, y luego uno de ellos, el llamado Colyer, sostuvo su rifle en alto, descargándolo una vez más mientras los otros gritaban.

–Mimí –dijo él sin dejar de mirar–. Esto no me gusta, algo no está bien. – El entusiasmo era antinatural. Elías se volvió hacia la casa y entró corriendo con la intención de sacar su rifle–. Los voy a buscar –gritó–. Sea como sea, Katie me necesita.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Distraída por la cantidad de gente que había en el andén, Elizabeth miró a su alrededor pensando que se debía al reciente final de la guerra.

La estación estaba atestada de soldados de la Unión que evidentemente aún intentaban llegar a casa. Un pequeño grupo de hombres uniformados llamó su atención, cuando notó que se reían de algo que había más adelante. Siguiendo sus miradas, Elizabeth vio a un hombre regordete, con la cara roja, que intentaba desesperadamente empujar a su vaca para que entrara en uno de los compartimentos. Elizabeth sonrió y luego, volviendo su atención a Cutter que estaba a su lado, descubrió que la miraba atentamente.

Se sintió como una tonta. Se puso de pie y le dio la mano a Katie sin dejar de mirar a Cutter fijamente. Era extraño que, tras haber pasado tanto tiempo juntos, esta breve separación fuera como un adiós.

Aunque no lo era, se recordó Elizabeth.

–Entonces... ¿te veremos en el tren? –preguntó, más para ella que para Katie.

Una tenue luz centelleaba en las profundidades de los ojos negros de Cutter, como si conociera sus pensamientos. Aturdida, Elizabeth desvió la mirada hacia Katie.

Cacao frunció el ceño con impaciencia, salvando a Elizabeth de un

momento embarazoso. Cutter se rió de su cara de alivio, mirando por encima del hombro a la quejumbrosa yegua.

–Aguanta un poco, Chocolatito –murmuró Cutter.

Katie se echó a reír por su comentario ridículo, y Elizabeth lo miró con los ojos entrecerrados. Sabía que se burlaba de ella, cariñosamente, sin malicia. Se descubrió sonriendo contra su voluntad.

–Cacao –lo corrigió ella, pensando que era increíble que esa chispa de Cutter la molestado tanto antes, ya que disfrutaba inmensamente de ello, aunque nunca lo admitiría.

–Vale –dijo Cutter, extendiendo la mano para para acariciarle la barbilla a Katie–. ¿Crees que podrás cuidar a tu tía hasta que yo regrese? –le preguntó con un guiño.

Katie se frotó los ojos cansada.

–¡Oh, sí! –aseguró.

–¡Qué niña! –Cutter movió la cabeza suavemente, liberándola mientras su mirada volvía a Elizabeth–. Estaré a bordo en cuanto acomode a los animales –le dijo, quitándose el sombrero de la cabeza y pasándose el brazo por la frente empapada en sudor. Luego se quedó girando el sombrero entre las manos.

Elizabeth asintió, pero no se movió, era incapaz de apartar la mirada. A sus pies, Perezoso comenzó a ladrar con impaciencia y Katie inmediatamente se soltó de la mano de Elizabeth, inclinándose para darle una palmadita.

–Tranquilo, Perezoso... tranquilo –canturreó–. ¡El tío Cutter te cuidará! ¿Verdad, tío Cutter?

A regañadientes, apartando la mirada, Cutter miró hacia abajo. Katie le sonreía, y el guiño que le dio no tenía precio. Fue el guiño más largo, más inocente que había visto en su vida. Encantado, se inclinó para darle un golpecito en la cabeza a Perezoso.

–Claro –le dijo. Mirando a Elizabeth, se sintió más alegre de lo que se había sentido en toda su vida. La mirada de respuesta en sus ojos hizo que su

corazón se revolvió, y su cuerpo se tensó de inmediato. Haciendo una mueca, cambió el peso a su pie derecho, y dándole al perro una última palmadita, se levantó para mirarla.

Elizabeth frunció el ceño.

–Cutter, ¿estás bien?"

–Sí –dijo él con una sonrisa tensa. Ella lo miró un poco dudosa, lo que le hizo agregar suavemente– Nunca he estado mejor.

Y era verdad; las cosas habían ido tan bien que Cutter no quería estropearlas. Los últimos días le habían dado más placer de lo que jamás había creído posible. Extendiendo la mano, apartó un mechón de la cara de Elizabeth.

Para Elizabeth todos los sonidos desaparecían cada vez que los ojos oscuros de Cutter se encontraban con los suyos; todos los sonidos, salvo los latidos de su corazón. Cuando se miraban... de alguna manera, sin decir una palabra... Elizabeth lo supo: no habría más despedidas entre ellos. Jamás. Había llegado la hora de abandonar el miedo.

–Cutter –empezó ella, pero luego perdió el valor y se mordió el labio inferior, mirando hacia otro lado.

Los dedos de Cutter se agarraron a su cintura en ese momento, ligeramente, tan ligeramente que su corazón se sacudió al sentirlo. Elizabeth no pudo soportar la increíble intimidad de su toque; sus ojos se cerraron y se quedó allí, con las rodillas débiles, mientras el mundo se desvanecía.

Podrían haber estado solos, en ese instante, o no. No habría importado.

Sin previo aviso, Cutter la rodeó con el abrazo, se echó el sombrero a la espalda, e inclinó la cabeza lentamente, girándola para que su boca encajara con la de ella. El corazón de Elizabeth dio un salto mortal cuando sus labios descendieron, rozando tiernamente los suyos. Era una sensación demasiado embriagadora para soportarla. Incapaz de contenerse, gimió ante la aterciopelada caricia de la lengua de Cutter. El corazón le saltó hasta la garganta cuando el beso se hizo más profundo, clavándosele en el alma.

Se detuvo el tiempo.

Con un gruñido reticente, Cutter se apartó. Contuvo el impulso de levantarla en brazos para llevarla a algún lugar apartado. Apoyó la frente sobre la cabeza de Elizabeth.

–Elizabeth –susurró–. Me haces perder el control.

Sujetándola por la nuca, se inclinó para saborear sus labios una vez más, cerrando los ojos, como si estuviera drogado por el olor y el sabor de ella. Su aliento siseó entre sus dientes. Le plantó pequeños besos sobre la barbilla, en el cuello, le mordisqueó la oreja ... Un repentino y urgente tirón en el pantalón llamó su atención.

–¡Tío Cutter! ¡Tío Cutter! –Katie chilló aterrorizada–. Creo... ¡creo que le has hecho daño a Perezoso!

Cutter estaba tan absorto en el beso, que tardó un buen rato en recobrar el sentido y otro para entender lo que Katie le había dicho. La miró con una expresión de sorpresa; había olvidado que ella estaba allí.

Elizabeth no sufrió la misma desorientación. Asustada por la voz de Katie, se apartó de Cutter de inmediato. Se inclinó para tomar a Katie de la mano, lo miró con culpa y luego a Katie.

–¿Perezoso?

–¡Sí! –Katie gimió, señalando–. ¡Mirad! ¡Se está escapando! ¡No va a volver!

Cutter miró por encima del hombro a tiempo de ver que el extremo de la cola del perro desaparecía entre la multitud.

–¡Maldita sea! –exclamó, poniéndose el sombrero rápidamente–. ¡Vosotras subid al tren! –dijo mientras se alejaba. Y luego regresó de repente, tomando a Elizabeth en sus brazos para besarla profundamente. Soltándola bruscamente, tomó las riendas y corrió tras el perro, mientras los caballos lo seguían con trote lento.

Elizabeth observó solo un momento más mientras Cutter se abría paso entre la gente, lejos del tren, notando su cojera por primera vez. Habían

pasado muy poco tiempo juntos los últimos días porque él y Elias habían estado ocupados reparando vallas. Lo había visto solo brevemente durante la cena, y luego por la noche, pero no recordaba que se hubiese quejado de dolor en las piernas. Frunciendo el ceño con preocupación, hizo subir a Katie al Gulf Mobile Ohio.

–Vamos, cariño –le dijo–. Vamos a buscar un asiento junto a la ventana, ¿vale?

–Vale. Pero ¿qué pasa con Perezoso? –quiso saber.

–No te preocupes. Cutter lo atraparé –le aseguró Elizabeth–. Venga, con cuidado.

–¡Pero si nunca me caigo! –exclamó Katie, apretando fuerte los dedos de Elizabeth con su pequeña mano.

Elizabeth se rió bajito.

–Ya lo sé –dijo con una sonrisa–. Pero no está de más tener cuidado. Y nunca hay que decir de este agua no beberé. Yo decía que nunca me comería una serpiente de cascabel... ¿y adivina qué?

–¿Qué? –Katie respondió automáticamente y Elizabeth le contó, mientras se movían por el pasillo, todo sobre la serpiente de cascabel que se había visto obligada a comer.

Alternando entre respirar y maldecir, Cutter se abrió camino a través de la multitud, lejos del tren. No importaba cuánto le gritara, Perezoso parecía no escucharlo, o no quería escucharlo. El perro corría como una bala, moviendo la cola salvajemente.

Cuando Cutter estaba a la distancia justa para atrapar al perro, este se lanzó debajo de un caballo que dormitaba. El animal se sobresaltó, sus orejas se movieron y sus fosas nasales se encendieron. Sabiendo que estaba alarmado y que podía ser peligroso, Cutter puso a sus dos caballos por delante para esquivarlo. Cuando por fin se abrió paso, vio de inmediato qué era lo que buscaba Perezoso.

A Elias Bass. Bajaba por una de las calles laterales, con su rifle bajo el

brazo, silbando con los dedos. El perro se puso a dos patas, agitando la cola en señal de bienvenida. Elías ignoró al perro. Ver que Perezoso había venido solo lo preocupó.

–¡Elías! –gritó Cutter para saludarlo.

Al oír su nombre, Elías se giró. En cuanto vio a Cutter, su rostro se llenó de ira. No dijo nada, simplemente empezó a caminar hacia él. Cuando estaba a menos de metro y medio de Cutter, aceleró el paso. Luego arrojó el arma al suelo, se acercó y le dio un puñetazo en el estómago a Cutter.

Sorprendido por el ataque, Cutter soltó las riendas que sostenía en la mano, cayendo hacia atrás con las manos en la tripa. Su espalda golpeó el suelo; se había quedado sin aire en los pulmones.

–¡Hijo de puta! –gruñó Elías, lanzándose otra vez sobre él–. ¡Me has engañado, hijo de puta! –Con el rostro colorado de ira, Elías lanzó otro golpe inesperado que aterrizó justo debajo de los ojos de Cutter.

–¿Qué narices te pasa, Bass? ¡Si tienes alguna queja de mí, escúpela!

Cutter se contuvo. Había pasado suficiente tiempo con Elías para saber que tenía que haber una buena razón para que el hombre se comportara de una manera tan irracional. Elías lanzó otro derechazo que aterrizó en la mandíbula de Cutter con tanta fuerza, que le cerró la boca. Cutter se sacudió, de ninguna manera iba a golpear a un anciano, especialmente a uno que probablemente sentía que tenía buenas razones para hacer lo que estaba haciendo.

–¡Maldita sea, viejo amigo!

–¡No soy tan viejo para no poder darte tu merecido! –respondió Elías resollando, mientras le daba otro puñetazo–. ¡Esto por mentirme, hijo de puta! –Cutter lo esquivó.

Maldiciendo, Elías se arrojó sobre Cutter, agarrándolo por la camisa–. ¿Dónde está mi nieta? –Soltó la camisa de Cutter para darle otro golpe furioso en la mandíbula.

Cutter le atrapó la mano esta vez, luchando con él en el aire.

–¡Y está bien! –respondió, a punto de perder la voluntad de no defenderse–. Ya está bien, Bass, ya te has desahogado. Ahora dime, ¿por qué estás tan enfadado?

Elias no respondió, tan solo le lanzó otro puñetazo. Cutter lo bloqueó, derribando a Elias con un golpe limpio. Arrodillándose, Cutter se frotó la mandíbula e inmediatamente levantó las manos Al aire cuando Elías volvió a amenazarlo.

–Me has obligado a pegarte una vez, pero no voy a intercambiar golpes contigo, viejo, así que ya puedes calmarte y decirme qué sucede.

Elías le lanzó una mirada acusadora pero se controló, aunque el pecho le resoplaba de furia.

–¡Katie está bien! –repitió Cutter–. Ahora dime, ¿qué diablos te pasa? ¿Por qué sientes que tienes que echárteme encima, arrojando puñetazos sin explicaciones?

Con los ojos enrojecidos por la ira y el labio sangrando por el golpe de Cutter, Elias se frotó la mandíbula.

–¡Eres tú quien tiene que darme explicaciones, McKenzie, maldito desertor!

Bass comenzó a toser violentamente.

Cutter se apoyó en una rodilla para levantarse y luego se quedó inmóvil. Un escalofrío le recorrió la espalda y sus cejas chocaron violentamente.

–¿Cómo me has llamado?

La multitud había empezado a agolparse a su alrededor y se oían murmullos sobresaltados.

Elias se aclaró la garganta, con lágrimas en los ojos.

–¡Eres un desertor mentiroso, eso es lo que eres! –Escupió, secándose el hilo de sangre de los labios con el dorso de la mano.

La rabia se disparó en Cutter ante la acusación de Elias, aunque se contuvo porque sabía que esas palabras tenían que venir de otra persona. Fue ese pensamiento lo que le puso los pelos de punta.

–¿Quién diablos te ha dicho que soy un desertor?

Fue la calma letal en la voz de Cutter lo que instó a Elias a hacer una pausa. Sus cejas se fruncieron en confusión por la respuesta y el terror corrió por su espina dorsal. Se encontró con la mirada de Cutter sin vacilar, deseando ver la verdad en sus ojos.

–El teniente Sulzberger –respondió despacio–. Nos mostró los papeles del General Sully y quería saber dónde encontrarte...

Elias aulló de sorpresa, cerrando sus ojos instintivamente ante el grito inesperado de Cutter. Esperaba que saltara sobre él. Pero Cutter no lo hizo.

Los ojos de Elias se abrieron de golpe y observó, estupefacto, cómo Cutter se ponía en pie y corría en la dirección por la que había venido. Abriéndose paso a través de la multitud. Dejó a los caballos y a Perezoso acurrucándose entre sus patas.

Elías abrió los ojos de par en par al percibir el peligro. Cogió su rifle con rapidez y corrió detrás de Cutter.

–¡Pero no lo veo! –insistió Katie con la nariz contra la ventana.

–No te preocupes, Katie. Cutter atrapará a Perezoso. Apártate de la ventana.

Katie se alejó de la ventana y se apoyó en el regazo de Elizabeth. Elizabeth se acurrucó más cerca, pensando que habría mucho que hacer una vez que llegaran a Sioux Falls, a pesar de que habían traído pocas cosas de Katie; tan solo algunos de sus vestidos, una pequeña muñeca y su perro. En cuanto llegaran, Elizabeth planeaba trasladar sus cosas al cuarto de su padre, así le dejaría a Katie su habitación. Elías había prometido traer el resto de las pertenencias de Katie en el otoño, cuando hiciera menos calor y fuera más fácil viajar. Elizabeth frunció el ceño. ¿Qué le diría a Elias cuando viniera y descubriera que Cutter se había ido? Bueno, ya pensaría en algo. Mientras tanto, solo esperaba que Cutter fuera capaz de atrapar a Perezoso.

Elizabeth frunció el ceño otra vez al considerar otro asunto. ¿Cómo iba a cuidar a Katie y a atender a sus pacientes al mismo tiempo? Miró a la niña

pequeña que se curvaba tan confortablemente en su regazo y se dijo que haría lo que tuviera que hacer. Si eso significaba hacer con Katie lo que su padre había hecho con ella, entonces así sería. Y si eso significaba contratar a alguien para vigilar a Katie cuando Elizabeth no podía hacerlo, también lo arreglaría. Mientras tanto, no parecía tener mucho sentido preocuparse por eso. Como su padre solía decir, todo acababa saliendo siempre bien.

—¿Señora?

Sorprendida por la profunda voz que acababa de escuchar, Elizabeth alzó la vista y se encontró con un par de intensos ojos verdes mirándola. Además de su asombrosa belleza, el hombre vestía un uniforme militar azul y una sonrisa encantadora.

—¿Señora? —preguntó el hombre de nuevo con una sonrisa—. ¿Usted es la señora McKenzie?

Elizabeth vaciló un momento, mirando al hombre como si hubiera perdido el juicio. Pero luego miró a Katie, y esta le devolvió una mirada tan expectante que inmediatamente se volvió hacia el soldado.

—Sí —dijo con firmeza—. Sí, soy yo. —Elizabeth levantó la barbilla como para desafiarlo—. ¿Ocurre algo?

El soldado sonrió.

—Bueno, no, señora... es solo que... bueno, su esposo me pidió que le dijera que necesitaba que se reuniera con él afuera.

Elizabeth frunció el ceño confundida.

—No entiendo. Me dijo que esperara en el tren, que vendría tan pronto como él... Oh, no, ¿es eso? ¿Ha tenido problemas para que los caballos viajen con nosotros?

El soldado arqueó una ceja y una vez más Elizabeth se sorprendió por su aspecto notablemente bueno. Lo único que restaba valor era el hecho de que tenía el pelo demasiado largo y un poco descuidado. Aparte de eso, su apariencia era impecable.

—No sé, señora —dijo—. Su marido me acaba de pedir que le diera el

mensaje, eso es todo. Él estaba con los caballos. Pero puede preguntárselo usted misma si quiere... la llevaré hasta él.

Algo en la forma en que el hombre la miraba le produjo un escalofrío. Su sonrisa, aunque cálida, no parecía muy genuina. Reprimiendo la sensación de inquietud, Elizabeth se sacudió, irritada por la asfixiante paranoia que había desarrollado recientemente. ¿Por qué debía sospechar que el hombre deseaba hacerle daño? Seguramente Cutter le había pedido que viniera; de otro modo, ¿cómo habría sabido que eran marido y mujer?

O que fingían serlo, se recordó a sí misma. Además, era un oficial del ejército de los EE.UU., había jurado proteger... y, además, estaban a plena luz del día. ¿Qué daño podría ocurrirle?

–Sí, por supuesto –dijo Elizabeth con decisión–. Gracias.

Se levantó de inmediato, despertando a Katie y levantándola en sus brazos.

Katie se aferró a ella.

–Espero que no haya perdido a Perezoso –murmuró Katie somnolienta.

Elizabeth le dio unas palmaditas reconfortantes.

–No, cariño, estoy segura de que Perezoso está bien –dijo, rogando a Dios que fuera la verdad. Salió al pasillo y apoyó el peso de Katie en su cadera.

–Por aquí –dijo el soldado, aclarándose la garganta.

–Creía que el ganado y los caballos viajaban en el otro lado –dijo Elizabeth.

–Así es –dijo él rápidamente–, pero hoy no caben. Parece que todos han decidido traer animales el mismo día. –Él rió.

Elizabeth se encogió de hombros y empezó a caminar en la dirección que él le indicaba.

–Debería dejar a la niño aquí –le sugirió el hombre con un movimiento brusco de cabeza.

–¿Dejarla? ¿Aquí? –Elizabeth miró el asiento que ella misma había ocupado y luego miró al hombre incrédula–. Me temo que no, señor... eh...

–Colyer –respondió el hombre con una sonrisa atractiva–. Jack Colyer.

–Sí, bueno... –Elizabeth le lanzó una mirada de reproche y luego se giró para caminar por el pasillo–. Jamás dejaría a Katie sola –dijo con firmeza.

Katie levantó la cabeza a pesar de la somnolencia.

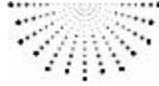
–¡Sí! Porque tengo así –se apresuró a informar, levantando cinco dedos.

Colyer se encogió de hombros.

–Como quieran. Solo pensaba que querrían conservar sus asientos, eso es todo.

–¡Ella es mi nueva mamá! –dijo Katie– ¿Y sabes qué? Vamos a ir a mi nuevo hogar ahora. Y mi tío hizo que escapara mi perro, pero no me preocupo porque lo va a traer de nuevo –aseguró alegremente.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



En cuanto Elizabeth bajó del tren, Colyer le arrancó a Katie de las manos.

–Déjeme ayudarle –le ofreció amablemente–. Parece que pesa bastante.

– ¡No hace falta! –protestó Elizabeth, estirando las manos para recuperar a Katie.

Colyer le lanzó una mirada que le provocó otro escalofrío de aprensión.

–Insisto –dijo con firmeza, y luego se inclinó para susurrarle al oído sin que Katie pudiera escuchar–. Camina o le corto la garganta a la niña.

Elizabeth se detuvo abruptamente, demasiado aturdida para creer lo que había escuchado. Su mentón bajó, iba a pedirle que lo repitiera, pero la mirada en sus ojos mientras giraba se lo dejó claro. Elizabeth sacudió la cabeza.

–Camina –dijo el hombre, apartando su chaqueta para revelar la funda de cuero donde llevaba un cuchillo.

Un miedo helado se apoderó de Elizabeth al verlo y el color desapareció por completo de su rostro. Con el corazón acelerado por el terror, pensó en pedir ayuda a gritos, pero Colyer le dirigió una mirada que la heló hasta los huesos, paralizándola. Elizabeth se preguntó cómo podía haber pensado que era guapo. Aquella mirada lo transformaba por completo.

–Camina –gruñó Colyer y Elizabeth lo miró–. Y por si estás pensando en

gritar, recuerda que tenemos a tu marido atado como un pavo de Acción de Gracias, listo para trincharlo. –El hombre se rió maliciosamente, dejándole claro sin palabras que sabía que Cutter no era nada más que su amante. La empujó bruscamente hacia adelante y Elizabeth tropezó con sus propios pies, pero luego se volvió y logró hacer lo que el hombre le decía, mientras su mente corría frenéticamente.

–Al menos déjame llevar a Katie –dijo rápidamente, con voz temblorosa.

Colyer se rió, empujándola hacia adelante otra vez.

–¿Crees que soy estúpido? –preguntó con saña–. Vamos, mézclate entre la gente... antes de que me piquen los dedos.

Elizabeth no necesitó oír más. Caminó a ciegas entre la multitud, consciente de que Colyer estaba detrás de ella, listo para empujarla cuando no se movía lo suficientemente rápido. Consciente, también, de que el destino de Katie estaba en sus manos. ¿Y el de Cutter?

¿Qué podía querer de él? ¿Y de Katie? Elizabeth no lo entendía. Mordiéndose el labio inferior para sofocar un grito de pánico, negó con la cabeza, porque no encontraba ninguna razón.

Elizabeth veía borrosos los edificios que había a su alrededor, las personas sin rostro. El corazón le martilleaba de miedo. Inesperadamente, Colyer le puso una mano en el hombro y la empujó bruscamente hacia un callejón, donde esperaban dos hombres, uno a caballo y el otro no. Elizabeth los reconoció de inmediato. Pero no había señales de Cutter, y supo que Colyer había mentido. Se le hizo un nudo en el estómago mientras buscaba frenéticamente alguna vía de escape.

No había ninguno, no mientras Colyer tuviera a Katie.

–Está asustada, ¡por favor! ¡Déjame abrazarla! –dijo Elizabeth con ansiedad, intentando coger a Katie–. Haremos lo que nos digas –juró–. ¡Pero déjame abrazarla!

Colyer la esquivó, empujando a Katie a los brazos del joven que Elizabeth recordaba como O'Neill.

La mirada en la cara de O'Neill reflejaba el horror en su corazón.

—No dijiste que ibas a traer a la niña —objetó O'Neill con un claro acento irlandés—; Yo no voy a matar a una niña!

Katie comenzó a gemir en sus brazos. Elizabeth trató de apartarla de O'Neill, pero Colyer la agarró por la cintura y la arrastró lejos, montándola en su caballo. Luego él montó detrás.

Magnus acercó su caballo al de O'Neill; la hostilidad de su mirada hizo que Elizabeth se quedara sin aliento.

—¿Tienes un problema con esto, Blue-boy? —Preguntó, tomando prestado el epíteto que Cutter había usado para él—. Si es así... te puedes largar ahora mismo. Hizo un movimiento de cabeza para que O'Neill se fuera, pero su mano fue hacia su revólver en una clara advertencia—. Venga, dame la espalda y cabalga.

La mirada de O'Neill pasó de Magnus a Colyer, a la niña en sus brazos y luego hacia atrás, observando astutamente a Magnus.

—No soy estúpido, hombre. Si le doy la vuelta a este caballo me disparas por la espalda. ¿No es así como funciona?

—No lo sé —dijo Magnus, mostrando los dientes en una especie de sonrisa, con un tono burlón—. ¿Por qué no pruebas, a ver?

O'Neill negó con la cabeza despacio.

—¡Ni hablar! —Luego, como si de pronto se diera cuenta de su precaria posición, les dijo—: Estoy con vosotros, no lo dudéis. Simplemente no sé si debemos matar a la chica, eso es todo. ¡No está bien! Además, dijiste que sería solo la mujer, ¡dijiste que no importaba porque era una puta amante de indios!

Evaluó a Elizabeth con una mirada rápida y luego sus ojos volvieron rápidamente a Magnus, pero Elizabeth notó que inconscientemente estaba acariciando la espalda de Katie para tranquilizarla. A pesar de ello, los ojos de Katie se abrieron por el miedo, y Elizabeth sintió un golpe en el corazón.

Magnus también se dio cuenta del gesto de O'Neill y frunció el ceño.

–¿Sí? –Dirigió una mirada a Colyer, luego a O’Neill–. Pues entonces no te cagues encima, niño. Salgamos de aquí antes de que McKenzie nos encuentre. Este no es buen lugar para lo que tenemos en mente. –Se giró para guiñarle un ojo a Elizabeth, y luego le hizo un gesto a O’Neill para que se moviera delante de él.

–Habías dicho que el chico aceptaría cualquier cosa –siseó Colyer a Magnus–. Habías dicho que tenía estrellas en los ojos. ¡Lo único que nos falta es que vaya a causarnos problemas!

Magnus le lanzó a Colyer una mirada fría que también incluía a Elizabeth.

–Nos ocuparemos de eso –dijo simplemente, luego se movió para ir delante.

Elizabeth se puso rígida ante aquellas palabras, pero Colyer solo se rió, acariciándole la nuca con la nariz. Otro escalofrío recorrió la espalda de Elizabeth.

–Nunca te saldrás con la tuya –siseó ella, encogiéndose de hombros con disgusto.

Colyer se echó hacia adelante abruptamente, presionándose contra ella, aplastando a Elizabeth contra la cabeza del caballo mientras clavaba los talones en la tripa del animal. El cuerno de la silla de montar se le clavó a Elizabeth dolorosamente en el estómago, pero resistió el impulso de gritar de dolor, porque sabía que era lo que Colyer quería.

–Ya me he salido con la mía, palomita –le informó él despectivamente–. Ya lo he hecho. –Su lengua se deslizó de repente, pasando la nuca de Elizabeth y por su cabello.

Ella se apartó lo más lejos posible de él, encogiéndose con repugnancia. Colyer se rió entre dientes.

–Eres una maravilla, palomita... si te mueves tan bien como sabes.

Con un presentimiento retorciéndole las entrañas, Cutter saltó al vagón en el que Elizabeth y Katie habían abordado. Corriendo a ciegas, abrió la

puerta y corrió por el pasillo, haciendo caso omiso de las miradas y maldiciones lanzadas hacia él por inspeccionar cada asiento ocupado como si fuera un hombre poseído.

Ella no estaba allí. Por Dios, ella no estaba allí, ¡no estaba en ningún lado!

—¡Elizabeth! ¿Katie?

Cutter sujetó a un niño pequeño que salió corriendo al pasillo y se metió en el asiento del otro lado, donde una mujer dormitaba con la cara hacia la ventana. Pelo rubio fue todo lo que Cutter vio en aquel instante. La mujer del asiento era rubia. Y el niño era moreno; definitivamente no era Katie. El niño comenzó a chillar de miedo.

La mujer rubia se incorporó en su asiento sobresaltada y empezó a gritar. Se echó hacia delante, con los ojos muy abiertos por el miedo y abrazó al niño de forma protectora.

Cutter se apresuró a tranquilizarla.

—¿Lo habéis visto? —gritó la mujer— ¡Ha intentado robarme a mi bebé!

—¡Está loco! —gritó otra persona.

Cutter frunció el ceño mientras deliberaba sobre su próximo movimiento. ¡Loco, así era como se sentía! El tren empezó a moverse en ese momento, decidiendo por Cutter. Se le encogieron las entrañas. No tenía más remedio que examinar todos y cada uno de los compartimentos. Salió disparado hacia la parte trasera del tren, ignorando el dolor que ardía en su pierna izquierda.

Tras dos horas agotadoras cabalgando con Colyer en la silla de montar, cada músculo del cuerpo de Elizabeth gritaba por sus esfuerzos de mantenerse echada hacia adelante. Por los retazos de conversación que había escuchado, llegó a la conclusión de que era a Cutter a quien buscaban, no a Katie o a ella misma. Estaba claro que lo despreciaban; Jack Colyer, por la lesión que Cutter le había hecho. Elizabeth no entendía de qué lesión se trataba, pero estaba segura de que lo descubriría lo pronto. Las razones de Magnus eran un misterio. El simple hecho de que Cutter inhalara el mismo

aire que él parecía provocarlo. De su boca no salían más que las palabras "indio", "mestizo" o algún otro epíteto menos halagador.

De los tres, O'Neill parecía ser el menos amargado. No dijo nada mientras cabalgaban, pero el cuidado que le dio a Katie lo decía todo. En él, Elizabeth albergaba las mayores esperanzas de escapar. Pero no se atrevió a mirarlo a los ojos para confirmarlo. Tampoco habló con él por temor a llamar la atención sobre su consideración por Katie. Debido a su amabilidad, el miedo de Katie parecía disminuir considerablemente, y Elizabeth estaba agradecida por ello. Sin embargo, los ojos de Katie parecían perpetuamente al borde de las lágrimas. Para Elizabeth era un tormento no poder extender la mano y tomar a su sobrina en sus brazos, no poder consolarla. Sus ojos se llenaban de lágrimas cada vez que notaba la expresión estoica en la hermosa carita de Katie.

De vez en cuando O'Neill salía de su campo de visión, y la cara de Katie se convertía en poco más que una mancha borrosa. Era en esos interminables momentos cuando el corazón de Elizabeth sufría más, porque deseaba desesperadamente saber que Katie estaba bien. Sus oídos se esforzaron por escuchar siquiera el más leve gemido, pero nunca hubo ninguno, y Elizabeth finalmente tuvo que concluir que Katie estaba bien.

No lloró en ningún momento.

No se detuvieron hasta última hora de la tarde, y tan solo para que bebieran los caballos. Sin explicación alguna, Magnus bajó a Elizabeth del caballo y la empujó hacia un tronco caído. Después de un momento, Katie, que dormía a ratos, fue empujada a sus brazos.

Mirando a sus secuestradores con un nudo en la garganta, Elizabeth se sentó, meciendo a Katie, sintiendo cómo su enojo crecía con cada insulto que Magnus profería contra Cutter. Pero ella no dijo nada, se limitó a escuchar e intentó desesperadamente mantener su frágil control. Por el bien de Katie, reprimió su ira bajo la apariencia de indiferencia. Si hubiera estado sola habría arañado los ojos de Magnus por los insultos que le lanzaba a Cutter en

su ausencia. ¡Qué fácil era insultar a un hombre que ni siquiera estaba presente para defenderse! Cuanto más escuchaba, más difícil le resultaba guardar silencio.

Cuando Magnus insultó a Cutter una vez más, diciendo que no era un hombre, sino un animal apto para ser desollado y usado como un búfalo, Elizabeth sintió que no podía aguantar más. Pero no debía llamar la atención hacia sí misma por el bien de Katie. Le lanzó a Magnus una mirada de desdén y, tal como se le indicó, devolvió a Katie a los brazos de O'Neill, sintiendo que las piernas le flaqueaban un poco.

—No recuerdo que fueras tan vulgar e insultante a la cara de Cutter —se burló en voz baja, tensa por la ira—. Quizás es que no eres tan hombre, Sulzberger.

Magnus solo sonrió, con los ojos entrecerrados astutamente, luego se volvió para dirigirse a Colyer con una sonrisa beligerante. La mirada que intercambiaron la enfureció. —Ella cabalgará conmigo ahora —dijo con deleite, y luego se volvió para mirarla.

Colyer lanzó una risita—. Al fin muestras algo de emoción, palomita. Estaba empezando a preocuparme por haber atrapado a la mujer equivocada.

Su mirada se volvió hacia Magnus mientras este escupía el tabaco a sus pies, pero Elizabeth se mantuvo firme, ignorando su tosquedad.

Magnus asintió con la cabeza.

—No hay ninguna señal de que ese bastardo nos esté siguiendo —agregó—. Ya pensaba yo que a un mestizo inútil no le ibas a importar lo suficiente para ir detrás de ti. —La emoción estalló en los ojos de Magnus cuando se volvió para mirarla con una sonrisa—. Aunque creo que él vendrá, cariño. Él vendrá. Y cuando lo haga... Voy a tener el placer de demostrarte, mientras él mira, lo hombre que soy. Y ahora —ladró—, coloca tu bonito trasero en mi silla de montar.

Su sonrisa se amplió mientras recorrió todo el cuerpo de Elizabeth con la mirada, deteniéndose en su pecho, que estaba completamente oculto.

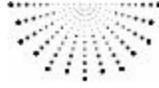
Elizabeth se sintió desnuda ante él.

–Vamos a cabalgar de lo lindo tú y yo –le prometió Magnus.

Un escalofrío de pánico se extendió por la espina dorsal de Elizabeth y el color desapareció de su rostro al recordar la súplica apasionada de Cutter: cabálgame, Lizbeth, cabalga. Recordó la crudeza de su voz. Elizabeth cerró los ojos un momento, deseando no saber lo que eso significaba entre hombres y mujeres. Pero lo sabía, y al ver el rostro rubicundo y satisfecho de Magnus, supo que él también lo entendía. Sus fríos dedos la recorrieron mientras él soltaba una risita. Elizabeth tragó con dificultad, estremeciéndose por dentro y con el estómago revuelto de repulsión ante la simple idea de que él la tocara. Desviando los ojos, miró por encima del hombro hacia Katie. Ella aún dormía, ¡gracias a Dios! No habría podido soportar que Katie lo oyera.

–Bueno, ¿qué esperas? Veo que el salvaje te entrenó realmente bien. – Sus ojos la miraron con un frío desprecio mientras la agarraba por la parte superior del brazo, obligándola a moverse. Elizabeth soltó un pequeño grito, aunque tenía la garganta cerrada por el miedo–. Venga –añadió, burlándose de ella– ¿por qué no te levantas para que podamos ver qué tipo de movimientos aprendiste para nosotros?

CAPÍTULO VEINTISIETE



Esos bastardos quieren que los sigamos –siseó Cutter entre dientes. Atemperando su furia con dificultad, se secó las gotas de sudor que perlaban su frente y su boca se endureció.

Mientras cabalgaba silenciosamente junto a Cutter, Elías levantó la vista del rifle.

– ¿Cómo lo sabes? –preguntó, explorando el área antes de devolver su escrutinio a Cutter.

Cutter tenía la mirada fija en el horizonte, su mandíbula tensa con una furia que había crecido desde el momento en que descubrió que Elizabeth y Katie no estaban. Revisó hasta el último vagón y luego se tiró del tren y corrió como un demonio a la ciudad de Fulton, donde encontró a Elias esperándolo, listo para montar.

Elias ya había dejado a Cocoa en el establo más cercano, y por unos pocos céntimos extra, el hombre que estaba a cargo prometió alimentar al perro hasta que regresaran. Mientras tanto, Cutter había buscado el rastro de Magnus con unas cuantas averiguaciones y desde entonces lo seguían de cerca. Hasta el momento, Sulzberger no pareció darse cuenta.

Cutter se volvió para observar a Elias, preocupado por las profundas sombras bajo sus ojos. No estaba seguro de que el viejo estuviera a la altura de lo que iba a hacer. Se veía casi tan mal como Cutter se sentía, pero no

tenían otra opción. Cutter sabía que Sulzberger jugaba sucio y por tanto necesitaría toda la ayuda que pudiera obtener.

Además, no se sentía del todo bien, no estaba exactamente seguro de qué era lo que le pasaba, pero sabía que era por su pie. Al último hombre al que conoció con una infección le habían cortado la pierna. Cutter no estaba dispuesto a vivir así, así que había decidido decirse a sí mismo que ya se le pasaría el dolor.

Pero no pasaba.

El hecho de que los ojos le dolieran como si le quemaran un agujero en la cara le decía que algo iba mal. Aún así, no podía arriesgarse a perder tiempo. Además, él nunca había conocido a un cojo feliz y le tenía demasiado cariño a su pierna como para separarse de ella.

–Sulzberger ha viajado junto a mí lo suficiente como para saber cómo borrar un rastro. Ni siquiera lo intenta –Cutter señaló las huellas mojadas en el suelo cuando pasaron junto a ellas–. Comenzó a todo correr, pero desde última hora de la tarde se ha estado moviendo a paso de tortuga. Ahora que estamos en el bosque, sin testigos para lo que planea, ya no tiene prisa.

Cutter miró a Elias, luego al cielo y finalmente al horizonte, recordando con un movimiento de sus entrañas la forma en que Magnus había mirado a Elizabeth. Se juró a sí mismo en ese momento que el muy bastardo pagaría con su vida si se atrevía a poner un dedo siquiera en el cuerpo de Elizabeth o de Katie.

–Además –agregó Cutter– parece que se desviven por sumergir los talones en el agua para dejar más rastro... para que me sea más fácil identificarlos. –Tiró bruscamente de las riendas, pues algo llamó su atención en la distancia.

En un instante, Cutter sacó su carabina Spencer y la sostuvo en su regazo, inspeccionándola para asegurarse de que estaba cargada. Completada la inspección, levantó la vista nuevamente, estudiando el cielo en la distancia.

–Si no me equivoco –dijo–, están allí delante. –Levantando el cañón de su

carabina, señaló una columna de humo que se enroscaba hacia arriba como una serpiente malvada en el cielo grisáceo.

Elias negó con la cabeza.

–No tiene sentido –murmuró perplejo–. ¿Por qué iban a arriesgarse haciendo una fogata? Lo lógico es que no quieran ser encontrados.

Cutter lo miró rápidamente, sus ojos negros tenían un brillo salvaje.

–Tiene todo el sentido del mundo –respondió–. No cuentan con que vengas conmigo, Elias. Son tres, ¿no? Esperan solo a uno. A mí. –Su boca dibujó una línea sombría–. Supongo que creen que no soy rival contra tres, no yo solo... no en una emboscada.

–¿Crees que saben que estamos aquí?

Cutter negó con la cabeza.

–Todavía no... Están demasiado ocupados regodeándose, sospecho. No esperaban que los olfateáramos tan fácilmente. A juzgar por los signos que nos han dejado, creen que están engañando a un idiota. –Cutter inclinó la cabeza hacia un pequeño bosquecillo que crecía a la derecha de ellos–. No sabrás escalar, ¿verdad?

Elias asintió, aunque con expresión de preocupación.

–Bien. Porque no pretendo darles a esos hijos de puta lo que buscan esta noche. –Un silencio negro y frío los rodeó en ese momento, luego Cutter añadió–: No hasta que sepa qué buscan.

–McKenzie, espera –Elias negó firmemente con la cabeza, tosiendo discretamente en su mano–. No puedes dejar a Katie y a Elizabeth en su campamento toda la noche, ¡no sé qué podrían hacer con ellas!

Cutter le lanzó a Elias una mirada con la que dejaba claro que dudaba si debía hacerlo volver. El viejo había tenido buen cuidado de ocultar su fatiga, pero se estaba volviendo evidente que no estaba a la altura del trabajo.

–Eso es lo que esperan que pensemos –respondió finalmente Cutter–. Pero como te he dicho antes... no pretendo obligarte a nada. –Apuntó su carabina casualmente hacia la colina en cuestión–. Si ese fuera yo quien está

de aquel lado, habría establecido mi campamento de forma que pudiera ver todo lo que hay a kilómetros. Así sabría que no pueden ir a buscarme hasta que me marche de la colina. Tal como lo han hecho, te aseguro que nos recibirán con sus cañones en cuanto nos acerquemos. –Señaló con la carabina hacia la espesura de árboles a su derecha–. Pero si cabalgamos rodeándolos, podemos escalar para ver a esos bastardos desde arriba. Me pasaré la noche vigilando cada movimiento que hagan. –Le dirigió a Elias una mirada fría y calculadora–. Tal vez cometan un error, tal vez no, pero no pretendo arriesgarme ni a Elizabeth ni a Katie.

La mirada de Cutter regresó al montículo, pero su expresión era ilegible, como si estuviera buscando más allá.

–No, jugaremos nuestro propio juego –dijo de manera abrupta–. Y si ponen una mano sobre cualquiera de ellas... Haré que todos y cada uno de ellos se arrepientan de haber respirado por alguna vez.

La violencia que había bajo las palabras de Cutter estaba clara. Elias se estremeció ante la sombría promesa que vio en la expresión negra de Cutter. A pesar de las ojeras profundas y reveladoras que había bajo los ojos de Cutter y del sudor que le caía desde las sienes, delatando su fatiga, Elías podía sentir la voluntad de hierro y determinación que había en él.

Además del peligro.

Como había decidido la primera vez que había visto a Cutter McKenzie, mestizo o no, era un hombre que Elías quería tener de su parte, no como enemigo. Asintió para mostrar que estaba de acuerdo, más que nada porque no tenía más opciones. El tono de Cutter no daba lugar a discusión.

–Muy bien, McKenzie... supongo que sabes lo que es mejor. –Una vez más, Elias observó un cierto rubor en la cara de Cutter, un rubor que había persistido a pesar de que hacía mucho que el sol había comenzado a ponerse y el aire se había enfriado. Elias se preocupó–. ¿Estás bien? –preguntó cautelosamente, estudiando la expresión de Cutter. No le parecía que estuviera del todo bien. Le pasaba algo que no lograba entender. Llegó a

pensar incluso que estaba enfermo. Pero Cutter no había dicho una sola palabra para indicar que fuera así.

Inclinando la cabeza, Cutter se pasó el antebrazo por la frente, empapando de sudor su manga.

–Sí –respondió bruscamente, ignorando la pregunta. Hizo una mueca ante el dolor que le atravesó el pie cuando lo sacó del estribo para dejarlo colgando–. ¿Estás seguro de que estás preparado para esto, viejo?

–Tanto como tú –respondió Elias–. Es mi nieta –le recordó a Cutter.

Cutter asintió con la cabeza, sabiendo que estaban en un callejón sin salida.

–Está bien –dijo– adentrémonos en la espesura antes de que alguien nos descubra. Katie se aferró al cuello de Elizabeth, chillando cuando Magnus trató de separarlas. La mirada carnal en sus ojos la asustó, pero no tenía la intención de ser una víctima fácil. Jurando hacer de su violación la conquista más difícil, Elizabeth giró su brazo para soltarse. ¡De ninguna manera iba a tocarla frente a Katie! Eso se lo juraba a sí misma.

–¡Suéltame, cerdo!

Él sonrió maliciosamente.

–Vaya, parece que tienes lengua, ¿eh?

–¿No tienes conciencia alguna? –Elizabeth escupió, haciendo caso omiso de su burla–. ¿Tampoco corazón? ¡La estás asustando!

Magnus simplemente se rió.

–No te hagas ilusiones, perra. No pretendo tocarte ni un pelo... aunque sea tan bonito... me revuelve el estómago. –Hizo un movimiento con la barbilla, sonriendo a través de su barba–. Aunque quizás Colyer tenga otra opinión. Quizás le apetezca igualar la puntuación con Cutter.

Elizabeth miró a Colyer, que estaba con la espalda contra un árbol. Ella no podía ver su rostro, tan solo su oscura silueta. Aún así, había un aura en torno a él que la hizo temblar.

Reprimiendo su histeria, se volvió de nuevo hacia Magnus y le habló con

un tono tan calmado como le fue posible, por el bien de Katie.

–Si es su batalla, entonces déjalo luchar solo. Por favor... déjanos ir... – Le dirigió a Colyer una mirada mordaz, pero al ver que esa táctica fallaba, se volvió para suplicarle a O'Neill, que estaba de pie fielmente al lado de Magnus–. ¿Cómo puedes soportar hacerle daño a una niña inocente? ¿Cómo puedes meternos a nosotras? ¡Ten piedad! –Elizabeth intentó capturar sus ojos, comunicarse con él, pero él la evitó firmemente–. ¡Cobarde! –Escupió. Sintióse derrotada, se giró de nuevo hacia Magnus, con la voz quebrada pero llena de desprecio–. ¿Qué pretendes ganar con esto?

–Los hombres muertos no cuentan historias –dijo él enigmáticamente, lanzándole una mirada a O'Neill.

O'Neill se estremeció visiblemente.

–Dios mío, qué cobardes eres, ¡todos vosotros! ¿Tanto miedo le tenéis a Cutter McKenzie que usáis a una niña como escudo?

Lanzándose hacia delante, con el rostro enrojecido de furia, Magnus volvió a agarrarla del brazo y la tiró al suelo.

–¡Perra! ¡Cierra el pico si no quieres ganarte una paliza o que se la demos a la niña!

Elizabeth extendió una mano hacia Katie, que gritaba delante de ella, mientras con la intentaba amortiguar la caída. Sus labios temblaron cuando formuló al fin la pregunta que la había perseguido todo el día. Esa que había sofocado tantas veces por temor a que Katie la escuchara.

–Solo dime... ¿Qué piensas hacer con nosotras?

Magnus arqueó una ceja.

–Pues, ¿por qué esperamos y lo vemos? –se burló.

Elizabeth negó con la cabeza lentamente, tragándose el nudo que se le formó en la garganta. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero levantó la barbilla con valentía. Tenía fe absoluta en que Cutter vendría a buscarlas, pero odiaba al hombre por usar a Katie como señuelo.

–No eres más que un cobarde, Sulzberger.

—¡He dicho que te calles, perra, hija de mala madre! ¡O’Neill, átale las manos y los pies! ¡Ahora!

Los gritos de Katie se intensificaron ante su orden, y se agarró violentamente a Elizabeth. El corazón de Elizabeth se retorció dolorosamente.

—Y tú —ladro Magnus, señalando con el dedo a Elizabeth—, ¡haz que esa mocosa llorona se calle!

Desde su posición en la copa de un árbol, Cutter podía ver casi todo. Mantuvo su carabina apuntada hacia Colyer, sabiendo que debía esperar a descubrir el motivo exacto que tenían esos tres hombres para actuar.

Cutter necesitó hasta el último gramo de su voluntad para no apretar el gatillo cuando Magnus empujó a Elizabeth al suelo. Maldito bastardo sin escrúpulos. Le gustaba usar ese músculo suyo con mujeres y bebés. Cutter sacudió la cabeza de repente para ahuyentar la imagen de Sulzberger derribando a un pequeño grupo de niños Cheyenne, pasando su bayoneta a través de la más pequeña del grupo. Todo le volvía a la mente con una enfermiza claridad.

El cañón se giró repentinamente hacia Magnus.

El sudor corría por las sienas de Cutter y por los costados de su rostro mientras luchaba contra la orden de su alma que le pedía que disparara. Las secuelas de Sand Creek fueron tan vívidas en ese momento que sintió el sabor metálico de su propia sangre mientras luchaba.

Mujeres. Niños. Mutilados. Magnus y sus muchachos se encontraron con un niño pequeño, no mucho mayor que Katie, enterrado en la arena. Sacaron sus pistolas y le dispararon, luego lo arrastraron y le dispararon de nuevo. Joder, Cutter nunca había tenido más ganas de matar a esos hombres que ahora. Lo único que se lo impedía era saber que una vez apretara el gatillo, pagaría con el infierno. Ningún indio podía derramar sangre blanca sin pagar por ello.

Su mirada cambió bruscamente de su objetivo hacia Elias Bass, que

estaba encaramado en una rama ligeramente por encima de él. Si había asuntos que resolver, entonces lo último que necesitaba eran testigos. Había conocido a hombres buenos, hombres mestizos, contratados por John Law para hacer su trabajo sucio, para permitir que Johnny se lavara las manos.

Solo que esta vez parecía que Cutter no iba a tener muchas opciones. Una vez más, el cañón se movió... hacia Colyer, su visión se nubló. Cerrando los ojos para protegerse del dolor en el pie, Cutter parpadeó con fuerza y giró la cabeza para mirar a Elias, que lo estaba mirando a través de un agujero. Maldita sea, ¿qué le pasaba?

–McKenzie, ¿estás bien?

–Sí –gruñó Cutter, y su mirada volvió abruptamente hacia Colyer. Murmurando una palabrota, observó en silencio mientras los tres hombres recogían sus cosas y se alejaban, dejando a Elizabeth y Katie a solas.

Elias observó a Cutter un momento más y luego, sin decir una palabra, se volvió para mirar mientras Magnus y sus hombres montaban su campamento a unos doce metros de Elizabeth. Las dejaron en la ladera, en una zona desprovista de árboles, alfombrada tan solo por hierba alta. En la parte posterior, donde Magnus se encontraba, había maleza como la que había usado Cutter para ocultarse.

A pesar de que Elizabeth estaba frente a ellos, Cutter aún tenía una clara oportunidad para dispararle a Magnus... si la noche no fuera tan terriblemente oscura... si sus ojos no estuvieran jugándole una mala pasada.

¿Qué diablos le pasaba?

Sacudió la cabeza, liberándose de la película negra que lentamente estaba oscureciéndole la visión.

Lo que más le desconcertaba era que Magnus no hiciera ni el más mínimo intento por ocultar su campamento. Era como si estuviera usando a Elizabeth como cebo. ¿Pero por qué? Se giró nuevamente hacia Elias, entrecerrando los ojos mientras el sol caía con rapidez.

–¿Has dicho que Magnus tenía unos papeles?

ELÍAS ASINTIÓ CON LA CABEZA, MIRANDO HACIA CUTTER, NOTANDO QUE LAS manos que momentos antes mantenían firme la carabina ahora vacilaban.

–¿Estás bien?

Cutter negó con la cabeza distraídamente. Y luego sus ojos se enfocaron una vez más.

–¿Qué tipo de papeles?

Elias entrecerró los ojos y reprimió una tos. El instinto le dijo que Cutter no iba a admitir debilidad ante nadie, ni siquiera ante sí mismo.

–Una carta del General Sully –dijo, aclarándose la garganta–. Te acusan de desertión... y ofrecen una recompensa por la cooperación.

–¿Qué tipo de cooperación?

–No lo dice.

–Ese maldito bastardo miente.

Elias dirigió una mirada hacia Elizabeth y Katie.

–A mí no me lo parecía. –Elias volvió a mirar a Cutter–. Es una acusación seria, McKenzie.

Cutter sabía que no era posible. No era militar de los EE.UU., solo lo habían contratado y su contrato no había sido renovado.

–¿El despacho realmente me acusa de desertión?

Elias miró otra vez a su nieta, y luego apuntó al teniente Magnus Sulzberger.

–Bueno, no... no precisamente. Había tres líneas, decían algo así como... en referencia al ausentismo sin permiso... se ofrecerá una recompensa a cambio de... –su mirada volvió brevemente a Cutter y se aclaró la garganta– ayuda, creo.

Cutter asintió, satisfecho. “

–Tal como he dicho, ese bastardo miente.

– No tiene sentido. ¿Por qué iba a hacerlo?

–Los hombres desesperados hacen cosas desesperadas –respondió Cutter,

sacudiendo la cabeza enérgicamente, parpadeando nuevamente para alejar la neblina que se cerraba como un velo sobre sus ojos—. La carrera de Sully podría depender de su próxima campaña. Supongo que pensó que me haría enfadar lo suficiente como para venir a buscarlo. Y tenía razón. Estoy seguro de que pensó que conseguir hacerme venir era la mitad de la batalla, porque entonces podría endulzarme el oído, sobornarme. Me necesita.

—¿Por qué?

—Por mi olfato.

Elias le dio una mirada escéptica, y luego asintió, su voz se elevó ligeramente con la pregunta.

—¿Él quiere que explores? Me parece que se está tomando demasiadas molestias tan solo por eso. ¿Por qué no te lo pide y ya está?

—Lo hizo —respondió Cutter con frialdad, enfocando su vista en el cañón de su carabina.

—¿Y?

—Le dije que se fuera a ahorcar. —Sus ojos se entrecerraron—. ¡Jamás colaboraré con quien estuvo en Sand Creek! —El silencio que siguió fue denso—. ¿No sabrás cómo Sully averiguó dónde encontrarme? —preguntó Cutter de repente.

El silencio se espesó.

—Sí —respondió Elias al fin.

Cutter lo miró brevemente.

—¿Sí?

Elias frunció el ceño.

—Tenía todo el derecho a utilizar mis conexiones para averiguarlo, McKenzie, y eso fue precisamente lo que hice, tan pronto como supe por tu hermana que Elizabeth y tú veníais en camino. ¡Tú habrías hecho lo mismo!

—Sí —admitió con sequedad Cutter después de un momento, dándole a Elias otra mirada rápida—. Supongo que sí. —Volvió la atención al pequeño grupo en la distancia. Con la luz menguante, sus objetivos se volvían

demasiado borrosos. Maldita sea, ojalá no se sintiera como si estuviera ardiendo.

No podía creer que un pequeño corte pudiera con él. Demonios, tenía cicatrices de heridas más grandes que no le habían molestado ni la mitad. El sudor le perlaba el labio.

–Lo que no puedo entender es qué pinta Sulzberger en todo esto – reflexionó Cutter en voz alta–. A no ser que...

–¿A no ser que qué?

–Que tenga sus propios planes, que pretenda usar esa carta de Sully en su beneficio.

Las cejas de Elias se levantaron.

–¿Cómo?

Los ojos de Cutter buscaron nuevamente a Elias en la creciente oscuridad. Con los bordes enrojecidos, brillaban como un cristal negro con la última luz del día.

–Para engrasar esa bala que le gustaría poner en mi espalda –respondió Cutter sin emoción. Hubo un momento de silencio, y luego añadió –Elias... quiero que vuelvas a la ciudad de Fulton. Trae a la ley contigo.

–¿De qué demonios estás hablando, McKenzie? –susurró Elias furioso–. Soy un hombre viejo, por supuesto, ¡pero no tan inútil como para no poder ayudar aquí! ¡Mi nieta me necesita!

–Sí... y precisamente por eso irás a buscar a la ley –respondió Cutter con frialdad, asintiendo con firmeza–. Porque tu nieta te necesita. –Los dos se enfrentaron en silencio estático.

Elias entrecerró los ojos.

–¿Intentas decirme algo, McKenzie?

Cutter odiaba tener que reconocer cualquier debilidad... pero era eso... o perder a Elizabeth y Katie por orgullo. No lo haría. Asintió, haciendo una mueca mientras cambiaba su posición ligeramente. El dolor se disparó en su pierna izquierda y gruñó cuando estalló en su cadera.

–Supongo que sí –respondió con voz ronca–. Si te vas ahora, Elias, puedes regresar antes del amanecer. Tienes mi palabra de que no iré tras ellos a menos que sea necesario.

La indecisión era tan clara en los ojos azules de Elias como el tormento en Cutter.

–Tienes mi palabra –aseguró Cutter entre dientes. El sudor corría por sus sienes–. Y si se retiran, te dejaré un rastro que hasta un ciego podría seguir.

Elias no respondió.

–Haré lo que sea necesario, no dejaré que le toquen ni un pelo a tu nieta.

Elias maldijo bajito.

–Lo sé –cedió, mirando a otro lado brevemente. Hubo un largo silencio, y luego dijo–: Sé que vosotros dos... ellos saben que no estás casado con ella.

–¿Sulzberger te dijo eso también? –gruñó Cutter.

Elías asintió y Cutter examinó sus facciones cuando finalmente se volvió hacia él. No había desprecio. Ninguno en absoluto.

–A mí no me importa –reveló Elias, mirando de nuevo hacia Katie y Elizabeth, y luego a Cutter otra vez–. Puedo ver que la amas. Si le puedes dar a mi nieta la mitad de ese cariño... será una afortunada. De todos modos, no me corresponde a mí juzgarte. Ya ves... Mimí y y... –Elias desvió la mirada de repente–. Me siento bien después de muchos años... y, bueno...

–No tienes que decirlo –dijo Cutter–. Lo sé.

Elías asintió.

–Sí, quiero decirlo. Ya ves... Quiero pasar lo que me quede de vida con Mimí. Pasé muy poco tiempo con mi esposa antes de que muriera. Muy poco tiempo con mi hijo. Y no pretendo volver a cometer ese error. Quiero a Mimí hace muchos años... dejé de vivir mi vida de la forma que mejor me parecía porque... bueno, porque no quería ofender a mi hijo. Él estaba muy unido a su madre... pero John ya no está, y sé que serás un buen padre para Katie –continuó, mirando hacia el suelo–. De todos modos, solo quería que lo supieras antes de irme. –Levantó la vista abruptamente, buscando la

expresión de Cutter—. Planeas casarte con ella, ¿verdad? —preguntó.

Cutter entrecerró los ojos ligeramente. Quería asegurarle al anciano que lo haría, si Elizabeth lo aceptaba, pero el orgullo no se lo permitió.

—Eso queda entre Elizabeth y yo —dijo con los dientes apretados—. Ahora... será mejor que te vayas.

Elías asintió lentamente y comenzó a deslizarse por la rama.

—Sí, supongo que es mejor —dijo con un suspiro de cansancio— si quiero volver antes del amanecer...

Casi desde el momento en que Katie abrió los ojos, comenzó a llorar desconsoladamente. Y a pesar de que tenía la boca llena de tela, siguió gritando y se aferró frenéticamente al cuello de Elizabeth en la oscuridad.

Mordiéndose el labio hasta que sangró, Elizabeth rezó para que Magnus y Colyer no se enfadaran otra vez. Por otro lado, estaba segura de que Katie y sus gritos eran lo único que impedía que Colyer abusara de ella. No había confusión respecto a la mirada que él le había echado antes de irse a dormir con Magnus.

Murmurando sobre putas y chiquillos gritando, los tres se habían alejado de ella, hacia el calor y la luz de la fogata, dejándola con Katie en la oscuridad fría y vacía.

Con una fugaz mirada de disculpa, O'Neill le ató las manos detrás de la espalda, y luego los pies, con fuerza, para que no pudiera escapar. Para asegurarse de que en realidad no le cortara la circulación, Magnus la inspeccionó después. Elizabeth soltó una risa desesperada; ¿adónde esperaban que huyera? ¡Estaban en el medio de la nada, por amor de Dios!

No pudieron apartar a Katie de Elizabeth, ni siquiera lograron hacerla callar, así que le ataron las manos a la pobre niña alrededor del cuello de Elizabeth. Sus pequeñas piernas estaban estiradas alrededor de la cintura de Elizabeth y atadas también. Luego le metieron un calcetín sucio en la boca y lo sujetaron con un pañuelo sucio y gris atado alrededor de la cara. Era tan grande que cubría la mayor parte del rostro de Katie, y Elizabeth tuvo que

sacudirlo con los dientes para que Katie pudiera ver.

¿Cómo podía ser tan cruel la gente? La culpa se apoderó de Elizabeth al darse cuenta de que si no hubiera sido por su empecinamiento en criar a la niña como si fuera suya, Katie no estaría sufriendo.

A Elizabeth le castañeteaban los dientes, aunque no por el aire frío de la noche, sino por el crudo miedo que sentía por la niña inocente. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, y comenzó a temblar mientras acunaba a Katie, tratando de calmar sus sollozos ahogados.

–Cutter –susurró, acariciando su mejilla contra la aterciopelada humedad de la pequeña cara de Katie—. ¿Dónde estás?

¿Sabía él lo que les había sucedido? Madre mía, ¿y si pensaba que ella lo había dejado deliberadamente?

Daba igual lo que Elizabeth hiciera, lo que le dijera, nada parecía tranquilizar a Katie, y los sordos gemidos estaban empezando a hacer añicos su poco valor. Elizabeth entendía perfectamente el miedo de Katie, entendía su histeria; ella misma tenía ganas de gritar, pero el pánico de Katie la hacía sentir fracasada. ¿Qué hubiera hecho Katherine? se preguntó tristemente. Balanceándose hacia adelante y hacia atrás, frotando su mejilla contra los húmedos y sedosos rizos de Katie, Elizabeth contuvo las lágrimas, sabiendo que su propia histeria probablemente no ayudaría a Katie a salir de la suya.

–Katie –le suplicó, su susurro roto—. Katie, cariño... –A pesar de sus esfuerzos, se le escapó un sollozo, pero se mordió el labio, conteniendo el resto—. No dejaré que te hagan daño, cariño... Te lo juro –¡Ay, Dios! ¿Qué he hecho? Elizabeth se tragó otro sollozo antes de que escapara de su garganta—. Katherine... oh, Katherine, lo siento mucho.

Incapaz de hacer nada más que abrazar a Katie, Elizabeth se recostó cansada sobre la hierba, pensando en todos los sueños que había comenzado a tejer alrededor de la niña. Todos ellos incluían a Cutter. Poco rato después, los sollozos de Katie finalmente se convirtieron en gemidos somnolientos, mientras se quedaba sin fuerzas por el cansancio. Luchando contra su propio

cansancio, Elizabeth cerró los ojos y se dejó llevar. Sus pensamientos saltaron al día en que conoció a Cutter. Era difícil creer que hubiese pasado tan poco tiempo; parecía que hubiera pasado toda una vida. Mucho había sucedido desde entonces. Ella era diferente, se sentía como regenerada, como una mariposa que acababa de salir de su crisálida.

A pesar de lo arrogante y exasperante que era Cutter, de alguna manera se había abierto paso en el corazón de Elizabeth, que creía muerto desde hacía mucho tiempo. Durante tanto tiempo tuvo cuidado de no dejar entrar a nadie en su vida por no tener que sufrir el dolor de su partida.

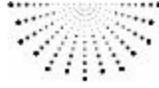
Con Cutter... el riesgo parecía valer la pena. No importaba nada. Nunca le importó, Elizabeth se daba cuenta en ese momento. Y si alguna vez volviera a tener la oportunidad de estar con Cutter, se lo haría ver también.

¡Vaya, lo amaba!

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Elizabeth se puso instantáneamente alerta, completamente consciente de su entorno, de cada crujido de hierba. Sofocó el impulso de gritar su nombre, sintiendo su presencia. Casi podía olerlo con la ligera brisa, pero no pudo ver nada.

Sin luna, la oscuridad era impenetrable.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Elizabeth sintió que se le escapaba el corazón cuando unos cálidos dedos le acariciaron la pierna de forma inesperada. Reprimiendo un grito de pánico, se quedó tan quieta como pudo, temerosa de despertar a Katie.

Por favor, oh, por favor que sea Cutter, imploró en silencio. Dios mío, ¿y si no fuera así? ¿Y si fuera Colyer?

Elizabeth no habría podido soportarlo. ¡Tenía que ser Cutter! ¿Pero, por qué no hablaba? Bueno, ¡por supuesto que ella sabía por qué él no hablaba!, se dijo al borde de la histeria.

Torpemente, la mano tanteó sus piernas, buscando algo, y luego lo encontró, deteniéndose junto a la gruesa cuerda que unía sus pies. Con la respiración contenida, Elizabeth esperó, escuchando el sonido del cuchillo que cortaba la cuerda.

Por fin sus piernas quedaron libres, entumecidas pero liberadas.

Con el corazón palpitando sin piedad, Elizabeth miró con los ojos muy abiertos, mientras la sombra se deslizaba hasta su rostro... tan cerca que podía oír el aliento de esa persona... pero la oscuridad era demasiado espesa.

Ella no podía distinguir la cara.

—¿Señora? —la voz dijo suavemente.

Elizabeth retrocedió instantáneamente. ¡No era Cutter!, se dijo con un

chillido mudo. En ese momento se sintió tan cerca de la locura como nunca en su vida. Elizabeth debió de emitir un sonido aterrorizado, porque en el siguiente momento, una mano se deslizó con fuerza sobre su boca, atrapando un grito que salía de su garganta.

–¿Señora? Soy yo, Jacob O'Neill. No grite. No le haré daño... Las palabras de O'Neill se cortaron bruscamente cuando el cañón de un rifle se estrelló contra su espalda.

–¡Maldita sea, no lo harás, Blue-boy! –dijo un susurro hirviente.

Al fin, al oír el acento de Cutter, Elizabeth sintió que su corazón se golpeaba contra su pecho. Ella tragó, incapaz de hablar por las emociones que brotaban en su interior. Alivio. Alegría. ¡Enfado! ¿Por qué había tardado tanto tiempo?

–Preferiría verte en el infierno –continuó Cutter. A pesar de que le flaqueaban las fuerzas y su cuerpo se tambaleaba al borde del infierno, su voz sonaba dura–. Ahora, pon las manos donde pueda verlas –dijo entre dientes.

La mano de O'Neill se elevó lentamente, la luz de la luna se reflejaba en el cuchillo mientras ascendía.

–Iba a dejarla ir, señor, ¡lo juro! Si hubiera venido un segundo después, me habría escuchado decirlo. Estaba a punto de liberarle las manos, eso es todo... Lo haré... si me lo permite.

Un frío silencio se encontró con su declaración, y él continuó sin que se lo pidieran.

–Señor –dijo en un nervioso susurro–. Si voy a liberarla, tendremos que darnos prisa, porque mi turno termina en veinte minutos. –La única respuesta fue el silencio–. Si no me va a dejar –continuó O'Neill, tragando con dificultad– entonces es mejor que me ponga una bala en la espalda ahora, porque Sulzberger lo hará si no lo hace usted. Si no es él, Colyer entonces. Él no le quiere demasiado por haberle cortado la oreja.

–Algunas personas no tienen ningún sentido del humor –comentó Cutter tan suavemente que un escalofrío recorrió la espalda de Elizabeth–. Lástima.

Creía que lo apreciaría.

–No le quiere demasiado por cortarle la oreja –oyó Elizabeth otra vez.

Ella se estremeció ante la violencia contenida en la respuesta de Cutter, eso y el recuerdo del día en que ella le preguntó por qué su caballo tenía solo media oreja derecha.

“El concepto de broma que tienen algunos” –La voz de Cutter hizo eco en su memoria. “...No creo que el hombre se esté riendo ahora... Fue demasiado lejos al tratar de provocarme, es todo”.

“¿Qué le hiciste a él?”

“Es mejor que no lo sepas”.

Los hombros de Elizabeth temblaron débilmente al llegar a la conclusión, mientras que en su pecho, Katie comenzó a moverse, gimiendo suavemente mientras dormía.

–Está bien –asintió Cutter abruptamente, golpeando a O'Neill por la espalda una vez más–. Libérala, entonces.

–¡Sí, señor! –Jacob tomó a Elizabeth de inmediato, casi con impaciencia–. ¿Puede sentarse, señora?

Elizabeth asintió rápidamente, y luego dándose cuenta de que él no podía verla, dijo:

–Creo que sí...

Lo intentó, pero no podía usar los brazos para mantener el equilibrio, eso, junto con el peso de Katie, la obligó a caer. Rodó ligeramente sobre Katie, que se despertó con un sobresalto. De inmediato, Katie comenzó a gemir detrás de su mordaza.

–Shh, cariño –susurró Elizabeth frenéticamente–. Cutter está aquí para llevarnos a casa. No llores. –Mientras tranquilizaba a Katie, Jacob la ayudó a sentarse e inmediatamente comenzó a cortar la cuerda que le ataba las manos a la espalda.

–No se mueva, señora, no querrá cortarse... Solo un poco más...

Desde algún lugar dentro de la oscuridad, unos disparos estallaron sin

previo aviso. El comentario de O'Neill terminó con un gorgoteo y un estrangulamiento cuando una bala alcanzó su tráquea. Elizabeth gritó mientras él caía hacia ella, derribándola bajo su peso. Katie chilló de terror, y Elizabeth la abrazó instintivamente, rompiendo el último hilo de cuerda en su pánico. En cuestión de segundos, otra bala pasó silbando. Y luego otra, golpeando el suelo a su derecha. Elizabeth gritó en pánico, tratando de liberarse a sí misma y a Katie del peso muerto de O'Neill. ¡Era demasiado pesado!

–¡O'Neill, bastardo traidor –dijo la voz ronca de Magnus.

Con un salvaje grito de guerra, Cutter empujó el cuerpo de O'Neill contra Elizabeth.

Elizabeth automáticamente buscó el cuerpo del chico, intentando ayudarlo, arrastrarlo a la seguridad al menos. No pensó inmediatamente en su propia seguridad, ni siquiera en la de Katie.

Otro tiro pasó silbando por encima, venía de la dirección opuesta esta vez. En algún lugar se oyeron unos pies que se dispersaban para cubrirse.

–¡Ayúdame, Cutter, está herido!

– ¡Ya no le duele! –espetó Cutter–. ¡Está muerto! ¡Ahora muévete, Doc! –Cutter la agarró del pelo y la empujó hacia atrás sin disculparse–. Demonios, mujer –gruñó cuando ella se resistió–. ¡No puedes hacer nada por él! ¡Déjalo!

Abrazó a Elizabeth para arrastrarla, ocultándose en la oscuridad de la noche, tirando de Elizabeth por la cintura como pudo, tratando de no hacerle daño a Katie. Las colocó detrás de una pequeña roca, con tamaño apenas suficiente para cubrirlas. Por encima de ellos, las balas cantaban. Una golpeó la piedra, rebotando en la oscuridad.

Cutter sacó su Colt del cinturón y se la puso en la mano de Elizabeth.

–¡Quédate a cubierto y dispara en línea recta! –la instruyó–. Tengo que desatar a Katie.

–Pe... Pero ¡no veo nada! –Elizabeth jadeó, su mano tan temblorosa

como su voz— ¡No puedo ver para disparar!

—¡Vale! —Cutter se acercó y apuntó el arma en la dirección general en la que pretendía que Elizabeth disparara. Luego, con el mismo movimiento fluido, retiró su cuchillo de su bota, empujando a Elizabeth cuando ella no obedeció de inmediato—. ¡Solo aprieta el maldito gatillo!

Otra andanada de disparos zumbó por encima, pero Elizabeth ya no sabía si iban o venían. Se quedó paralizada.

—¿A... Hacia dónde? —preguntó frenética, con los dedos temblando violentamente.

—¡A cualquier lugar menos hacia mí! —respondió Cutter, empujando su cabeza hacia abajo sin previo aviso—. Si no ves no te molestes en mirar. Solo mantén el arma firme y aprieta el gatillo.

Rápidamente, Cutter encontró y cortó la cuerda que unía las muñecas de Katie, liberando sus brazos del cuello de Elizabeth, luego sus pies. Con una maldición murmurada, él quitó la mordaza de la boca de Katie y la incitó ponerse a gatas. Empujó a Elizabeth hacia abajo otra vez cuando esta levantó la cabeza demasiado. Elizabeth todavía no había disparado ni un solo tiro. Él la empujó.

—¡Dispara!

Después de haber liberado a Katie, Cutter se giró, subiendo a la roca. Apuntando su carabina directamente a la noche, disparó, recargando una vez. Con los oídos esforzándose por captar los sonidos que necesitaba, disparó de nuevo, repitiendo el proceso con calma. Luego, volvió a cargar tan rápido como pudo. Atascado como estaba por sus sentidos aturcidos y la falta de luz, Cutter se sorprendió cuando se oyó un gruñido de dolor. Pero sonrió en la oscuridad y disparó de nuevo.

Elizabeth apretó el gatillo de su arma. Mientras disparaba, otra bala golpeó la roca, la astilló y luego rebotó, enterrándose en el suelo, muy cerca.

Katie —dijo Cutter con voz torturada, girándose para tomarla del brazo—. Confías en mí, ¿verdad?

Las cosas no iban como Cutter había planeado. Demonios, había esperado que Elias volviera antes de verse obligado a entrar. Pero había escuchado a Elizabeth quejándose, y había reaccionado por instinto.

Aterrorizada como estaba, la cabeza de Katie se balanceó una vez en señal afirmativa, con la confianza anticipada de un niño.

Cutter sintió el gesto más que verlo. El alivio lo invadió, porque sin duda necesitaba su confianza.

–¡Buena chica! –dijo, mientras su mente buscaba a tientas una solución.

Cutter había olvidado que Elizabeth no podía ver de lejos. Era razonable pensar que sería mucho peor por la noche. Había planeado enviarla junto con Katie, cubriéndoles la espalda mientras corrían por su seguridad, pero Elizabeth probablemente correría directamente al infierno. No, Katie estaría mejor sin ella. Lo que pasaba era que tampoco estaba dispuesto a dejar a Elizabeth atrapada, sin saber qué camino tomar cuando llegara el momento. Si la dejaba ahora... no estaba seguro de poder volver. Se sintió atrapado entre la espada y la pared.

Cutter aclaró su mente y agarró firmemente la mano de Katie.

–Vale, Katie. Escúchame... quiero que te arrastres lo más recto que puedas, lo más rápido que puedas. Yo... –Demonios, no tenía otra opción. No podía dejarla ir sin protección–. Voy a estar justo detrás de ti –cedió, con las tripas retorcidas.

Katie asintió de nuevo, pero su pequeño cuerpo se tensó y Cutter le alborotó los rizos con tranquilidad.

–Estaré justo detrás de ti –repitió. En lo alto, los disparos se desvanecieron momentáneamente, luego se detuvieron por un instante. Cutter la empujó–. ¡Ve! –siseó.

Katie se escurrió por el suelo tan rápido como sus pequeñas manos y pies podían y Cutter intentó seguirle el ritmo.

A Elizabeth le tomó un momento aterrorizado darse cuenta de lo que había sucedido, que estaba sola. Pero en el instante en que lo hizo, el miedo

la golpeó como acero frío en su corazón. Desesperada, intentó evitar que el pánico la agarrara por el cuello, sofocándole la respiración. Su corazón martilleaba de miedo mientras exprimía los últimos disparos en su revólver. Pero antes del último *clic*, Cutter se materializó en la oscuridad para tomar el arma de sus manos, como si lo hubiera sabido. La volvió a cubrir, y luego la tiró de rodillas mientras otra ronda de plomo volaba sobre sus cabezas.

Agachado, Cutter se movió, empujando a Elizabeth hacia adelante cada vez que ella se quedaba atrás, el toque de su mano húmeda en su brazo. Finalmente, esquivando la balas, alcanzaron una roca mucho más grande.

—¿Katie? —susurró Cutter mientras arrastraba a Elizabeth detrás de él.

Katie murmuró algo ininteligible y Cutter inmediatamente se levantó contra la roca, instando a Elizabeth a imitarlo. Buscó a Katie en la oscuridad, pronunciando su nombre suavemente. Con un pequeño gemido asustado, Katie se zambulló en sus brazos, y Elizabeth la instó a guardar silencio.

La oscuridad era una bendición mixta: los escondía pero también protegía a los hombres que les disparaban. A medida que los momentos se alargaban, los disparos se volvían más esporádicos. Cada bando pensaba en conservar munición, y cada bando apuntaba a ganar.

Fue un alivio la llegada de la luz del día. Cuando los primeros rayos rosas del amanecer se extendieron por el brillante cielo, Elizabeth se acurrucó cerca de Katie, tratando de causar la menor distracción posible. Observando a Cutter atentamente, tranquilizó a la niña, pasó los dedos por sus rizos y la mecía.

Su corazón se sacudió cuando Cutter se balanceó de repente sobre sus pies.

Parpadeando con fuerza, Cutter sacudió la cabeza para luchar contra la oscuridad. A pesar de que la noche estaba menguando, las sombras comenzaron a converger en su mente, cerrándose rápidamente. No había dudas al respecto ahora. Había luchado cuanto había podido.

Pero no le quedaba mucho tiempo.

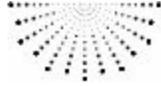
Nuevamente, parpadeó y negó con la cabeza, tambaleándose sobre sus rodillas. Él sabía que no debía entrar en pánico. El pánico los dejaría a todos a un metro y medio bajo tierra. Pero su fuerza se estaba desvaneciendo rápidamente. Se giró bruscamente, su espalda chocando contra la roca mientras caía hacia atrás, su cabello y su ropa empapados de sudor. Sin decir una palabra, sacó su Colt del cinturón y comenzó a introducir balas en la cámara de disparo.

—¿Cutter?

Al ver que sus ojos se cerraban brevemente, Elizabeth se sobresaltó. Gritando, deslizó a Katie de su regazo y se arrojó sobre él.

—¡Cutter!

CAPÍTULO VEINTINUEVE



*I*nmediatamente, Elizabeth comenzó a buscar una herida, las lágrimas le pinchaban los ojos y amenazaban con oscurecer su visión. Con la última fuerza, Cutter apartó la mano y continuó cargando, pero ella regresó obstinadamente, sondeándolo, conteniendo los sollozos mientras lo revisaba.

El sudor goteaba de la frente de Cutter cuando le pasó el arma cargada a Elizabeth.

–¿Dónde? –preguntó Elizabeth; la desesperación asumió el control. Podía sentirlo desvanecerse, y aún no tenía ni idea de qué era lo que le ocurría–. ¡No veo dónde te dispararon! –Estaba perdiendo el control. No, por favor, Cutter no podría morir. ¡No podía dejarla! Ella lo amaba–. Cutter –gimió Elizabeth.

–Lizbeth, chica... estamos en un aprieto... –le dijo, vacilando al borde de la inconsciencia. Las sombras revoloteaban ante sus ojos cuando él le entregó la Colt cargada. No podía tragar, tenía la boca seca como la muerte–. Necesito tu ayuda –le dijo con voz ronca.

Elizabeth negó con la cabeza, empujando el arma, negándose a cogerla. Estaba aterrorizada de que si tocaba el arma, Cutter se le escaparía. Desesperada, continuó buscando en su cuerpo la misteriosa herida, confundida porque no podía encontrarla.

Cutter la miró inexpresivamente, con los ojos entrecerrados y vidriosos.

–Elizabeth –dijo con firmeza–. Toma el arma... apúntala a los malos... y dispara. –Se la arrojó débilmente–. Tómala –le suplicaba suavemente, parpadeando mientras cruzaba los ojos.

Luchando contra su histeria, Elizabeth le arrebató la odiosa pistola de las manos, con la plena intención de dejarla a un lado mientras continuaba buscando la herida, pero en el momento en que lo hizo, Cutter cerró los ojos y se dejó caer a un lado.

–¡No! –gritó Elizabeth, sacudiéndolo por los hombros en desesperación–. ¡Oh, no, Cutter, no!

El plomo chocó contra la roca, arrancando fragmentos de piedra. Un trozo golpeó a Katie en el brazo. De inmediato, la niña comenzó a chillar, acercándose a Elizabeth. Elizabeth la empujó para que se acostara al lado de Cutter, su instinto de supervivencia se hizo cargo. Diciendo una breve oración por todas sus almas, ella se levantó sobre sus temblorosas rodillas. El arma vacilaba en sus manos mientras miraba por encima de la roca, solo para enfrentar el pánico una vez más.

¡Por Dios, no veía nada! ¡Nada en absoluto! Elizabeth meneó la cabeza, negando la posición en la que se encontraba, y se volvió, hundiéndose abatida contra la fría piedra. Pero no sirvió de nada. La negación no lograría nada.

–Dios mío, ten misericordia de nuestras almas –dijo con un golpe, y resueltamente volvió a ponerse de rodillas, esperando ver la muerte a la cara.

No podía ver nada más allá de la hierba que se balanceaba, ni siquiera la roca que Katie y Cutter habían utilizado como refugio antes. Todo, todo, más allá de su campo de visión era un confuso borrón gris y rosa. Otra bala silbó al pasar, sin darle a Elizabeth por los pelos.

A sus pies, Cutter gimió, sobresaltándola.

–Solo un rasguño –dijo en su delirio, apretando los dientes contra el dolor.

Elizabeth se sintió desgarrada, queriendo ir hacia él, y sabiendo que no

podría. Miró por encima de la roca de nuevo. Otra bala pasó zumbando. Con las manos temblorosas, Elizabeth murmuró una maldición que había aprendido de Cutter y miró hacia atrás sobre la roca, apuntando con su arma temblorosa, pero sin disparar.

No podía ver nada para disparar y no se atrevía a perder balas. ¡No podía matar lo que no podía ver! ¡Y no veía nada!

¡No es verdad!, se dijo a sí misma. ¡Puedes ver todo lo que necesites! No entres en pánico

–No entres en pánico –se dijo con firmeza.

Mordiéndose el labio inferior casi dolorosamente, contuvo la respiración y esperó. Durante un buen rato no pasó nada. Nada en absoluto. El sonido de los disparos se detuvo abruptamente, y solo el sonido de la brisa se movió a través de la hierba.

Con cada segundo de silencio, su miedo aumentó.

Y de repente, ella se tensó, viendo una cara... ¡oh, no, una cara... una cara barbuda! ¡Magnus estaba boca abajo, arrastrándose como una serpiente sobre la hierba!

Sonreía, sabiendo que ella era incapaz de evitarlo. Pero él estaba equivocado. ¡Ella podría hacerlo! Manteniendo la mano tan firme como pudo, Elizabeth intentó con todas sus fuerzas enfocar, entrecerrando los ojos mientras se él acercaba, esperando el momento adecuado.

Cerca.

–¡Tía Lizabeth! –Katie chilló de miedo.

–¡Quédate abajo, Katie!

Elizabeth apretó el gatillo, pero simplemente hizo *clic*, la cámara estaba vacía. Cutter había perdido una bala. ¿Cuántas había cargado? Elizabeth no podía recordar.

–¿Cutter? –Elizabeth gimió.

La sonrisa de Magnus se ensanchó. Envalentonado, se puso de rodillas, levantándose rápidamente para apresurarse hacia ella.

El pánico amenazaba con estallar. Una parte de Elizabeth solo quería arrojar el arma al suelo y quedar a merced de Magnus, sabiendo que no había forma de que ella pudiera disparar y acertar... incluso aunque tuviera balas... ¡pero tenía que haber balas! ¡Había visto a Cutter cargar el revólver!

¡Tenía que haber!

Y tenía que intentarlo. Magnus los mataría a todos sin dudarlo. Esa había sido su intención desde el principio, se recordó Elizabeth amargamente. Fortaleciendo su coraje, se enderezó, estabilizó el arma en su mano y se concentró en la barba de Magnus. Con un grito desesperado, apretó el gatillo de nuevo. La adrenalina le aceleró el cuerpo cuando el arma se disparó. Elizabeth disparó de nuevo. Y luego otra vez. Y luego otra vez. Y luego parpadeó, sin creer en lo que veían sus ojos. Ante ella, como a cámara lenta, Magnus se tambaleó un momento, luego cayó de rodillas sobre la hierba, agarrándose las costillas... una flecha perforó su corazón. La sangre brotó de su boca.

¡Una flecha!

Elizabeth se quedó mirándola un momento. Miró mientras soltaba el arma de plata sobre la hierba y luego se dejaba caer ella también. Estaba en shock. Se giró y vio que Katie había enterrado la cara en el costado de Cutter.

Levantó la mirada... y vio otra cara que se acercaba; tenía ojos oscuros como los de Cutter. Era una cara familiar, así que no gritó, a pesar del miedo. Elizabeth tragó, dándose cuenta de que era el indio que los había encontrado a Cutter y a ella mientras dormían. El indio que había hablado con Cutter. El que le dio las gracias por la salvia que ella había puesto sobre la tumba de Lobo Negro. Elizabeth meneó la cabeza como si no pudiera creer lo que veía. El indio se acercó y se arrodilló sobre el cuerpo de Magnus, colocándole una mano frente a la nariz y luego en la garganta.

–*Enaa'e*.

Elizabeth sacudió la cabeza de forma frenética, pues no entendía.

–¡*Enaa'e!* –él señaló a Sulzberger y luego hizo un movimiento como de

cortar con la mano. –¡*Enaa'e!*

–Mu... ¿muerto? –balbuceó ella–. ¿Muerto?

Parecía que el indio la entendía. De pronto apuntó en la dirección por la que había salido Sulzberger.

–¡*E-e tdhtahe!*

–¿C... Colyer? –preguntó Elizabeth, señalando tímidamente en la misma dirección–. ¿También está muerto? –Intentó recordar lo que Cutter había dicho sobre la muerte en la tribu Cheyenne–. ¿*Seano?* –dijo con torpeza. Señaló en la dirección en la que había señalado el indio, mientras la esperanza se le alojaba en el pecho–. Colyer... ¿*Seano?*

El indio frunció el ceño, aunque parecía divertido, no enfadado. Meneó la cabeza y volvió a señalar. Luego se giró para estirar la mano, pasándose dos dedos de la mano contraria sobre la palma.

–*E-e tdhtahe* –repitió.

Elizabeth meneó la cabeza, seguía sin entender.

De pronto, el indio abrió los brazos y curvó los dedos como si fueran garras. Esta vez gritó la palabra. Katie gritó y se escondió detrás de Elizabeth.

Elizabeth no se atrevía a moverse.

–¡*E-e tdhtahe!* –dijo el indio otra vez, señalando a Katie.

El indio asintió y sonrió como si hubiese entendido. Bajó la mirada y le dio una violenta patada al cuerpo de Sulzberger. Elizabeth hizo una mueca, pero Sulzberger no se movió. Imitó el miedo de Katie, corriendo en círculo con las manos en el aire. Su boca estaba abierta con un grito que nunca se materializó.

La imagen era tan cómica que si Elizabeth no hubiera estado tan aturdida se habría reído. Sin embargo se estremeció ante la brusquedad del movimiento, mientras señalaba nuevamente en la dirección por la que había venido Sulzberger. El indio volvió a levantar la palma de la mano y pasó los dedos por ella.

–¡*E-e tdhtahe!* –repitió.

–Miedo –susurró Elizabeth, asintiendo.

Su corazón latía ferozmente, pero ella sabía instintivamente que el indio no quería hacerles daño. Colyer había huido con miedo, supuso. Ella hizo el mismo movimiento con los dedos y asintió de nuevo con el indio.

–Colyer huyó con miedo –concluyó, luego intentó separar los brazos de Katie de alrededor de su cuello. Cuando lo logró, la abrazó—. Él no te hará daño –le aseguró Elizabeth, sabiendo en su corazón que era la verdad—. Quiere ayudarnos.

Satisfecha de que el indio había venido en son paz, Elizabeth no perdió más tiempo en volver a prestarle atención a Cutter. Con Katie todavía agarrándola, se volvió y comenzó a examinarlo bajo la atenta mirada del indio. Rápidamente, Elizabeth comenzó a desabrocharle la camisa, sacándole los brazos de las mangas. Pero Cutter pesaba demasiado.

Mientras Elizabeth luchaba con los brazos de Cutter, fue vagamente consciente de que el indio estaba arrastrando a Sulzberger lejos de ellos. Cuando finalmente se fue, Katie aflojó, aunque sin soltar por completo a Elizabeth. Su pequeño puño se agarró a la falda de Elizabeth, preguntándole en un susurro:

–E... ¿era un indio, tía Lizabeth?

Elizabeth se mordió el labio inferior cuando se encontró con la mirada asustada de Katie.

–Sí –respondió.

–¿Un indio bueno?

Elizabeth no podía apartar la mirada. Había muchas de sus propias emociones reflejadas en los ojos de Katie.

–Sí, lo es –respondió con certeza. Tragando, volvió su atención hacia Cutter.

–¿El tío Cutter irá al cielo también, tía Lizabeth?

Elizabeth se sorprendió por la pregunta inocente; sus ojos volaron a los de Katie. Las lágrimas le picaban en los ojos, pero las retuvo, conteniéndolas

con ira.

–No lo sé –respondió honestamente, con la voz quebrada.

Desvió la mirada hacia el pecho de Cutter, poniendo su mano sobre él. Se mordió su labio inferior para evitar gritar en voz alta. Su respiración era superficial, demasiado superficial y tenía mucha fiebre. El miedo se alojó en la garganta de Elizabeth cuando lo giró ligeramente para revisarle la espalda.

Nada.

Tiene buen color, se dijo a sí misma. Mientras tuviese fiebre significaba que estaba peleando. Pero, ¿cómo podía tener fiebre si acababa de recibir un disparo? Elizabeth meneó la cabeza. No era posible. Luego recordó los disparos que habían matado a O'Neill. ¿Le habían dado a Cutter entonces, todas esas horas antes, y no había dicho nada al respecto? No tenía sentido.

–Katie –dijo, intentando no ceder ante la histeria– date la vuelta, cariño.

–¿Por qué?

Una vez más Elizabeth levantó la vista, suplicando a Katie que lo entendiera. –Porque tengo que mirar en otro lugar y no puedo –dijo sin rodeos.

Katie asintió bruscamente, viendo algo aterrador en los ojos de Elizabeth. Se volvió obedientemente y Elizabeth de inmediato comenzó a desabotonar los pantalones de Cutter, tirando de ellos tanto como pudo sin quitarle las botas. Nada.

Perpleja, levantó una pierna ligeramente, luego la otra, mirando debajo.

Nada.

Estupefacta, le quitó el cuchillo de la bota izquierda, lo puso a un lado, y comenzó a tirar de la bota derecha. Salió sin dificultad, pero cuando intentó quitar la izquierda, parecía que se había unido al pie. Gruñendo, tiró con todas sus fuerzas, aunque la movía muy poco. Por fin, cuando casi había terminado, alcanzó a ver la furiosa herida roja y se le cortó la respiración. Su corazón latió con fuerza mientras tiraba de nuevo, más frenéticamente esta vez, soltando la bota con un sonido de succión final. Elizabeth cayó hacia

atrás por la fuerza del tirón. Negando con la cabeza, se enderezó de inmediato, y comenzó a quitarle el calcetín. Lo arrojó a un lado con incredulidad y su corazón se llenó de un dolor insoportable.

–¡Dios mío! –exclamó.

–¿Puedo mirar? –preguntó Katie.

–No, Katie... no –sollozó Elizabeth.

La raya roja subía por la pierna. Partía de una herida en el pie izquierdo y desaparecía en la pierna. ¡No se había dado cuenta de que él mismo se había cortado! ¿Cómo podía Elizabeth no haberlo sabido? ¿Por qué no lo había mencionado Cutter?

Él no confiaba en ti, una pequeña voz se burló de ella mientras tiraba frenéticamente de sus pantalones vaqueros para quitárselos. Cutter no creía en sus habilidades como médico. Te vio matar a un hombre con tu ignorancia, le dijo esa misma voz.

Pero al menos había hecho algo. ¡Algo... cualquier cosa era mejor que nada! Elizabeth se tragó el nudo que se le subió a la garganta. Le dolía tanto ver a Cutter así que habría preferido sufrir o incluso morir ¡en lugar de tener que cuidarlo!

Tal vez Cutter tuviese buenas razones para dudar de ella... Ella no había podido evitar que el indio se muriera, ¿o sí? Pero lo había intentado, ¡con todo su corazón lo había intentado!

Él no confiaba en ella.

El indio volvió en ese momento.

–*Eháomóhtâhéotse* –dijo, deteniéndose en seco cuando vio el pie hinchado y enrojecido de Cutter.

Katie enterró su rostro en el regazo de Elizabeth, escondiéndose de él. Elizabeth nunca se había sentido más desgarrada; quería calmar a Katie, quería ayudar a Cutter, quería llorar.

–Está infectado –le informó Elizabeth enérgicamente, incluso sabiendo que no la entendería.

Fue capaz de reprimir todos sus sentimientos, salvo la ira que se deslizaba en su corazón. Ira de que Cutter hubiera dejado que esto llegara tan lejos sin cuidarlo. Ira de que no confiara en ella. Ira de que él pudiera morir por su terquedad. Ira de que ella se hubiese permitido amarlo.

¿Por qué, por qué se había permitido amarlo?

Sus manos comenzaron a temblar incontrolablemente.

–Necesito que enciendas un fuego –dijo, mirando al indio, con los labios temblando y los ojos brillantes–. ¡Fuego! –Dejó a Katie a un lado e hizo un movimiento desesperado con la mano. Luego, recordando la caja de cerillas que Cutter solía llevar en el bolsillo, la buscó. Al no encontrarla, hizo como si encendiera el fuego, luego cocinara y luego comiera lo que había cocinado.

El indio asintió.

–*Meséestse!* –dijo con una sonrisa, y sin decir una palabra más, se puso a trabajar en la tarea que se le había asignado.

Elizabeth volvió a centrarse en Cutter, satisfecha de haber transmitido su mensaje. Le dolía el corazón al ver lo asustada que estaba Katie. Se sujetaba las rodillas contra el pecho y miraba al indio a través de sus pequeñas manos.

–Katie –la reprendió suavemente– no tengas miedo, cariño. Y no escondas tu cara –agregó firmemente, su aliento se convirtió en un sollozo–. Él no te hará daño. Vas a herir sus sentimientos.

Katie asintió en silencio y dejó caer sus manos, mirando a Elizabeth con ojos atormentados. Elizabeth se llevó la mano a la boca para contener los sollozos silenciosos que la atormentaban. Sus labios se apretaron para contenerlos. Incapaz de aguantar, se atragantó de repente. Destrozada, mirando por encima del hombro, se encontró con la mirada comprensiva del indio.

No había barrera de idioma entre ellos en aquel instante. Parecía ver todo lo que estaba en su corazón. El indio volvió a su tarea y Elizabeth se volvió hacia Cutter. Sus sentimientos eran demasiado turbulentos para dejar que nadie la viera. Su dolor era demasiado profundo.

–¡Te odio, Cutter! –Elizabeth se atragantó repentinamente, sus manos volaron a su boca, cubriendo el temblor revelador de sus labios. No... ¡él no! Porque lo amas, le dijo la misma voz interior ferozmente. ¡Tú lo amas!

–¡Tía Lizabeth –sollozó Katie.

El indio no dijo nada, solo vio su demostración de emociones por el rabillo del ojo. Cuando finalmente se encendió el fuego, se fue sin decir una palabra.

Su garganta de Elizabeth pareció cerrarse mientras levantaba el cuchillo de Cutter hacia el fuego, viéndolo destellar de un rojo luminoso dentro de las brillantes llamas azules. Cuando se calentó lo suficiente, lo apartó del fuego y lo deslizó para dejar la ceniza negra en su falda, sin importarle que quemara la tela, sin importarle que pudiera sentir la quemadura en su propia piel.

Luego, con manos temblorosas, comenzó a abrir la inflamación de la herida de la planta del pie.

–¡Tía Lizabeth! –gritó Katie en señal de protesta.

–¡No mires, Katie! –exigió Elizabeth con firmeza—. ¡No mires, cariño!

Había poca sangre y mucho pus. Elizabeth tragó convulsivamente. Pero no fue la herida lo que la hizo enfermar. Era la falta de herramientas junto con su miedo al fracaso.

No había una olla con la que hervir agua.

No había agua que hervir, aunque hubiese tenido una olla.

No había alcohol para esterilizar la herida.

Nada.

Nada más que el cuchillo que tenía en sus manos.

Usando lo mejor de sus habilidades, vació la herida, apartando sus lágrimas cuando le obstaculizaban su visión.

Elizabeth fue vagamente consciente de que el indio había regresado. Como si hubiera anticipado sus necesidades, dejó dos cantimploras llenas de agua a su lado, junto con una manta.

–*Mahpe* –dijo, señalando el agua—. *Mahpe*.

–Agua –respondió Elizabeth, apartando la mirada de las cantimploras.
El indio asintió, de pie.

–¡A-gua! –repitió, y luego se alejó.

Las lágrimas brillaban en el rostro pálido de Elizabeth mientras miraba las cantimploras sin comprender, notando finalmente que una estaba hecha de estaño recubierto de cuero manchado de agua. La otra estaba hecha únicamente de cuero; Elizabeth determinó que era del indio. Con una oleada inmediata de excitación, levantó la de estaño, la inspeccionó rápidamente y luego, con el corazón martilleando, la echó al fuego, mirando ansiosamente cómo el cuero se encendía ante sus ojos y se consumía. En el momento en que sintió que estaba lo suficientemente caliente, encontró una piedra y la arrojó a la cantimplora, empujándola hacia afuera. Y luego otra, y otra, hasta que la cantimplora estuvo completamente fuera del fuego. Sin importarle que carbonizara su falda, usó el dobladillo para protegerse los dedos mientras levantaba la cantimplora, desenroscaba la parte superior y vertía una gota caliente en el dorso de su mano. Se quemó, pero simplemente sonrió con alivio.

No tenía tiempo que perder. Le arrancó una tira a la camisa de Cutter y arrugó la tela, sosteniéndola sobre la planta del pie mientras vertía el agua hirviendo sobre su herida recién cortada, limpiándola a fondo.

–¿Eso duele? –preguntó Katie mientras miraba.

Elizabeth asintió sin levantar la vista. No podía soportar mirar a Katie a la cara y ver su propio miedo reflejado allí.

–Tengo que hacerle un poco de daño para ayudarlo –reveló, dejando la cantimplora a un lado.

Elizabeth limpió la tierra que quedaba en la herida con el trapo empapado en agua y luego volvió a verter más agua caliente cuando terminó.

Cuando eliminó la última mota de suciedad de la herida, Elizabeth volvió a colocar el cuchillo sobre el fuego, esperando a que el metal brillara. Se mordió el labio inferior para fortalecerse y se volvió para colocarlo contra el

pie de Cutter. Su pie se sacudió, fue movimiento reflejo, más que de dolor porque sus ojos permanecieron cerrados y su rostro pálido.

No había más opción. Sabiendo que tenía que hacerle daño para ayudarlo, como le había dicho a Katie, Elizabeth volvió a colocar el cuchillo al rojo vivo en la herida, esterilizándola y cauterizándola con el calor.

Finalmente, cuando hizo todo lo que podía hacer, vendó la herida y cubrió a Cutter con una manta. Con la ayuda del indio, recuperó el petate de Cutter y luego colocó a Cutter sobre él, arropándolo con la manta.

Preocupada, le puso una mano en la frente.

–Está furiosa –comentó Elizabeth en voz baja, su voz todavía temblorosa de emoción.

–¿Te refieres a él? –preguntó Katie.

Elizabeth miró a Katie, con la intención de tranquilizarla, pero no pudo.

–La fiebre –explicó–. He hecho todo lo que he podido por él –añadió lúgubre–. No hay nada que hacer ahora, sino esperar.

Katie la miró fijamente, la confusión asolaba sus rasgos jóvenes.

–¿Realmente lo odias? –preguntó–. No odias a mi tío, ¿verdad?

Elizabeth se preguntó qué había hecho. Había provocado un caos en la vida de la pobre Katie, ¡jamás se lo perdonaría!

–No, cariño –lloró Elizabeth–. No... nunca podría odiarlo. –Elizabeth le devolvió la mirada, pero no era la cara de Katie lo que veía en ese momento... sino la de Cutter.

Has hecho un buen trabajo, Doc, Elizabeth oyó en su mente el susurro de Cutter. Cerró los ojos, casi como si pudiera sentir el calor de su aliento sobre su oído.

–Oh, Cutter –susurró llorando, apretando los párpados para bloquear el eco de las palabras de Cutter.

Había hecho todo lo que había podido con el indio que encontraron en el camino... y no fue suficiente. Lobo Negro había muerto.

No sabía qué iba a hacer si Cutter moría también.

No podría soportarlo. Unas lágrimas ardientes y silenciosas se abrieron paso entre sus pestañas.

¿Te crees que me han regalado el título? oyó a su propia voz interior burlándose de ella.

¿Y bien? Se preguntó. ¿No te lo regalaron?

CAPÍTULO TREINTA



Cutter tenía cada vez más fiebre. Y aunque no se hundió en el delirio, se despertó una vez para mirar con los ojos vidriosos al brillo del sol de la tarde. Conteniendo las lágrimas de frustración y miedo, Elizabeth pasó una mano por sus ojos, cerrando sus párpados para proteger sus pupilas del resplandor. No podía olvidar la mirada ciega de Lobo Negro, no pudo evitar comparar...

Ni siquiera para comer abandonó a Cutter. El hermano de Lobo Negro fue a cazar y alimentó a Katie mientras Elizabeth vigilaba. Le ofreció comida a Elizabeth, pero ella se negó.

–*¡Méseestse!* –dijo él, llevándose la carne a los labios, mostrándole lo que quería que ella hiciera–. *¡He-méseestse!* –repitió, empujando la liebre carbonizada hacia ella una vez más, ordenándole que comiera–. *¡Mâhe'haná!*

Elizabeth observó a Katie, que comía en silencio, sentada sorprendentemente cerca del indio. Él la miraba ceñudo. No debía ofenderlo. Elizabeth le quitó la carne de las manos. Había algo para estar agradecidos, pensó tristemente mientras masticaba. Al menos Katie parecía menos asustada. En realidad, habían intentado comunicarse, y si Elizabeth no hubiera estado tan cansada y asustada, podría haberse divertido con su interacción. El indio parecía empeñado en entretener a Katie con objetos extraños de su persona. Solo cuando él le ofreció una pluma colorida, ella

cedió y se acercó a inspeccionarla.

Al menos, Colyer no había regresado.

Katie había soportado una noche tan estresante la noche anterior que se durmió incluso antes de que el sol descendiera por completo. Después de acomodarla en una manta, el indio se sentó junto al fuego, dejando que Elizabeth permaneciera en silencio, aunque la miraba intensamente mientras vigilaba a Cutter y avivaba el fuego cuando este amenazaba con extinguirse. En absoluto silencio, estuvieron juntos... hasta altas horas de la noche. La fiebre de Cutter se mantuvo alta, aunque las rayas escarlata en su pierna retrocedieron bastante.

Cada vez más cansada, Elizabeth se inclinó sobre Cutter, apoyando la cabeza ligeramente sobre su pecho, escuchando el latido errático de su corazón. Solo unas pocas horas más y habría luz para ver. Tenía que aguantar hasta entonces... no podía dormir... no debía...

–*¿Ne-toneseve-he?*

Parpadeando cuando escuchó la voz, Elizabeth levantó la barbilla y se encontró con la mirada del indio.

–*¿Q-qué?* –preguntó, sacudiendo la cabeza con confusión.

–*¿Ne-toneseve-he?* –repitió, señalándola. Se señaló a sí mismo de repente–. *Na-tsesevehe Hestanovahe* –dijo, golpeando su pecho con el puño cerrado–. *¿Hestanovahe!* –Luego señaló hacia la forma acurrucada de Katie–. *Ka-ti* –dijo, repitiendo la palabra que había escuchado que Elizabeth usaba para dirigirse a ella y de nuevo a sí mismo. –*Hestanovahe* –luego señaló a Elizabeth–. *¿Ne-toneseve-he?*

Elizabeth asintió, comprendiendo finalmente.

–Elizabeth –reveló–. Mi nombre es Elizabeth.

–E-lis-ah-bet –repitió el indio.

Elizabeth asintió y luego miró a Cutter. Mientras se tragaba el dolor, colocó la mano sobre el pecho de Cutter, encontrándose de nuevo con la mirada del indio.

–*Ne-toneseve-he* –susurró el indio, antes de que ella pudiera hablar. Señaló a Cutter y enunció lentamente– *Ne-toneseve-he*.

Elizabeth no tenía idea de qué nombre le había dado a Cutter, pero por la manera solemne en que lo dijo, obviamente era de gran respeto. Creía que se había quedado ya sin lágrimas, pero otra más se deslizó silenciosamente de sus pestañas.

El indio se acercó de repente. Levantando su cabello dorado entre las manos, lo acarició con asombro.

–*Ta'se Vehonema-kaeta* –susurró. Él asintió y alzó su cabello para que ella lo viera. Al mismo tiempo, metió la mano en una bolsa y sacó un brillante objeto dorado de ella. Un pequeño medallón, que luego contrastaba contra su cabello–. *Vehone-ma-kaeta* –dijo de nuevo.

Elizabeth trató de no parecer sorprendida mientras miraba el medallón. Jo tenía uno similar, una muestra de la educación católica de su padre, y se sorprendió, preguntándose quién había sido el propietario. Desde luego, no el indio. Vagamente se podía ver la imagen dorada de la Virgen María sosteniendo en brazos a su hijo pequeño. Sus ojos se cerraron mientras susurraba una oración por Cutter. Se tragó un sollozo, incapaz de hablar por la emoción que la asaltó.

Al ver sus lágrimas, el indio guardó el medallón en la bolsa.

–*Naóotséotse!* –dijo en voz baja, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia un lado. Al ver que ella no hacía nada, volvió a ladear la cabeza, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la mano–. *Naóotséotse* –susurró.

Quería que ella durmiera. Incapaz de hablar, Elizabeth asintió débilmente y apoyó la cabeza sobre el pecho de Cutter. Satisfecho, el indio se levantó.

–*Na-asea* –dijo y se alejó.

Elizabeth pensó que se marchaba, porque levantó su cantimplora, la estudió un instante, y luego la volvió a bajar con una breve mirada en su dirección. Elizabeth se conmovió ante aquel gesto, que él le dejaría algo tan valioso.

–Gracias –susurró Elizabeth, con la garganta en carne viva por la salada quemadura de sus lágrimas.

El indio se dio vuelta para alejarse, y Elizabeth supo que era verdad que se marchaba.

–¡Gracias! –gritó un poco más fuerte.

El indio se detuvo de golpe y se volvió para mirarla, frunciendo el ceño.

Elizabeth quería preguntarle por qué había venido... suplicarle que no se fuera... que no las dejarlas solas a Katie y a ella. Pero sabía que no podía quedarse. Perdería la vida si alguien se les acercara. Demasiados lo odiaban por su color. Él debe haberlo sabido también, y determinó que había llegado el momento de marcharse. Ella lo notó en su cautela. Sin embargo su llegada había sido un regalo que nunca olvidaría. Siempre estaría agradecida. Buscó en la mente la palabra Cheyenne que Cutter le había enseñado para dar las gracias.

–*Ne-esh* –repitió, tal como la recordaba.

Él arqueó las cejas con curiosidad por la pronunciación de la palabra; sin embargo, pareció entender, porque una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras se despedía.

–*Ne-sta-va-hose-voomatse* –enunció despacio. Miró brevemente a Katie, asintió con la cabeza, y luego caminó más allá de la luz de la fogata, hacia la noche.

A pesar de que no podía verlo ni podía escucharlo, Elizabeth sintió su presencia por un largo rato.

Desde algún lugar, él la estaba mirando.

Agradecida por el acto de bondad de un extraño, se dejó caer sobre la forma inmóvil de Cutter, repitiendo las palabras ininteligibles mientras la apatía la envolvía. Se concentró en el latido del corazón de Cutter, en el ritmo de su respiración. Las lágrimas se le escaparon de los ojos cuando los cerró. Al ver la cara de Cutter, imaginó que lo había oído llamarla, hablar con ella. Finalmente ella se quebró:

He fracasado miserablemente.

No, Lizbeth. Eso es lo que he intentado decirte. Ese hombre ya estaba muerto antes de que se cayera el caballo. He intentado decírtelo... pero no me escuchabas... No podías hacer nada. Como dirían los de mi pueblo, su sombra hacía mucho que lo había abandonado. Ese hombre respiraba pero ya no vivía. Demonios, mujer, ¿no te das cuenta de lo orgulloso que estoy de ti?

¿Orgulloso?

¡Muy orgulloso!

...¿No sabes lo orgulloso que estoy de ti?

No podías hacer nada.

Nada más.

Su sombra lo había abandonado hacía mucho tiempo, y solo respiraba... solo respiraba... solo respiraba...

Sollozando mientras dormía, Elizabeth se aferró a la camisa empapada en sudor de Cutter, sosteniéndole como si quisiera atraparlo con ese gesto desesperado. Ella no podía dejarlo escapar... no podría vivir sin él. Sus ojos se abrieron de repente, y descubrieron que el fuego se había apagado. Un tono rosado coloreaba el cielo por encima de ella. Los ojos de Cutter estaban cerrados, pero su piel se había enfriado y su cabello y su ropa estaban empapados: buena señal.

Sin embargo, él estaba quieto. Demasiado quieto.

El recuerdo de Lobo Negro que yacía inmóvil en la muerte la asedió de repente, y, a pesar suyo, el pánico encontró un punto de apoyo. Cerrando sus cansados ojos en señal de rechazo, comenzó a tararear y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, su rostro se contrajo y cedió por fin a los convulsivos sollozos que la sacudieron.

—No puedes abandonarme —susurró, afligida—. No puedes, no voy a dejarte —le dijo, sujetando firmemente su camisa empapada de sudor. Con labios temblorosos, besó su boca, saboreando la sal de sus lágrimas mientras

se deslizaban sobre sus labios agrietados por el viento.

Los ojos de Cutter se abrieron, pero Elizabeth no se dio cuenta. Sus propios ojos estaban cerrados, sus pestañas brillaban con lágrimas, mientras le suplicaba y saboreaba sus labios. Al verla inclinada sobre él, besándolo con tanta ternura, Cutter se llenó de euforia.

Se había despertado más temprano para encontrarla durmiendo a pierna suelta encima de él, pero como estaba agotado, la dejó dormir. Y en cuestión de minutos, él también se había dormido.

–¿Quién me ayudará a criar a Katie? –Elizabeth sollozó bajito–. No puedo hacerlo sola... Te necesito, Cutter –imploró–. Regresa a mí, por favor. Katie se merece un padre... Necesito un marido... –Elizabeth soltó una pequeña risa ahogada, enterrando la cabeza contra la garganta de Cutter, susurrando un beso allí–. No criarla sin estar casada, ya sabes... ¿Qué dirá la gente? –preguntó un poco histéricamente.

La nuez de Cutter se balanceó. Elizabeth lo sintió y se quedó rígida.

Con la garganta espesa de emoción, Cutter susurró:

–Shhh, ojitos brillantes... no llores. –Extendió la mano, tocó un mechón de su cabello, lo acarició con reverencia entre sus dedos marcados, asegurándose a sí mismo que era real, que él no había muerto e ido al cielo.

Asombrada por el sonido de su voz, por el toque inesperado de su mano, Elizabeth alzó la vista, las lágrimas brillaban en sus ojos. Un grito de alivio salió de sus labios.

–¿Cutter?

–No me estabas pidiendo que cruzara el río contigo, ¿verdad, Doc?

Confundida, Elizabeth sacudió su cabeza suavemente, repitiendo sus palabras.

–¿Cruzar el río?

–que compartamos tipi –dijo él con un énfasis tranquilo.

–¿Compartir tipi? –preguntó Elizabeth conteniendo los latidos de su corazón.

Una lágrima alegre se deslizó sobre sus pestañas y rodó por su mejilla cuando comenzó a entender qué era lo que él le estaba preguntando.

–Yo... yo no sé nadar –respondió Elizabeth nerviosa.

Como el día en que lo vio por primera vez, sus ojos eran oscuros, insolentes, incluso bromeaban.

–Y estás ciega como un murciélago, sí, eso también –comentó él sin expresión–. Y no sabes disparar, aunque tu vida dependa de ello... pero puedo pasarlo por alto.

Al ver el destello de diversión en sus ojos, Elizabeth logró contener una risa ahogada, mientras las lágrimas calientes rodaban por sus mejillas. Sus dedos rozaron reverentemente la barba de Cutter, sus ojos se volvieron soñadores, llenos de anhelo. –Sí sé disparar –susurró– y creo que también veo bien, señor McKenzie. ¿Qué dices, me aceptas? –Elizabeth sonrió tentativamente, y el latido de su corazón se detuvo esperando una respuesta.

Por un momento él la estudió atentamente.

–Depende –respondió con voz ronca, con una débil sonrisa en las esquinas sensuales de su boca.

–¿De qué? –preguntó ella sin aliento.

Sus ojos se volvieron abiertamente divertidos, desafiándola.

–De si te estás declarando.

Elizabeth lo miró fijamente, sin creer del todo de lo que estaban hablando; ¡le estaba pidiendo que se casara con ella! Sí, ella se estaba declarando... No podía contenerse. Nada podría haberla detenido en ese momento. Se sentía tan descarada como probablemente sonaba.

Por un instante, los ojos de Cutter se volvieron sobrios cuando le recordó:

–No será fácil... ser la esposa de un mestizo.

Elizabeth se atragantó con un sollozo eufórico. No importaba. Nada importaba, salvo el amor que sentía por Cutter McKenzie... quería pasar la vida con él... quería tener hijos.

–Yo... creo que te estoy pidiendo matrimonio –murmuró, medio riendo,

medio llorosa. Lágrimas cálidas y de alegría corrían por sus mejillas.

–¿Lo crees?

–Te lo estoy pidiendo.

Un destello de satisfacción apareció en los ojos de Cutter de repente, y su ronco susurro llegó a su alma.

–Entonces creo que acepto, señorita Bowcock.

Con un grito de alegría, Elizabeth se adelantó, besando apasionadamente su boca, sollozando sin restricción.

–¡Te quiero, Cutter McKenzie! –Se retiró de repente, poniendo su frente contra su barbilla–. ¡Me has asustado! –Elizabeth alzó su mirada angustiada hacia él–. ¿Por qué no me dijiste que estabas herido?

–Supongo que pensé que era demasiado duro para ser derribado por un rasguño –dijo él honestamente.

El alivio la invadió al escuchar que no era una falta de confianza en ella.

–No era un rasguño. No vuelvas a hacerme eso otra vez. ¡Prométeme que no lo harás!

El asintió.

–¡Prométemelo!

–Lo juro –susurró él con fervor, abrazándola para sellar su voto con un beso.

Elizabeth suspiró sin aliento, gimoteando mientras besaba su barbilla y luego sus labios.

–No podría soportar perderte –confesó.

Cutter respondió con un gemido, cubriendo su boca con la suya y besándola con toda la emoción que había encerrado por tanto tiempo, dándole todo. Entrelazando sus dedos detrás de su nuca para que no pudiera retirarse, empujó su lengua posesivamente en su boca, deleitándose con la dulzura y el calor que ella le ofrecía, sus brazos la rodearon...

–¿Vas a hacer que mire hacia otro lado ahora? –Una pequeña voz intervino con consternación, sobresaltándolos a los dos–. ¡El abuelo siempre

me hace mirar hacia otro lado!

Elizabeth se sacudió asustada y Cutter la soltó rápidamente. Habían logrado olvidar la presencia de Katie.

Cutter se aclaró la garganta de repente.

Sonrojándose por las palabras de Katie, Elizabeth miró a Cutter en estado de shock, sin saber si había entendido bien. Luego, al recordar el discurso improvisado de la Mimí y la intuición de Cutter, sus labios se separaron para hablar.

Pero no hubo palabras.

Cutter la miró un buen rato y arqueó la ceja derecha, como diciendo, “te lo dije”, y de repente soltó una carcajada ante su expresión.

Incapaz de contenerse, Elizabeth se echó a reír también, extendiendo los brazos hacia Katie.

Katie voló hacia ellos, apretando a Elizabeth con todas sus fuerzas. Luego levantó la cabeza cuando los ladridos de un perro llegaron a sus oídos.

—¡Eh! —gritó de repente, señalando sobre el hombro de Elizabeth—. ¡Mira! ¡Son Perezoso y el abuelo! —Katie se puso en pie y corrió hacia ellos.

Cutter levantó la cabeza para mirarla, junto con Elizabeth. Y se dio cuenta en ese instante, mientras miraba a Katie correr a través de la hierba alta hacia su perro, que Elizabeth le había salvado la vida, al igual que la de Katie y la suya. Ella sola y sin Elías, porque Elías obviamente volvía ahora. Se giró para mirar a Elizabeth con asombro. Ella también estaba mirando a Katie. Su perfil era hermoso. Sus ojos brillaban de amor. Cutter pensó en ese instante que era el hombre más afortunado que jamás haya existido.

—¿Cutter? —preguntó Elizabeth de repente, mirándolo—. ¿Qué significa *nesta vah hosay voomats*?

Cutter estiró la pierna, haciendo una mueca ante el dolor persistente.

—¿Qué diablos dices?

Elizabeth lo miró con los ojos entrecerrados y lo intentó de nuevo.

—*Nesta* —comenzó de nuevo- *vah hosay voo mats*.

Sus cejas se levantaron de repente cuando se dio cuenta de que estaba tratando de hablarle a Cheyenne. Él se rió entre dientes.

–*Ne-sta-va-hose-voomatse?*

Elizabeth asintió.

–Eso Cheyenne –le dijo–. Cheyenne. Significa 'Te veré de nuevo'. –Él tomó un mechón de su cabello, girándolo perezosamente sobre su dedo–. ¿Por qué? ¿Te dije eso mientras dormía?

Elizabeth negó con la cabeza, mordiéndose pensativamente el labio inferior mientras levantaba la mirada a tiempo para ver dos formas borrosas que se acercaban y desmontaban.

–No –dijo mientras saludaba a los jinetes que se acercaban. Todavía estaban demasiado lejos para que ella los viera claramente, pero uno le devolvió el saludo emocionado, y ella supuso que era Elias–. Vino otra vez –reveló Elizabeth en voz baja, mientras veía a la misma figura deslizarse de su caballo para tomar a Katie en sus brazos. Las lágrimas regresaron a los ojos de Elizabeth. A pesar de que no podía ver la escena conmovedora, podía imaginarla.

Los latidos del corazón de Cutter se aceleraron.

–¿Quién vino? –preguntó.

–El indio. Creo que dijo que su nombre era *Estano-vah* –repitió lo mejor que pudo. El silencio fue la única respuesta. Elizabeth miró a Cutter a la cara–. ¿Qué significa?

Él se habría reído de su pronunciación, si un rayo de alarma no hubiese corrido por su espina dorsal.

–Tomador de vida.

–Tomador de vida –Elizabeth repitió solemnemente, mirando hacia atrás, a la brumosa escena en la distancia cercana–. No le pega –decidió con una pequeña sonrisa triste.

Elizabeth tenía una expresión de paz que a Cutter le llegó al alma.

–No tomó nada –reveló Elizabeth solemnemente–. Solo dio. –Ella lo

miró a los ojos—. Él te llamó... creo que fue *Notsemah-em*.

—Mi sangre —tradujo Cutter, su voz era poco más que un susurro ronco.

Elizabeth entendió qué regalo fueron esas palabras, pero la mirada en el rostro de Cutter reveló cuán magnífico era realmente un regalo.

—Nunca tuve la intención de culparte a ti, o a tu gente por la partida de mi madre —confesó, sabiendo instintivamente que Cutter necesitaba escucharlo—. Mi madre se fue porque quería, por ninguna otra razón. Perdóneme —suplicó, extendiendo la mano para rozar ligeramente la mandíbula de Cutter.

Sus palabras conmovieron a Cutter. Para él significaban más que el reconocimiento de su parentesco por parte del Tomador de la Vida.

—No tienes que disculparte —le aseguró, tirando de ella hacia para abrazarla. A Cutter le importaba un comino quién los viera, Elías o los hombres que cabalgaban con él, o Katie o quien fuera—. Perdoné esas palabras en el momento mismo en que las dijiste —le aseguró.

Cutter no se había dado cuenta hasta ese momento, pero era la verdad. Aún así no se lo iba a poner fácil... Se le ocurrían muchas maneras ingeniosas para que ella se lo compensara todos los días del resto de sus vidas. Le besó el lóbulo de la oreja tiernamente, acariciando su cabeza... Empezarían más tarde, decidió con un gemido de arrepentimiento, cuando no tuvieran público. Le susurró algo al oído a Elizabeth y ella se irguió, llevándose una mano al pelo para alisárselo.

Juntos, observaron a los jinetes aproximarse. Cutter sonreía ampliamente y Elizabeth tenía las mejillas sonrosadas.

Elizabeth pensó que la vida no le iba a alcanzar para comprender lo que le ocurrió la primera vez que Cutter la tocó. No obstante, estaba segura de que disfrutaría buscando la respuesta a esa pregunta.

Y vaya si lo haría.

Con dedicación.

EPÍLOGO



Elizabeth había tenido muy pocos clientes, con dos nuevos médicos en Sioux Falls la competencia era demasiado grande. No ayudaba mucho que estuviera en los últimos días de su embarazo. A las mujeres parecía no importarles, pero a los hombres; era como si no fueran capaces de mirarla a los ojos sin ruborizarse. La mayoría de ellos parecía vacilante en acudir a ella, creían que cualquiera de los otros dos doctores los atenderían mejor.

Por eso, cuando Jo entró corriendo, apoyando a Dick Brady para que no se cayera de bruces, Elizabeth se sintió extasiada. Se levantó tan rápido como pudo desde detrás de su pequeño escritorio y se acercó caminando hacia ellos con una sonrisa enorme. Una Katie de rostro pálido entró corriendo tras ellos.

–Ha tropezado con Perezoso –exclamó Jo.

–¡Pero él lo asustó! –añadió Katie lastimera–. ¡Por eso Perezoso lo mordió!

Elizabeth no necesitó muchas pistas para deducir dónde lo había mordido. Frunciendo el ceño mientras inspeccionaba la cara de Brady, observó las marcas de dientes caninos alrededor de la nariz bulbosa, pero solo una de las marcas de punción tenía alguna consecuencia, y estaba sangrando muy poco de todas maneras.

–Perro con cabeza de serpiente –murmuró Brady borracho–. Me echan la

culpa pero ese perro me tiene manía. ¡Estaba empeñado en matarme! –El tipo sonrió de repente y le guiñó un ojo a Elizabeth—. Pero le dije a la señorita Jo que tú me arreglarías bien, así que aquí estoy.

Su revelación emocionó a Elizabeth, aunque intentó no demostrarlo. ¿Realmente había elegido venir con ella? Tenía que recordarse a sí misma que no debía estar demasiado encantada. El hombre estaba sufriendo, después de todo. Elizabeth puso su expresión más solemne.

–¿Duele mucho?

Brady negó con la cabeza, luego asintió.

Elizabeth alzó las cejas confundida.

–¿Sí o no? –Negó con la cabeza—. ¿Te duele? –Brady asintió—. ¡Oh, pobre! –dijo Elizabeth, mostrando compasión mientras miraba a Katie.

Había tanto de sí misma que veía en Katie, más cada día. Desde la forma en que miraba, con los ojos muy abiertos, mientras Elizabeth atendía a los pacientes, hasta la forma en que defendía a los que quería, incluso cuando estaban equivocados. Pero a pesar del amor que Elizabeth sentía por ella, se obligó a mirar a su sobrina con reproche.

–¡Pero tía Elizabeth! –protestó Katie—. ¡Perezoso solo estaba echando una siesta! ¡Eso es todo!

Cutter apareció en la entrada, llenando la habitación con su presencia. No tenía que hablar para que Elizabeth supiera que estaba allí. Ella lo sintió y miró por encima del hombro, dándole una sonrisa de bienvenida mientras levantaba la tapa de un pequeño recipiente de gasas. Llevaba pantalones negros y una camisa negra, pero no llevaba pistolas ni sombrero, y la sonrisa que exhibía cuando se apoyó en el marco de la puerta le daba una apariencia casi juvenil. Le guiñó un ojo a Elizabeth y se pasó la mano por el pelo.

–¿Otra vez por aquí, Brady? –preguntó casualmente.

Sorprendida por la declaración, Elizabeth le lanzó a Cutter una mirada desconcertada. ¿Cómo sabía él sobre eso? Y luego recordó, y su mirada voló hacia Brady. La expresión de Brady fue tan cómicamente confundida que

Elizabeth frunció los labios para evitar reírse. Hizo un gesto con los dedos mientras miraba el suelo de madera, y de repente Elizabeth no pudo contener su alegría. Ella lo imaginó soltando puñaladas, luchando contra sí mismo, y comenzó a reír, suavemente al principio y luego con una carcajada, agarrándose instintivamente el abdomen. De repente, se quedó sin aliento cuando un dolor abrasador la atravesó, doblándola.

De inmediato, Jo y Cutter corrieron a su lado. A pesar de que Cutter estaba más lejos, llegó a ella primero.

–¡Elizabeth!

El rostro de Jo palideció con preocupación.

–¿Estás bien?

Katie palideció también.

Cutter y Jo llevaron a Elizabeth escaleras arriba, hasta su habitación.

–¡No! –Elizabeth jadeó, empujando a Jo mientras otra punzada la atravesaba–. ¡Quédate, quédate con el Sr. Brady! No lo dejes solo... –intentó susurrar una advertencia en el oído de Jo, pero otro dolor vino, haciéndola chillar –¡los cuchillos!

Cuando Elizabeth se dobló, Cutter la tomó en sus brazos, subiéndola por las escaleras, directo a la habitación que compartían, dejando a Jo abajo con Katie. La colocó suavemente sobre su cama, y luego le quitó las gafas nuevas y brillantes que le había pedido.

–El agua –gimió Elizabeth, tratando de levantarse.

–Tranquila –le dijo Cutter–. ¡Jo sabrá qué hacer! ¡Lo hemos practicado mucho!

Elizabeth cerró los ojos.

–Tienes razón –admitió.

Apoyando la cabeza contra las almohadas, forzó una sonrisa. Las palabras de Cutter fueron tranquilizadoras, pero su tono era frenético, y sabía que tendría que permanecer fuerte para dar instrucciones. De repente, Katie entró corriendo, con Perezoso ladrando en sus talones.

–¡Está sangrando, tía Elizabeth! ¡Está sangrando!

En cuestión de segundos, Jo apareció también.

–Katie Elizabeth, ¡saca a ese perro de aquí!

–¡Sí, señora! –Katie se dio unos golpecitos en la pierna, llamando a Perezoso–. ¡Vamos! ¡Ven aquí! –Agarrando al perro por el cuello cuando se acercó lo suficiente,

Katie lo arrastró fuera de la habitación. Jo la siguió hasta la puerta, cerrándola detrás de ella, luego se volvió hacia Elizabeth.

–¡Ese hombre! –declaró.

La cara de Elizabeth se blanqueó cuando el terror, junto con otra contracción, la atravesó.

–¡Madre mía! –gimió Elizabeth–. ¡Se ha apuñaló a sí mismo otra vez! –Nuevamente, intentó levantarse.

Cutter la forzó a volver a la cama, mirándola.

–No. No. Nada de eso –Jo le aseguró.

–¿Entonces qué? –preguntó Elizabeth, cediendo a una pequeña histeria–. ¡No sangraba cuando lo dejé!

–¡Maldita sea, Liz, no te preocupes por Brady! –interrumpió Cutter–. Estás a punto de dar a luz a nuestro bebé, es lo único en lo que debes pensar en este momento.

La mirada de Elizabeth regresó a su marido.

–Nuestro bebé –susurró con reverencia, y luego otra contracción la dobló. Apretó los dientes hasta que menguó. Cuando terminó, tragó saliva y abrió los ojos para mirar a Cutter. Su expresión estaba llena de preocupación.

–Cutter tiene razón –le dijo Jo–. No te preocupes por Brady. Además, es solo que le di un puñetazo –reveló–. Solo tiene una hemorragia nasal.

Las miradas de Elizabeth y Cutter se volvieron hacia Jo.

–¿Le pegaste? –preguntaron al mismo tiempo.

–¡Bueno, sí! ¡Supongo que ya habrá aprendido a mantener sus sucias patas lejos de mí! –Le sonrió a Elizabeth, guiñándole un ojo.

–Verás, sabía que estarías un poco ocupada, así que pensé que podría venderlo yo mismo... y el idiota me pellizcó.

–¿Dónde? –preguntó Cutter, levantando la mirada.

–Vale, Cutter, no he dicho nada –respondió Jo–. Es culpa del alcohol. Es un caballero cuando está sobrio.

Elizabeth hizo una mueca.

–El problema es que raramente lo... –gruñó mientras otra contracción la asediaba– ¡está! –gritó, agarrando desesperadamente el brazo de Cutter.

–Es un hombre afortunado –dijo Cutter.

Elizabeth parpadeó, sorprendida por el comentario, e intentó recordar que debía respirar.

–¿Por qué? –preguntó Jo.

–Porque... si no estuviera ocupado ahora haciendo de doctor, ¡le rompería la nariz al muy hijo de puta! Casi mejor que salgas y le digas que se largue antes de que sienta la tentación de terminar el trabajo que tú y Perezoso comenzaron.

Elizabeth gruñó, concentrándose en el suave sonido de la voz de Katie fuera de la puerta. Estaba hablando amablemente con Perezoso; imaginó que también lo estaba acariciando, tal como Cutter la acariciaba a ella ahora. ¡No quería caricias, pero no tenía corazón para decirle que le quitara las manos de encima!

–¡No te preocupes! –canturreó Katie–. ¡No te preocupes! Todo va a salir bien... Ya lo verás... ¡La tía Elizabeth aún no quiere ir al cielo! ¡Ella no quiere!

Vaya, ¿eso era lo que ella pensaba? ¿Pensaba que su madre había podido elegir? Elizabeth se juró que hablaría con Katie tan pronto como pudiera, que le haría entender que nadie la abandonaría por decisión propia. Ella era demasiado especial. Miró suplicante a Jo. Jo asintió, entendiendo la súplica silenciosa de Elizabeth.

–Me quedaré con ella –dijo– pero primero voy a buscar agua y mantas.

Siete horas después, Cain Michael McKenzie nació en manos de su padre. Aferrándose a su hijo de forma protectora, Cutter corrió hacia la puerta gritando: –¡Hemos tenido un hijo! ¡Un niño! –Volvió a la cama y se arrodilló.

Jo y Katie se apresuraron a saludar al recién nacido, dejando a Perezoso quejándose y arañando la puerta. Cogieron a Cain en brazos cuando Cutter lo apartó de

su madre para bañarlo, y luego compararon sus manos con las de Katie mientras Elizabeth lo sostenía.

–¡Oooh! ¡Son tan pequeñas! –Katie se maravilló–. ¿Crees que le gustará Perezoso, tía Lizbeth?

Elizabeth asintió soñadora, cerrando los ojos mientras miraba la escena de cariño ante ella. Al levantar la vista, Jo debió de ver su expresión cansada y se levantó de la cama para sacar a Katie de la habitación, explicándole mientras cerraba la puerta que Elizabeth y Cain tenían mucho sueño.

Cuando se fueron, Elizabeth miró a su hijo, sus cansados ojos reflejaban su orgullo. El dolor había sido más de lo que jamás podría haber imaginado, pero valió la pena, pensó mientras miraba con adoración a su marido. Ella simplemente no podía creerlo. Y Cutter lo había hecho tan bien, dándole fuerzas cuando parecía que ella no podía más.

–Me has salvado la vida –susurró Elizabeth con adoración.

–No –murmuró Cutter, levantando su mano y besándola con tanta emoción que Elizabeth pensó que iba a estallar en lágrimas. Ella parpadeó cuando la humedad se acumuló en sus ojos–. Por mucho que me gustaría apuntarme un tanto –le dijo con voz ronca– solo seguí tus instrucciones. tú hiciste todo el trabajo. –Él la miró y luego miró a su hijo. Pelo negro y ojos azules que parecían más negros que azules–. Además... –susurró mientras acariciaba la cabeza suave de su hijo. Se deleitó con la sensación del pelo sedoso contra sus dedos marcados... ¡había tanta suavidad en su vida!– Incluso si fuera verdad... tú me salvas la vida todos los días. Antes de ti, Liz, estaba muerto por dentro y ni siquiera lo sabía.

Elizabeth tragó saliva, luchando contra la ola de agotamiento que se apoderaba de ella.

–¿De verdad? –Las lágrimas brillaron en sus pestañas.

Los ojos de Cutter se levantaron, la humedad empañaba sus ojos negros, haciéndolos brillar como un vidrio de color tinta.

–Sí –le aseguró con un guiño. Su mirada se posó brevemente en el niño que yacía entre ellos, y luego de vuelta a la cara de su esposa, todavía sin creer que ella realmente era suya. Su. Ella le había dado tanto. Todo lo que había buscado estaba allí en sus ojos dorados–. Soy más rico que Midas –le dijo con un brillo en los ojos– y pretendo ser muy codicioso. Nunca tendré bastante de ti... nunca.

–Yo... te quiero, Cutter.

Cutter apartó el cabello de la frente de Elizabeth y se inclinó para besarle los ojos. –Yo también te quiero, Doc –le susurró.

Elizabeth sonrió, y dejó que su mejilla cayera sobre la almohada. Mientras se desplazaba, escuchó los sonidos que Cain hacía mientras amamantaba.

–Te quiero más de lo que nunca sabrás –cuchicheó Cutter.

Pero Elizabeth no lo escuchó. Se había quedado dormida. No importaba.

–Te lo voy a demostrar todos los días del resto de nuestras vidas –juró Cutter.

Levantó a su hijo en sus brazos, con los ojos llenos de calidez y con un toque de arrogante orgullo mientras aseguraba la manta alrededor de su bebé.

–Vas a tener que cuidar muy bien de esas pequeñas joyas, hijo. Dame muchos nietos guapos. –Cutter sonrió al mirar la cara dormida de Elizabeth, riendo entre dientes mientras le aconsejaba a su hijo con un ronco susurro–: Sólo tienes que cabalgar en los dos sentidos con la mujer a la que quieras convertir en tu esposa.

Cutter se hundió en el la silla más cercana, apoyando las botas sobre el borde de la cama para establecer una larga conversación de hombre a hombre

con su hijo primogénito. Cain gorgoteó alegremente y enroscó sus diminutos dedos alrededor del pulgar marcado de Cutter.

–Sí –dijo Cutter con voz suave mientras miraba ese dedo defectuoso entre los pequeños dedos que lo sostenían con una aceptación incondicional. Se le aceleró el corazón–. Así es... –Asintió mientras un nudo de orgullo le espesaba la garganta–. Como lo hizo tu padre, ya ves...

Sin que Cutter se diera cuenta, la sonrisa de Elizabeth se hizo más profunda.

La autora



LAS NOVELAS DE TANYA ANNE CROSBY SE HAN SITUADO NUMEROSAS VECES en los primeros puestos de las listas de los más vendidos del New York Times y USA Today. Sus novelas están llenas de sentimiento y humor, con personajes humanos e imperfectos que han sabido ganarse el cariño y la admiración de los lectores. La autora vive con su marido, sus dos perros y dos gatos malhumorados en el norte de Michigan.

Más información en:

SPECIAL_IMAGE-IMAGES/SVGIMG0005.SVG-REPLACE_ME
@tanyaannecrosby

SPECIAL_IMAGE-images/svgimg0006.svg-REPLACE_ME
tanyaannecrosby

www.tanyaannecrosby.com

tanya@tanyaannecrosby.com

SOBRE LA AUTORA



Nacida en Rota, España, Tanya Anne Crosby vive ahora en los Estados Unidos con su marido y sus dos hijos. Las novelas de Tanya han cosechado numerosos *bestsellers*, incluidos en varias ocasiones en las listas del *New York Times* y del *USA Today*. Estas, conocidas principalmente por sus historias cargadas de humor, emociones a flor de piel y repletas de personajes imperfectos, han obtenido reconocimiento y unas críticas brillantes. La autora reside con su marido, dos perros y dos gatos malhumorados en el norte de Michigan.

Más información:

www.tanyaannecrosby.com

tanya@tanyaannecrosby.com

